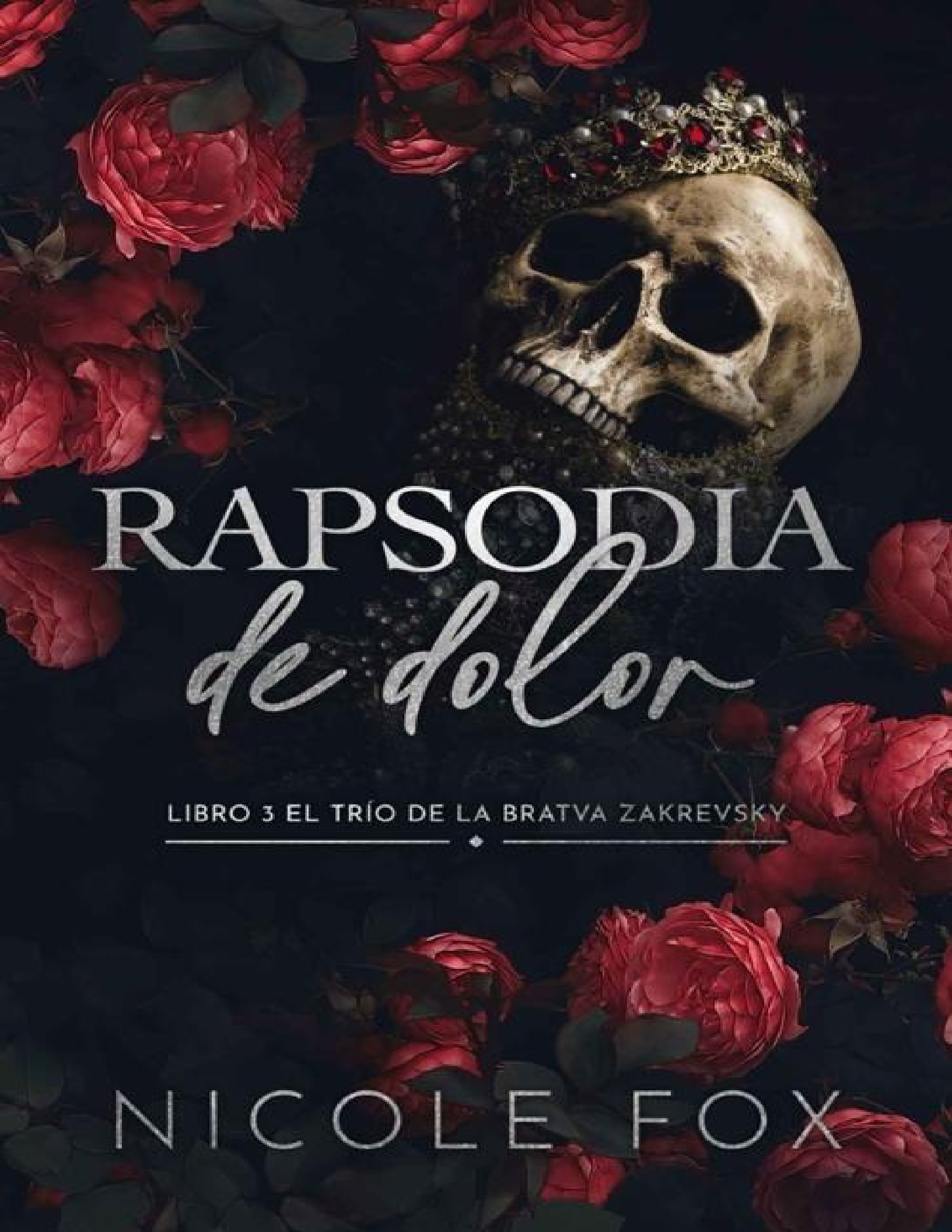

RAPSODIA
de dolor
LIBRO 3 EL TRÍO DE LA BRATVA ZAKREVSKY
NICOLE FOX

RAPSODIA DE DOLOR

LA BRATVA ZAKREVSKY

LIBRO 3

NICOLE FOX

Derechos de Autor

Derechos de Autor © 2023 por Nicole Fox

Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de este libro puede reproducirse de ninguna forma, ni por ningún medio electrónico o mecánico, incluidos sistemas de almacenamiento y recuperación de información, sin el permiso escrito del autor, excepto para el uso de citas breves en una reseña de un libro.

ÍNDICE

Mi lista de correo
Otras Obras de Nicole Fox
Rapsodia de Dolor

1. Demyen
2. Demyen
3. Clara
4. Demyen
5. Demyen
6. Clara
7. Clara
8. Clara
9. Demyen
10. Demyen
11. Clara
12. Clara
13. Demyen
14. Clara
15. Clara
16. Clara
17. Demyen
18. Clara
19. Clara
20. Demyen
21. Demyen
22. Clara
23. Clara
24. Clara
25. Demyen
26. Demyen
27. Demyen
28. Clara
29. Demyen
30. Demyen
31. Demyen
32. Clara
33. Clara
34. Clara
35. Demyen
36. Clara
37. Clara
38. Demyen
39. Demyen
40. Clara

41. Demyen
42. Demyen
43. Clara
44. Demyen
45. Clara
46. Demyen
47. Clara
48. Clara
49. Demyen
50. Demyen
51. Demyen
52. Clara

Epílogo: Clara

Copyright © 2023 por Nicole Fox

Reservados todos los derechos.

Ninguna parte de este libro puede reproducirse de ninguna forma ni por ningún medio electrónico o mecánico, incluidos los sistemas de almacenamiento y recuperación de información, sin el permiso por escrito del autor, excepto para el uso de citas breves en una reseña del libro.

MI LISTA DE CORREO

¡Suscríbete a mi lista de correo! Los nuevos suscriptores reciben GRATIS una apasionada novela romántica de chico malo. Haz clic en el enlace para unirte.

OTRAS OBRAS DE NICOLE FOX

La Bratva Oryolov

Paraíso Cruel

Promesa Cruel

La Bratva Bugrov

Purgatorio de Medianoche

Santuario de Medianoche

La Bratva Stepanov

Pecadora de Satén

Princesa de Satén

La Bratva Pushkin

Cognac de Villano

Cognac de Seductora

La Bratva Orlov

Champaña con un toque de veneno

Champaña con un toque de ira

Herederos del imperio Bratva

Kostya

Maksim

Andrei

La Bratva Viktorov

Whiskey Venenoso

Whiskey Sufrimiento

La Bratva Uvarov

Cicatrices de Zafiro

Lágrimas de Zafiro

la Mafia Mazzeo

Arrullo del Mentiroso

Arrullo del Pecador

la Bratva Volkov

Promesa Rota

Esperanza Rota

la Bratva Vlasov

Arrogante Monstruo

Arrogante Equivocación

la Bratva Zhukova

Tirano Imperfecto

Reina Imperfecta

la Bratva Makarova

Altar Destruido

Cuna Destruida

Dúo Rasgado

Velo Rasgado

Encaje Rasgado

la Mafia Belluci

Ángel Depravado

Reina Depravada

Imperio Depravado

la Bratva Kovalyov

Jaula Dorada

Lágrimas doradas

la Bratva Solovev

Corona Destruída

Trono Destruído

la Bratva Vorobev

Demonio de Terciopelo

Ángel de Terciopelo

la Bratva Romanoff

Inmaculada Decepción

Inmaculada Corrupción

RAPSODIA DE DOLOR

LIBRO 3 DE LA TRILOGÍA DE LA BRATVA ZAKREVSKY

Sé que Demyen Zakrevsky no es adecuado para mí.

Pero no puedo evitar desear… *¿Y si lo es?*

Después de todo, él me ha salvado una y otra vez.

Me ha convertido en madre dos veces.

Él ha sanado mi corazón roto.

Pero él también fue quien me vendió, en primer lugar.

El que me robó a mi bebé.

El que rompió mi corazón, una y otra vez.

No puedo decidir si es un santo o un pecador.

Supongo que ahora es el momento de descubrirlo de una vez por todas.

Porque los malos tienen a mi bebé y quieren una cosa a cambio:

A mí.

Y, por el bien de mi hija, me entregaré cada vez.

Así que doy un último paso hacia las sombras.

Y solo tengo que esperar que el hombre que me llama "suya" no me deje ir sin luchar.

***RAPSODIA DE DOLOR* es el Libro 3 de la trilogía de la Bratva Zakrevsky. La historia de Demyen y Clara comienza en el Libro 1, *REQUIEM DE UN PECADO*, y continúa en el Libro 2, *SONATA DE MENTIRAS*.**

DEMYEN

Tengo que concentrarme. Esta es una misión de rescate. Nuestras vidas están literalmente en juego.

Pero lo único en lo que puedo pensar es en lo jodidamente increíble que se siente en mis brazos.

El olor de Clara llena mis fosas nasales y estoy casi drogado. Quise agarrarla para que no alertara a los guardias con esa estúpida valla… pero ahora la estoy abrazando porque, *Dios mío,* pensé que nunca volvería a abrazarla.

Y aunque al principio solo quería evitar que gritara… ahora, mi mano está presionada sobre su boca para sentir las suaves curvas de sus labios.

Ella está aquí.

Está justo aquí.

Algo dentro de mí se dobla por el alivio que me llena como una inundación. Entierro mi rostro en su cabello para aspirarla, para sentir sus suaves rizos contra mi rostro, para demostrarme que ella es real y que no estoy solo soñando todo esto.

Clara está viva. Está aquí y está en mis brazos.

Una vez que se calma y parece que no se predispone a gritar y llamar toda la atención hacia nosotros, aflojo mi agarre a su alrededor. Necesito cada gramo de autocontrol dentro de mí para no solo echarla sobre mi hombro y llevarla al auto de fuga.

Clara se aleja de mí un poco demasiado rápido. Se da vuelta y sus ojos se agrandan cuando ve mi cara. Al principio, creo que es incredulidad, quizá incluso alivio…

…pero luego se da vuelta y corre como el infierno en la dirección opuesta.

Hay mucho por resolver.

Simplemente no tenemos tiempo para ello ahora.

Corro detrás de ella, mirando constantemente hacia la casa para asegurarme de no alertar a nadie de nuestra presencia. Puedo enfrentar a mi padre sin problema, pero es Clara la que no sobrevivirá si nos atrapa.

Y yo no sé si sobreviviré si la vuelvo a perder.

Esta vez, cuando la agarro, ella balancea su peso corporal para hacerme perder el equilibrio. Solo tiene un éxito a medias, pero le da suficiente espacio y para arañarme la cara y los brazos. Tengo que retroceder solo para bloquear mis ojos de sus uñas afiladas. Clara aprovecha esa oportunidad para cruzar rápidamente el patio e intentar alcanzar la empinada colina que bordea el jardín lateral.

Gracias a Dios, es el punto más alejado de todos los demás.

—¡Quítate de encima! —sisea cuando la tiro al suelo. En realidad, lo hago solo para que no vuelva a huir y también para que los arbustos nos oculten mejor… pero *joder*. Sentirla debajo de mí, presionada tan cerca de mi cuerpo…

Concéntrate, idiota.

Le hago un gesto para que se quede callada. Clara me mira y trata de empujar mi pecho. Es tierno que crea que la dejaré escapar otra vez.

Cuando empieza a golpearme la cara, agarro sus muñecas con una mano y las sujeto por encima de su cabeza. Mi otra mano vuelve a cerrarle la boca.

Mi cerebro lucha por decirle a mi polla que se calle para que podamos salir de esto de una sola pieza.

—Si no te callas —le suspiro en voz baja al oído—, nos encontrarán. Y nos *matarán*.

Se queda quieta. Aún me mira con ira, pero al menos entendió el mensaje.

—Déjame ir —murmura contra mi mano. El sonido es apagado, pero igual puedo distinguir las palabras.

—No.

Clara prueba mi agarre en sus muñecas y rápidamente se desploma cuando entiende que no la soltaré. Suspira y trata de apartar la mirada, pero mi mano sobre su boca no le permite girar la cabeza.

Su única opción es mirarme. Bueno, mirarme con ira, de cualquier modo.

Una vez que estoy bastante seguro de que terminó su rabieta, alejo mi mano para que por lo menos pueda pronunciarme sus palabras en silencio.

—¿Por qué debería confiar en ti? —es su primera pregunta.

Desgraciadamente, es un buen punto de partida.

Solo desearía poder pensar en las palabras adecuadas para responder. Pero mi mente se queda en blanco y ella lo toma como una confirmación de que, de hecho, sí soy un bastardo traicionero.

—Es lo que pensé. Quítate. De. Encima.

Cedo solo porque necesito que ella vea que *sí* puede confiar en mí, a pesar de toda la evidencia de lo contrario. Intento al menos mantenerla sujeta por la muñeca, pero Clara se aleja y pone un

sólido metro de distancia entre nosotros.

—No voy a volver —me mira como desafiándome a hacer otro movimiento contra ella—. No puedes obligarme a regresar.

Al principio, creo que se refiere al lugar de Oleg, y desde luego no la culpo. Pero antes de asegurarle que no la dejaría volver allí, me doy cuenta de que puede que ese no sea el lugar del que habla.

—Respira. No te haré ir a ninguna parte —levanto mis manos en señal de rendición—. ¿A dónde quieres ir?

Ella me estudia con los ojos entrecerrados. —Willow.

Asiento. —Por supuesto. Ella te extraña.

Yo también te extraño. Todos *te extrañamos.*

Clara pasa de estar enojada y desconfiada a repentinamente insegura. Tal vez incluso asustada. —¿Se encuentra ella… bien?

De nuevo, asiento. —Tan bien como puede estar sin su madre —le ofrezco mi mano—. Te llevaré con ella.

Retrocede y mira mi mano, horrorizada. Y de nuevo, hago como si no sintiera una puñalada de arrepentimiento en el estómago. Cuando sus ojos se encuentran con los míos, es como si yo fuera un completo extraño que la atrae a una camioneta blanca.

—¿Por qué debería confiar en ti? —pregunta de nuevo—. Eres su *hijo*. No eres mejor que él.

Dios, quiero decirle lo equivocada que está. Pero tiene razón en que es su sangre la que corre por mis venas. Que mis acciones la llevaron a su puerta. Demonios, prácticamente se la envolví como un regalo.

Pero solo puedo borrar un pecado a la vez. Algunos tendrán que esperar.

Dejo caer las manos a mis costados. —¿Sabes qué? Tienes razón. Me he pasado toda la vida odiando al cabrón y aquí estoy, imitándolo. La cagué. La cagué mucho y pagaré por ese error por el resto de mi vida. —Bajo mis ojos al suelo a sus pies—. Tanto si puedo tenerte en ella como si no.

Clara da uno, luego dos pasos muy lentos y muy pequeños hacia mí. —¿Qué error?

Me encuentro con su mirada. Necesito que ella vea, que sepa que hablo en serio en cada palabra. —Llevarte a…

Me detengo. No. Eso no es correcto. La cagada ocurrió días antes de la subasta. Semanas antes.

—Alguna vez pensar que eras culpable. O mentirosa. O solo… —*reaccionar exageradamente a un puto estúpido sueño*. Suspiro—. Mira. Vine aquí para sacarte —miro a mi alrededor en busca de señales de los guardias, pero parece que estamos a salvo—. Te he estado buscando desde aquella noche en la subasta, y…

—Tú me vendiste —Clara niega con la cabeza—. ¡Me *vendiste*!

No tenemos tiempo para desentrañar la logística de lo que pasó, así que paso a la ofensiva solo para poner su trasero en marcha. —Podemos hablar de esto más tarde. Pero ahora mismo tenemos que salir de aquí, antes de que Oleg y sus hombres nos encuentren. De lo contrario, ninguno de los dos volveremos a ver a Willow.

Ella se muerde el labio. Reflexiona.

—Incluso me sentaré al frente con Pav si eso te hace sentir mejor —le ofrezco. Ignoraré la forma en que su rostro se ilumina instantáneamente ante la mención de su nombre—. Dimos la vuelta y estacionamos a unas cuadras de distancia. Él está esperando allí para llevarte a casa.

Sin dudarlo más, Clara gira sobre sus talones y comienza a caminar hacia el frente de la casa… justo cuando gritos de rusos enojados llenan el aire.

Mierda.

Esta vez agarro a Clara y la empujo hacia adelante. Al diablo con las consecuencias. Ella me deja hacerlo, pero esas malditas pantuflas la siguen haciendo tropezar. Reprimo mi irritación debajo del miedo y el pánico cuando escucho a los hombres de Oleg gritar todavía más fuerte.

No me quedaré para saber qué dicen.

Ya casi superamos la colina cuando Clara tropieza y cae de nuevo. Intenta no gritar, pero la arena rocosa le raspa bastante la rodilla. Hay que reconocer que al menos intenta levantarse, pero sus brazos y ahora sus piernas tiemblan demasiado.

Blyat'. Tenemos que seguir moviéndonos. No me importa si intenta cegarme o arrancarme la lengua… la llevaré a un lugar seguro y lidiaré con su ira más tarde.

Me acerco por detrás y la levanto en mis brazos, sin interrumpir el paso incluso cuando se mueve para acomodarse. El hecho de que inmediatamente envuelva los brazos alrededor de mi cuello y se incline hacia mí me estimula y me distrae también.

Ella está aquí.

En mis brazos.

¡Concéntrate, gilipollas! ¡Sube al coche!

Pavel todavía está estacionado a otra cuadra de distancia, pero la base de la colina nos da un buen comienzo para alejarnos de la hacienda de Oleg.

Ambos escuchamos el rugir de los motores. Clara se aferra a mí con más fuerza.

Te tengo, bebé. No dejaré que te aparten de mí otra vez.

Hay mil cosas que desearía poder decirle, pero sé que es mejor guardar silencio. Por ahora, solo necesito bajar y cruzar la calle, tal vez atravesar algunos patios traseros y al menos asegurarme de que esté a salvo adentro con Pavel antes de que las balas comiencen a volar.

—Puedo correr —susurra.

Sacudo la cabeza y sigo caminando con ella acunada en mis brazos. —Rastro de sangre. Tu

rodilla nos delatará.

No le digo que me preocupa que esté demasiado débil para seguir corriendo. Que parece demasiado frágil, demasiado traumatizada para moverse tan rápido como necesita para sobrevivir a esta fuga.

No puedo decirle que tengo demasiado miedo para soltarla, incluso aunque eso hiciera que correr fuera más fácil para ambos.

Tengo que ser fuerte.

Tengo que ser valiente.

Tengo que mantener la cabeza enfocada.

Clara necesita lo mejor de mí.

DEMYEN

Los Hummers corren por la calle desde el camino de entrada de Oleg, pero puedo esconderme entre dos casas oscuras y sumergirme en sombras profundas antes de que nos vean.

Y, afortunadamente, Pavel sintió la necesidad de poner en marcha el Rezvani y hacerlo rodar por la calle trasera. Para cuando salimos al otro lado de las casas estrechas y el callejón oscuro conectado a ellas, tiene las puertas abiertas para nosotros y casi perfectamente alineadas para ocultarnos de la calle transversal.

Fiel a mi palabra, pongo a Clara en el asiento trasero y la dejo lidiar con su propio cinturón. Me subo al lado del pasajero delantero y cierro la puerta con fuerza. Pav no necesita una señal para saber que es hora de salir de allí.

Especialmente, ahora que uno de los Hummers se ha percatado de nuestra presencia y se dirige hacia nosotros.

—Pav…

—Aguanten.

Es una curva de dos ruedas en esa pequeña calle lateral y me agarro del manillar por encima de mi cabeza para evitar estrellarme contra la ventanilla. Una mirada por el espejo retrovisor me muestra que Clara logró abrocharse primero y está aferrada a la correa con los ojos cerrados y los labios temblorosos, en una oración silenciosa.

El Hummer ruge muy cerca detrás de nosotros. Pavel pisa a fondo el acelerador. Un pequeño gemido se escapa del asiento trasero, pero me obligo a ignorarlo y *concentrarme*, joder.

—Ya casi llegamos… —Pavel da otra vuelta por una calle lateral diferente para desviarlos, pero nos encontramos con otro Hummer casi cortándonos el paso.

Clara se tapa la boca con una mano. Sabe que no debe gritar en un momento como este.

—¿Cuánto tiempo? —empiezo a hurgar en la guantera.

—Dos minutos.

—¿Dónde está…?

—Bajo el asiento.

Me agacho entre mis piernas y busco a tientas debajo del asiento. El arma es liviana y está diseñada para emergencias. Estoy bastante seguro de que esto cuenta como una.

—Necesito una marca de cinco millas —le digo.

—Entendido.

En lugar de tomar una carretera principal, Pavel saca al Rezvani de la carretera por completo y atraviesa el desierto en dirección opuesta a casa. Más Hummers vuelan detrás de nosotros, pero el cambio repentino de terreno y de iluminación los ralentiza lo suficiente como para darnos algo más de distancia.

—Ya son cinco —anuncia Pavel.

Perfecto.

Bajo la ventanilla de la puerta del pasajero y salgo por ella con la pistola en una mano y el marco de la puerta agarrado con la otra.

Una vez que estoy en posición, me apoyo en el borde de la ventana y apunto.

El neumático delantero del Hummer líder explota con el primer disparo. Es suerte, pero diablos, ya es hora de que la suerte me dé una o dos bendiciones. Aun así, estamos perdiendo rápidamente la luz de la ciudad y las sacudidas de la camioneta sobre terreno rocoso hacen que apuntar con firmeza sea casi imposible. No volveré a tener tanta suerte.

El Hummer al que disparé se mueve y gira, chocando contra el que está justo detrás de él. Pero, en lugar de darnos un respiro en la persecución, despeja el camino para que tres más se acerquen, uno al lado del otro, detrás de nosotros.

Estoy apuntando el arma de nuevo cuando algo caliente me pica el brazo.

¡Joder!

Me dispararon. Me rozaron, la verdad. Es menos mortal que jodidamente molesto y hace que mantener mi brazo firme sea aún más desafiante. Pero aprieto los dientes y sigo, usando el techo de la camioneta para estabilizar la mano que sostiene el arma y hago algunos disparos más.

Uno silba mientras se entierra en la arena de Nevada.

Otro también.

Pero el tercero llega al objetivo.

El satisfactorio sonido de cristales rotos y gritos de pánico llega a mis oídos cuando el conductor ahora muerto se hunde en su asiento y desvía el camión del camino. Unas cuantas balas más pasan zumbando, y me veo obligado a agacharme dentro del vehículo para reagruparme antes de que un cactus me corte la cabeza.

—¿Cuántos hay? —pregunta Pavel.

—Por lo menos, cinco, y el doble de hombres. ¿Crees que podemos dejarlos atrás?

—Solo por el combustible, probablemente. Pero eso depende de hasta dónde quieras llegar.

Me giro para mirar a Clara. Tiene los ojos muy abiertos y está aterrorizada, pero no grita como loca. Se limita a mirarme fijamente, apretando su cinturón de seguridad como si fuera un salvavidas.

La respuesta es obvia: iré tan lejos como sea necesario para mantenerla a salvo.

—Hazlo. Enviaré las coordenadas.

El rostro de Pavel se contrae en una sonrisa sombría. —Ya está hecho.

Estamos recibiendo algunos golpes en la capa exterior, pero nada perfora las ventanas. Probablemente estén intentando hacer lo que hice antes y reventar nuestros neumáticos para que no tengamos más remedio que parar. Buena suerte con eso, sin embargo. Si yo no puedo apuntar en la oscuridad creciente, ninguno de esos *mudaks* será mejor.

Suena mi teléfono. No quiero responder, pero tengo la sensación de que es importante.

Miro por encima del hombro para volver a ver cómo está Clara antes de presionar el teléfono contra mi oreja. —¿Qué diablos quieres?

—Tienes cinco minutos para traerla de vuelta.

Resoplo. —Claro. ¿Qué te hace pensar que la tengo yo?

—¡No juegues tus jodidos juegos conmigo, muchacho! —la voz de Oleg ruge por teléfono. Veo a Clara haciendo una mueca por el rabillo del ojo—. ¡Trae! ¡A la perra! ¡De vuelta!

Respiro lenta y profundamente y luego chasqueo la lengua. —Ya, ya, *Otets*. Qué lenguaje. ¿Con esa boquita dices mamá?

—*Ty mertvyy sukin sin*…

—Se corta. Inténtalo de nuevo más tarde —cuelgo y dejo el teléfono en la consola central.

Pavel me mira rápidamente y luego al espejo retrovisor. —¿*Tienes* que presionar al oso?

—Preferiría estrangularlo, pero hago lo que puedo con lo que tengo.

Gira bruscamente a la izquierda para evitar un montón de rocas. El movimiento de último segundo atrae con éxito a otro Hummer hacia las rocas y obliga a los dos que lo flanquean a arriesgarse a rodar con giros aún más cerrados.

Más balas salpican la parte trasera del Rezvani.

Estoy listo para arriesgarme a salir de nuevo y disparar a los Hummers restantes, cuando de repente nos rodea un destello cegador de docenas de faros. Otros Rezvanis, más Hummers y algunos Jeeps aparecen a la vista y comienzan a rodear la persecución para frenar a todos. Cuando se forma el círculo completo, Pavel y nuestros perseguidores no tienen más remedio que detenerse.

Mi Bratva ha llegado.

Todavía no salgo del vehículo. Simplemente me siento aquí y disfruto de los sonidos de mis hombres gritando órdenes y apuntando con sus armas a lo que queda de la tripulación de Oleg. El

metal chirría y las puertas se cierran de golpe, y es el sonido de los puños golpeando la carne lo que me indica que siga adelante y me una a la refriega.

—Quédate aquí —le digo a Clara. Ella asiente.

No guardé el arma en todo este tiempo y no planeo hacerlo hasta que estemos a salvo en la villa. La siento pesada en mi mano cuando salgo y me acerco tranquilamente al grupo de hombres mayores de Zakrevsky que ahora están de rodillas con las manos en la parte superior de la cabeza, mirando hacia docenas que los apuntan. Mis hombres me despejan un lugar y levanto una ceja ante nuestros nuevos cautivos.

—Caballeros —los observo. Sus cabezas gachas, sus muecas hoscas—. Solo tengo una pregunta para hacerles. ¿Quién de ustedes ayudó a Oleg a lastimar a mi mujer?

Nadie responde. Todos se quedan mirando la tierra.

Amartillo mi arma por si acaso y apunto al suelo justo en frente de ellos casualmente. —No volveré a preguntar. ¿Quién se quedó quieto y permitió que ese bastardo hiriera y dejara *cicatrices* a Clara Everett?

—¡No tuvimos nada que ver con eso! —un hombre, mayor y probablemente de unos cincuenta años, escupe al suelo y me gruñe—. Solo la marcamos. *Pakhan* se negó a dejar que la toquemos.

Eso responde a muchas preguntas a la vez.

Desafortunadamente para estos bastardos, ninguna respuesta los habría salvado.

Asiento con la cabeza hacia uno de mis *vors*, que agarra al hombre que habló por la parte de atrás de su camisa y lo levanta para que me mire.

—¿Y tú solo te quedaste ahí? —gruño—. ¿Lo dejaste marcarla como a un animal?

El rostro del hombre se tuerce en una sonrisa lasciva. —No. Sujeté a la perra mientras lo hacía. La única forma en que pensé que me dejaría sentirla. ¿Por qué no? Para eso son las esclavas.

Le devuelvo la sonrisa. —¿Sabes para qué sirves tú?

El disparo de mi arma solo es amortiguado por su cráneo y las salpicaduras húmedas de sangre y sesos en la arena.

—*Fertilizante.*

Cuando me giro lentamente, me encuentro con algunas miradas temerosas más de parte los hombres de Oleg que no contaban con que yo fuera tan cruel. Los prisioneros de guerra deben mantenerse a salvo, ¿verdad?

No en esta guerra.

Le doy la señal a mis hombres y se ponen a trabajar. Cuando los cadáveres están amontonados y quemados, tomo una fotografía para enviársela a mi padre. Que vea a sus soldados convertidos en cenizas en la arena del desierto.

“Tierra quemada” tiene ahora un significado completamente nuevo.

CLARA

Tan pronto como Pavel estaciona este artilugio de tanque frente a la hacienda de Demyen, quiero llorar.

Pensé que nunca volvería a ver esas puertas de entrada.

Pensé que nunca volvería a ver mi *hogar*.

Y el hecho de que este lugar se sienta tan seguro, tan perfectamente mi *hogar*, me rompe el corazón en mil pedazos.

Porque este *no* es mi hogar. *No* es seguro.

Ningún lugar es seguro mientras viva un Zakrevsky.

Pavel me abre la puerta y me ayuda. Me ofrece su mano para que la tome, pero, en lugar de eso, agarro los paneles de la puerta para mantener el equilibrio. No lo miro por si parece molesto o insultado, pero por el rabillo del ojo lo veo sonreír con tristeza y asentir. Abre la boca para decir algo, pero piensa de nuevo y se da vuelta.

Intento ignorar el dolor en mi corazón. Es mi amigo… o eso pensé.

Pero dejó que Demyen me llevara lejos. Dejó que Demyen me *vendiera*.

Y ahora no tiene nada para decir. Quizás pensó que nunca volvería a verme. Tal vez esté molesto porque volví, o porque le hice pasar por tantos problemas y arriesgar su vida solo para alejarme del Am… del Sr. Zakrevsky.

Nadie viene a ahuyentarme para que entre, ni para que me vaya, ni nada por el estilo. Demyen está a un lado, hablando con sus hombres, que se detuvieron detrás de nosotros. No me mira ni siquiera una vez.

Todavía me odia. Le importa lo suficiente como para sacarme de ese infierno, traerme de regreso a Willow, pero ahí es donde termina entre nosotros.

Ay, Dios. *Willow*.

Debería estar emocionada. Exaltada. Abrumada por el alivio. En lugar de eso, empiezo a sudar frío y siento que mi estómago se vuelve piedra. Se agita y se endurece con cada paso que doy hacia la puerta principal de la casa. Mis palmas resbalan en la manija de la puerta. Están

demasiado húmedas.

Willow no se merece esto. Ella no merece una madre como yo… alguien que simplemente desaparece y luego regresa peor que cuando se fue.

La puerta se abre y entro.

—¿Clara?

De nuevo, mi estómago se revuelve. Pero no por miedo o asco hacia mí misma, simplemente… no sé qué piensa Bambi de mí. Ella también dejó que Demyen me llevara a esa horrible subasta. Ella *sabía* lo que me pasaría allí.

Pero aquí está, corriendo hacia mí con alivio en el rostro y lágrimas en los ojos. —¡Clara! ¡Ay, Dios mío! ¡Estás aquí!

Ella me rodea con sus brazos y me abraza fuerte.

Me duele.

Todo *duele*, joder.

Me aparto y retrocedo contra la pared. Quizá si me presiono lo suficiente contra ella, el adobe se abrirá y me tragará entera. Me llevará a la oscuridad segura y rodeará con un escudo impenetrable para que nadie pueda volver a hacerme daño.

Así desaparecerá el ardor en mi piel por solo ser tocada.

Bambi me mira con el ceño fruncido por la confusión. Luego, dolor. Definitivamente arrepentimiento. —Clara… lo siento muchísimo.

Quiero llorar. Quiero gritar. Quiero que ella, él y *todos* sepan exactamente lo que me hicieron.

¿Porque si ella no miente, si realmente le importa…? No quiero una puta disculpa. Quiero que ella lo *sepa*. Que entienda hasta el fondo lo que provocó su complacencia.

Me obligo a levantar mis ojos hacia los de ella. —Tú sabías.

Ella respira con un suave jadeo. —Clara…

—*Sabías*. Sabías lo que planeaba hacerme y no lo detuviste —las lágrimas ahogan mi voz, pero las trago—. Ni siquiera lo intentaste.

Las lágrimas de Bambi caen. Intenta cuadrar los hombros, pero se desploman casi al instante. —No tuve otra opción…

No lo creo. No de ella. —Tú siempre tienes una opción. Siempre.

Abre la boca para decir algo, pero la puerta principal se abre al lado nuestro y entra Demyen. Se frena cuando nos ve. La incertidumbre nubla sus rasgos.

—¿Hay algún problema aquí?

Pero Bambi rápidamente se seca las lágrimas y asiente. —¡No! Todo está bien. Iré a avisarle a Gloria sobre… Digo, solo voy a… Yo… —gira sobre sus talones y sale rápidamente por una

puerta lateral.

Demyen se mete las manos en los bolsillos y mira el espacio vacío a mi lado. —Te llevaré a ver a Willow. Ella ha estado preguntando por ti.

Dudo. No puedo creer que esté dudando en ver a mi bebé, especialmente después de todo este tiempo luchando por sobrevivir para poder hacerlo, pero…

Me froto los brazos. No hace mucho por calmarme.

Me tiende una mano y luego la retira. No dejaré que eso me duela, al menos no por mucho tiempo. Simplemente lo sigo a través de la casa principal y salgo al patio, donde él señala para mostrarme dónde está ella.

El corazón salta a mi garganta.

La habitación de Willow… su *verdadera* habitación… ha vuelto a ser como solía, con todavía más plantas y juguetes inundándola de calidez y felicidad. Ella está sentada afuera con Gloria, acurrucada en una hamaca, leyendo un libro ilustrado bajo las suaves luces de las lámparas solares.

Gloria levanta la vista y luego se congela. Rápidamente, se cubre la boca con una mano, luego asiente ante algo que Demyen señala y le susurra al oído a Willow.

Willow me mira. Su dulce carita estalla en una brillante sonrisa y se pone de pie de un salto. —¡Mami!

Me estremezco. Doy un paso atrás.

Demyen lo nota.

Gloria también. Abraza suavemente a Willow por detrás y le susurra otra vez al oído. La cara de mi dulce niña cae, pero asiente y deja que su abuela adoptiva la lleve a su dormitorio.

Mi pecho arde. Mis costillas se aprietan unas contra otras.

—¿Estás bien? —pregunta Demyen suavemente a mi lado.

Quiero gritarle *¡No, no estoy JODIDAMENTE BIEN!* Pero no tengo fuerzas. Es un milagro que pueda negar lentamente con la cabeza.

—No puedo… —mi respiración es honda y entrecortada—. Solo necesito algo de tiempo. Quiero ser lo mejor para ella.

Tengo que concentrarme en lo que quiero, tanto para Willow como para mí. Quiero abrazarla cerca y cubrir su hermosa carita de besos. Quiero que sepa que nunca, *jamás*, me iría y la dejaría.

Pero no quiero contaminarla con mi toque.

No quiero que los restos de ese monstruo, todavía adheridos a mi piel, de alguna manera la infecten con pesadillas.

No quiero que él la toque de alguna manera a través de mí.

Demyen me mira. Como si estuviera horrorizado. Como si acabara de decir…

Ay, mierda. Acabo de decir todo eso, en voz alta, justo delante de él. Estoy tan alejada de mi propio cuerpo, de mi propia existencia, que ni siquiera puedo distinguir entre un pensamiento privado y mi voz.

Él no dice nada en respuesta. Solo me mira con ira.

Y luego, se marcha furioso.

—No lo tomes como algo personal —la suave voz de Bambi suena detrás de mí y se mueve para apoyar una mano en mi hombro. Pero luego la retira rápidamente y se conforma con cruzar los brazos alrededor de su esbelta cintura—. Se enfrenta a sus propios demonios oscuros.

Pensé que se había ido.

—Me iba —Bambi suspira y se limpia delicadamente un costado de la nariz—. Pero siento que alejarme de ti es lo peor que he hecho en mi vida.

Mierda. Tendré dificultades si sigo expresando mis pensamientos sin saberlo por un *tiempo*.

—De verdad, yo solo… solo quería asegurarme de que estás bien.

¿Qué pasa con todos y "bien"? No estoy "bien". Probablemente nunca estaré "bien". Si tengo que escuchar esa palabra una y otra vez, mejor podría pincharme los tímpanos ahora.

Bambi suspira. —Sabes que estás a salvo aquí, ¿verdad?

Giro lentamente la cabeza para mirarla. —¿Lo estoy?

Ella frunce el ceño. —¡Por supuesto! Te hemos estado buscando por todas partes…

—¿Eso fue antes o después de que decidieran venderme como esclava sexual?

—Eso no es justo.

La risa que de repente brota de mi pecho no tiene absolutamente ningún humor, alegría ni nada remotamente positivo. —¿"Justo"? ¡¿Quieres hablar de lo que es *justo*?! —cruzo los brazos sobre el pecho y la enfrento—. Creo que, después de que me prometieran tantas cosas maravillosas, después de que me dieran un hogar y un trabajo y lo que *pensé* que era amor… —de nuevo, mi voz se quiebra, pero joder, superaré al menos esto—. Solo para que me lo arrancaran todo *sin ningún puto motivo*, nadie que me defendiera, nadie que detuviera a Demyen de… de…

Mierda. Estoy perdiendo. Estoy temblando, llorando y estoy tan cabreada, joder.

—Así que no, tienes toda la razón. ¡*No* es justo! ¡No es "justo" que me acusen constantemente de mentir cuando soy la única que alguna vez ha dicho la puta verdad!

No espero su respuesta. No vale la pena el dolor de cabeza, el dolor de corazón o el dolor en general. Solo quiero estar sola. Ni siquiera me importa si mi antigua habitación junto a Willow está ocupada por alguien más ahora… lo echaré si es necesario.

Cuando la puerta se abre fácilmente y veo que ha vuelto a estar como solía tenerla, hasta la

colocación de mis adornos recogidos en las estanterías, estallo en sollozos.

Y luego empiezo a arrancarme la ropa.

Porque en realidad *no* es “mi” ropa. Es de Oleg. No pude escapar de su reino de pesadilla sin estar cubierta por su ropa y su aroma. Incluso ahora, mientras los botones vuelan y me arranco la camisa, cada movimiento empuja ese mismo horrible almizcle hacia mis fosas nasales y me hace desear poder quemarlo todo en un infierno ardiente.

Tal vez pueda. Hay una chimenea en el estudio. Podría cruzar el complejo, completamente desnuda, y quemar hasta la última fibra de Oleg Zakrevsky hasta convertirla en cenizas.

Pero parece demasiado esfuerzo. Ya de por sí, estoy luchando por quitarme sus estúpidos jeans. Cuando logro desenredar mis extremidades, recojo su ropa y la tiro tan lejos de mí como es humanamente posible. No es lejos, pero al menos queda detrás de una mesa auxiliar.

Ducha. Necesito darme una ducha.

Si no puedo quemarlo, puedo hervirlo.

Tropezar en el baño me hace agarrarme al lavabo para mantener el equilibrio. Lo que me hace mirarme en el espejo durante mucho, mucho tiempo.

Hice lo que tenía que hacer.

Hice lo que *necesitaba* hacer para sobrevivir.

Nunca me rendí. Nunca sucumbí. Solo hice lo necesario para planificar mi fuga.

Yo no…

Yo hice…

Yo…

Los temblores de mis brazos frenan de golpe.

Y, con un grito de rabia desenfrenada, arranco el espejo de sus bisagras y lo tiro contra la pared.

Pero no es suficiente. Todavía puedo verme en el cristal. Todavía puedo ver los moretones, las ojeras, el cabello revuelto que cuelga alrededor de mi cara.

Todavía puedo ver lo que me hizo.

Todavía puedo ver en qué me convirtió.

Así que levanto el espejo y lo golpeo contra la pared otra vez.

Y otra vez.

Y otra vez.

Una y otra vez, hasta que no queda nada más que pequeños fragmentos y polvo fracturado brillante en el suelo de baldosas.

Prácticamente golpeo la manija de la ducha y la pongo en la posición más caliente. No me importa que al principio el agua esté helada. Entro y dejo que de a poco el calor supere al frío.

Mi mirada se posa en una afeitadora colgada de un pequeño soporte en la pared de la ducha.

Probablemente podría sacar las cuchillas.

Podría usar una para cortar esta estúpida puta marca de mi muslo.

No. Ya me quitó suficiente. No le daré el placer de tomar literalmente una libra de carne de mi cuerpo, especialmente porque eso probaría que dañó mi mente para siempre. Y entonces tendría una cicatriz permanente, que igual me recordaría a él.

En cambio, me concentro en borrar hasta el último rastro de él en mí. Vacío la mitad de la botella de gel de baño en la esponja de red y la hago espuma, me froto de pies a cabeza con el jabón que huele tanto a Demyen.

Lo odio.

Tengo que odiarlo.

Pero él no está aquí. Él no me está mirando en esta ducha. Así que por ahora me permito ceder ante mis dolores más profundos y oscuros. Sollozo mientras me froto y hago todo lo posible para recordarme que, incluso en lo peor de todo, una parte de mí seguía deseando poder ver a Demyen por última vez. Me recuerdo a mí misma que él vino a rescatarme y me sacó de allí.

El agua se calienta más. Mis lágrimas también.

Y también mi piel, cuando empiezo a frotarla por segunda… tercera… cuarta vez…

Pero, por mucho que frote, no consigo deshacerme de la mancha.

DEMYEN

Caminar una vuelta por el complejo no ayudó mucho a aliviar la culpa que devora mi alma.

No quiero que él la toque a través de mí.

—¡Joder! —rujo mientras agarro una botella de vermú del bar y la tiro contra una de las columnas de piedra del patio secundario.

El vidrio roto y el líquido rojo espumoso que salpica por todas partes se siente un poco catártico. Entonces, tomo otra botella y la tiro al mismo lugar. No sé por qué ayuda. Lo único que sé es que romper cosas me produce una especie de alivio.

Después de la cuarta o quinta botella, le doy una patada a un taburete y luego decido que quedará mejor tirado a la piscina. Lo mismo con otro. Y otro.

Me siento tentado a ir tras ellos y simplemente sentarme ahí. Para siempre. O al menos hasta que Clara me perdone por lo que le hice pasar.

Para ser honestos, probablemente será para siempre.

Me pican los ojos, pero dejo que se humedezcan y me nublen la vista. Hasta ahora, he estado ciego a todo lo que me rodea. ¿Qué es un poco más de discapacidad visual?

Ordené a mis hombres que llevaran a las tropas de Oleg a nuestro siguiente almacén más vulnerable en lugar de a las celdas aquí en el complejo. Los quería lejos de nosotros.

¿Ella no quiere que Oleg toque a Willow a través suyo?

Bueno, yo no quiero que Oleg toque a Willow a través de *mí*.

Después de todo, como él me recordó, es su sangre la que fluye por mis venas.

Su sangre.

Sangre *Zakrevsky*.

Después de todos estos años negando nuestra conexión, enterrando cualquier tipo de parecido con el monstruo de mi infancia… hice más que solo llegar a parecerme a él.

Me convertí en él.

Agarro la mesa y la tiro a la piscina. Luego la otra silla, para que quede un juego completo.

Si alguna vez pongo mis manos sobre Oleg, lo ataré a esa puta silla y lo veré ahogarse. Y luego me uniré a él. Terminaré la línea conmigo. De todos modos, Tolya está más seguro en prisión. Lejos, muy lejos de cualquier posibilidad de repetir nuestra mierda, o algo peor.

Son varios minutos más bebiendo y tirando mierda antes de que me sienta lo suficientemente mejor como para empezar a caminar de regreso al patio principal. Necesito ver a Clara, pero no quiero asustarla más.

Las luces de Clara están encendidas. Las cortinas de la ventana están cerradas, pero aún debería ver su silueta a través del brillo dorado.

Curiosamente, no la veo. Así que pruebo el pomo de la puerta, la abro y entro.

Todas las luces están encendidas. El techo, la mesita de noche, la mesa auxiliar… el pequeño pasillo que conduce al baño… el baño…

Y la ducha. Ahora que lo pienso, se siente extrañamente húmedo aquí.

Algo en mis entrañas me dice que tengo que ir a ver cómo está. El peor escenario posible pasa por mi cabeza, y casi corro hacia la puerta y la abro de golpe.

El vapor caliente forma una espesa nube. No puedo ver a través de él por un largo momento. Cuando lo hago, me sorprende la vista.

El espejo es un desastre, con las bisagras torcidas, rotas y destrozadas. Fragmentos de espejos cubren el suelo en todas direcciones.

Y, sentada en el suelo de la ducha, roja como remolacha y sollozando, está Clara.

—¡Mierda! —busco a tientas la palanca de la ducha, pero está ardiendo. Todas las toallas están empapadas y amontonadas junto al inodoro. No estoy pensando con claridad, así que hago lo siguiente más lógico y me quito la camisa para usarla como guante de cocina contra el metal.

El agua se corta, pero Clara no parece notarlo. Está acurrucada en un rincón, con las rodillas pegadas al pecho y el largo cabello mojado pegado a la cara.

—Vamos —murmuro para mí más que para ella mientras me agacho—. Vamos a secarte.

Empiezo a levantarla, pero, tan pronto como mi piel toca la suya, Clara de repente grita y se retuerce en mis brazos. Me araña la cara y patea salvajemente, con tanta fuerza que tengo que dejarla de nuevo en el suelo de la ducha.

—¡Quítate! ¡Quítate! —grita a todo pulmón, entre palabras y chillidos espeluznantes—. *¡Quítate!*

Otro chillido, otra sacudida contra mí, y luego se resigna a golpearme el pecho una y otra vez hasta darse vuelta para intentar abrir la ducha nuevamente.

—¡Quítate! ¡Quítamelo! ¡Necesito quitármelo!

No hace falta mucho para darse cuenta de quién está hablando.

Mi corazón se rompe en más pedazos que el espejo en el suelo mientras la veo desplomarse sobre sí misma. Clara Everett, *mi* Clara, tiene un alma ardiente templada por toda una vida de soportar lo peor que la humanidad tiene para ofrecer.

¿Verla así después de solo unas semanas con mi propio padre?

Es un castigo peor que la muerte.

Me arrodillo detrás suyo porque no sé qué más hacer. La atraigo hacia mis brazos y me preparo para el merecido ataque porque, una vez más, me quedé sin movimientos.

Estiro las piernas y nos deslizo contra la pared del fondo. Por lo menos, así puedo abrazarla y balancearla suavemente hacia adelante y hacia atrás. Lento, sutil, pero lo hago.

Ella ya no pelea conmigo. Deja de gritar.

No sé qué decir. No sé qué podría decirle para arreglar las cosas, así que al final no digo nada en absoluto.

Lentamente, sus sollozos son más y más silenciosos. Pero no la suelto. La abrazo más cerca, más fuerte, y la dejo enterrar su cara en mi cuello para poder gritar si es necesario.

Me alegro por la ducha, por el agua que todavía le corre por la piel.

Me permite ocultar mis propias lágrimas.

DEMYEN

Una vez que Clara se calma, tomo una decisión a favor de nuestra cordura y la llevo a su cama.

Pero, en lugar de arroparla allí, empapada y desnuda, la envuelvo en el edredón y la levanto de nuevo a mis brazos.

Debería haber puesto un guardia dentro de su habitación, o al menos pedirle a Bambi que se quedara con ella. Clara no está en condiciones de quedarse sola. No cuando hay docenas de pedazos de vidrio afilados esparcidos por el piso de su baño.

Al pasar por allí, una rápida mirada hacia el solárium confirma que Willow todavía está profundamente dormida. Espero que la niña no haya escuchado nada de lo que acaba de ocurrir.

Clara no hace ningún sonido durante todo el camino hasta mi habitación. Ni siquiera gime cuando la siento en mi cama y la dejo dentro del bulto mientras me dirijo al baño a buscar toallas limpias y secas. Y cuando vuelvo, puedo ver que no se ha movido ni un centímetro.

No sé si debería sentir alivio o preocupación.

Lo primero que abordo es su cabello. En este momento, es un desastre enredado y empapado que cuelga sin fuerzas alrededor de su cara y cuerpo. Agarro uno de mis peines de dientes anchos y una toalla de mano, luego me acerco a la cama. Me doy cuenta de que estoy a punto de empaparla con mis jeans, así que me los quito y me arrodillo detrás suyo, asegurándome de mantener una distancia respetable entre nosotros.

Le exprimo el cabello lo más que puedo con la toalla de mano y luego me pongo a peinar los nudos. Algo en mi pecho se aprieta dolorosamente. Todo este tiempo con ella y todo este tiempo lejos de ella, y en ningún momento me tomé el tiempo para disfrutar las cosas simples.

Como la forma en que sus rizos cobran vida entre mis dedos sin importar lo bien que los peine.

O la forma en que suspira y se desploma mientras el peine masajea su cuero cabelludo, lento y suave.

Me lleva mucho tiempo desenredar cada nudo, pero me alegro. El silencio, la concentración, nos da a ambos el tiempo para ordenar nuestros pensamientos.

Por lo menos a mí. Cuando termino, estoy más decidido que nunca a resolver los enredos entre nosotros, por mucho tiempo que tarde.

Incluso si lleva una eternidad.

Clara se levanta y deja caer el edredón ahora mojado al suelo. Inmediatamente, me obligo a concentrarme en secarla con una toalla de baño suave para no distraerme con sus curvas desnudas.

O por la vista del escudo de mi familia quemado en la parte posterior de su muslo.

Mientras trabajo, no dejo que mis dedos toquen su piel. No creo que esté preparada para eso y no estoy seguro de que jamás lo esté.

No puedo culparla. Por ahora, ella solo necesita saber que estoy aquí para ella, que estoy aquí *con* ella y que está a salvo. Voy a cuidar de ella, a partir de ahora.

Ella intenta alejarse de repente, pero no la dejo. La rodeo con mis brazos, usando la toalla como manta para sostenerla contra mi pecho.

—Está bien —le susurro en el cabello—. Estás a salvo. No te voy a lastimar.

—¿Porque ya lo hiciste?

Vaya… joder. Justo cuando creo que no puede darme un puñetazo más fuerte, lo hace.

Me lo merezco.

—Porque nunca me arrepentí tanto de algo en mi vida —admito al fin—. Y porque estoy decidido a no volver a cometer el mismo error.

Lenta, dolorosamente lenta, Clara se da vuelta. No intenta alejarse, solo se mueve dentro de la toalla hasta mirarme con esos hermosos ojos enmarcados por sus largas y oscuras pestañas.

—¿Por qué? —las palabras se atascan y chirrían en su garganta.

Sé lo que está preguntando. Me he hecho la misma pregunta cada segundo de cada minuto de cada día. *¿Por qué? ¿Por qué dejé que esto sucediera?*

Le meto un rizo detrás de la oreja y dejo que las yemas de mis dedos recorran el costado de su suave mejilla. Pensar que casi la pierdo… por un psicópata enfermo, nada menos… debido a mi mal genio y mi sentido ciego de “justicia”…

—Yo no… —me detengo, reconsiderando mi enfoque—. Nunca debí llevarte allí. Sabía lo peligroso que era. Debí haberte mantenido aquí, donde estarías a salvo.

Su hermoso ceño se frunce. —Pero tú…

—Tomé una decisión rápida, hace meses, que nunca debí considerar en primer lugar —suspiro de nuevo y me siento en el borde de la cama—. Necesito que sepas…

Por un lado, quiero mirarla a los ojos cuando le digo esto.

Por otro lado, es mucho más fácil confesar mis errores cuando no tengo que ver la traición grabada en su hermoso rostro.

Me aclaro la garganta y me digo a mí mismo que no importa lo que pase entre nosotros, ella tiene

que saberlo. —En realidad, nunca te vendí. En absoluto.

Clara se pone rígida.

—En el momento en que entramos a esa fiesta cóctel, supe que todo era un gran error. Supe que de ninguna manera dejaría que alguien te alejara de mí —suspiro y presiono mi frente contra su hombro—. Pero no pude sacarnos lo suficientemente rápido. No sin levantar sospechas en los Yakuza.

Ella suspira. —Raizo.

—Regresé por ti —lo hice. Todavía me siento enfermo con solo recordar esa noche—. Fui a buscarte y no te encontré. Pensé… Bueno, no importa lo que pensé. Pero, cuando aún no pude encontrarte, enfrenté a Raizo. Para entonces, ya te habían vendido.

Siento su cuerpo temblar en mi abrazo. Nuevas lágrimas ruedan por su rostro. Quiero alejarlas con un beso, pero eso podría asustarla. Demasiado, demasiado pronto.

—No tenemos que hablar más de eso ahora —le aseguro—. Pero eventualmente tendremos que hablarlo. No más secretos. No más mentiras.

Clara solloza y luego asiente. —Sí —concuerda. Su voz suena más clara ahora—. Solo… ¿no esta noche?

Sonrío suavemente. —No esta noche.

Por fin, ella se inclina hacia mí. Por fin, siento las pequeñas cantidades de confianza que ella está dispuesta a brindarme y me juro a mí mismo que no las daré por sentado. Acuno su cabeza contra mi pecho y beso su cabello.

Incluso si esto es todo lo que obtendré mientras ella sigue adelante, será suficiente.

—Voy a cuidar de ti —murmuro—. Quiero cuidarte. Cualquier cosa que quieras, cualquier cosa que necesites, dímelo.

De nuevo Clara se pone rígida. —¿Cualquier cosa?

Finjo que mi estómago no se anuda de inmediato ante el sonido de su vacilación en esa única frase. —Cualquier cosa —respondo—. ¿Qué deseas?

De repente, ella se echa a reír. —¿Aparte de una máquina del tiempo? Quiero *muchas* cosas. Pero, sobre todo, no quiero sentirme repugnante cada vez que me muevo. —su cabeza gira hacia un lado para poder mirarme—. Quiero… *necesito*… solo… —Se frota el brazo vigorosamente, hasta que su piel se vuelve rosa brillante y tengo que agarrar su muñeca para detenerla—. Necesito quitármelo de encima. No quiero sentir que todavía me está tocando, no quiero olerlo. No quiero ver esas horribles marcas…

Antes de que pueda siquiera parpadear, Clara se gira y se sienta a horcajadas en mi regazo. La toalla cae al suelo de inmediato. Me mira a los ojos por solo un segundo…

Y luego me atrae a un beso.

Joder. He querido esto durante tanto tiempo. He pasado todas las noches desde que se la llevaron

anhelando sentirla en mis brazos, saborearla en mi lengua, escuchar sus suaves suspiros y gemidos y hacerla gritar mi nombre.

Pero esto no está bien.

Nada de esto está bien.

Ha pasado por tantas cosas en tan poco tiempo. No agravaré su trauma simplemente siendo otro hombre más que la usa.

Me aseguro de devolverle el beso… necesita sentir que, de hecho, la deseo… pero luego tomo su rostro entre mis manos y la alejo. —Clara, no puedo…

—Por favor —las lágrimas llenan sus pestañas. Cuando parpadea, una rueda por su suave mejilla y la aparto con el pulgar—. Te deseo, Demyen.

Mi cerebro me regaña por siquiera considerarlo. Esta no es la manera de hacer las cosas y ella necesita algo de tiempo.

Mi polla le grita a mi cerebro que se calle.

¿Mi corazón? Bueno, mi corazón finalmente tiene voz y voto, por primera vez en… toda mi vida.

—Cariño, yo también te deseo. Pero quiero que te tomes un tiempo. Que averigües qué es lo que *realmente* quieres…

Ella me silencia con otro beso. Joder, no tengo fuerzas para alejarme o detenerla. Sabe a cielo y a vino y a todo lo que pensé que había perdido y, una vez más, tengo la intención de asesinar a quien rompa este momento.

—Clara…

—Te quiero *a ti* —pasa sus dedos por mi cabello y tira suavemente, todo mientras mueve sus caderas en mi regazo para acercarme aún más. Sus labios azucarados rozan los míos y la combinación con ese movimiento no ayuda a que mi mente se mantenga clara—. Te necesito.

Suspiro. Sé que me arrepentiré de mi pregunta. —¿Qué necesitas que haga?

—Te necesito dentro de mí. Rodeándome. Completamente sobre mí.

Yo trago. Me cuesta.

El labio de Clara todavía tiembla, pero me mira con una embriagadora combinación de determinación, desesperación y deseo. Es una señal de alarma gigante confeccionada con el material más exquisito. —Ayúdame, Demyen —susurra contra mi boca—. Ya no quiero sentir a ninguno de ellos. Solo te quiero a ti.

Si este fuera cualquier otro momento.

En cualquier otro momento, bajo cualquier otra circunstancia, estas palabras saliendo de su boca me harían estrellarme contra ella en cuestión de minutos. Por mucho que haya insistido en ser su dueño, reclamarla, marcarla con mis dientes y mi olor, es una experiencia completamente diferente saber que ella *quiere* que yo lo haga.

El “por qué” es lo que causa mi vacilación. Ella ha sido reclamada, marcada y utilizada por hombres malvados antes. Lo que me pide que haga ahora es borrar esos recuerdos inundando su mente, cuerpo y alma con otros.

¿Puedo hacerlo sin causar más daño?

Mis manos acarician sus costados, su espalda y bajan para acariciar su trasero. *Joder*, ya puedo sentirla calentarse y mojarse por mí.

—Te daré exactamente lo que quieres —le murmuro en voz baja al oído—. Pero tienes que ser mi buena chica. Tienes que hacer lo que te digo.

El escalofrío que recorre su cuerpo va directo a sus caderas, que ruedan y rechinan en mi regazo.

Sé que ella piensa que quiero hacer algo como azotarla y llevarla a un orgasmo a gritos, lo cual está absolutamente en mi lista de cosas por hacer. Eventualmente.

Ella no sabe que tengo planes diferentes para su hermoso cuerpo esta noche. Planes e ideas que implican mucha menos agresión y muchísimo más cuidado del que jamás recibió.

Porque, maldita sea, ella se lo merece.

¿Y si puedo forjar una disculpa… o los restos de una… mostrándole exactamente lo que significa para mí? Es un comienzo.

Guío sus labios de regreso a los míos y me tomo el tiempo para saborearla. Sin prisas, sin presión, simplemente saboreando la forma en que su lengua se desliza dulcemente entre mis labios. Disfrutando la forma en que deja escapar un suave gemido cuando la chupo y acaricio con mi propia lengua. Mordisqueo su labio inferior y gimo cuando la siento temblar de nuevo, esta vez de placer.

Su cuerpo se retuerce bajo mi tacto mientras continúo frotando y acariciando su suave y sedosa piel. Cuando siento sus costillas, lo frágil y desnutrida que está, dejo escapar otro gruñido. Esta vez estoy cabreado.

No con ella, por supuesto. Es simplemente otra cosa que agrego a la lista de cosas por las que desquitarme con Oleg.

—Avísame si te duele algo.

Clara ronronea y acerca mi cabeza a ella. —Más duro.

Oh, definitivamente estoy más duro. También seguiré probando los niveles hasta que ella me diga que pare… y espero que realmente me diga que pare.

Me preocupa más que no lo haga.

Mis brazos la rodean con más fuerza, atrayéndola hacia mí hasta que no queda espacio entre nosotros. Chupo la curva de su cuello, hago girar ese mismo trozo de piel con mi lengua y luego muerdo.

Ella no me pide que pare. En cambio, grita suavemente y clava sus uñas en mis omóplatos, moviéndose contra mi regazo.

Me quito con un chasquido húmedo de mis labios contra su piel en el momento en que escucho el más mínimo indicio de un gemido. La marca que queda es grande y roja, y sin duda dejará un chupetón sólido allí durante unos días.

Por la forma en que gime y me besa de nuevo, y luego me presiona contra el otro lado de su cuello…

Tengo la impresión de que eso es exactamente lo que ella quiere.

Un giro rápido nos hace caer sobre la cama y la acomodo debajo de mí antes de que tenga la oportunidad de escabullirse. El hecho de que esté aquí, aquí mismo, suspirando mi nombre y alcanzándome para besarme… Este regalo no se me escapa.

Sé cómo podrían haber salido las cosas.

Sé lo afortunados que somos de tener este momento.

Mi lengua se desliza a lo largo de su clavícula, luego baja hasta encontrar la hinchazón de su pecho. Pero una nueva oleada de ira me recorre cuando veo las débiles marcas de latigazos recorriendo su piel sensible.

Rozo ligeramente la punta de su pezón con mis dientes. Clara sisea, así que me detengo de inmediato y alzo la vista para preguntar—: ¿Demasiado?

Se muerde el labio, se sonroja y sacude lentamente la cabeza. —No, lo siento. Solo… realmente sensible allí.

—Puedo…

—No pares. Por favor.

No es que pueda, aunque quisiera. He estado hambriento de ella y ahora está dispuesta ante mí como un festín.

Clara gime y arquea su cuerpo más cerca de mí mientras beso sus pechos. —Sí… por favor…

Quién sabe cuánto tiempo pasa entre saborear su suavidad y seguir adelante… por las costillas hasta el estómago, donde encuentro más moretones con forma de huellas dactilares. Chupo, muerdo y lamo cada uno de los moretones en su piel hasta que mis marcas son las únicas que cualquiera de nosotros puede ver.

Cuando llego a la deliciosa curva de su cadera, su cintura es un tapiz de mi reclamación.

Casi quiero que venga Oleg. Solo para que pueda ver y entender sin lugar a dudas que ella es *mi* mujer.

Pongo sus piernas sobre mis hombros y me acomodo entre ellas. Besar su coño se siente como un acto de adoración. Quizás lo es. Respiro palabras de agradecimiento con cada presión de mis labios sobre su piel húmeda. Ella tiembla, gime y mueve sus caderas con tal entusiasmo que tengo que presionar una mano sobre su estómago bajo para mantenerla en su lugar.

—Por favor, Demyen… necesito…

Sé lo que quiere, pero tengo una mejor idea de lo que necesita. Beso y lamo alrededor de su raja sin ir directo de inmediato. Los moretones del tamaño de un dedo en el interior de sus muslos añaden más combustible a mi ira. Cuento cada uno mientras los muerdo y los chupo.

Cada uno es un día más que Oleg sufrirá antes de que yo le conceda la muerte.

—Más duro, Dem. Por favor… —Clara tira de mi cabello entre sus dedos, instándome a ser más rudo.

¿Quiere jugar con fuego? Vale… se lo pondré caliente.

Le hago a los muslos lo que le hice al cuello, los hombros y el estómago. Cubro cada moretón con chupetones hasta que lo único que cualquiera de los dos puede ver es el mosaico que he creado.

Pero no me quedo solo con los moretones. Beso un camino ardiente hasta el borde exterior de su raja y chupo la delicada carne entre mis dientes.

Clara grita, chocando contra mi cara. Su agarre mortal sobre mi cabello me atrae hacia ella en lugar de alejarme. Es otra buena señal de que tengo que seguir haciendo exactamente lo que estoy haciendo.

Así que lo hago.

A veces, dejo que mi lengua se arrastre por su coño y saboreo la forma en que sisea, maúlla y se retuerce contra mi agarre. Pero espero a que ella me suplique, espero a que se convierta en un desastre de necesidad y deseo antes de que finalmente, *finalmente* sumerjo mi lengua dentro de sus profundidades.

Y cuando lo hago…

Ay, maldito Dios mío.

Tiene un sabor tan jodidamente divino. De hecho, podría emborracharme con ella.

Cualquiera que sea el plan que tenía, sale volando por la ventana en el momento en que paso la lengua de la raja al clítoris. Sin más previsión, solo mi hambre por ella me lleva a lamer, chupar y convencer más, más, *más* de ella.

Me aferro a su clítoris con un tirón profundo y fuerte entre mis labios y Clara casi se sienta por el repentino ataque de placer que le encrespa los dedos de los pies. Sus pies frotan y patean mi espalda. Sus dedos en mi cabello amenazan con arrancarlo de raíz.

—Dem… Dem… Dem…

Eso es, cariño. Olvida su nombre; di el mío en su lugar. Grítalo para que el mundo pueda oírlo.

Meto uno, luego dos dedos dentro de ella. Suavemente al principio, por supuesto, pero solo el tiempo necesario para conseguir un buen ritmo. Cuando curvo los dedos y encuentro su punto ideal, ya no aguanto más.

A Clara solo le lleva un minuto apretarse, estremecerse y derramarse.

No le doy tiempo de recuperarse. No le doy tiempo para pensar en mi próximo movimiento.

Todavía está temblando con su liberación cuando me deslizo por su cuerpo y empujo mi polla profundamente dentro hasta las bolas con un solo empujón sólido.

Hogar.

Ella se siente como mi hogar.

Hogar, calor y todo lo que siempre quise. Y según sus súplicas, no voy lento ni gentil… mantengo sus piernas abiertas a mi alrededor, mis manos deslizándose arriba y abajo por sus muslos, mientras nos pongo a ambos en un ritmo duro y sólido. Lo único más fuerte que el golpe húmedo de mis caderas contra su trasero son sus sollozos sin palabras de profundo placer.

Engancho sus rodillas sobre mis codos para abrirla más. Para poder tomarla más fuerte y más profundamente mientras la miro a los ojos.

—Mírame, cariño.

Clara está perdida en su placer, perdida en cualquier sueño que esté teniendo mientras se mueve alrededor de mi polla. Sus largas pestañas revolotean y sus lujosos labios se fruncen con cada jadeo.

Cojo en un puño la parte posterior de su cabello y tiro. —Clara, dije *que me mires*.

El movimiento, la orden, la hace apretarse más a mi alrededor. *¡Joder!* Tengo que mantenerme firme. Hay que prolongar esto el mayor tiempo posible.

Sus ojos se abren. Instantáneamente me ahogo en sus mares oscuros y no puedo resistirme a besarla.

—Mírame —presiono mi frente contra la suya y acelero el paso. Su cuerpo se balancea debajo de mí. Ella se aferra a mí con fuerza y asiente mientras obedece—. Buena chica. Esa es mi buena chica. Esa es mi chica perfecta y hermosa.

—Dem…

—¿Vas a correrte por mí? —empujo fuerte, profundo y me muevo dentro de ella. *Joder*, estoy cerca—. ¿Gritarás mi nombre y te correrás sobre mi polla?

Clara asiente, pero frunce el ceño. Puedo sentirla retorcerse, trabajando sobre mí, pero todavía está luchando por alcanzar ese punto máximo.

—Te tengo. Te tengo, bebé… —la beso larga y profundamente antes de salir de su coño sin previo aviso. Ella se queja y suelta un sollozo de frustración, que rápidamente se convierte en un grito de sorpresa cuando la pongo boca abajo.

Una mano la sujeta contra las almohadas por la nuca. La otra mano recorre su espalda, catalogando cada marca de latigazos y moretones hasta que envuelvo mi palma alrededor de su cadera.

Guío mi punta hacia su raja y me empujo dentro suyo mientras tiene espasmos. —Sí, bebé. Así es. Justo así. Grita por mí… Suéltalo todo…

Mis palabras son un mantra jadeante mientras la aplasto boca abajo sobre la cama y bombeo

dentro de ella como si esta fuera la última cogida de mi vida.

Como si no pudiera enterrarme lo suficientemente profundo dentro de ella.

Como si cualquier cosa menos convertir su cerebro en una papilla ebria de placer fuera inaceptable.

Clara grita sobre las almohadas, araña las sábanas y se lanza hacia mí para recibir cada embestida sólida. La rodeo con mis brazos y la sostengo así. Mi pecho y su espalda se deslizan uno contra el otro mientras tomo lo que es mío.

Mientras le doy lo que es suyo.

—Te follaré justo así —jadeo en su oído. Sus pechos se sienten tan jodidamente celestiales en mis manos—. Haré que él mire… Haré que todos miren… mientras te follo justo así.

Se estremece de nuevo. Arquea aún más las caderas y abre más las piernas. —Por favor, por favor… necesito…

—Sé lo que necesitas, bebé —mi susurro crepita con el gruñido posesivo que esta mujer constantemente saca de mí—. Necesitas que te folle. Que te reclame. Que le muestre a cada uno de ellos quién es el puto dueño de este coño. Quién te hace gritar y correrte todas las malditas noches porque esta es la única polla que lo hace por ti.

Los únicos sonidos que ahora salen de su esbelta garganta son una sinfonía de “ajá” y gruñidos.

No sé cuánto tiempo más podré prolongar esto. Estoy palpitando hasta el punto de dolerme, y mis bolas gritan pidiendo la liberación que se les ha negado durante semanas. —Bebé… —beso su cuello, su hombro, el lado de su frente. Jadeo tan fuerte como ella—. Bebé… voy a… ¿Dónde…?

Las pocas células cerebrales funcionales que me quedan exigen darle la dignidad de elegir.

Clara vuelve su rostro hacia el mío. Se empuja hacia arriba y hacia atrás para que no tenga a dónde ir excepto dentro suyo. Pulsa sus paredes internas todavía espasmódicas a lo largo de mi eje.

—Lo quiero —se queja—. Te deseo. Te deseo. Te quiero dentro de mí…

Sello mis labios con los suyos. La alimento con mis gruñidos, con mis gemidos, y luego con mis gritos ahogados del más puro placer mientras todo se desmorona y me corro… me corro… me corro…

Ella también. No sé si es la avalancha de calor que se acumula dentro de su útero, o el hecho de que la estoy marcando de todas las formas posibles. Quizás sea un poco de ambas, como lo es para mí. De cualquier forma, la siento bañar mi eje con su propio calor líquido… y luego se hunde en las almohadas y yo me desplomo encima suyo.

Sin aliento.

Pero nunca en toda mi vida me sentí más completo.

Clara no dice nada. No sé si tengo la capacidad de hablar; al menos todavía no. Pero una mirada

rápida a su cara me hace saber que logré follármela hasta que literalmente se desmayó.

Y, sinceramente, probablemente eso no sea malo.

Ahora necesita un sueño sin sueños más que cualquier otra cosa.

No tengo prisa por dejar su calidez. Al final lo hago, y es una oleada de orgullo masculino mezclado lo que surge al ver su cuerpo desnudo marcado de pies a cabeza, por dentro y por fuera, marcado por mí.

Entonces, la veo.

La única cicatriz que no podré borrar con un beso.

Gruñendo, me obligo a levantarme para ir a buscar una toallita húmeda al baño. Clara gime suavemente en sueños cuando vuelvo y presiono la toallita contra su muslo, pero no se despierta. Me muevo lentamente, limpiando tiernamente entre sus piernas hasta que no queda nada de nuestra pasión.

Bueno. Físicamente, al menos.

Cuando termino, tiro el trapo a un lado, suspiro y me hundo en el mullido sillón al lado de la cama. Olvidadas las toallas y los trapos, lo único que puedo hacer es mirarla dormir y escuchar el sonido de su respiración constante. El hecho de que no parezca estar soñando… o al menos no teniendo pesadillas… proporciona un pequeño alivio.

No sé qué hacer.

Con ella.

Con nosotros.

Con cualquier cosa.

Pero luego, una vez más, mi corazón habla con irritación y me dice que sé *exactamente* lo que hay que hacer. Lo que debería haber hecho hace años.

Dejar. De. Fingir. Joder.

CLARA

Me despierto con el amanecer. Es la primera vez en mucho tiempo que hago esto sin tener miedo de lo que me deparará el día.

Mis extremidades se estiran mientras bostezo y, *joder*, me siento mejor que en mucho tiempo. Nada es perfecto, por supuesto. Todavía hay muchos crujidos y dolores que tardarán en sanar.

Pero el dolor que he estado cargando ha sido más que físico. Ha sido emocional, psicológico, espiritual.

¿Ahora? Siento como si me hubieran dado un masaje en todo el cuerpo, por dentro y por fuera.

Parpadeo.

Técnicamente me lo dieron…

Me pongo de lado y casi grito de sorpresa. Demyen está sentado *allí mismo*, en algún estudio masculino de muebles en forma de trono. Mirándome.

¿Ha dormido algo?

Me tapo los pechos con la sábana y me sonrojo. Sé que es ridículo esconderse del mismo hombre que ha sacudido mi mundo, repetidamente, pero… no sé dónde estamos. Y no sé si realmente quiere ver mis partes femeninas o si fue solo una cogida de lástima que ambos necesitábamos.

—Buenos días —le ofrezco a modo de saludo.

Demyen simplemente gruñe.

Muy bien, entonces. Esto responde a algunas preguntas urgentes.

Me levanto para al menos sentarme contra las almohadas. Mejor también, porque solo esos pequeños movimientos me hacen estremecer. No necesariamente de dolor, solo…

Maldita sea. El hombre sabe cómo follar a una mujer en carne viva.

También ha hecho un trabajo maravilloso pintándome el cuerpo con su marca personal. Siento que mi cara se calienta mientras hago un inventario sutil de mi pecho y piernas, y casi me quedo boquiabierta de horror cuando veo las marcas de sus dientes en mi estómago.

Él no sabe nada del bebé, ¿verdad? Digo, no hay manera de que lo sepa. No podría…

Me aclaro la garganta y recompongo mi ingenio. Al menos, lo que queda. Cuando me recuerdo a mí misma que al menos debo sonreírle, lo pillo enviándole un mensaje de texto a alguien justo antes de levantarse de la silla.

—¿A dónde vas? —*uf, sueno tan patética.*

La boca de Demyen se curva en una sonrisa malvada. Tira su teléfono sobre la cama y comienza a hurgar en su cómoda. —Nos pedí algo de desayuno. Ahora me estoy vistiendo. Creo que Gloria no quiere mi salchicha tanto como yo la suya.

Mi risa sale en el resoplido más feo. Pero, Dios mío, ¿cuándo fue la última vez que de verdad me reí?

Él lo nota. Parece contento. No me da exactamente un premio por el logro, pero sí me arroja una camiseta grande. —Aquí tienes esto si lo quieres, pero no te tapes por mí. Estoy disfrutando de la vista.

Apuesto que sí. Y, a pesar de ser una forma de aligerar la tensión en la habitación, toca una fibra sensible dentro de mí, que envía una ola de alivio a través de mis nervios.

Tal vez no fue solo una cogida de lástima.

Si lo dice en serio, si realmente le gusta verme así, en su cama… ¿tal vez esté diciendo la verdad?

Quizá realmente quiera arreglar lo que sea que haya entre nosotros.

Lo que también le haría imposible mentir sobre la subasta. No hay manera de que me llevara allí para venderme, y realmente siguiera adelante con eso, solo por… por… No sé si "romance" es la palabra correcta, pero como se llame, Demyen pasó por mucho esfuerzo para que esto suceda.

Él vino por mí.

Él me salvó.

Estoy tan perdida en mis propios pensamientos que me olvido por completo de ponerme la camiseta antes de que llegue Gloria con una bandeja cargada con comida para el desayuno, jugo y café. Afortunadamente, Demyen se coloca en la puerta para que ella no pueda ver más allá de sus anchos hombros. Charlan un rato en voz baja. Estoy segura de que al menos una parte debe ser sobre mí.

Demyen le agradece la comida y espera a que se vaya, luego cierra la puerta y lleva la bandeja a la mesa de noche. Los panqueques y el tocino, las fresas frescas y la mantequilla batida en tacitas pequeñas me atraen con su cálido aroma.

Bueno, excepto el tocino.

Lo cual es raro, porque *me encanta* el tocino.

Ah, mierda. Apuesto que es el embarazo. Algo similar pasó cuando estaba embarazada de Willow. No me hice completamente vegetariana, pero la pechuga de pollo fue básicamente la única carne que no me hizo vomitar durante los primeros seis meses.

Cojo la naranja mientras Demyen empieza a masticar el tocino. Bien… tal vez no se dé cuenta ni haga preguntas que no estoy lista para responder.

Me entrega una taza de café. ¿Está bien el café tan temprano en el primer trimestre? No lo recuerdo. Quizá puedo pretender beberlo. Creo que eso no debería dañar nada.

—Gracias —digo con una pequeña sonrisa. Al menos lo sostendré en mis manos por un rato y aspiraré su rico aroma. Si pregunta, le explicaré el retraso con "está demasiado caliente", o algo así.

Demyen toma su teléfono de la cama y lo hojea durante un minuto de silencio. Luego, me lo entrega.

En la pantalla está Willow, hablando con Bambi mientras la mujer le trenza el cabello.

—Le va bien en la escuela —añade Demyen mientras observo a mi bebé prepararse para el día —. Sus profesores la adoran absolutamente. Hubo cierta preocupación por ella mientras no estabas…

Se me hace un nudo en el estómago. *No llores. No ahora. Lo estás haciendo bien.*

—Pero el consejero escolar ha estado trabajando con ella. Hizo buenos avances con sus ajustes, y ahora que has vuelto… —bebe su café. Tengo la sensación de que es más para calmar sus propios nervios que para beber algo—. Cuando estés lista, quiero decir. Ella tendrá mucho de qué informarte. Tiene un cuadro grande en el que está trabajando. Sé que le encantará mostrártelo.

Primero necesito calmarme. Necesito ser la mejor madre posible, a pesar de todas las circunstancias.

Al menos, me siento menos repugnante. No puedo oler a ese monstruo en ninguna parte, y aparte de los bultos queloides elevados en la parte posterior de mi muslo, prácticamente ha desaparecido de mi cuerpo.

Nunca pensé que estaría agradecida de que la cicatriz esté donde está. Está fuera de la vista, y eso es lo que importa.

Le devuelvo el teléfono a Demyen. —Gracias. Por cuidarla —no tengo mejores palabras para describir el inmenso y abrumador alivio que inunda mi alma al ver a mi hija tan segura, saludable y cuidada.

Por él. Por Demyen.

—Sí, bueno… —suspira y se deja caer en su silla, toma otro sorbo de café—. Le debo una. Fui un completo gilipollas con ella y ella no merecía nada de eso. Lo compensaré durante mucho tiempo.

—Estoy segura de que ya lo superó.

Se encoge de hombros. —Tal vez. Tal vez no. Sé que yo no, así que ese es el cronograma por el que nos guiaremos.

Mi corazón se aprieta. ¿Pensé alguna vez encontrar un hombre que pudiera amar a mi hija como

yo la amo?

Dios, por favor… incluso si no pasa nada entre nosotros… por favor, deja que sea todo lo que Willow necesita en un padre. Por favor, que sea todo lo que este nuevo bebé necesita en un padre.

—De todos modos —tamborilea con los dedos en el reposabrazos—. Probablemente deberíamos hablar.

Él tiene razón. Sé que tiene razón. Estoy totalmente de acuerdo con él.

No significa que *quiera* hacerlo.

—Vale —huelo mi café y tomo un sorbo microscópico. *Maldita sea*, Gloria me hizo mi bebida favorita con la cantidad exacta de azúcar que siempre uso—. ¿Por dónde deberíamos empezar?

Demyen me mira con el rostro lleno de incertidumbre. Sería tierno en cualquier otra situación. Abre la boca para decir algo, duda y luego se atreve. —¿Qué pasó entre mi padre y tú exactamente?

Claro. Genial. Solo salgamos volando por la puerta, lanzando golpes.

Bajo la taza a mi regazo y miro el líquido oscuro. —Bueno, él me compró. Por cincuenta millones de dólares —se me ocurre algo justo ahora—. Espera… sé que dijiste que *tú* no me vendiste, entonces Raizo…

—Raizo me dio un porcentaje —Demyen parece bastante incómodo y se revuelve en su silla—. No lo quería.

—Pero aun así lo tomaste.

—No. No… —suspira—. No lo guardé. En realidad, le pertenece a Willow. Hice que mi equipo de contabilidad diversificara los activos. Ella estará asegurada para la universidad, viajes, su boda, jubilación, todas las comodidades.

Yo… no sé qué decir a eso. O qué pensar.

Mi venta… mi terrible experiencia, ser subastada como si fuera ganado… ha puesto a mi hija en un perpetuo estado de seguridad financiera.

Y justo así, ya no me persigue la subasta en sí. Puedo aceptarlo fácilmente como un mal necesario, que al menos logró un objetivo antes imposible.

Y además, justo así, Demyen luce mucho más atractivo que antes. No sé cómo, pero ¿solo saber que hizo todo esto por mi hija…?

Podría subirme a su regazo por ello.

—Así que él te compró —Demyen nos lleva nuevamente al tema antes de que tenga la oportunidad de dejar mi taza y comenzar a actuar según mis impulsos más cachondos—. ¿A dónde te llevó después de eso?

Esa es una respuesta sorprendentemente fácil. —En realidad, me llevó a dar una vuelta. Fue un poco extraño.

Demyen alza una ceja con curiosidad, pero sus ojos delatan el hecho de que sabe exactamente de qué estoy hablando. —¿Era muy amable y agradable en general, hasta que hacías algo para molestarlo?

Arrugo la frente. —Sí. Lo hacía muchas veces, incluso después del paseo.

—Sí —asiente—. Así es, Oleg. Le encanta joder con tu mente. Lo hace más divertido para él.

Supongo que Demyen lo sabría, ¿no? A pesar de que fue a visitar a la casa del Am… Señor… no, *Oleg*, es fácil ver que no hay amor entre los dos. ¿Ese monstruo fue tan terrible para sus propios hijos como lo fue para mí?

Pensar en Oleg empieza a hacerme sentir mal. Mis dedos empiezan a temblar.

Quizá sea demasiado pronto.

—Así que este paseo…

—No puedo —lo digo tan de repente que me sobresalto. El café salpica mis dedos y la sábana que todavía me envuelve. Me apuro a limpiarlo y dejo la taza en la mesita de noche, evitando la dura mirada de Demyen—. Lo siento, es que… no puedo. No puedo hablar de él.

Demyen se pasa una mano por la boca mientras me mira fijamente. —Tenemos que hablarlo. Es importante…

—Lo haremos. Lo prometo —todavía evitando mirarlo a los ojos, al menos logro esbozar una débil sonrisa—. ¿Puede ser que la mera mención de su nombre me revuelve el estómago solo intentando llenar los espacios en blanco por ahora?

—Clara…

Yo suspiro. —Sé que es tu padre. Lo entiendo. Pero, sinceramente, estoy intentando olvidar ese hecho aún más. ¿Quieres saber qué me hizo? Viste las consecuencias. ¿No puede ser eso suficiente?

Demyen no está satisfecho con mi respuesta. Se frota los dientes con la lengua y el pequeño músculo de su mandíbula hace tic. Pero luego, asiente. —Vale. Pero *sí* vamos a hablar de Raizo.

Mi nariz se curva. —Él no me tocó. Quería hacerlo, pero no lo hizo.

—Sí, lo dejó bastante jodidamente claro.

Le lanzo una mirada furtiva a Demyen. ¿Habló con Raizo? Por supuesto que lo hizo. Están confabulados, o son aliados, o como sea que los criminales internacionales llaman a los enemigos con beneficios. —Entonces… ¿no sé qué quieres que diga?

—Sigues diciendo que es una mala noticia, o que me está traicionando, o lo que sea. Necesito saber cómo lo sabes. Y por qué me lo dices.

Resisto la tentación de poner los ojos en blanco. De inmediato, tengo la impresión de que, diga lo que diga, Demyen no me creerá. ¿Vale la pena siquiera intentarlo?

Quizá las cosas hayan cambiado desde la subasta. No lo sé, así que tengo que reservarme mi

opinión.

—Bueno —comienzo—. Veamos… Raizo Watanabe ha estado en el radar de mi padre incluso desde que ascendió en las filas de los Yakuza de Las Vegas. Porque, ya sabes, tienen gente en todas partes.

La comisura de la boca de Demyen sube en una leve sonrisa divertida. —Sí, lo sé.

Tomo mi naranja. —Sí, entonces sé cómo es. Al menos, cómo era antes. Antes de que mi mamá muriera. Luego se puso muy raro y Papá siguió quejándose de la creciente fuerza de los Yakuza y de cómo son enemigos de los rusos, así que solo sumé dos y dos.

Demyen alza una mano. —Espera. ¿Conocías a Raizo *antes* de que fuera Yakuza? ¿Cómo?

Puede que Mamá ya no esté, pero Papá todavía está por ahí. No estoy segura de que sea un secreto del que esté lista para contarle al universo todavía. Quizá algún día.

Me encojo de hombros de nuevo y sigo picando mi naranja. —Diablos, que sé yo, Dem. Yo era solo una niña.

No es del todo mentira. En realidad, no sé cómo Mamá conoció a Raizo, o por qué seguía viniendo a espaldas de Papá. Realmente, era solo una niña y ambos me trataban como tal.

Solo tengo corazonadas.

Demyen se pasa una mano por el cabello y suspira. —Vale. Está bien. Cuéntame qué pasó en el hotel antes de que te vendieran.

—Me encontré con Martin.

Dem resopla y asiente. ¿Eso significa que él ya lo sabe? *¿Cómo?*

—Y luego me encontré con Papá —estudio el rostro de Demyen en busca de cualquier señal que pueda dar. Parece entre estresado, ansioso y suspicaz—. Tuvimos una conversación muy seria y…

Joder. ¡La confesión!

Me siento erguida y balanceo las piernas sobre el borde de la cama. —Dime que escuchaste el mensaje de voz.

Demyen frunce el ceño. —¿El qué?

—El mensaje de voz. O la grabación, o lo que sea. Se lo envié a Bambi una vez que lo tuve —mi corazón late tan rápido que apenas puedo respirar lo suficiente para mantener el ritmo—. Él confesó. Todo.

Ahora, Demyen me mira fijamente. —¿Él confesó?

—¡Sí! Bueno, dijo todo lo que sabe sobre cómo murió Michael Little. No fue…

Demyen alza una mano para detenerme. —Clara, no hay mensaje de voz. Ninguna grabación, ninguna confesión, nada. Si Bambi lo tuviera, ya me lo habría enviado.

Y ahora, mi corazón se hunde en mis entrañas. Porque, por supuesto, no puedo tomar un descanso.

—Quiero creerte. Realmente quiero —golpea con un dedo el reposabrazos y aprieta la mandíbula —. Pero estás haciendo afirmaciones bastante importantes, basadas en pruebas que no existen. ¿Qué se supone que debo hacer con eso?

Parpadeo hacia él. *¿Habla jodidamente en serio ahora mismo?*

Me deslizo fuera de la cama y envuelvo con firmeza la sábana alrededor de mi cuerpo. —Necesito darme una ducha.

—Clara…

—Disculpa.

No estoy de humor para discutir con él. No estoy de humor para luchar por mi verdad, para convencer a la gente de que no soy solo una mentirosa loca con tiempo que matar y nada ni nadie en juego.

Cuando llego al arco que conduce a su extravagante baño, hago una pausa. Lo miro por encima del hombro. —¿Sabes lo que me estuve preguntando todo este tiempo? Conozco a Raizo desde que era niña. Papá también. Y, por lo que parece, Papá conocía a tu familia y Raizo también, durante la misma cantidad de tiempo.

Demyen, que ahora está de pie y teclea algo en su teléfono, se encoge de hombros. —¿Y?

—Entonces, ¿por qué te resultó tan difícil encontrarme? ¿Por qué nos tomó tanto tiempo encontrarnos?

Hace una pausa.

Ahora soy yo quien se encoge de hombros. —No sé. Quizás fue el destino. O tal vez… tal vez esté diciendo la verdad. Sí que parece una buena razón para mantenernos separados, ¿no? Dividir y conquistar, como dicen.

Lo dejo que reflexione sobre eso. Necesito una puta ducha.

CLARA

Parte de mi campaña para borrar el pasado reciente ahora implica oficialmente usar la ropa de Demyen hasta oler permanentemente a él.

Además, la ropa interior para hombre es increíblemente cómoda. Debería ser ilegal. Es definitivamente sexista darle a la mitad de la especie humana pantalones cortos hechos de nubes mientras que la otra mitad tiene que usar encaje que pica y caminar con bandas elásticas que se clavan en nuestra piel.

Estoy acostada encima de su cama, vestida con la camiseta que me regaló y un bóxer gris, cuando alguien toca la puerta.

Alguien que sabe que estoy aquí. Demyen se fue hace un par de horas.

—¿Quién es? —llamo desde la cama.

—Es Bambi.

Arrugo la frente. —¡Vete!

La puerta se abre de todos modos. Bambi entra, cierra la puerta detrás de ella y rápidamente alza las manos en señal de rendición. —Lo sé, lo sé. Lo entiendo. Soy la última persona que quieres ver en este momento.

Hay que reconocer que en realidad parece arrepentida. Incluso culpable.

Sería fantástico si pudiera creer algo de eso.

—Dije que te vayas —ahora que está dentro de la habitación, no me siento obligada a gritarle—. Estoy ocupada.

Bambi se resiste a alzar una ceja ante la nada con la que estoy ocupada actualmente. Pero, en lugar de irse, camina lentamente hacia la cama. —Clara, ¿podemos hablar? Por favor. Solo escúchame.

No respondo.

Se sienta en el borde de la cama con un profundo suspiro. —Tenías razón: tenía una opción. Y, bueno… elegí mi propia supervivencia.

Intento con todas mis fuerzas no resoplar. —¿Qué iba a pasar si realmente me hubieras defendido?

—He *estado* defendiéndote. Por eso tenía tanto miedo de señalar sus tonterías. He estado encima suyo por cómo te trata. Cuando llegó el momento, yo solo… —Bambi suspira—. No confiaba en que él confiara en mí. O en ti. Y ese fue mi mayor error.

Realmente desearía saber de qué está hablando. Aun así, no puedo ignorar los sonidos de genuino arrepentimiento en su voz. Así que me acerco y le doy más espacio para sentarse a mi lado. Ella acepta con una pequeña sonrisa esperanzada.

Se desvanece con otro suspiro pesado. —No sé cuánto te contó Dem sobre mí.

—Poco.

Ella asiente. —Lo supuse. Él me respeta lo suficiente como para no anunciar mi historia por todo el mundo, ¿sabes?

—Decente de su parte —recuerdo algunas cosas que compartió cuando las cosas iban bien entre nosotros. Simplemente no quiero quitarle nada valioso que Bambi pueda terminar compartiendo.

—Sí. Bueno… yo era prostituta cuando me encontró.

Finjo que se trata de información nueva y que Demyen no me contó nada de esto mientras tomamos unas copas en su casino. —¿Disculpa?

Bambi se recuesta sobre sus brazos y mira fijamente a la nada. —Mis padres eran unos pedazos de mierda, si voy a ser completamente honesta. Mi papá nos abandonó incluso antes de que yo naciera, y mi mamá pensó que tener hombros anchos y una gran polla calificaba a un hombre como un reemplazo de padre. Ella estaba tan desesperada por amor, atención y aceptación, que nunca vio la forma en que me miraban sus novios. O… —se estremece—. Sabía exactamente lo que querían y decidió activamente hacer la vista gorda.

Espero que no esté hablando de lo que parece que está hablando.

—El último novio de Mamá… al menos el último con el que tuve que tratar… decidió complementar los fondos familiares prostituyéndome. En ese momento decidí que estaba harta. Ya estaba harta de sus tonterías y de su complacencia. Así que salí a la calle y nunca miré atrás.

Por instinto, me muevo hacia ella. —Bam. Lo siento mucho.

Ella ahuyenta mi preocupación con un movimiento casual de su mano. —Ah, todo quedó en el pasado. Donde lo mantengo bajo llave, hasta que asoman pequeñas astillas que me hacen cagarla y traicionar a mis amigos —ella me echa un vistazo a la cara—. Le debo la vida a Demyen. Literalmente. No solo me sacó de las calles. Me ayudó a ir a la universidad, me ayudó a establecer mi carrera y, sobre todo, me hizo enfrentar mis demonios hasta que me convertí en la hija de puta más aterradora de la oscuridad.

Reprimo una pequeña risa. Eso suena como Demyen.

Ahora, ella es la que cruza el espacio entre nosotros. Bambi me da unas palmaditas suaves en la mano. —Eso es lo que tienes que hacer, Clara: enfrentarte a tus demonios. Ser *su* peor pesadilla.

No dejes que opinen sobre cómo vives tu vida.

Desearía que fuera así de fácil. Realmente. Pero solo la idea de tener que enfrentarme sola a los horrores que los hombres de mi vida crearon… es agotador. Estoy más que exhausta.

Las lágrimas me pican los ojos. —No sé si puedo —digo con un suspiro entrecortado.

—Empieza de a poco. Conéctate donde estés más segura —ella ofrece una pequeña sonrisa—. Estás a salvo aquí. Puedes conectarte aquí.

—Bueno… —aspiro y abrazo mis rodillas contra mi pecho—. No sé sobre eso. Demyen…

—…está perdidamente enamorado de ti —interviene ella.

¿Qué?

Ella asiente ante mi sorpresa. —Es cierto. Nunca lo vi así y lo conozco desde siempre. Tuvo aventuras de una noche y encuentros borrachos, claro. ¿Pero esto? ¿Contigo? Esto es nuevo. Esto es grande.

Me sonrojo y escondo mi cara detrás de mis brazos. —Esto es solo conveniencia.

Su frente prácticamente llega a la línea de su cabello. —Tú y yo sabemos que literalmente no hay nada "conveniente" en la paternidad. Y, sin embargo, a pesar de sus protestas internas, esa niña lo tiene atrapado en su dedo. ¿Te contó sobre sus conferencias de padres y maestros?

—No. Quiero decir, me dijo que le está yendo bien en la escuela…

Lo hizo parecer informes generales. Supuse que alguien como Pavel o Bambi le estaría dando información.

Pero ella niega con la cabeza con una sonrisa de comemierda. —Demyen se reúne personalmente con sus instructores semanalmente. Asistió a la gran feria de conferencias escolares la semana pasada. En persona. Él *solo* —se encoge de hombros y se corrige—. Bueno, vale, Pavel quería ir con él a la feria. Tenían palomitas de maíz.

Una vez más, no sé qué decir.

Bambi nota mi sorpresa. Ella inclina la cabeza hacia un lado y me mira consideradamente. —No quiero que huyas gritando. Pero tengo que preguntar esto porque me lo pregunto desde hace un tiempo —suspira profundamente y luego lo suelta—. ¿Sabes cómo es un buen hombre?

Parpadeo.

—No estoy diciendo que sea perfecto. Mierda, él es todo lo contrario. Es solo que… —vuelve a hacer esa cosa de mirar, con expresión llena de simpatía—. Cuando cada experiencia formativa que has tenido con la mitad masculina de la humanidad es peor que la anterior, es justo preguntarse si reconocerías a un buen hombre cuando lo conozcas. Alguien que se preocupa *por* ti y *de* ti. Que se preocupa por todos en su mundo antes de cuidar de sí mismo.

Solo me siento aquí y me alimento de sus palabras. ¿Es eso lo que hace Demyen?

A medida que recorro una lista mental, la respuesta se convierte en un *SÍ* cada vez más rotundo.

Toda su vendetta contra mí surgió del cuidado y la preocupación por su hermano mayor. Por un sentido de justicia… equivocado, sin duda, pero aún presente.

Pero, incluso antes de descubrir quién era yo, Demyen insistió en llevarnos a mí *y* a mi hija, sin dudarlo, a su casa en el momento en que supo que huíamos de un maltrato.

De hecho, Demyen nunca pidió más detalles cuando se lo conté. Parecía simplemente escuchar y comprender que estábamos en peligro y su respuesta inmediata fue protegernos.

Así como protegió a Bambi.

Y probablemente Pavel.

Y, supongo por su lealtad aparentemente eterna, a cada uno de los hombres de su Bratva.

Parpadeo para contener las lágrimas calientes. Luego, sacudo la cabeza lentamente. —Realmente no. No sé cómo es un buen hombre, no sé cómo se siente ser protegido… —escondo mi rostro entre mis manos—. *¡Joder!* Por eso no puedo… no puedo… no…

De repente es más difícil respirar. No me doy cuenta de que me estoy balanceando hacia adelante y hacia atrás hasta que siento que la mano de Bambi comienza a frotar mi espalda suavemente.

Cuando respiro profundamente para forzar la calma, siento un escalofrío y un tono ronco. —Soy un puto desastre. Soy sucia y repugnante y… y… Willow merece mucho mejor. Mejor que yo, mejor que toda esta mierda por la que ha pasado, mejor que…

—Te detendré allí mismo —Bambi me quita las manos de la cara. Su frente está arqueada con esa mirada de "*ni siquiera discutas*" que le he visto darle a Demyen muchas veces—. No puedes decidir lo que quiere Willow. Sí, eres su madre y siempre decidirás qué es lo mejor para ella. Pero tú no puedes decidir si eres digna de ella. *Ella* lo hace.

Quiero discutir, pero tiene sentido. Creo. —Ella es tan pequeña…

—Sí. Lo que significa que no conoce los detalles de lo que ha estado pasando y probablemente nunca lo descubrirá. No del todo. Lo poco que sepa será cuando sea mucho mayor y pueda llegar a sus propias conclusiones.

Como hice con mi propia madre. Mi hermosa y asombrosa madre, que soportó el infierno para darme lo más cerca posible de un pedacito de cielo. ¿Qué pensaría de mí ahora?

¿Qué haría ella si estuviera en mi lugar?

Bambi saca un papel doblado de su bolsillo y lo abre lentamente. —Ella es una niña dura. Inteligente como el infierno y una de las niñas más dulces y compasivas del mundo —deja el papel en la cama junto a mí con una palmadita—. También es una pequeña niña que extraña a su mami.

Es un dibujo con crayones. Reconozco la obra de arte de Willow de inmediato. Un sol sonriente brilla sobre un campo de hierba y flores, todo garabateado alrededor de grabados abstractos de ella y yo tomadas de la mano.

"A mi mami le encantan las flores. Amo a mi mami. También la extraño".

—Demyen ayudó con la ortografía —dice Bambi en voz baja—. Estamos trabajando en lo básico con su letra, pero su maestra dice que sobresale para su edad.

Mis ojos se llenan de nuevo, pero, esta vez, las lágrimas que corren por mi rostro son de felicidad. ¡Mi dulce bebé es tan inteligente! Tan talentosa y tan perfecta. No quiero arruinarla. No quiero robarle la luz del sol que ama nublándola con la oscuridad que parece llenar mi vida constantemente.

Pero la extraño. La extraño tanto.

—Tienes todo el derecho a estar cabreada conmigo. Y Pavel. Tienes todo el puto derecho de darle una paliza a Demyen. Evítanos, échanos de tu habitación, lo que sea que tengas que hacer para conseguir tu espacio mientras nos humillamos pidiendo tu perdón. —Bambi golpea el dibujo con un dedo—. ¿Pero realmente castigarás a tu pequeña?

Mi mandíbula se cae. —¡No! ¡Ella no hizo nada!

—Entonces, ¿por qué le impides ver a su mami?

Abrazo la imagen contra mi pecho como si de alguna manera pudiera transformarse en Willow. Entre lágrimas, veo que Bambi se levanta lentamente y se dirige hacia la puerta del dormitorio. Se da vuelta para decir algo más, luego decide no hacerlo y se va.

Este camino hacia la recuperación será increíblemente largo, si es que alguna vez llego a ese destino. Estoy cubierta de cicatrices, visibles e invisibles por igual, y tengo tanto miedo de hacerle daño a mi pequeña de alguna manera.

Pero ¿si todo es verdad?

Me estoy dando cuenta de que Willow está a salvo. Está a salvo y protegida por personas que la aman casi tanto como yo.

Y tal vez. Solo tal vez…

Por fin, yo también estoy a salvo.

CLARA

Me doy otra ducha. No porque me sienta sucia, solo porque necesitaba sentir el agua tibia cayendo suavemente en cascada por mi piel.

Definitivamente hay algo para decir sobre esos cabezales de ducha tipo lluvia.

Después de regresar sigilosamente a mi habitación y ponerme un vestido de verano limpio, decidí que era hora de tomar el sol restante del verano antes de que los días comenzaran a fundirse en otoño. No es que haya mucha diferencia aquí en Mojave, pero los que vivimos aquí toda nuestra vida podemos sentir el cambio de temperatura.

Intento ofrecerle a Gloria ayuda para limpiar la cocina. Me ahuyenta con un guiño y una sonrisa y, en el último segundo, me sugiere que me vaya a relajar a la piscina.

Unos minutos más tarde, después de acomodarme en uno de los sillones, uno de los camareros coloca silenciosamente una pequeña bandeja a mi lado. Uvas, galletas gourmet con queso añejo y un vaso enorme de sangría mezclada conforman el conjunto. Finjo tomar un sorbo de sangría antes de ponerla fuera del alcance de mi brazo.

Nadie se acerca a mí para hablar. Nadie me mira incómodamente ni susurra mientras pasan a hacer lo que sea que haga la gente de Demyen. Me dejan sola por mi propia cuenta. Se siente…

Aburrido.

Se siente increíblemente, demasiado aburrido.

No sé qué esperaba, después de todo. No solo de regresar después de El Calvario. Hubo mucho enmendamiento, conversaciones y, bueno… “recuperar el tiempo perdido” con Demyen y Bambi.

¿Dónde quedo yo? O, bueno dónde me siento, según sea el caso. ¿Soy una invitada? ¿Una ex empleada?

Una cosa es cada vez más clara: definitivamente no soy una prisionera.

Estoy tomando el sol del desierto, escuchando el canto de la fuente de mármol en la piscina, perdida en mis pensamientos que derivan en sueños de *lo que podría ser*. ¿Qué tipo de vida puedo tener si supero el daño que me hicieron en casa de Oleg? ¿Qué tipo de mujer podría permitirme ser ahora, que estoy segura y libre de tener una opción?

¿Por qué me duele el corazón cuando empiezo a imaginarme tomando a Willow y dejando este lugar?

No oigo el abrir y cerrar de las puertas de la casa principal. Realmente, no noto el movimiento del personal a mi alrededor. No es hasta que siento algo… *alguien*… grande y siniestro de repente a mi lado que me incorporo con un grito ahogado.

—Lo siento —dice Mako con una mano levantada en señal de disculpa—. No quise asustarte.

—Estoy bien —es una especie de mentira, pero más que todo la verdad.

—Solo quería que supieras que, si algo se vuelve demasiado, solo danos una señal y nos encargaremos de todo.

Frunzo el ceño. —Em… ¿está bien? —mi corazón se acelera, pero, como él parece tranquilo, me digo a mí misma que no hay ningún peligro inminente.

Mako asiente y se dirige a la casa principal. Parece estar comunicándose silenciosamente con alguien a través de la ventana de la puerta, porque después de algunos asentimientos rápidos, gira la manija.

Y casi inmediatamente es aplastado por la puerta cuando Willow entra corriendo.

—*¡Mami!*

Ay, Dios mío.

No me doy cuenta de que me levanto de la silla. Ni siquiera noto haberme movido en absoluto… básicamente me teletransporto a través del patio para tomar a mi pequeña en mis brazos y cubrir su dulce rostro con besos.

Y llorar.

Definitivamente, estoy llorando.

Tacha eso… estoy *sollozando*. También Willow, lo que me sorprende y me hace abrazarla aún más fuerte. Sus bracitos son una banda de acero alrededor de mi cuello, y no me importa si me asfixio en su abrazo. Es suficiente solo estar aquí con ella, abrazándola.

Lloro porque estoy tan aliviada. Por verla, abrazarla, saber que está tan bien cuidada. Incluso ahora, cuando miro por encima de su hombro, puedo ver a Mako y Bambi observando desde una distancia respetuosa. Ambos parecen aliviados y, al mismo tiempo, cautelosos.

Era de *mí* de quien estaba hablando… ahora me doy cuenta. Mako tuvo la presencia de ánimo para asegurarme que, si no podía manejar esto, si tal reunión era demasiado pronto, él y Bambi intervendrían para alejar a Willow y darme espacio.

La idea de que hagan eso casi me hace gruñir salvajemente. Definitivamente me aferro más a Willow. Sé que es lo mejor para nosotras, pero ella es *mi* pequeña. *Mi* bebé.

Bambi tenía razón. Willow me necesita, a su mami.

Y yo la necesito a ella.

También lloro porque estoy tan, tan, tan jodidamente aterrorizada de que todo esto pueda desaparecer en cualquier momento. Que de repente despertaré, atrapada debajo de ese hombre horrible, y una vez más estaré a mundos de distancia de mi preciosa hija.

Lloro porque quiero que esto sea real.

Necesito que esto sea real.

Y luego lloro, porque de alguna manera sé, sin lugar a dudas, que lo es.

Willow parece saber que mis lágrimas son más que alivio y felicidad. Ella no se separa de mí, pero alza una pequeña mano para acariciar un lado de mi cara.

Es entonces cuando la escucho. Tan suave, tan dulce, tan… tan perfecta.

La última vez que se la canté, trataba de mantenerla tranquila mientras nos escondíamos del monstruo que nos aprisionaba en su casa.

Ahora es Willow cantándome suavemente, ocultándome de la bestia cuyo mero recuerdo todavía me hace temblar y vomitar. Me sostiene cerca suyo. Sus deditos acarician ligeramente mi mejilla y me recuerda que hay cosas buenas esperando más allá del arcoíris.

Si los felices pajaritos azules pueden volar… ¿por qué yo no?

DEMYEN

Soy el puto gilipollas más grande del mundo.

—Sí, así que, ¿a qué te sabe ese pie? —canta Bambi desde el altavoz de mi teléfono.

—Te volveré a llamar —murmuro. Mis ojos nunca abandonan la pantalla de la computadora, mientras busco a ciegas el botón de Finalizar Llamada para colgar antes de que ella diga algo más para restregármelo.

¿Por qué?

¿Cómo?

Y de nuevo… *¡¿por qué?!*

El mensaje de voz en el que insistí tanto que no existía de ninguna manera, que Bambi definitivamente nunca me envió en ningún momento…

Me está mirando.

En la pantalla de mi laptop.

*En la puta carpeta de **Spam**.*

Casi no quiero hacerle clic. Cliquear confirmará o negará que durante todo este tiempo Clara ha estado diciendo la verdad. Me dirá que, o escuché exactamente lo que escuché esa fatídica noche en El Meridiano entre ella y su padre…

O yo, en mi infinita gilipollez, solo me fui y dejé que la mujer de mis sueños fuera tragada entera por sus pesadillas.

El ratón se mueve a paso de tortuga por la pantalla. Mi dedo se siente jodidamente pesado al descender para hacer ese clic.

Pero lo hago.

Hago clic.

Y me preparo.

Al principio, solo es estático. Luego… —*Cuida tu tono conmigo, jovencita*.

Cada nervio protector de mi cuerpo se eriza instantáneamente ante el sonido de Greg Everett hablando con Clara con ese gruñido amenazador. No me importa si él es su padre… perdió ese privilegio la primera vez que levantó una mano contra ella.

—¿O qué? ¿Me pegarás? ¿Me patearás como solías? Buenos tiempos, ¿verdad?

Esa es mi chica. Ese es el fuego en ella del que me enamoré, el mismo fuego que estoy decidido a ver avivado nuevamente, a pesar de todo por lo que pasó.

—Osita Clara…

—No entiendo por qué es tan difícil dejar a Martin. Le diste la espalda al tío Mike como si nada. ¿Qué es tan diferente ahora?

—¿De qué estás hablando?

Buena pregunta. Subo el volumen y me recuesto en mi silla, bastante impresionado por sus habilidades de investigación. Quizás necesite llevarla conmigo a un interrogatorio y dejarla hacer lo suyo.

Algún día.

Eventualmente.

Cuando no esté tan nervioso y listo para dispararle al viento por tocarla mal.

—Creo que sabes.

Greg se ríe. *—Estás disfrutas demasiado del champán gratis, ¿eh?*

—Michael Little fue envenenado.

Hay un largo silencio. Ni siquiera me doy cuenta de que estoy conteniendo la respiración hasta que mis pulmones empiezan a arder. Y luego—: *Michael Little fue disparado.*

—Lo fue. Pero eso no fue lo que lo mató.

—¿Y tú cómo sabes eso?

—No lo sé. Tú me lo acabas de decir.

¡Atrápalo, Clara! No trato de contener la sonrisa que se extiende por mi rostro al oír que ella usa sus propias palabras contra él. Joder, ella es increíble.

—Yo no… —otro silencio largo y pesado. Entonces, Greg deja escapar un profundo suspiro—. *Mierda. No pensé que jamás se supiera*.

Me congelo.

Y luego, rebobino la grabación y presiono el botón de reproducción nuevamente.

—No pensé que jamás se supiera.

Pausa. Rebobinar. Reproducir.

—No pensé que jamás se supiera.

Blyat'.

Esta es la confesión de la que hablaba. La que juré que no existía.

Dejo que la grabación siga reproduciéndose, tratando de no sentirme frustrado por el silencio incómodo y el crujido sutil, porque obviamente hay más. Obviamente, Clara debe haber estado tan anonadada como yo ahora.

—No lo envenené. Lo juro, Osito Clara. Quiero… no, necesito que lo sepas. Sé lo mucho que él significó para ti.

Patrañas, joder.

—Pero llegaste temprano a casa ese día. Y luego él vino a tomar un café…

—Sí. Para acabar conmigo.

Respiro hondo al mismo tiempo que escucho a Clara jadear audiblemente.

¿…Qué carajo?

—Sí. Me escuchaste. Mikey se dio cuenta de que estaba sobornando, así que me iba a denunciar de todos modos... Pero luego se enteró de que tu madre y yo teníamos algunos problemas matrimoniales, y supongo que decidió que matarme era mejor.

—"*Problemas matrimoniales*" —Clara suelta una carcajada. Su voz está llena de sarcasmo, y prácticamente enmarca la frase con comillas en el aire—. *Quieres decir que descubrió que la estabas golpeando.*

—Clara…

—Llámalo como era, Papá. Al menos, dale la dignidad de la verdad.

Mi sorpresa queda momentáneamente a un lado por el repentino orgullo que florece en mi pecho. La voz responsable de Clara también está haciendo todo tipo de cosas maravillosas debajo del cinturón.

Concentración. Necesito concentrarme.

—Tienes razón. La cagué. Mucho. Y Mikey se enteró, y ya sabes cómo era él. Eran como una familia para él. Yo también pensé que lo era, pero me dio la espalda y deslizó ese puto veneno extraño en mi café.

—Papá. Eso es una locura. Estás tratando de decirme…

—Me salvaste la vida, Osita Clara. No lo supe, no en ese momento. Pero, cuando llegó el informe del forense y vi que esa mierda de cuento de hadas fue lo que lo mató, lo supe.

No me doy cuenta de que tiré la taza de café al otro lado de la habitación hasta que el sonido de su rotura me saca de la repentina y cegadora rabia que nubla mi conciencia.

Pauso la grabación. Respiro hondo. Me digo a mí mismo que necesito escuchar todo antes de

sacar conclusiones precipitadas.

He hecho suficientes de eso para toda la vida.

—¿Cómo lo sabes? Podría haber sido yo. Podría haber sido yo quien lo envenenó.

Greg se ríe. De verdad, jodidamente se ríe. *—Dios mío, Clara. ¡Eres demasiado graciosa! ¿Una niña de ocho años cometiendo un asesinato con veneno? Cariño, he visto algunas cosas retorcidas en mi carrera. Y sí, me he encontrado con algunos niños asesinos que todavía me provocan escalofríos. ¿Pero tú, cariño? Por favor.*

—Podría. Tenía el libro.

Mi estómago se retuerce en un nudo. Cuestionó la idea con mis propias palabras, mi propia convicción de que ella era o alguna vez había sido, de una forma u otra, responsable del asesinato de Michael Little.

Escuchar al puto Greg Everett reírse en su cara ante la sola idea es escucharlo reír en la mía.

Lo desprecio, joder.

—Ese puto libro. Primero fue suyo, ¿lo sabías? Lo consiguió en una feria de libro escolar cuando hicimos una de esas asambleas antidrogas. Lo leía mientras patrullaba. Siempre le gustó la mierda vegetal. Solía bromear con él acerca de montar su propio invernadero y ganar mucho dinero, si sabes a qué me refiero.

Sigue hablando y hablando, recorriendo el camino de los recuerdos y comparando a Michael con Martin. Nunca conocí al primero, pero mi instinto me dice que era mucho mejor hombre que cualquier otra persona en este jodido pozo de víboras que es la policía de Las Vegas.

—Encontré esa mierda de lobo creciendo en el alféizar de su ventana. Después de la autopsia, quiero decir. Sabía que obviamente no tenías nada que ver con eso, y que tu madre había estado visitando a su amiga todo el día. Entonces, tuve que preguntarme: ¿cómo llegó el veneno allí?

—Él cultivó el veneno para ti.

Bueno… mierda.

Mi mente está tan llena de pensamientos, pensamientos oscuros, pensamientos culpables y pensamientos furiosos que hacen imposible escuchar lo que sea que alardea Greg después de lanzar la bomba. Es más fácil solo desconectarse de todo. Dejarlo sonar como el ruido blanco de mi meditación sobre a quién voy a asesinar primero.

¿Greg? ¿Martin? ¿Oleg? ¿Raizo?

Greg. Tiene que ser Greg.

—¿Qué tienes contra los Zakrevsky?

La pregunta de Clara me saca de esa tormenta mental. Me inclino hacia adelante en mi silla y subo aún más el volumen, como si la estática de fondo pudiera revelar pistas adicionales o respuestas ocultas.

—Se trata de control, cariño. Necesitas aprender eso. He estado tratando de enseñarte toda tu

vida. Hay que mantener las cosas bajo control en todo momento. Oleg sabía respetar las reglas. Pero ¿Tolya? Era un comodín. Él estaba fuera de control.

Ay, Greg.

Greg, Greg, *Greg*.

No tiene ni puta idea de cómo se ve un Zakrevsky "fuera de control".

Pero le prometo una cosa: está a punto de descubrirlo.

Salto de mi silla y camino de un lado a otro dentro de mi oficina mientras escucho el resto de la grabación. Escucho a Clara encajar las piezas del rompecabezas y escucho a Greg confirmar que fue él, de hecho, quien la secuestró esa noche. Todo parte de un complot jodido de cebo y cambio, para matar al que parece ser el único hombre decente en esta historia de mierda.

Lo escucho explicar cómo que Tolya hubiera hecho algo bueno y honorable era lo que lo hacía "incontrolable".

Escucho al detective Greg Everett, el oficial que lo arrestó, canturrear con orgullo su brillante plan para debilitar a la dinastía Zakrevsky porque no hay manera de que un joven advenedizo como yo pueda manejar las riendas de tal operación.

Y lo escucho admitir, con todo su pecho, con inmensa satisfacción, que le encanta hacer negocios lucrativos y repulsivos con Raizo Watanabe.

Negocios como derribar a la única Bratva que se interponía en el camino de los Yakuza. Como conseguir mujeres destrozadas de las calles a las que nadie echará de menos y venderlas a esa jodida red de prostitución enfermiza.

Cuando finalmente termina la grabación, la descargo en mi teléfono y tomo mis auriculares. Le envío un mensaje de texto rápido a Pavel para asegurarme de que nadie entre al gimnasio durante las próximas dos horas.

Voy a estar golpeando cosas.

Tirando cosas.

Y *planificando* cosas.

DEMYEN

En el gimnasio, golpeo sacos, maniquíes y paredes hasta que ya no puedo sentir mis puños. Hago press de banca con pesas que nunca me había atrevido a probar, y la rabia que corre por mis venas me hace sentir como si estuviera levantando plumas.

Hago sentadillas, corro, hago interminables series de dominadas y abdominales hasta que casi vomito.

La banda sonora de mi entrenamiento es La Grabación en repetición. La voz arrogante de Greg y la voz decidida de Clara bailan un tango verbal alrededor, y luego, de los detalles sucios de lo que realmente le sucedió a Michael Little.

El susurro en mi mente, que me recuerda que esto ha estado en mi carpeta de spam *todo el puto tiempo* es lo que finalmente me saca del gimnasio, y atravieso el complejo hasta mi pequeño escondite favorito.

Esta noche parece una noche de bourbon. Parte de mí se siente tentada a beber directamente de la botella. Dejar que el estupor de la borrachera llegue más rápido.

Otra parte me regaña por huir de mis problemas en lugar de enfrentarlos.

Esa segunda parte puede callarse y dejarme dormir un poco. Enfrentaré mis problemas con un plan de juego sólido por la mañana.

Estoy a la mitad de mi segunda recarga cuando el teléfono suena en mi bolsillo. Lo ignoro y vuelvo a mi bebida.

Un momento después, vuelve a zumbar.

—¿Qué? —grito cuando respondo.

—Corta la actitud. Necesito tu ayuda —la voz de Oleg retumba en el vacío.

Resoplo. —Vale. Déjame despertarme, porque sé que no acabo de escucharte pedirme ayuda.

—Ella escapó. Everett. Me drogó y me quitó la guardia. La necesito de vuelta.

Ahora, solo me río entre dientes. Sé con certeza que Clara no lo drogó… es demasiado orgulloso para admitir que una mujer lo golpeó en la cabeza y lo dio por muerto.

—Eso suena como problema tuyo. Que tengas una gran noche.

—¡También es tu problema! —grita Oleg en su teléfono—. ¡Es tu puto problema y me ayudarás a encontrarla y arrastrar a esa puta mentirosa de regreso a mi propiedad!

—No, no lo creo. De nuevo, que tengas un…

—Si me cuelgas, muchacho, volaré tu pequeño complejo en pedazos. No me pongas a prueba.

Yo suspiro. —Vale. Te seguiré la corriente —suspiro de nuevo y pongo los ojos en blanco—. ¿Cómo Clara Everett es mi problema?

Aparte de mantenerme en un estado casi constante de necesidad obsesiva de tocarla, olerla, saborearla y enterrarme dentro de ella.

—Es nuestra puta moneda de cambio. ¿No lo entiendes? ¿Por qué carajo crees que me molestaría con esa pequeña perra?

—No lo sé, y no me importa saber a quién le metes la polla o por qué.

Oleg suspira. —Puedo admitir que a veces disfruto demasiado del juego. Me arriesgo a perderme el premio —se aclara la garganta y se vuelve a concentrar—. Por eso estoy llamando. Necesito que la encuentres. Que la caces y la arrastres a mi hangar privado. Demonios, hazme un favor y actúa como su guardia personal durante el vuelo de regreso a Rusia. En este momento no confío en nadie más, *duratskiye okhranniki*.

Es típico de él maldecir a sus hombres en vez de aceptar la responsabilidad de sus propias acciones. Pero la parte que me hace apretar más el vaso es la parte de “volver a Rusia”.

—¿Rusia? Pensé que te habías ido.

Oleg gruñe. —Solo temporalmente. Una vez que tenga a esa perra en mi operación, Everett y la policía de Las Vegas no tendrán forma de traerla de vuelta sin pasar por mí.

—Así que… déjame ver si lo entiendo —otro trago de bourbon me da fuerzas para soportar esta conversación—. ¿Tu plan es secuestrar a Clara Everett, otra vez, y luego llevarla a Rusia, venderla a alguna violenta red de prostitución que puede matarla o no, y exigir un rescate a su padre y a la policía de Las Vegas?

—No cualquier rescate. *Tolya*.

Dejo el vaso con un ruido sordo, lento y sólido. —Tolya.

—Le dejaré muy claro a Everett y a sus idiotas colegas que, si alguna vez quieren volver a ver a Clara sana y salva, liberarán a Tolya y lo enviarán de regreso a Rusia.

—¿Y luego la traerás en avión a Estados Unidos? —no lo creo ni por un milisegundo.

Oleg resopla y confirma mis sospechas. —Absolutamente no. Si está muerta después de la larga lista de clientes que le preparé, la mantendré como mi esclava personal. Quizá incluso reproduzca a la perra como quería hacer antes de que huyera —se ríe—. ¿O quién sabe? Si haces un excelente trabajo ayudándome y ayudando a Tolya, quizás te la preste. Que te mojes la polla y desahogues tu ira con ella antes de que se la entregue a Tolya para que se divierta.

Me río como si me encantara su idea.

De hecho, me rio porque, *Dios mío*, la maldita audacia.

Y la idiotez. *Él no sabe que fui yo quien se la llevó*. Él no sabe cuánto significa ella para mí. Es prácticamente increíble.

La cuestión es que no puedo dejar a Oleg solo y sin supervisión. Pero, si voy a vigilarlo, tengo que meterme en su piel.

—Sí, claro —me sirvo un tercer vaso y lo bebo todo de un solo trago. Si voy a hacer un trato con el diablo, no lo haré sobrio—. Te ayudaré. Dame los detalles, incluyendo su vendedor.

El rayo de orgullo de Oleg prácticamente resuena a través del teléfono. —¡Ese es mi chico! Y que se joda todo con el vendedor. Puedo ver por qué se deshizo de ella. Raizo, *skol'zkiy ublyudok*, mantuvo la venta en el anonimato —él suelta otra risa—. Probablemente para evitar que la devuelva para obtener un reembolso. Sería más problemática de lo que vale si no valiera la vida de mi hijo.

Es un esfuerzo hercúleo mantener mi voz nivelada y distante.

—Envíame un mensaje de texto con sus datos. Última vez vista, marcas distintivas, etcétera. Recuerdo de quién estás hablando, pero no estaba prestando mucha atención.

—Por favor. Vi la forma en que la mirabas. En cualquier caso, enviaré a uno de mis hombres a tu casa y…

—Solo pásate por el casino —lo interrumpo—. De todos modos, allí hay una selección mucho mejor de importaciones. Y ni siquiera has visto a mis acompañantes todavía —me imagino que, si hay algo que atraerá a la bestia a mi trampa, es una mujer con poca ropa.

—Tuérceme el brazo —bromea—. Vale. ¿Y Demyen?

—Sí.

—No arruines esto. Llevas mi nombre, pero no dudaré en matarte si lo arruinas.

—El amor es mutuo, Otets —cuelgo antes de que pueda decir la última palabra.

CLARA

Pequeños pasos.

Pequeños pasos siguen siendo pasos en la dirección correcta. Al menos, es mejor que quedarse quieto.

Sigo diciéndome eso cada vez que siento que la duda me invade. Dudo que esté haciendo lo correcto con Willow cuando evito las cosas que solía hacer con ella.

Yo simplemente… *no puedo.*

La primera mañana después de que nos reunimos, lloré cuando ella se fue a la escuela. No fue la partida… fue la forma en que su dulce carita se puso triste cuando traté de explicarle amablemente que no podía llevarla sola a la escuela.

Lo que estaba tratando de decir era "mami está aterrorizada de perderte, de ser secuestrada, de pasar por encima de una mina terrestre, de caer en un pozo interminable y sin fondo…". Pero lo que escuchó debe haber sido algo así como "puedo; *solo no quiero*. No quería verte en el momento en que llegué a casa, así que ¿por qué querría pasar tiempo contigo en el coche?"

La segunda mañana, me dan la mayor sorpresa: Roxy se abalanza sobre mí con un abrazo gigante y un grito de emoción en el momento en que cruza la puerta. Aparentemente, Demyen le había enviado un mensaje de texto y la invitó al complejo.

Nos abrazamos, lloramos, nos pseudo gritamos porque le di "el susto más grande de su vida". Y luego no pregunta, simplemente me dice: *Cogeremos a la niña y conduciremos juntas hacia la ciudad.*

Intento hacerle saber que no estoy lista, pero ella me mira y me informa firmemente que voy a meter mi trasero en el auto incluso si tiene que atarme y arrojarme.

Es demasiado pronto para hacer chistes sobre secuestros, pero el sentimiento es suficiente.

Estoy hecha un manojo de nervios durante todo el viaje. ¿Qué pasa si nos atacan en el camino? ¿Qué pasa si los hombres de Oleg aparecen de repente en sus camiones y empiezan a disparar contra nuestros neumáticos? ¿Podré arrojarme sobre Willow y protegerla de las balas? ¿Podré protegerla del Amo?

Roxy no me obliga a dejar el auto cuando llegamos para dejar a Willow. Pero toma la mano de

mi pequeña y la lleva hasta mi lado del auto para que pueda abrir la puerta y darle un abrazo de despedida.

Pequeños pasos.

Una vez que Willow está a salvo en su salón de clases, pasamos por el autoservicio del café gourmet favorito de Roxy y me obliga a pedir el brebaje más elaborado, cremoso y azucarado, que normalmente nunca compraría para mí.

—Necesitas más carne en esos huesos, chica —insiste. Se vuelve hacia el barista y añade—: Vamos a pedir también una caja de pasteles. Dos de todo lo que hay en el menú.

Luego, dosis de azúcar en mano, nos lleva hasta un mirador para que podamos desayunar y contemplar la ciudad en paz. Cuando estaciona, señala lo tranquilo y aislado que está. —Si alguien intenta sorprendernos, lo sabremos. Y… —hace crujir sus nudillos amenazadoramente y me da una sonrisa de megavatio—. ¡*Ojalá* se atreva un hijo de puta!

Me río y le doy un codazo. —Te extrañé, Rox.

—También te extrañé, cariño.

Nos sumimos en un tranquilo silencio durante unos momentos, ambas masticando y sorbiendo con satisfacción. —Entonces —pregunta, con la boca llena de croissant espolvoreado con azúcar —, ¿cuándo nacerá el bebé?

Rápidamente, me ahogo con mi pastel de café.

Roxy me mira y sonríe. —Ay, vamos. Como si yo no me fuera a dar cuenta.

Ella realmente lo haría. No planeaba exactamente agitar una pancarta sobre mi cabeza, ni estaba planeando decírselo a ella, ni a nadie, por un *tiempo*.

Debí haber sabido mejor.

—¿Qué me delató? —sé que tiene extraños ojos de águila que notan pequeños detalles sobre personas que la mayoría de los demás pasarían por alto, pero, aun así. Necesitaba saber si hay algo que pueda alertar a Demyen sobre mi condición.

Simplemente… no estoy… lista. Aún no.

—Insististe en el descafeinado —Roxy bebe su frappé y se encoge de hombros—. Te conozco. Eres una perra de cuatro tragos cuando surge la oportunidad. La última vez que te recomendé el descafeinado, casi me arrancaste los ojos.

Compartimos una risa. Y luego, en el silencio ligeramente incómodo que sigue, asiento. Más o menos.

Roxy se enciende. —¡Ay, Dios mío! *¡Ay, Dios mío!* ¿Él sabe?

—¡No! —mi expresión debe ser inquietante, porque inmediatamente se pone seria y me frota el brazo.

—Oye. Oye, está bien. ¿Estás bien? —ella se endereza y frunce el ceño—. ¿Demyen te hizo algo? Sé que me contarás lo que ha estado pasando cuando estés lista, pero estuviste ausente

durante *semanas* y yo…

—No es… No —intento darle una sonrisa tranquilizadora—. Demyen no hizo nada. Malo. Quiero decir, no me lastimó ni dijo nada o lo que sea. Solo… ¿no estoy lista? No estamos precisamente eligiendo patrones de porcelana juntos, ¿sabes? No sé cómo reaccionaría al saber que estoy embarazada de su bebé.

—Ah, entonces *sí* es su bebé —ella asiente pensativamente—. Bueno saberlo.

Mis ojos casi se salen de mi cabeza. —¡¿De quién más sería?! ¡No soy ese tipo de chica!

—¡No sé! Chica, he estado allí. He visto su colección de macizos melancólicos caminando por ahí todos calientes y musculosos y… Bueno, puedes elegir. ¿Y después de Martin? Es como nadar en un tarro de caramelos.

Resoplo. Absolutamente *no* puedo elegir. ¿Y honestamente? Eso no me importa en absoluto. —Solo me he acostado con Demyen durante todo el tiempo que estuve allí. De hecho, es el único hombre con el que me he acostado desde que dejé a Martin.

Lo cual es un gran alivio, cuya verdadera profundidad nadie comprenderá jamás.

—Sí, bueno, podrías tenerlo peor. El chico tiene un cabello estupendo. Y tiene un aspecto decente.

—Tiene un cuerpo como de un dios griego.

Roxy arquea una ceja. —¿Pensé que era ruso?

—No conozco ningún dios ruso.

—Excepto Demyen, aparentemente.

Nos reímos y volvemos a destrozar la caja de pastelería. Es la mayor cantidad de comida que he comido de una sola vez desde que regresé de El Calvario y, de alguna manera, Roxy sabía que era exactamente lo que necesitaba.

~

A LA MAÑANA SIGUIENTE, me levanto antes que Willow y soy yo quien la ayuda a saludar el amanecer. La forma en que su rostro se ilumina cuando me ve a su lado… Es como un bálsamo calmante para las heridas psíquicas abiertas que todavía estoy cuidando. Ella sonríe, me rodea el cuello con los brazos y felizmente me deja sacarla de la cama y darle un gran abrazo de oso.

No sé si alguna mañana volveré a sentirme “normal”, pero cada mañana que llega es un recordatorio de que estoy aquí. Esto es real.

Estoy a salvo, Willow está a salvo y nos tenemos la una a la otra.

Estamos sentadas en el comedor, trabajando juntas en los rompecabezas en la parte posterior de la caja de cereal mientras masticamos canela y azúcar, cuando Demyen oscurece la puerta.

—¡Demmy! —Willow felizmente salta de su silla y corre hacia él. Él la abraza y le da un

gruñido juguetón mientras la acaricia con su barbilla desaliñada.

—¿Cómo está mi cachorra esta mañana? —besa su mejilla y se frotan las narices.

Besos de conejito. Demyen Zakrevsky, el gran jefe de Bratva, el rey del inframundo de Las Vegas… está dándole *besos de conejito* a mi hija de cinco años.

Y… y ella se los está devolviendo.

Quizás en realidad necesitaré pellizcarme.

Por otra parte, algo ya me está pellizcando. En mi corazón. De una manera que me emociona y al mismo tiempo me aterroriza.

Supe desde el primer día que me sentía atraída por este hombre. ¿Cómo podría no estarlo? Es asombrosamente guapo, diabólicamente encantador, tiene un gran sentido del humor y, a pesar de que cada célula lógica de mi cerebro grita *huye*, su lado peligroso es algo que me hace morderme el labio inferior y curvar los dedos de los pies.

Pero él me lastimó.

Traicionó mi confianza.

Me ofreció el mundo y luego me lo arrancó todo.

Y luego… ¿regresó? Que, supongo, ¿cuenta para algo? Simplemente no puedo lanzarme hacia él como solía. O como solía desear.

Excepto que ahora, él no solo adora a mi hija… sino que actúa como si fuera suya. Como si ella *siempre* hubiera sido suya.

Eso afecta mucho el corazón de una madre. Cosas que realmente no necesito que haga. No mientras las heridas aún están frescas.

A menos que… ¿podría esto significar que se están curando? ¿Solo un poco?

No sé. Mierda, ya no sé nada.

—¡Dios mío! —Demyen exclama con fingida sorpresa insultada—. ¿Estás haciendo nuestro crucigrama sin mí?

Willow se ríe y señala su silla, así que él la carga y la deja en ella. —¡Le estoy mostrando a Mami hasta dónde llegamos! ¿Verdad, Mami?

No sé cómo no me di cuenta: las palabras ya resueltas en la mitad del crucigrama en el centro de la caja. También hay tres en raya y un laberinto en el que estábamos abriéndonos camino. Pero mientras entrecierro los ojos para ver el crucigrama, me doy cuenta de que las letras escritas a lápiz definitivamente no son la letra de nivel principiante de Willow.

Son de Demyen.

Se acomoda en la silla junto a Willow, que se mueve felizmente en su asiento y me lanza una sonrisa emocionada. —Vale, ¿qué tenemos hoy? Tres abajo. ¿Qué dice?

—Ah, ella no puede… —empiezo a decir en voz baja, pero Demyen levanta un dedo donde su brazo descansa sobre el respaldo de su silla.

Willow acerca la caja. —Le… can-lo…

—Canto —corrige Demyen—. Pero muy cerca. ¡Buen trabajo! Sigue adelante.

—Canto —Willow asiente con orgullo una vez y continúa—. Le canto… a… la… luna… y me… veo… ¿co… mo?

—Como.

—¡Como! ¿Tu…?

—Lo tienes. Continúa —él le frota suavemente la espalda durante un segundo para animarla.

—Tu a… amiiii…

Demyen mira la caja con ojos entrecerrados dramáticamente. —Esa es una difícil. ¿Necesitas ayuda?

—¿Puedo pronunciar cada sílaba?

—Eso es lo que normalmente haríamos, ¿no? Pero estoy pensando que esta vez podría ser uno de esos bastardos complicados.

—¡Demyen! —jadeo y luego me río—. ¡Grosero!

Willow me sonríe. —Está bien, Mami. Sé que no tengo permitido decir malas palabras. Solo los adultos pueden hacerlo.

Ay, Dios mío… ¿qué tipo de malas palabras ha aprendido a "no decir"? Sonrío y le froto la espalda tal como lo hizo Demyen, aunque le disparo una mirada de *¡¿Qué diablos?!* a lo que él responde con un encogimiento de hombros ni tan arrepentido.

—A… mi… ¿a-mi-jo?

Demyen le sonríe con orgullo y se recuesta en su silla. —¡Muy, *muy* cerca! Buen trabajo, *dochen'ka*.

Willow se desploma con un suspiro. —No lo dije bien.

—Oye. Ya —le mete un dedo debajo de la barbilla y le levanta suavemente la cara para mirarlo —. ¿Qué decimos sobre los aciertos y los errores?

Willow suspira. —Incluso si es solo un roce, sigue siendo un éxito.

Él arquea una ceja. —¿Y…?

—E incluso si fallo, igual tengo más intentos.

Demyen le revuelve ligeramente el cabello y sonríe. —Esa es mi chica. Ahora bien, ¿quieres saber cuál es la palabra? ¿O quieres otra oportunidad?

No puedo creerlo. Mi bebé está aprendiendo el Método Fonética de Sicarios. Yo… no sé cómo

procesar esto.

Willow arruga la nariz mientras piensa. Luego asiente afirmativamente. —Creo que necesito ayuda esta vez.

—Buen trabajo pidiendo ayuda. Estoy orgulloso de ti —cuando él levanta la mano para chocar esos cinco, ella la golpea fuerte y se dan una especie de apretón de manos secreto que definitivamente no conozco—. La palabra es "amigo".

—*Amigo* —repite. Vuelve a la caja y empieza de nuevo—. Le canto… a la luna… y me veo… como tu… amigo. Cuatro letras.

—Hm… —Demyen se acaricia la barbilla, pensando profundamente—. Ese es un buen acertijo. Creo que podría dejarme perplejo —su mirada se dirige a la mía—. ¿Qué piensas, Mamá?

Creo que he entrado en un universo alternativo… eso es lo que pienso. Me quedo boquiabierta y sacudo la cabeza, estupefacta. Solo que no por el crucigrama. —Oye, no lo sé. ¡Esa *sí* es buena! ¿Qué le canta a la luna?

—¡Un lobo! —Willow exclama de pronto. Alza los dedos y cuenta las letras con cuidado lo mejor que puede—. Lobo. Lo… ele… o… —mira a Demyen en busca de ayuda. Él asiente para animarla, pero no hace nada más que pronunciar las letras con ella.

—Be… o… ¡Cabe!

Demyen choca sus cinco nuevamente y hace un puño de victoria. —¿Tienes el lápiz?

Willow chasquea los dedos… otro acontecimiento sorprendente; *¿cuándo aprendió a hacer eso?* …y salta para encontrar el lápiz que aparentemente usan para el crucigrama.

Mientras hurga en el cajón de los utensilios, Demyen se encuentra con mi mirada con una mirada un poco más caliente. O tal vez… ¿tal vez no esté caliente? Es *diferente* definitivamente. Más o menos. No tengo idea de cómo, pero lo es.

Me ofrece una sonrisa torcida y está a punto de decir algo cuando Willow regresa saltando. Inmediatamente, la mirada algo acalorada se convierte en otra cosa mientras él vuelve a centrarse en ella.

Ella le entrega el lápiz y lo observa escribir cada letra en los cuadritos.

—Ele… o… be… ¡o! —anuncian juntos.

Mi corazón ya no me pellizca. Solloza, abrumado por una alegría y un orgullo abrumadores y… y… *amor*.

Amor por Willow, por supuesto. Obviamente. Pero también por… ¿Me atrevo a pensarlo? ¿Es demasiado peligroso?

No pensé que fuera posible, especialmente después de El Calvario. A pesar de sus explicaciones y disculpas, todo parecía un poco demasiado tarde.

Y aun así. *Y aun así*. Aquí estamos. Aquí están *ellos*, compartiendo un vínculo y un ritmo que nunca en un millón de años esperé que Demyen no solo aceptara, sino que alentara. Él le está

enseñando a leer, a deletrear, a superar esas pequeñas inseguridades que naturalmente nos devoran por dentro.

Por encima de todo, él la ama de una manera tan clara y obvia. Tanto como ella lo ama, si no más.

Demyen mira el reloj que lleva en la muñeca y suspira. —Bueno, chiquilla, es hora. Vamos a lavarnos los dientes y a coger tu mochila. ¿Obtuviste tu lonchera de Gloria?

Doy unas palmaditas a la pequeña bolsa sobre la mesa. —La tenemos.

Él sonríe y luego me guiña un ojo. —¿Le preguntaste a Mami si le gustaría venir?

Willow gira de inmediato en su silla y cruza las manos. —¿Por favor, Mami?

—¿Con café y crema? —añade Demyen.

—¡Sí! ¿Por favor, Mami? ¿Con café y crema?

No puedo contener la sonrisa ni la risa que se suelta. —¡Vale! Vale, iré. ¿Quieres que te lleve tu lonchera?

Willow me abraza fuerte. —Sí, por favor. Solo hasta que lleguemos a la escuela. Entonces, puedo llevarlo yo sola.

Una vez más, Demyen se encoge de hombros ante mi expresión perpleja. —La niña es independiente. Y fuerte.

Ambos flexionan sus músculos para mí, luego se ríen y se toman de la mano mientras él la lleva al baño para lavarse los dientes. Mientras los veo caminar por el sendero entre los dos edificios, no puedo controlar la abrumadora y confusa mezcla de emociones que pululan por mi visión y me pican los ojos.

No. No lloraré. Si sigo llorando por cada pequeña cosa, me voy a morir de deshidratación.

Pero tal vez, solo por un momento, pueda derramar una lágrima de felicidad, porque mi hija finalmente encontró un padre.

CLARA

Nos sentamos en el estacionamiento de la escuela de Willow por solamente un segundo… es todo lo que ella nos permitirá antes de tomar su mochila y su lonchera e intentar desabrochar su asiento elevado con una mano.

Demyen salta del lado del conductor para ayudarla. Ella se queda quieta el tiempo suficiente para que le desabrochen el cinturón, luego él la saca, ella salta sobre sus pies, se dan la mano y se van a la escuela.

Pero se detienen en la acera, luego giran y me esperan.

¿Puedo hacerlo? ¿Puedo obligarme a bajar del coche?

Demyen no me indica que me quede o que me una a ellos, pero tampoco le dice a Willow solo "ven, vámonos". Se limita a quedarse allí, paciente, mientras Willow me hace señas para que me una a ellos.

Puedo hacer esto.

Por ella, puedo hacer esto.

Salgo lentamente del auto. Willow celebra con un "¡Yaayyy!" y salta arriba y abajo con sus zapatillas nuevas. Ella me tiende la mano y una vez más se convierte en el centro de nuestro pequeño sándwich familiar.

Ay, Dios… acabo de pensar en nosotros como una *familia*.

Le lanzo una mirada rápida y preocupada a Demyen. Él simplemente me sonríe y continúa tomando su otra mano mientras caminamos juntos a clase.

No conoce mis pensamientos. No violé ninguno de nuestros límites tácitos. Bien.

—¡Adiós, Mami! —Willow me alcanza, así que me agacho y le doy un abrazo y un beso en la puerta del salón de clases—. ¡Adiós, Demmy!

Cuando ella hace lo mismo con él y él se agacha para darle un abrazo y un beso en la mejilla, no sé si me siento abrumada por el amor, el alivio o la excitación.

Porque seamos honestos: hay algo increíblemente atractivo en un hombre maravilloso que también es un gran padre.

Demyen saluda a la maestra en el salón de clases. Ella sonríe y le devuelve el saludo… luego me mira con sorpresa y alegría y saluda todavía más fuerte. Alzo la mano, sintiéndome un poco incómoda, pero luego recuerdo lo que había mencionado Demyen sobre el progreso de Willow en la escuela. El personal sabía de mi desaparición, y la ayudaron a superar el trauma emocional tanto como pudieron.

—¿Ellos…? —no sé cómo preguntar lo que ni siquiera estoy segura de preguntar.

—Se dice que fuiste víctima de un secuestro —confirma Demyen en voz baja mientras nos volvemos para caminar de regreso al estacionamiento. Como si fuera la cosa más natural del mundo, se agacha y toma mi mano entre las suyas—. Obviamente, no conocen los detalles, pero sentimos que era mejor difundir los chismes con un poco de verdad para que todos supieran que debían tratarte con cuidado. Y respeto.

—Porque la única otra posibilidad es que la abandoné —me revuelve el estómago, pero no puedo culpar a nadie por preguntarse.

—No te preocupes —me asegura con un suave empujón—. Entre la sutil campaña de chismes y las declaraciones no tan sutiles de Willow acerca de que eres la mejor mami del mundo, tu reputación está a salvo.

Eso me hace sonreír. Puedo imaginarme a Willow haciendo carteles al respecto y gritando con todas las fuerzas de su vocecita que tiene la mejor mami del universo.

Rezo para poder seguir siendo eso para ella.

—Oye —dice Demyen en voz baja cuando llegamos al coche. Su mano cubre el costado de mi cara—. ¿Estás bien?

Lo pienso. —¿Honestamente? Sí. Creo que lo estoy.

Él frunce el ceño con preocupación. —¿Estás segura? Sé que esto ha sido mucho y no quiero meterte en algo con lo que no te sientas cómoda, pero yo…

Mi mano cubre la suya y me inclino un poco más hacia él. —De verdad, estoy bien. Solo estoy… estoy tratando de ponerme al día. Hay mucho que seguir, pero lo estoy haciendo. Y estoy tan… —miro a mi alrededor para asegurarme de que estamos realmente solos por el momento—. Estoy tan jodidamente feliz.

Porque lo estoy. Al menos en lo que respecta a la relación entre Demyen y Willow. Estoy tan jodidamente feliz y tan jodidamente *aliviada*.

Él sonríe. —Bien. Porque quiero llevarte a un lugar. ¿Está bien?

Asiento. No diré que estoy saltando por la oportunidad de estar al aire libre donde cualquiera pueda dispararnos, pero tengo que mantener esta práctica de dar pequeños pasos.

A veces, los pequeños pasos se topan con una carrera.



DEMYEN me trajo a uno de mis lugares favoritos en toda Las Vegas: el jardín botánico al aire libre, con museos y senderos que serpentean a través de ocho hermosos acres de plantas exóticas.

Estoy tan feliz que genuinamente podría llorar.

Pero no lo hago, porque estoy decidida a dejar de llorar por fin por cada pequeña cosa.

Soy una chica grande. Puedo manejar mi mierda.

Esta vez, Demyen no me toma la mano. De hecho, parece un poco incómodo bajo el cuello abierto de su camiseta Henley.

Caminamos en silencio durante un buen tramo del camino principal. Quiero preguntarle qué tiene en mente, pero tampoco quiero romper este silencio terapéutico. Los pájaros cantan en el árbol de Josué en lo alto, donde encontramos un banco para sentarnos y descansar, protegidos del sol del desierto.

—Vale —Demyen suspira y se frota la nuca mientras contempla el follaje—. Entonces… te debo una gran puta disculpa.

El sarcasmo que hay en mí quiere decir: *Eufemismo del año*. Pero lo dejo a un lado y simplemente lo miro. —¿A qué te refieres?

—Encontré el mensaje de voz.

Lo juro, hasta los pájaros se callan. Mi corazón definitivamente lo hace.

Tragando saliva, asiento lentamente y me recuesto en el banco. —Entonces… ¿esto significa que me crees?

—Sí —su respuesta llega sin una pizca de vacilación.

De repente, un peso enorme sale de mi pecho. Ni siquiera me di cuenta de que lo llevaba conmigo hasta ahora. Es extraño cómo la ausencia puede hacernos descubrir algo que siempre hemos tenido. —¿Confías en mí?

Ante esto, Demyen sí duda. No debería sorprenderme ni dolerme. Quizá di un paso demasiado lejos al alcanzar la milla cuando él solo me dio una pulgada.

Pero luego, se sienta erguido y frunce la nariz. —No soy bueno confiando en la gente. Nunca lo he sido, ni siquiera cuando era niño. Descubrí desde el principio que nadie cumple su palabra. Aunque confío en la evidencia —se apoya en el banco y por fin me mira—. Siempre lo he hecho. Curiosamente, quería ser detective cuando fuera mayor.

Eso me pilla completamente por sorpresa. —¿Qué? ¿En serio?

Demyen se ríe y asiente. —Hice el anuncio cuando tenía, como, ¿siete? ¿Ocho, tal vez? Sería un detective de policía en toda regla, resolver asesinatos y capturar ladrones.

—Ay, Dios mío. Apuesto a que tus padres solo estuvieron… —sacudo la cabeza.

—¿Cabreados como el infierno? Puedes apostar que sí. Excepto por mi mamá, que no estaba presente para escuchar mi anuncio ni presenciar la forma en que mi padre literalmente me quitó la idea a golpes. Nadie que llevara el apellido Zakrevsky jamás se dedicaría a hacer cumplir la

ley. No mientras él pudiera hacer algo al respecto.

Intento imaginar a Demyen con una placa. Demonios, incluso él con un uniforme azul básico como policía novato es casi imposible de evocar.

Pero luego, me doy cuenta. —¿Puedes imaginártelo? ¿Estar en el mismo equipo que mi padre? ¿Que *Martin*?

Hace una mueca y se ríe con amargura. —Sí, no estoy exactamente desconsolado por perder la oportunidad de acompañar a Greg Everett o abusar de mi poder con Martin. —su sonrisa se desvanece en algo mucho más culpable—. Así que, para responder a tu pregunta, no puedo prometerte que de repente podré confiar en ti tanto como te mereces. Pero puedo prometer absolutamente, sin lugar a dudas, que te creo. La confianza vendrá. Lo estoy intentando.

No debería aprovecharme. Realmente, no debería. Pero esta es una de esas discusiones que merece una aclaración seria para que nadie esté en la página equivocada. —¿Qué es lo que crees?

—Sé que no mataste a Michael Little. No intencionalmente, y definitivamente no con ningún conocimiento de ese estúpido veneno o el café o… solo… —se frota la cara con una mano—. Y sé que no tuviste otra opción cuando testificaste. Se ha vuelto bastante obvio que Greg te sacó ese testimonio a golpes para cubrir su propio trasero.

Asiento y trago fuerte. Me alegro de que estemos sentados en un banco, porque estoy bastante segura de que estoy a punto de arrodillarme en agradecimiento.

En cambio, me dejo caer contra el respaldo de piedra con una respiración pesada que siento como si estuviera exhalando cada molécula de tensión, estrés y ansiedad que toda esta terrible experiencia ha provocado en mi cuerpo.

Alguien finalmente me cree.

Demyen finalmente me cree.

No sé cuánto tiempo pasamos sentados así: yo completamente en silencio y sin aliento, Demyen frunciendo el ceño ante las flores del desierto como si lo estuvieran juzgando.

Cuando vuelve a hablar, vuelvo al presente y lo encuentro arrodillado en la arena a mis pies. Sus manos descansan sobre mis rodillas mientras me mira con ojos brillantes y relucientes. —¿Clara?

Parpadeo. —¿Sí?

—¿Recuerdas esa noche que nos conocimos? ¿En el hotel?

—Por supuesto —susurro—. ¿Cómo podría olvidarlo?

—Quiero volver a eso.

No quiero fruncirle el ceño y desanimarlo, así que, en lugar de eso, toco su mano. —¿Qué quieres decir?

Suspira profundamente. —Antes de sumar dos y dos, antes de saber quién eras… te deseaba. Te deseaba *a ti*, Clara, y no solo en mi cama.

Todo el aire desaparece de mis pulmones. Solo puedo tragar y parpadear, esperando que continúe

para no empezar a preguntarme si estoy soñando. O alucinando.

—Eras tan hermosa, entonces y ahora. Pero, de alguna manera, me di cuenta de que tienes esta belleza por dentro y una fuerza y un fuego en esta combinación perfecta que no sabía que estaba buscando. Te quería a mi lado, como mi mujer y mi amante, y solo…

Realmente, realmente no quiero empezar a llorar. Pero maldita sea, no es justo. No es justo descubrir todo esto, escucharlo directamente de él, cuando ya es demasiado tarde.

Cuando estoy más allá de la redención.

Demyen mete mis dedos dentro de su puño. —La cagué, Clara. La cagué muchísimo. No debería haberlo hecho, pero lo hice… y te traté como una mierda. Te quiero, te *necesito* como necesito aire, y aun así te traté como una mierda.

Solo cuando se le quiebra la voz me doy cuenta de que está llorando.

—Lo siento mucho. Lo siento mucho, Clara. No merezco tu perdón, así que no puedo pedirlo. Solo quiero saber si todavía tenemos una oportunidad. Cualquier posibilidad de empezar de nuevo.

Empezar… *¿qué?* ¿Qué acaba de decir?

—Yo… —mi boca lucha por formar palabras. Y entonces, de la nada, se activa un interruptor en mi cerebro y no puedo callarme—. No lo sé, Dem. Realmente, no lo sé. Quiero decir que podemos, de verdad quiero. Quiero decirte que no ha sido del todo malo, que en realidad tenemos recuerdos maravillosos.

Y que estoy embarazada de tu hijo.

—Pero eso es el abuso. Dar promesas y quitarlas. Es lo que Martin me hacía todo el tiempo… Demonios, es lo que solía hacer mi padre —respiro temblorosamente hondo y miro las flores del desierto para poder mantenerme concentrada—. He oído mentiras tan bonitas. Me han prometido tantas cosas hermosas, futuros perfectos, y cada vez, sin falta, he sido una maldita idiota por creer en ellos.

Joder. Aquí vienen las lágrimas.

Pero a veces hay que dejarlas salir.

Me nublan la visión cuando vuelvo a mirar a Demyen. Mi voz se ahoga por el creciente nudo en mi garganta. —Me prometiste el mundo. Prometiste mantenerme a salvo. Dijiste que era tuya y que nunca dejarías que nadie me tocara. Y luego *me vendiste*. Sé que no sostuviste el mazo. No dijiste los precios ni me llevaste al bloque de subastas. Pero tú organizaste todo el evento. ¡Tú fuiste el *anfitrión*, Demyen!

Mi voz tiembla cuando empiezo a recordar los rostros de mujeres que nunca más serán vistas. Por *su* culpa. Por lo que *él* hizo. Por lo que *él* escogió.

Joder. Estoy temblando.

Aprieto los puños a los costados y trato de concentrarme en la respiración. Dentro, fuera. Dentro… *No perderé la cabeza aquí en público*… Fuera… *O me desquitaré con él mientras se*

disculpa.

Demyen parece sombrío. Pero no se mueve, no se aparta, ni siquiera mira hacia otro lado. Todavía está allí arrodillado, tocando mis piernas, aceptando cada palabra que sale de mi boca, para bien o para mal.

—Lo sé —dice finalmente después de lo que parece la pausa más larga del mundo—. Lo sé, y no tengo las palabras adecuadas para decirte lo profundamente que me arrepentiré de ello por el resto de mis días.

Ya me lo ha dicho. Pero ayuda escucharlo de nuevo. Y una y otra vez, hasta que realmente empiece a creerlo.

Mejor aún… hasta que realmente empiece a *verlo*.

—¿Quieres compensarme?

Sus ojos brillan de esperanza.

Me levanto del banco, efectivamente también alejándolo. —Empieza por tratarme como a un ser humano. Deja esa mierda de macho alfa y trátame como a un puto *igual*. Eso es lo que quiero. Eso es lo que necesito.

No espero una respuesta. No sé si quiero una ahora mismo. Todo lo que quiero hacer es pisar fuerte el camino hasta que las ganas de gritar ya no sean tan fuertes.

DEMYEN

Me acaban de patear verbalmente el trasero.

Me lo merecía, de eso no hay duda. Aún estoy sentado aquí, aún en shock por eso.

Y entonces, de la puta nada, una sonrisa se dibuja en mi cara.

Su fuego…

Está de vuelta.

Ha vuelto y apunta directamente a mí. Pero no me importa, me siento honrado, incluso, de ser quien aviva sus llamas y la acerca más a su antiguo ser.

También tiene razón en todos los aspectos. Especialmente la parte que no dijo en voz alta pero que tenía grabada en toda su cara: mi participación, mi complicidad, le costó la vida a decenas de mujeres inocentes.

¿Quién sabe cuántos niños no volverán a ver a sus madres?

Sé que tengo muchísimo trabajo por hacer para hacer las cosas bien.

Lo primero de esa lista: arreglar las cosas con Clara.

Y eso comienza con poner todas nuestras cartas sobre la mesa y romper la red de falta de comunicación en la que estamos constantemente enredados.

Encuentro a Clara caminando por uno de esos jardines de rocas laberínticos que la gente dice que te ayudan a encontrar una respuesta a la pregunta que hiciste al comienzo del laberinto. No estoy seguro de si ella hizo una pregunta sobre mí, como si debería o no poner mis bolas en un frasco sobre la repisa de la chimenea, pero estoy bastante seguro de que he tomado una decisión sobre ella.

—No te seduje solo para castigarte —le digo sin preámbulos una vez que entro al camino del laberinto. Un par de turistas al azar miran en nuestra dirección, pero no me importa—. Fue en serio lo que dije: te deseaba. Solo a ti. *Clara*. No Clara Everett, Testigo Clave. Y, mierda…

Tengo que decírselo. Tengo que ser honesto con ella y esto implicará ser honesto conmigo mismo. Incluso si me hace sentir como si mi pecho estuviera a punto de estallar.

—Seguí encontrando razones para odiarte, para *no* desearte, porque no podía soportar el hecho de que te deseaba. Que realmente me importabas. Que yo…

Clara se detiene a medio giro en una de las ramas del laberinto. Ella no me mira, pero sé lo que está esperando que le diga.

Lo que *yo* estoy esperando decir.

—Tuve que seguir diciéndome todas las razones por las que no se me permitía amarte. Porque, maldita sea, te amé en el momento en que entraste a esa habitación de hotel.

Fue en serio lo que le dije hace un momento: no confío en la gente. La confianza es peligro. La confianza es vulnerabilidad. La confianza es abrirte el pecho y dejar que el mundo te queme vivo de adentro hacia afuera.

Eso es lo que vi que mis padres se hacían entre sí y eso es lo que asumí que venía con amor, un paquete. No podrías conseguir uno sin el otro.

Pero lo que he decidido es que…

Ya no me importa.

Clara Everett puede destrozarme si eso es lo que decide. La dejaré. Me pararé en medio de este estúpido laberinto y me rendiré a lo que pueda surgir de esto.

—Te amo, Clara. Estoy jodido de la cabeza y no tengo idea de cómo ser un buen hombre o una buena pareja. Pero te amo. Y aunque soy una mierda admitiéndolo o incluso aceptándolo, sé que amarte significa que no puedo pedirte nada. No puedo pedirte que me perdones, ni siquiera que me ames. Lo único que puedo hacer es ofrecer. Así que esto es todo. Este soy yo ofreciendo. Poniéndome todo a tus pies y diciendo que es tuyo para hacer con él lo que quieras. Ámame también o no. Acéptame o exíliame al desierto. Es tu elección. Tu poder.

Silencio.

Un pájaro gorjea. Las rocas se mueven sobre la arena.

Más silencio.

Muy lenta y silenciosamente, ella arrastra los pies hacia mí. Está indecisa y asustada, y no la culpo.

Así que me arrodillo y le muestro que hablo en serio.

Ya terminé de quitarle. Todo lo que voy a hacer a partir de ahora es *darle*.

El silencio se prolonga tanto que estoy casi seguro de que ya no me va a hablar más. Pero luego toca una piedrecita y suspira. —Estoy tan asustada, Demyen. No, tacha eso… estoy jodidamente aterrorizada. No solo de despertarme y descubrir que todo esto ha sido un largo sueño y que en realidad estoy de vuelta en ese… ese…

Cuando ella comienza a ahogarse, me pongo de pie para poder tomarla entre mis brazos. No hay lucha en su cuerpo. Solo miedo, ansiedad y necesidad.

Ella apoya su cabeza en mi pecho. Luego entierra su rostro en él.

—Tenía tanto miedo de amarte. Y parece que cada vez que finalmente siento que estamos en un buen lugar… *Pum*, justo así, ya no lo estamos —puedo sentir la humedad de sus lágrimas en la piel de mi garganta—. No me importa el dinero, ni el prestigio, ni las piscinas con fuentes de mármol —Clara suspira y echa la cara hacia atrás para parpadear hacia mí—. Todo lo que siempre quise eras solo tú. Y tu respeto. No como, "Inclínate ante mí" ni nada por el estilo. Solo el respeto que le das a un igual. Es todo lo que siempre quise de alguien en mi vida, y yo solo… pensé que finalmente serías el primero en dármelo. Así que, si me vas a dar algo, dame eso. Solo trátame como un ser humano. Como una persona con pensamientos y sentimientos, con sueños que vale la pena perseguir. Como alguien que podría tener razón de vez en cuando —su voz se vuelve muy baja de repente—. Como alguien que te ama y solo quiere lo mejor para ti.

Le inclino la cara hacia arriba para que me mire. *Joder*, esas largas pestañas brillan con sus lágrimas y quiero besarlas todas y cada una de ellas. —Te haré algo mejor. Te trataré como a una reina. *Mi* reina.

Se sonroja. Niega con la cabeza, pero oh, definitivamente la vi sonrojarse. —No quiero ni necesito todo eso. Solo quiero ser parte de tu mundo. Tu vida. Tu equipo.

Presiono mis labios contra su mejilla y pruebo una de sus lágrimas mientras rueda por su suave piel. —Te amo, Clara Everett —le doy otro beso en la frente—. No eres parte de mi mundo; *eres* mi mundo. Tú y Willow, ambas. No puedo creer que haya sido tan estúpido como para casi perderte. Nunca dejaré de demostrarte que lo digo en serio.

Ella se aleja, pero solo lo suficiente para estudiar mi rostro. Para ver que hasta el último detalle de esto es real.

Y luego, *dulce cielo misericordioso*, me besa.

CLARA

Mi mundo gira sobre un eje roto.

Y, sin embargo, de alguna manera todavía estoy en órbita.

Demyen me ama. Él me *ama*. Él me dijo directamente, en términos muy claros, que me ama. Que está enamorado de mí desde aquella primera noche en El Meridiano.

Nos besamos, aunque no se lo dije de vuelta. Él no me lo pidió. No estoy segura de poder hacerlo en este momento y, de alguna manera, me siento mejor sabiendo que él realmente está bien con eso.

No es que *no* lo ame.

Es solo que… no sé si puedo darle el tipo de amor que se merece cuando estoy luchando por dármelo a mí misma.

El tipo de amor que *perdona*.

Que *cura*.

Que *olvida*.

Entonces, lo que hice fue besarlo. Besarlo y rezar para que de alguna manera pueda sentir en ese beso que necesito más tiempo para resolver las cosas.

Creo que tal vez entendió un poco de eso. Porque, cuando dimos un paso atrás, igual nos tomamos de la mano y nos quedamos muy juntos. Salimos juntos del laberinto, uno al lado del otro, y avanzamos por el camino.

Y luego nos besamos de nuevo.

Y otra vez.

Podríamos haber hecho un poco más si no fuera por otro pequeño grupo de turistas avanzando por el camino hacia nosotros. Demyen entrelazó sus dedos con los míos y nos sacó a ambos de allí antes de que alguien pudiera tropezar con nuestras extremidades desnudas, retorciéndose en medio del sexo de reconciliación.

Ahora estamos en el coche, sentados en un silencio semi cómodo. Todavía tomados de la mano,

a pesar de que está conduciendo.

No es que haya ninguna incomodidad entre nosotros. Creo que la parte "semi" proviene del hecho de que ambos sabemos que tenemos una montaña de problemas que superar si queremos hacer que estoy funcione.

Entonces, decido dar un gran paso por mi cuenta. —Oye.

Demyen sonríe y lleva el dorso de mi mano a sus labios. Presiona un beso allí. —¿Sí?

—¿Quizás… quieras salir alguna vez? Solo tú y yo. Y una cena a la luz de las velas.

Realmente soy más una chica de hamburguesas con queso y papas fritas, pero también soy una chica de "salir con gilipollas abusivos" y los viejos hábitos deben morir.

Pequeños pasos.

Él sonríe. —¿Sí? ¿Estás segura?

—Estoy segura —mi corazón se aprieta ante la idea de que incluso esté preguntando. No, no me encanta la idea de estar en un restaurante lleno de completos desconocidos que podrían estar todos armados…

Pero también *odio* la idea de no tener el control de mi propia maldita vida.

Demyen parece muy orgulloso de mí. No hay forma de que me eche atrás ahora. Abre la boca para responder, pero entonces el sistema del coche le alerta de una llamada entrante de Pavel.

Suelta mi mano solo para tocar el botón "Aceptar". —¿Todo bien, Pav?

Miro el reloj. La escuela de Willow debería estar terminando ahora mismo.

—Esto no me gusta —suena la voz de Pavel por los altavoces del coche—. Estoy aquí en la escuela, tengo a Willow, pero…

Respiro hondo.

Demyen me mira. —Pero, ¿qué, hombre?

—Creo que acabo de ver una caravana de camionetas negras entrar por la parte trasera…

POP-POP-POP. Disparos. Gritos.

Ay, Dios.

—¿Pav?

—¡Están aquí! —Pavel grita en su teléfono—. Están aquí y… ¡corre! ¡Willow, *corre*!

Willow grita.

La línea se corta.

Mi mundo gira sobre un eje roto.

Lo único que me ata es la mano de Demyen apretando la mía. El sonido de su voz

prometiéndome que iremos a buscar a Willow “ahora mismo, joder”. Incluso el sonido de su voz gritando órdenes en ruso es mejor que el zumbido de la llamada finalizada.

Hago lo mejor que puedo para no vomitar sobre los asientos de cuero mientras él hace un giro en U tan rápido que nos levanta sobre dos ruedas antes de que volvamos a caer.

Nos encontramos al frente y al centro de la escuela de Willow. Demyen me ordena que me quede dentro del auto mientras él toma un arma de la puta nada y se lanza a la refriega.

Lo entiendo… quiere que me quede donde es seguro. Él me ama.

Pero este lugar parece un puto campo de batalla y mi bebé está en algún lugar en medio de él.

No me quedaré quieta.

—¡Clara!

Ignoro sus gritos y voy directamente al salón de clases de Willow. Hay agujeros de bala alojados en las paredes de adobe y atravesando las ventanas de vidrio.

Ay, Dios…

No. No hay tiempo para enfermarse. Mi bebé está ahí.

Me agacho y miro por una de las ventanas todavía intactas. Para mi alivio, reconozco a uno de los guardias contratados por Demyen parado entre la puerta y el grupo de niños pequeños acurrucados detrás de su maestra. Está preparado y listo para acabar con quienquiera que entre por esa puerta.

Este no es el momento para que mi corazón se llene y esté a punto de estallar. Pero igual lo hace.

Demyen prometió que se aseguraría de que nadie le hiciera daño a Willow en su propia escuela. Y aquí, en el peor de los casos, ha cumplido su palabra.

Llamo la atención del guardia y de inmediato me reconoce. Sus ojos se agrandan con sorpresa, luego se oscurecen con preocupación cuando formulo la pregunta: *¿Willow?*

Él niega con la cabeza.

Ella no está ahí.

No entres en pánico. Joder. *¡No entres en pánico! Podría estar en cualquier lugar.*

Cruzo corriendo el pequeño patio hacia las oficinas donde debe estar escondida la administración. Demyen vuelve a gritarme, esta vez con razón… algunas balas pasan silbando a mi lado.

Los cuerpos con los que trato de no tropezar me dicen exactamente lo que está pasando.

Yakuza. Raizo.

Venganza.

El soldado Yakuza que me dispara grita de dolor y cae muerto con una bala entre los ojos. Por encima de mi hombro, veo a Demyen bajando ligeramente el arma. Me mira. Su rostro es una

máscara de ira concentrada, pero asiente.

Él entiende. Está cabreado, probablemente preocupado como el infierno, pero entiende.

Y me respalda.

Entro a tientas a la oficina principal. La recepcionista grita de miedo y sus colegas rápidamente la hacen callar. todos me miran en estado de shock cuando me acerco en puntillas de pie.

—¿Willow? ¿Han visto a Willow?

La recepcionista niega rápidamente con la cabeza. —Su tío Pavel vino y firmó su salida. Supusimos que debieron haber salido antes que todo… —su voz se entrecorta—. Todo esto… esto…

Asiento para que sepa que no necesita luchar con las palabras. Entiendo completamente lo que el trauma puede hacer en momentos como este. Para ser sincera, me sorprende poder mantenerme tan firme como lo estoy ahora.

Salir por una puerta lateral tiene más sentido que llamar la atención sobre la entrada principal, así que ahí es donde me escabullo a continuación. No me importa si tengo que destrozar este lugar… *encontraré* a Willow.

Siempre y cuando los Yakuza no se la hayan llevado ya.

No. No pienses así. Todavía no.

Demyen me recibe afuera, con el arma bajada a su costado. —Estamos a salvo. Los de seguridad lograron eliminar a la mayoría antes de que llegáramos aquí. Los rezagados ya no están o están muertos —escanea mi cuerpo, comprobando claramente si tengo heridas—. ¿Alguna señal de Willow?

Sacudo la cabeza. Me siento a punto de estallar en sollozos, pero él me agarra del hombro y me da una pequeña sacudida amorosa.

—Oye. Ella está aquí. Está a salvo. No hay manera de que Pavel permita que le pase algo, ¿vale?

Asiento. Respiro hondo, asiento de nuevo y volvemos al estacionamiento, donde creemos que Pavel debe haber hecho la llamada telefónica. Tiene sentido, ¿verdad? La recogió, la sacó de la escuela y tenía que haber estado al menos a medio camino del auto, con ella sosteniendo su mano cuando comenzó el ataque.

Piensa, Clara. Ignora el creciente pánico y piensa, joder.

—¿M-mami?

La vocecita de Willow suena todavía más pequeña, pero, *ay, Dios mío*, es música para mis oídos. Demyen se da la vuelta al mismo tiempo que yo.

Lentamente sale de detrás del sistema HVAC en el lado del edificio más cercano a nuestro auto. Algo que, ahora que mi cerebro me permite procesar detalles reales, puedo ver que está a solo unos espacios de distancia de otro de los autos de Demyen. *Pavel*.

—¡Mami!

—¡Willow! —corro hacia ella y la alzo en mis brazos. Ahora parece el momento perfecto para dejar correr libremente esos sollozos ahogados—. ¡Mi bebé! ¡Ay, mi bebé! ¡Mi dulce bebé!

Ella se aferra a mí, temblando como una hoja.

—Te tengo. Mami te tiene. Estás a salvo.

La abrazo con tanta fuerza que bien podría estar reabsorbiéndola de nuevo en mi cuerpo. Por el momento, esa parece la mejor manera de mantenerla a salvo de este horrible mundo.

Demyen se acerca detrás de mí y nos abraza a ambas con fuerza. Le da un beso en la frente a Willow. —Gracias a Dios —respira. Por un milisegundo, la mano que sostiene su rostro en realidad tiembla—. ¿Estás bien, pequeña cachorra? ¿Estás herida?

Willow niega con la cabeza.

—¿Qué tal Pavel? ¿Dónde está el tío Pav?

Ante esto, ella duda. Luego, vuelve a señalar el sistema HVAC. —Él me escondió —es todo lo que ella gime.

Lo hizo. E hizo un trabajo jodidamente fenomenal no solo escondiéndola, sino protegiéndola de verdad. Tanto Demyen como yo podemos ver las abolladuras donde las balas rebotaron en el grueso metal que constituye la mayoría de las unidades de procesamiento cuando nos acercamos. Hay un pequeño espacio en medio de todas esas enormes unidades de metal, que es lo suficientemente grande como para que un niño pequeño se meta dentro.

A unos metros de distancia, encontramos a Pavel.

Le dispararon.

Y está *mal*.

—Pav —Demyen se deja caer a su lado y golpea ligeramente su rostro demasiado pálido unas cuantas veces—. Vamos, quédate conmigo. Así no es como te irás, hombre. No en el patio de un preescolar.

—Jardín de infancia —responde con un suave gemido. Pavel parpadea lentamente y abre los ojos tanto como le permiten sus fuerzas—. Es un jodido jardín de infancia. Son niños grandes. Entiéndelo bien.

Demyen pone los ojos en blanco. La mayor parte de la sangre parece acumularse alrededor de su estómago, y ese no es un buen lugar para recibir un golpe.

—Clara —ladra Demyen sin mirarme. Me entrega su arma, que tomo con no poca vacilación mientras todavía cargo a Willow en mis brazos—. Toma mi auto y lleva a Willow a casa. Llevaré a Pav al hospital.

Las sirenas suenan a lo lejos. Finalmente, la ayuda está llegando, pero haré la suposición fundamentada de que un tiroteo entre la Bratva y los Yakuza en una escuela significa un retraso en conseguir ayuda para Pavel y un montón de interrogatorios, papeleo… y lidiar con mi padre.

O Martin.

No estoy segura de cuál es peor.

—Iremos contigo —tomo las llaves que me ofrece, pero me niego a correr a casa y esconderme.

—Clara…

—Demyen. Arriesgó su vida por ella. Por *nosotras*. Estaremos allí cuando despierte.

Distrae su propia frustración levantando a Pavel en sus brazos. Cuando está a mitad de camino, gruñe y me lanza su mejor mirada de advertencia. —Oleg podría encontrarte.

—Menos mal que tengo un arma.

Veo que la comisura de su boca se contrae. Luego, suspira y usa el aliento para levantar a Pavel el resto del camino, al menos lo suficiente para arrastrarlo hasta el otro auto. —Preferiría que te fueras a casa, donde es seguro.

—Preferiría no estar en la carretera sin seguridad —respondo.

Eso aterriza como quiero. Demyen gruñe otro ataque de frustración, pero metemos a Pavel en el coche y lo abrochamos, con cuidado por su herida.

Luego, que me atrae un beso abrasador que casi hace que me duelan los dientes.

Demyen lo interrumpe y me mira directamente a los ojos, su mano en mi cabello para mantenerme en el lugar para que no aparte la mirada. —Te me quedas pegada todo el camino hasta el hospital, ¿entendido? No puedo perderte otra vez. No puedo… —él parpadea. Se aclara la garganta. Luego, se vuelve hacia Willow y le da otro beso en su dulce rostro—. Asegúrate de que Mami haga lo que le dije, ¿vale? Cuento contigo.

Willow asiente.

—Buena chica.

Me mira de nuevo, claramente debatiéndose entre salvar a su amigo y protegernos. Pero tenemos un plan e hicimos nuestra promesa. Así que se mete en el auto mientras le abrocho el cinturón a Willow, y luego sale del estacionamiento seguido de cerca por mí.

Intento ignorar el arma que está en el asiento del pasajero mientras conduzco.

Intento ignorar la forma en que en realidad me hace sentir mejor… más segura… de lo que me he sentido en semanas.

Intento ignorar cuánto aún está en juego.

CLARA

—Oye, cariño, ¿quieres más agua?

Willow niega con la cabeza.

Intento no suspirar porque no estoy frustrada con ella ni nada por el estilo. Solo estoy…

Vale. Estoy preocupada. Estoy *más que* preocupada.

Willow es mi pequeña y dulce charlatana, que nunca duda en compartir conmigo cada detalle de su día, bueno o malo. ¿Se ganó una estrella de oro por ayudar en clase? Recibiré una jugada por jugada de la "ceremonia" oficial durante la cual dicha estrella fue recibida en su Tabla de Buen Comportamiento. ¿Un niño en el recreo fue malo con ella? Cuando termine con su historia, no solo sabré qué llevaba puesto… sino que también sabré la marca de sus cordones y de quién estaba enamorado el año pasado.

No ha dicho una sola palabra desde que salimos de la escuela.

Tampoco ha llorado.

A decir verdad, Willow no ha dicho ni pío.

Podría ser el hospital lo que la asusta. Me avergüenza admitir que hemos tenido nuestras visitas más de una vez… para mí, no para ella, gracias a Dios. Martin nunca le puso una mano encima, al menos no hasta los últimos días, antes de que finalmente nos fuéramos. Pero cuando teníamos que venir al hospital para algo más que su chequeo y vacunas, era porque me había roto otro dedo o sufrido otra conmoción cerebral.

Por supuesto, las enfermeras me susurraban preguntas.

Por supuesto, mi condición sospechosa era reportada.

Y, por supuesto, Martin siempre era el oficial que respondía.

Ella estaba callada entonces, tal como está callada ahora y estuvo callada en el camino hacia aquí. Sin tararear ni cantar para sí misma ni hablar con los pájaros que pasaban volando por su ventana. Ella simplemente… se sentó allí.

Silenciosa. Entumecida.

Mi bebé es demasiado joven para desarrollar entumecimiento. Es demasiado joven para estar en un tiroteo. Todos lo son.

Demyen regresa hacia nosotras desde la estación de enfermería, con las manos en los bolsillos, pero con paso tranquilo y sin prisas. —Está en cirugía ahora mismo —explica una vez que se sienta a mi lado en el brazo del sofá en el que Willow y yo nos instalamos—. No hay mucho que actualizar, pero dijeron que eso generalmente significa que las cosas van bien.

Demyen parece exhausto. Siempre está alerta, siempre listo para actuar, ya sea una reunión, una cena o una pelea. Pero ahora mismo, mientras suspira y mira hacia el espacio, es como si ese solo aliento exhalara la poca energía que lo mantenía erguido.

—¿Cómo estás? —le pregunto. Al principio, su mano se siente flácida cuando la tomo. Pero entonces sus dedos se entrelazan con los míos y su pulgar roza el dorso de mi mano.

—Cabreado. Preocupado. Más cabreado —suspira de nuevo y desliza disimuladamente su mirada hacia Willow—. Más preocupado.

Puedo empatizar. No sé si alguna vez podré olvidar la forma en que abrió la puerta del auto de una patada y se lanzó al tiroteo sin un momento de preocupación por su propia seguridad. Sin chaleco, sin escudo, ni siquiera un compañero que controle sus espaldas. No tenía idea de dónde estaban los tiradores de los Yakuza y, aun así, no le importó.

Todo lo que sabía era que Willow estaba en problemas.

Y así respondió.

Mi corazón se aprieta, al igual que mi mano en la suya.

Bambi irrumpe a través de las puertas del ascensor, ni un punto fuera de lugar, pero claramente sin aliento. —¿Dónde está?

—En cirugía —respondemos ambos al mismo tiempo.

Ella parpadea, un poco sorprendida. Luego, rápidamente niega con la cabeza. —Bien. Si se recupera será mejor que lo mantengan allí, porque yo… yo…

Demyen se levanta del sofá para darle un apretón tranquilizador en su hombro. —Se recuperará, ¿vale? Es duro. Demasiado duro para dejar que alguien lo atrape en el patio de la escuela.

—¡Eso es *tan* jodido! —sisea Bambi. Ella rápidamente mira a su alrededor, tapándose la boca. Después de un momento, se aclara la garganta y se endereza—. Lo siento. Yo solo… ¡¿Quién *hace* eso?! Quién se despierta y piensa: "Oye, hoy es un gran día para derribar un preescolar".

—Jardín de infancia —decimos Demyen y yo al unísono. De nuevo.

—No me importa si es la puta Harvard. La gente está jodi… eh, mal de la cabeza. —saca su teléfono celular y toca la pantalla unas cuantas veces—. Hasta ahora, los informes llegan sin víctimas por parte de la escuela. Algunos administradores resultaron rozados o disparados, pero nada letal. Todos los niños contabilizados e ilesos. Todos los muertos pertenecen a los Yakuza.

Miro a Willow. ¿Es este tipo de conversación demasiado para ella?

Pero solo mira fijamente el suelo, pateando con los pies hacia adelante y atrás.

—¿Qué tiene que decir la policía de Las Vegas sobre todo esto? —pregunta Demyen.

Ella resopla. —Muy poco que no tenga que ver con cubrir sus propios traseros. Los padres y el público en general exigen saber por qué les tomó tanto tiempo responder.

—¿Y?

Bambi se encoge de hombros y guarda su teléfono. —¿Quién sabe? Todo lo que sé es que no había manera de que pudieras llegar antes. Pero lo hiciste. Eso es suficiente para mantener ocupado a su departamento de relaciones públicas durante unos días.

—Y hacer limpieza —murmuro.

Ambos se vuelven hacia mí. No me di cuenta de que dije eso tan fuerte como aparentemente lo hice, así que me encojo de hombros con torpeza. —O sea, mira a quién conocemos en la fuerza. Un tío, *uno*, realmente decente. Dos muy sucios, y uno de esos dos ha estado sobornando durante literalmente décadas sin reprobación ni aviso. O están ciegos o hacen la vista gorda. No me sorprende que las personas que ignoran la corrupción se demoren para salvar a los inocentes.

Uf. ¿He estado reprimiendo eso dentro de mí todo este tiempo? Honestamente… es probable. Ese mismo ojo ciego miró más allá de mis moretones en el estrado de los testigos. Más allá del rostro azul y negro de mi madre, día tras día.

El teléfono de Bambi zumba en su bolsillo. Después de una rápida mirada, alza un dedo. —Dejé un mensaje al administrador de la escuela diciendo que con mucho gusto representaría a los padres y maestros descontentos en una demanda civil contra los tiradores sobrevivientes. Parece que aceptarán la oferta.

Demyen frunce el ceño. —¿Una demanda civil?

Su rostro de repente se transforma en la sonrisa más perversamente encantadora que jamás haya visto en un ser humano. —Ah, sí. ¿Quieres saber la mejor parte? Usaron una cubierta para inspeccionar las instalaciones y pasar la primera capa de seguridad. Una empresa fantasma… propiedad de Industrias Raitan.

Los ojos de Demyen se agrandan y da un paso atrás. —No. No hablas serio.

—¡Lo hago! —Bambi se ríe—. El mayor error que el hombre ha cometido en *años*.

Estoy muy confundida. —¿Qué significa eso?

Demyen se vuelve para sonreírme. —Industrias Raitan es propiedad de Raizo Watanabe y está operada por él. Es su fachada pública, completamente legal.

Bambi asiente. —Lo que significa que, si bien no se lo puede acusar de ningún delito, puedo dejarlo seco a través de este pequeño negocio secundario por negligencia y responsabilidad. Saber a quién contratas, verificaciones de antecedentes y todo ese tipo de cosas.

Jodidamente brillante.

Ella nota a Willow y camina hacia ella, arrodillándose a su lado. —Oye, caramelo —susurra

suavemente—, escuché que tuviste un día difícil en la escuela.

Willow no la mira. Solo asiente.

—¿Quieres hablar de eso?

Willow niega con la cabeza.

—No te culpo. Pero… —Bambi le da una sonrisita conspiradora y le guiña un ojo—. Voy a necesitar *mucha* energía para ayudar a acabar con los malos. ¿Puedes ayudarme a elegir el mejor helado para eso?

Al principio, Willow no responde en absoluto. Pero luego levanta lentamente la cabeza, mira a Bambi y asiente.

—¡Ay, gracias! —la mujer suspira con dramático alivio—. Conozco un lugar que tiene como cuarenta y ocho sabores diferentes, e incluso más ingredientes, y me siento tan abrumada…

Su voz se desvanece cuando las puertas del ascensor se cierran, la mano de Willow en la suya mientras camina silenciosamente a su lado. No recibo un saludo de despedida. O un abrazo. Solo una mirada vacía que lentamente se dirige a las puertas que se cierran.

Y luego, nada.

Demyen llena el espacio vacío en el sofá y apoya su brazo en la espalda detrás de mí. Se siente como si me estuviera abrazando y al mismo tiempo dándome espacio.

Lo aprecio más de lo que sé decir.

—¿Cómo estás? —pregunta suavemente.

Me encojo de hombros. Dios mío, ese movimiento por sí solo se siente pesado. Todo se siente tan pesado. ¿Estoy tan exhausta como él?

—Debería estar encantada de que Willow esté a salvo e ilesa, pero ahora me pregunto… ¿lo está? ¿O está permanentemente traumatizada? —las lágrimas me pican los ojos—. ¿Igual la perdí?

—Oye, oye, ya… Shh… —Demyen me acerca y besa la parte superior de mi cabeza. Lo tomo como una señal para dejar caer las lágrimas, y él me deja—. Nada de esto es tu culpa, ¿vale? Nada de esto. En todo caso, es *mi* culpa. Mi guerra con Raizo nunca debería haber llegado a ninguna de ustedes. Y mucho menos a Willow.

—¿Qué? ¡No! ¡No es tu culpa! —me limpio las lágrimas con el dorso de la mano y lo miro como si hubiera perdido la cabeza—. Y no es que ellos sean los únicos que la amenazan. Martin, incluso Oleg…

Se pone rígido. —¿Qué pasa con Oleg? —pregunta. Su voz es repentinamente oscura.

Huelo y aspiro profundamente. Tirar del dobladillo de mi camisa me ayuda a calmar un poco mis nervios mientras sumerjo un dedo del pie en la parte de mi vida que estoy tratando desesperadamente de olvidar. —No dejaba de preguntarme si tenía hijos. Intenté fingir que no para protegerla, pero él no me creyó. Quería encontrarla y traérmela. —vacilo. En realidad, no sé

hasta dónde llega la depravación de ese monstruo, porque no me quedé para averiguarlo—. Para él, creo.

Todo el comportamiento de Demyen se oscurece. Y luego, como si acabaran de encender el interruptor de la luz, vuelve a iluminarse con determinación. —No tienes que preocuparte por eso. Eso puedo prometértelo.

—Sé que es tu padre, pero…

—Es una maldita monstruosidad. No me importa quién me escuche decirlo: acabaré con él antes de que se acerque lo suficiente como para respirar cerca de ella.

Sé que lo dice en serio. Sé que ese nivel de furia fría debería hacerme correr hacia las colinas.

En cambio, me hace acariciar su rostro e inclinarme para besar su mejilla. —Gracias —susurro.

Demyen acaricia mi mano y cierra los ojos con un suspiro. Una vez más, me viene a la mente esa conciencia de lo realmente cansado que debe sentirse, tanto física como emocionalmente. Ni siquiera lo pienso… solo lo atraigo instintivamente a mis brazos y lo sostengo. Sin besos, sin movimientos para tentar o seducir. Solo lo abrazo.

A veces, incluso el rey del inframundo necesita un lugar donde descansar.

—Él es mi mejor amigo —lo escucho gemir en voz baja en mi hombro—. Él se recuperará. Tiene que recuperarse.

No digo nada en respuesta. Simplemente lo acerco más y le rasco ligeramente la espalda de la misma manera que hago cada vez que Willow está molesta.

Dem toma un suspiro tembloroso, lo contiene y luego lo deja escapar con un profundo suspiro. La forma en que su cuerpo parece colapsar cuando exhala me dice todo lo que necesito saber. Y por eso decido no hacer ninguna pregunta.

—Pavel fue el primero en sugerirme que me hiciera cargo después de todo lo ocurrido con Otets y Tolya —levanta la cabeza, pero rodea mi cintura con sus brazos para que no me aleje.

No es que fuera a hacerlo.

—Éramos solo unos niños. Pensé que estaba loco. Pero él pensó que podríamos hacer algo mejor, algo más grande con todos los recursos que hay en el complejo —Demyen suelta una pequeña risa y pone los ojos en blanco—. Él siempre me ha empujado a ser un mejor hombre. Darle un buen uso a la Bratva. Yo estaba dispuesto a convertirlo todo en mi ejército personal de venganza. Él quería que yo fuera Robin Hood con una banda de Hombres Alegres.

—¿Eso lo convierte a él en el Pequeño Juan? —pregunto.

Eso provoca una risa más fuerte. —*No* dejes que él escuche eso.

Nos sentamos juntos en un cómodo silencio, esperando noticias sobre la cirugía de Pavel y rezando para que sea la única noticia con la que tengamos que lidiar por el momento. Ni siquiera puedo creer que todo haya sido un día continuo. Se siente como si hubiera vivido eones desde que salió el sol.

Esta mañana me desperté preguntándome si podría pasar el día sin decepcionar a mi hija una vez más.

A media mañana, la llevé exitosamente a la escuela y acepté una salida pública con el hombre con el que tengo sueños y pesadillas.

A primera hora de la tarde, lo enfrenté sin contenerme y mi mundo se estremeció con sus confesiones.

Splo han pasado… ¿qué, dos horas? ¿ni siquiera tres? …desde nuestro paseo por el jardín botánico.

Entiendo por qué Demyen parece tan agotado. Días como este se repiten para él.

Estoy a punto de inclinarme y besarlo en un acto de sincero agradecimiento cuando las puertas del ascensor se abren…

…y sale mi padre.

CLARA

—Clara —dice Papá, completamente atónito.

Demyen se levanta rápidamente y se interpone entre nosotros. —¿Qué carajo estás haciendo aquí, Everett?

—Me enteré del tiroteo. Willow no estaba allí cuando llegué, y luego alguien dijo que te vieron —intenta mirarme alrededor de Demyen—. Te vieron y no lo podía creer.

—Así que tú solo, ¿qué? —Demyen me rodea con su brazo mientras me acerco a él, aunque se mantiene en la línea de fuego—. ¿Pensaste en venir a fingir que te importa?

Papá entrecierra los ojos. —Esto es entre mi hija y yo.

—Ah, no. No, no, no —la risa de Demyen es oscura—. Tú y yo sabemos que a ti no te importa una mierda tu propia familia. Incluso si de repente decides que sí, es muy poco y demasiado tarde.

—No me importa quién crees que eres…

—Soy Demyen Zakrevsky, director ejecutivo corporativo y principal financista de la nueva ala quirúrgica en la que nos encontramos actualmente —su sonrisa no llega a sus ojos, que permanecen fríos y absolutamente venenosos—. Ahora, dame una buena razón por la que no debería llamar a seguridad para echarte.

¿En serio me perdí ese pequeño detalle? Un vistazo rápido a las letras doradas sobre los ascensores no dice “Zakrevsky”, pero ¿quién sabe? En ese punto, Demyen podría decirme que patrocinó la puesta de sol y yo le creería.

Papá está haciendo todo lo posible para evitar explotar y provocar una escena. Conozco todos sus indicios: cara enrojecida, fosas nasales dilatadas, ojos entrecerrados. Puños cerrados a los costados. Respiración lenta, profunda y ruidosa en su torso.

Lo están poniendo en su lugar.

Nadie se atreve jamás a poner a Greg Everett en su lugar.

Pero sabe que Demyen es una fuerza imparable. Ojalá lo intentara, solo para poder ver a Dem partirlo como si fuera una ramita. Pero incluso mi testarudo padre sabe que no debe lanzarse de cabeza a una batalla imposible de ganar.

Así que, en lugar de enfurecerse y lanzar golpes, como solía hacer con Mamá, respira profundamente y me hace un gesto. —¿Puedo hablar con mi hija?

Demyen sacude la cabeza con calma. —No sin que mi abogada o yo estemos presentes y las cámaras graben cada palabra.

Papá intenta pasarlo de nuevo, dando un paso hacia mí. —Osito Clara, esto es ridículo. No soy un monstruo…

Demyen lo intercepta. —Te detendré allí mismo y te daré tres segundos para que retrocedas.

Papá mira a Demyen con ira y se enfrenta a él. —¿O qué? ¿Agredirás a un oficial?

El rostro de Demyen de repente se ilumina con una sonrisa de alegría. —Ah, ¿entonces estás de servicio? Eso simplifica las cosas. A menos que estés aquí para arrestarnos a cualquiera de los dos, necesitaremos que des un paso atrás, detective —lo dice lo suficientemente alto como para llamar la atención de la estación de enfermeras, y algunas giran la cabeza para ver qué está pasando aquí.

Papá está atrapado y lo sabe. Y Demyen también. Si Greg intenta mostrar su placa oficial para salirse con la suya, entonces la abogada de Demyen, también conocida como Bambi, lo destrozará con todos los métodos legales posibles.

Y si admite que está fuera de horario, entonces no hay nada en el mundo que impida que Demyen le rompa la cara.

—Solo quiero saber dónde has estado —admite Papá con un suspiro. Todavía está tratando de hablar alrededor de Demyen, como si yo fuera el eslabón débil aquí—. Estaba preocupado. Martin está fuera de sí por la preocupación. Ha estado destrozando toda la ciudad solo para encontrarte.

Mi ceja se arquea. —No buscó tanto.

Al principio, lo dije como una referencia al hecho de que Oleg me mantuvo dentro de los límites de la ciudad todo el tiempo, por lo que cualquier afirmación de “destrozar” Las Vegas es una gran exageración.

Pero ahora Papá nos mira a Demyen y a mí y me doy cuenta de que está llegando a una conclusión completamente diferente. Y tampoco es el peor ángulo a adoptar.

Así que me inclino hacia Demyen y deslizo mi brazo alrededor de su cintura con un suspiro de satisfacción y una sonrisa. —Estoy bien, Papá. Solo necesitaba algo de tiempo para procesar todo. Nos dejaste perplejos en la fiesta de cóctel. Y después de que Martin me atacó…

—¡Él *no* te atacó!

—¿Estabas ahí? —Demyen gruñe—. ¿Estabas allí parado, observándolo, para tomar esa determinación, *detective*?

La boca de Papá se cierra de golpe. No está ganando terreno y lo sabe. Lo sabe y lo *odia*.

A decir verdad, me olvidé por completo de mi padre en el momento en que Oleg me compró y me alejó para sus juegos enfermizos. Estuve tan preocupada por proteger a Willow de los

monstruos de mi mundo que olvidé que tengo mis propios monstruos con los que lidiar… y mi padre es probablemente el más grande de todos.

Excepto que, en lugar de enfrentarlo de frente, preparándome para un comentario de revés o un revés literal en la cara…

Demyen está haciendo guardia, protegiéndome de él. Protegiéndome a mí.

Tal como prometió que lo haría.

No estoy acostumbrada a esto. Pero definitivamente me gusta.

—Tienes que mostrarme algo de respeto, muchacho —gruñe Papá en la cara de Demyen—. No me importa lo que creas que estás haciendo con *mi hija*.

Demyen solo lo encuentra cara a cara y resopla. —¿Qué harás, viejo? ¿Golpearme? Te invito a intentarlo —entra en el espacio de Papá tan cerca, con tanta valentía, que Papá retrocede varios pasos—. No funcionará conmigo y nunca más funcionará con *tu hija*. ¿Estamos claros?

Las enfermeras observan en alerta máxima ahora, pero nadie llama a seguridad, pues ninguno de los hombres ha levantado un dedo contra el otro.

Aunque una parte de mí quiere ver a Demyen arrojarlo al otro lado de la habitación.

¿Cómo se siente, Papá? ¿No puedes recibir lo que das?

El resto de mí, la parte cansada de toda la violencia, solo quiere un poco de paz y tranquilidad mientras esperamos que termine la cirugía de Pavel. Apoyo mi cabeza en el pecho de Demyen y le sonrío serenamente a Papá. —Gracias por venir, Papá. Estoy genial, de verdad. Estoy a salvo, feliz, y a Willow le encanta su nuevo hogar.

Papá mira a su alrededor. —¿Dónde está ella, de todos modos?

—Con nuestra amiga —respondo antes de que Demyen pueda volver a la defensa. No es que no confíe en él para defender a Willow con cada fibra de su ser. Simplemente, creo que las cosas serán más efectivas si abordamos esto en un frente unido.

A juzgar por la expresión del rostro de Papá, tengo razón.

—¿Dejaste a Martin por *él*?

—Dejé a Martin por las mismas razones que le diste a Mamá para dejarte —ahora es mi turno de darle un mordisco a su ego—. Solo decidí hacer lo que ella debería haber hecho hace años. Me avergüenza haber dejado que esto continuara tanto tiempo. Ahora, a menos que tengas asuntos oficiales de policía aquí, es hora de que te vayas.

Aunque tiemblo, no tengo miedo. No con la forma en que Demyen me abraza.

No con la forma en que todas las enfermeras y ahora algunos guardias de seguridad silenciosos observan el intercambio, esperando alguna señal para intervenir.

No con la forma en que Papá, por primera vez en toda mi vida, parece un poco asustado.

—¿Crees que sabes lo que haces? —aspira y asiente una vez—. Vale. Hazlo a tu manera. Pero no

vengas a llorarme cuando todo esto te explote en la cara.

La ceja de Demyen se levanta. —¿Es eso una amenaza, detective Everett?

Pero Papá solo nos saluda con un gesto de la mano con disgusto y entra arrastrando los pies en el ascensor. Las puertas se cierran entre nosotros y se siente como una ruptura literal de cualquier conexión retorcida que solíamos tener.

—¿Estás bien? —son las primeras palabras que salen volando de la boca de Demyen.

Me giro hacia él y le ofrezco una sonrisa tímida. —Tú me defendiste. Realmente, realmente me defendiste. Yo… nadie jamás realmente ha… —suspiro—. Gracias.

Toma mi rostro con su mano y me sostiene allí para que no tenga más remedio que mirarlo a los ojos. —Te lo dije, Clara: voy a arreglar esto. Voy a hacer *todo* bien. Estás a salvo conmigo y nunca voy a permitir que él ni nadie más te ponga un dedo encima a ti, a Willow… Nadie —mira por encima del hombro, hacia donde llevaron a Pavel para operarlo—. No puedo reclamar la perfección y definitivamente ya he hecho un desastre antes. Pero… —se gira hacia mí y apoya su frente contra la mía—. Puedo prometerte que lucharé por ti. Siempre.

DEMYEN

Me dije a mí mismo que trabajaría un poco en la oficina, donde hay silencio y no hay recordatorios de todo lo que sucede en casa. Llegué aquí hace aproximadamente una hora. Y desde entonces, lo único que logré hacer es tirar tres papeles arrugados a la papelera. El resto de mis intentos están esparcidos por el suelo, tan desordenados como mis pensamientos.

Pavel salió de la cirugía y pasó los últimos días recuperándose en su habitación privada del hospital, lo mejor que mi dinero podía comprar. Los médicos dijeron que tuvo suerte de que la bala no alcanzara sus principales órganos internos, pero aun así tuvieron que volver a unir algunas piezas importantes y asegurarse de que se eliminaran todos los fragmentos de la bala.

Una vez que estuvo lo suficientemente despierto y alerta para contarme lo que pasó, quise abrazarlo y patear su cama al mismo tiempo.

¿Le dispararon directamente? No. Nunca es tan torpe o inconsciente.

¿Fue una bala que rebotó en el HVAC mientras bajaba a Willow a ese pequeño espacio? Sí que lo fue. Al parecer, la Dama Suerte desprecia los sacrificios nobles.

¿Se siente él estúpido por eso? Más que un poquito.

Todavía no sabemos exactamente por qué los hombres de Raizo dispararon en la escuela de Willow. Es una medida muy arriesgada para un hombre tradicionalmente astuto y cuidadoso. Pavel está seguro de que estaban específicamente detrás de Willow, pero nuevamente, no tiene sentido que se arriesguen a lastimarla disparando tan cerca. ¿Qué se consigue con herir o matar a una niña inocente?

Una cosa que Raizo *sí* logró es traumatizarla profundamente. Eso me cabrea más que nada. Ella está físicamente ilesa, pero lo que ese gilipollas le hizo a su mente es suficiente para hacerme querer reducir a cenizas toda su organización.

He visto a hombres adultos quedar conmocionados por su primera escaramuza violenta. Se necesitan unos días para deshacerse de eso. El derramamiento de sangre tiene una forma de permanecer en tu memoria. Sin embargo, eventualmente la mayoría de los hombres se recuperan y siguen adelante, listos para la próxima pelea.

Sin embargo, ninguno de ellos tiene cinco años.

Willow y sus compañeros de clase son demasiado jóvenes para presenciar tales atrocidades o

experimentar un miedo tan profundo. Así que su versión del shock es más oscura. Más profunda. La luz se ha ido de sus ojos. Ya no quiere hacer nuestro crucigrama en el desayuno. Ella apenas come. No ha dicho una sola palabra.

Agarro mi teléfono y hago una búsqueda superficial de terapeutas de trauma en el área. Mientras estoy en eso, debería buscar otra terapeuta de trauma aparte para Clara. Ella se ha mantenido fuerte por el bien de Willow, pero no se pueden perder las señales sutiles de que está pendiendo de un hilo.

Y aunque estoy decidido a abrazarla con tanta fuerza que todo se recupere por sí solo, soy muy consciente de que soy una de las personas que intentó destrozarla.

Frunzo el ceño ante mi teléfono. “Consejería familiar” aparece en la parte superior de los resultados de búsqueda.

¿Necesitamos consejería familiar?

¿Somos… una familia?

La verdad es que me da mucho miedo decir que sí. Me aterroriza que en el momento en que lo acepte y me envuelva en lo único que siempre quise y nunca creí que mereciera, haga algo para arruinarlo.

Como lo hizo Martin.

Quien, hablando de Roma, está pasando su culo engreído a través de las puertas principales de mi casino como si fuera el dueño del lugar. Un mensaje de texto de uno de los conserjes aparece en la pantalla de mi teléfono alertándome de la presencia del gilipollas y…

¿Sabes qué? Estoy bien con esto. Estoy *feliz* de que esté aquí.

He estado necesitando una excusa para lastimar a alguien.

Es tentador rechazarla, pero es aún más tentador permitirle entrar a mi casino y directamente a mi oficina… que es, según el conserje que me envió un mensaje de texto, donde exige ir… para que podamos aclarar algunas cosas.

Si esa aclaración implica que lo arroje a través de la ventana de vidrio al piso principal, entonces que me arreste por agresión.

No me importa un carajo.

Los pocos minutos que le lleva a Martin subir en el ascensor hasta mi piso parecen una eternidad. Sin embargo, tengo tiempo de sobra para idear varias formas diferentes de expulsarlo de mi oficina una vez que empiece a enojarme.

Que, a propósito, ocurre en el momento en que irrumpe por la puerta.

—¿Dónde están? —exige Martin. Inmediatamente comienza a mirar alrededor de la habitación, como si alguien pudiera estar escondido detrás del sofá, en un armario, en el hueco de mi escritorio—. ¿Dónde diablos están, Zakrevsky?

—Tendrás que ser más específico.

—¡Mi esposa! —grita, con la cara sonrojada y literalmente escupiendo como loco—. ¡Mi hija! ¿Dónde están?

—Felicitaciones —respondo fríamente—. No sabía que te habías casado.

Él gira hacia mí, más saliva sale volando de su boca mientras lo hace. —¡No juegues tus malditos juegos conmigo! ¡Sabes exactamente a qué me refiero!

Mi calma es solo un barniz sobre la rabia que burbujea dentro de mí. Hierve, pero está a punto de derramarse si él no se calma. —Estoy seguro de que no. Ahora bien, ¿qué es exactamente lo que quieres? Tengo muchos asuntos de los que ocuparme, así que terminemos esto rápidamente.

—Entrégamelas —Martin me señala la cara con un dedo. Tiene suerte de estar a varios metros de distancia y fuera de su alcance, o ese dedo se rompería, cortaría y colocaría en un lugar de honor sobre mi repisa de la chimenea—. Entrégame a mi esposa y a mi hija antes de que me obligues a hacer algo de lo que ambos nos arrepentiremos.

—¿Como violar tu posición con la policía de Las Vegas al atacar a un civil desarmado en una propiedad privada?

Él me mira. —Tú y yo sabemos que no estás desarmado. Sé quién eres. Sé el tipo de negocio al que te dedicas.

Asiento. —Igual que yo sé el tuyo.

Mi mirada se nivela con la suya y, por fin, se calla. No tengo que decir lo que ambos sabemos que estoy pensando: *estuviste en la subasta y no por asuntos policiales. Por favor, intenta explicárselo a tu jefe.*

Martin está furioso, pero se toma un momento para lograr un mínimo de calma. —Están desaparecidas. No las puedo encontrar en ninguna parte. La última vez que vi a mi esposa estaba contigo.

—Sigues hablando de una “esposa” que supuestamente tienes —desmenuzo otra hoja de papel y la tiro a la papelera, solo para fingir que no me importan sus problemas personales. Y también, me imagino que es su cabeza moviéndose en un círculo limpio antes de caer en picado a la basura.

—Clara —él rechina los dientes—. Estoy hablando de Clara. Y tú lo sabes.

Sí. Pero presionar su paciencia es mucho más constructivo que lo que realmente quiero hacer, que es darle un puñetazo en la cara cada vez que se refiere a Clara como su “esposa”.

—Bueno, debiste haberlo dicho. Ella no está casada. Puedes entender mi confusión.

Quizá rechine los dientes hasta las encías antes de irse de mi oficina. Por la forma en que esa mandíbula sigue trabajando mientras me mira con ira, va por buen camino.

Decido ayudarlo. —Cuando la conocí, parecía como si estuviera huyendo de algo. De *alguien*, mejor dicho. ¿No sabrás nada sobre eso?

—No es tu puto asunto.

—Lo es, si quieres información mía.

Martin duda. Pero ha mordido el anzuelo y va a por ello. —Solo tuvimos un pequeño desacuerdo. Se pone demasiado dramática sobre las mierdas.

Pongo los ojos en blanco, con una pequeña risa. —Me lo dices a mí.

—¿Verdad? —el idiota se inclina como si de repente fuéramos amigos compartiendo secretos—. Es como si ella rogara por ello. Nada de lo que hago es lo suficientemente bueno para ella, solo se queja, se queja, se queja.

—Así que simplemente le das un golpe para que se calle, ¿verdad?

—¿Qué puedo decir? —su rostro se contrae en una sonrisita espeluznante y se encoge de hombros—. A ella le encanta. Como si fuera un fetiche suyo. Solo presiona, presiona, presiona hasta que tenga que decir basta y recostarla sobre mi rodilla. Luego, es el sexo más caliente que he tenido en mi *vida*. Problemas con Papi, ¿verdad?

Tomo medidas drásticas para evitar estallar. *Aún no. Espera hasta que sea el momento adecuado*. —Menos mal que tu hija te tiene para mantener las cosas en orden.

Martin suspira. —Sí, bueno, no todo puede ser un paseo por el parque. Willow empieza a ponerse bocona como su madre. He sido amable con ella porque es tan pequeña, pero está empezando a tener edad suficiente para el cinturón.

No asesinaré a un policía. No asesinaré a un policía. No asesinaré a un policía.

…todavía no.

—¿Has hablado con Greg? Estoy seguro de que estará encantado de ayudarte.

—Mi suegro no sabe dónde están. De lo contrario, no estaría aquí, ¿verdad?

Interesante. Ese es un giro que no esperaba. Pensé que lo primero que habría hecho Greg después de nuestro pequeño encuentro en el hospital sería contactar a Martin y contarle todo sobre Clara, Willow y el tiroteo.

Hablando de eso… el tiroteo.

Martin no ha mencionado el tiroteo en la escuela.

Muy interesante.

—Estoy seguro de que ambos han estado ocupados con todo lo que pasó esta semana —reflexiono con fingida empatía.

—¿De qué estás hablando? —me frunce el ceño como si de repente me hubiera salido una segunda nariz.

¿Dónde ha estado todo este tiempo? ¿Alguien enterró su cabeza en la arena en algún lugar lejano de Mojave? —¿El tiroteo en la escuela? Estuvo en todas las noticias.

—Ah. Eso —se encoge de hombros como si no fuera una amenaza directa contra la seguridad de su propia hija—. Nada que no podamos manejar. Nada que pueda o hará que me distraiga de

encontrar a mi esposa y a mi hija.

Hay dos opciones frente a mí: o es un completo idiota que es demasiado poco observador para llevar una placa de detective, o está tratando de engañarme para obtener información. De cualquier manera, no me encanta su tono, ni la forma en que se refiere a *mi* familia.

Porque joder… eso es lo que son para mí ahora.

Empujo mi silla hacia atrás abruptamente y me levanto. —Es fantástico escuchar que los mejores agentes de la policía de Las Vegas se preocupan tanto por la seguridad de nuestros niños —retumbo con sarcasmo goteando en cada sílaba—. Como parece que no puedes encontrar tu propio trabajo, y mucho menos a tu hija, permíteme indicarte la salida.

—Espera —Martin alza una mano para evitar que lo empuje afuera. Está peligrosamente cerca de que rompa su puta muñeca como si fuera una cerilla—. Creo que empezamos con el pie izquierdo. Vine a negociar.

Arqueo una ceja. —Probablemente debiste haber comenzado por ahí.

—Sí, sí, lo que sea. De todos modos, sé que tienes tus propios problemas familiares con los que has estado lidiando. Tolya, ¿verdad?

Me congelo y no digo nada.

Parece tomar mi silencio como una afirmación. —Puedo ayudarte a sacarlo. Solo trabaja conmigo aquí. Dame a Clara y a Willow y yo te daré a tu hermano.

¿Acabo de escucharlo bien? ¿Pasó de no saber acerca de un tiroteo masivo en una escuela en su propia jurisdicción a actuar como si pudiera liberar de prisión a un asesino condenado?

—Estoy escuchando —meto las manos dentro de los bolsillos y me apoyo contra el escritorio.

Martin mira a su alrededor, suspicaz. *Sí, como si fuera a mantener todos mis dispositivos de grabación a la vista. Imbécil*. —Sé que el informe del forense fue manipulado. Puedo trabajar con eso.

Hace una pausa, así que asiento para que continúe.

—Digamos que el caso se reabre. Digamos que se descubre nueva evidencia. Digamos que las flechas comienzan a apuntar lejos de Tolya y hacia alguien más que tenía interés en todo el asunto, como Raizo Watanabe… o incluso Greg.

Una gran ventaja de ser propietario de un casino es tener la mejor cara de póquer de la casa. Esa es la única manera en que puedo ocultar mi sorpresa… mi puto *shock* total… ante el afán de este hombre por traicionar a su propio mentor y supuesto “suegro”.

Algo más me llama la atención. —¿Qué interés tenía Raizo en eso?

—Ay, vamos. Tú estabas ahí. Viste el negocio en el que Greg lo ha estado ayudando todos estos años. Michael Little lo iba a denunciar. Todo el mundo lo sabía.

Me alegro mucho de no haberlo echado cuando entró por esas puertas doradas. Esto ha demostrado ser una incursión muy fascinante e informativa en mi paz y tranquilidad. —Así que,

si te entiendo bien, ¿reabrirás el caso y fabricarás nuevas pruebas para exonerar a mi hermano?

Martin asiente. —A cambio de Clara y Willow.

—Ajá.

Finjo reflexionar. Finjo que es tentador.

Aunque no tengo que pensarlo.

Porque no lo es.

—Desafortunadamente, no sé dónde están —me levanto del escritorio con un encogimiento de hombros casual y me dirijo al bar en la esquina—. Gracias por la oferta, de todos modos.

Martin se queda ahí, atónito. —¿Qué…? ¿Qué quieres decir con que no sabes dónde están?

—Exactamente eso —me sirvo un trago de whisky y dejo que el ardor se deslice por mi garganta —. No lo sé… y no creo que te lo dijera incluso si lo supiera.

—¡No puedes hacer eso! ¡No puedes solo secuestrar a mi esposa y a mi hija!

Tomo otro trago, dejo el vaso y me acerco hacia él como un depredador arrinconando a la presa más tonta del mundo. —No *tienes* esposa. Legalmente, ni siquiera tienes hija. También investigué un poco sobre ti. ¿De verdad crees que un policía torpe y egoísta, demasiado engreído como para acordarse de firmar el certificado de nacimiento de su propia bebé, me tentará con pruebas fabricadas y promesas de libertad?

Sus ojos se agrandan mientras rápidamente tropieza hacia atrás. —¡No tienes otra opción! ¡Todos creen que él lo hizo! ¡Sin mí, tu hermano se quedará ahí para siempre!

—*Sí* tengo una opción. Tomé una decisión en el momento en que conocí a Clara y fue ayudarla. Ayudarla a alejarse de bastardos como tú —agarro a Martin por el cuello de su camisa y lo golpeo contra la puerta—. Y en el momento en que conocí a esa dulce niña, tomé la decisión de darle todo lo que su hijo de puta donante de esperma nunca hizo, nunca haría y nunca podría hacer. Así que, cuando digo que no sé dónde están, lo que realmente quiero decir es: “Vete a la mierda”.

Es fácil arrastrar “accidentalmente” su cara a lo largo de la pared y estrellarla contra la puerta mientras lo escolto bruscamente hacia afuera. Cuando cae al suelo, mi única decepción es que solo está cayendo sobre la lujosa alfombra de terciopelo del pasillo y no por el borde de un acantilado.

Tendré que idear un plan para deshacerme de Martin para siempre. Algo permanente que lo saque del rastro de Clara y Willow por el resto de la eternidad. Estoy harto de lidiar con él… solo puedo imaginar lo aterrador que debe ser para las chicas cada vez que aparece como una maldita hierba.

Esta vez es la excepción. Por muy idiota que sea, me dio información útil.

Y, de hecho, sí lo grabé todo.

Me vuelvo para regresar al escritorio, tomar mi teléfono y asegurarme de que todo se cargue

desde los micrófonos ocultos en la base de datos de la nube para poder enviarle una copia a Bambi.

Entre su oferta de fabricar pruebas en un caso de asesinato importante y su confesión de abusar de Clara, además de sus planes de abusar de Willow, reemplazar el lugar de Tolya en prisión con el idiota puede ser una opción sobre la mesa.

Una puerta en el baño privado hace clic.

Me doy vuelta…

Y los suaves labios de Clara se posan en los míos.

CLARA

Demyen me defendió.

Él me *protegió*.

Y renunció a la oportunidad de liberar a Tolya… por *mí*.

No me importa lo que pueda pasar cuando descubra que he estado escuchando a escondidas. Ni siquiera me importa si Martin vuelve por esa puerta y ve que estoy aquí.

Todo lo que necesito es a *él*.

Y, cuando abro la puerta del baño para volar a sus brazos, lo dejo muy claro.

La sorpresa de Demyen dura solo un segundo antes de que me devuelva el beso, sus manos ahuecando mi rostro y enredándose en mi cabello. Lo beso como si lo necesitara para respirar. Lo pruebo como si fuera lo único que me sustentará en esta vida.

Y cuando se aleja lo suficiente para frotar la punta de su nariz con la mía, lo aspiro como si fuera el mejor aroma del mundo.

—¿Por qué? —dejo escapar.

Excelente. Muy elocuente, Clara. Simplemente… comienza con eso, supongo.

Me alejo para poder parpadear hacia él. —¿Por qué? ¿Por qué hiciste eso?

—¿Hacer qué? —Demyen mira hacia la puerta de la oficina—. ¿Echar a Martin?

—¡Sí! —alzo mis manos en el aire como si fuera lo más obvio—. ¡Y mentir sobre dónde estamos Willow y yo! ¡Tenías una entrada! ¡Martin iba a sacar a Tolya de la cárcel!

La realización, luego la comprensión, aparece en el rostro de Demyen. Él me sonríe y se encoge de hombros. —Ya te dije. De hecho, te lo prometí. Siempre te protegeré. Especialmente, de gilipollas como él.

—Pero… ¡pero Tolya! Pudiste haberme cambiado por…

—Basta —Dem me acerca de nuevo e inclina mi cara hacia la suya—. Mírame. Escucha con mucha, mucha atención —sus ojos brillan así de cerca—. No te voy a negociar. Ni por nadie ni por nada. ¿Vale?

—Pero él es tu familia…

—Tú también lo eres.

Mi boca se abre. Yo… no sé qué decir. Su pulgar frota suavemente mi labio inferior mientras estoy allí, boquiabierta como un pez, aferrándome desesperadamente a sus brazos.

De hecho, me preocupa un poco que si lo suelto, me caeré al suelo. —Pero… Tolya…

—Clara —Demyen besa el costado de mi frente—. ¿*Intentas* cambiarte por él?

—Yo… solo quiero hacer lo correcto. Quiero ayudarte a sacarlo. No quiero volver con Martin, pero si eso…

—Absolutamente no.

Sacudo la cabeza, todavía buscando las palabras adecuadas. —Dem, necesito arreglar esto. Para ambos.

Su sonrisa es impresionante. Sus labios se ciernen sobre los míos, tan cerca y al mismo tiempo tan lejos. —Entonces, no me hagas elegir entre ustedes. Porque no lo haré. Eres mía, Clara.

La distancia se cierra. Su boca reclama la mía y es como un sello físico a su promesa que siento en todo el interior de mi corazón. Cuando paso la punta de mi lengua entre sus labios, deja escapar un gemido y me da la bienvenida.

Nos estamos moviendo. O, más bien, él nos está moviendo. La parte posterior de mis muslos golpea el borde de su escritorio y Demyen deja sus besos a lo largo de mi mandíbula hasta mi oreja.

—La única decisión que necesito tomar —gruñe entre mordiscos en mi cuello—, es si recostarte sobre este escritorio o inclinarte sobre él.

Decido ayudarlo un poco. Me levanto sobre su escritorio y abro las piernas alrededor de sus caderas.

Las manos de Demyen instantáneamente me agarran el trasero y me llevan hasta el borde. *Joder*, está tan duro. No puedo contener el gemido bajo que burbujea en mi garganta. La sonrisa malvada que flota en su rostro es la única pequeña advertencia que tengo antes de que pase sus manos hasta mi espalda, enganche sus dedos en la cintura de mis leggins y los arrastre hacia abajo en un solo rasguido.

Dejo que me coloque sobre mi espalda. Me siento más vulnerable así, pero… ¿me gusta? Creo que sí. A pesar de lo expuesta que estoy, nunca me he sentido más segura que cuando él coloca mis piernas sobre sus hombros y comienza a besarme la pantorrilla.

Mis bragas son las siguientes. Dem se toma su tiempo para pelarlas. Y luego estoy abierta, amplia y desnuda para él, expuesta a su mirada voraz.

—Dem… —gimo.

Ladea la cabeza y arrastra un dedo, largo y lento, a través de mi raja. Me hace temblar y jadear de placer, y solo sé que debo estar goteando alrededor de su dedo.

—Quiero hacer tantas cosas contigo, bebé —murmura—. No puedo decidir por dónde empezar.

Me levanto sobre mis codos y le doy mi propio vistazo lento y hambriento. —Tenemos tiempo —ronroneo, cerrando mis tobillos sobre su trasero.

Esa debe haber sido la invitación que necesitaba… que esto ya no es una serie de "una sola vez". Ya no estamos fingiendo.

Esto es real; somos nosotros. Tenemos tiempo de sobra para hacer realidad todas y cada una de sus deliciosas y depravadas ideas.

Y algunas de las mías.

La boca de Demyen se sella a la mía en un beso abrasador. Me derrito bajo su toque mientras sus manos recorren cada centímetro de mí. Tiro de su camisa porque necesito sentirlo cálido y desnudo. Duro y suave en todas partes, desde su mandíbula tallada en mármol hasta el bulto palpitante firmemente presionado contra mi coño.

Lo deseo.

Lo necesito.

Lo amo.

En algún momento entre los besos, mi camisa y mi sujetador desaparecen. —Debería… cerrar las persianas… —murmura Demyen entre besos en mi cuello.

—No lo hagas —me arqueo hacia él, buscando ciegamente la cremallera de sus pantalones. No me importa quién nos vea. De hecho, la parte más perversa de mí quiere que todo el puto mundo mire para que todos sepan que nunca jamás volverán a tocarme—. Que vean. Quiero que vean.

—Joder —gime Demyen—. Trato… de ser… romántico… —Besa otro camino de fuego hacia el valle entre mis pechos—. Y tú… estás siendo… muy… traviesa.

—¿Me darás nalgadas?

Demyen sonríe. —No me tientes.

Muevo mis caderas para provocarlo. Gran error… termino arrastrando mi coño a lo largo de su eje duro y desnudo y me provoca *a mí* mucho más de lo que pretendía. Dejo escapar un gemido de necesidad.

—Estás jugando con fuego —advierte.

—No me importa. Quémame.

Su boca se aferra a mi pecho. Esa es la única advertencia que recibo. Lo siguiente que siento es la jodidamente increíble y alucinante sensación de su polla llenándome hasta el borde.

—Eso es, bebé —respira después de soltar mi pecho con un chasquido húmedo de sus labios. Besa su camino hacia el otro—. Trabaja ese dulce coño en mi polla. Muéstrame lo que necesitas.

—Dem… —gimo. Quiero decirle todas las cosas que quiero que me haga, pero parece que no puedo pasar de esa primera palabra antes de que mi cerebro se vuelva papilla. *Quiero*…

Por suerte para mí, él sabe sin que yo tenga que decir nada.

Me levanta en sus brazos y me folla en el aire. Mis caderas chocan contra las suyas una y otra vez mientras él me empala en su polla. Su aliento recorre mi piel mientras se pierde en mí.

Es casi vergonzoso lo rápido que me corro. El orgasmo me recorre sin previo aviso. Me aferro a sus hombros, a su cuello, luchando por algo a lo que aferrarme mientras mi cuerpo sufre espasmos y mis sentidos estallan por sobrecarga.

Y entonces el mundo da vueltas. Estoy girando. De repente me siento vacía y él me da vuelta y estoy a punto de quejarme y rogarle que me deje aguantar el resto…

¡SMACK! Una dura nalgada en el momento perfecto para enviarme a la luna.

Grito. *¡Joder!* Me corro aún más. Puedo sentir mis jugos goteando por mi muslo mientras Demyen me canta al oído—: Abre esas hermosas piernas para mí, bebé.

No sé por qué ni cómo, pero todo lo que quiero hacer es ser su buena chica, que hace exactamente lo que él dice porque sé, sé, *sé*, que siempre me dará exactamente lo que necesito.

Él sale de mí, me pone de pie, me gira y me lame de abajo hacia arriba. Su lengua se hunde dentro de mí y todo lo que puedo hacer es aguantarme del escritorio y rezar para no implosionar.

Estoy boca abajo con el culo levantado y los muslos abiertos lo más que puedo. Demyen me acerca a su cara y lame, chupa, mordisquea cada centímetro de mi núcleo ultrasensible como si fuera la última comida que jamás tendrá.

—Dem… —cuando sus labios envuelven mi clítoris, me resisto y grito—. ¡Dem!

Me tiene inmovilizada en su lugar, así que no puedo alejarme. Ni siquiera puedo moverme. Solo puedo retorcerme, jadear y arañar el escritorio, rogándole en silencio por más. Por piedad. Por liberación.

¡SMACK! Otra nalgada cruel que se entremezcla con el orgasmo zumbante y arremolinado. Siento que mis ojos se ponen en blanco mientras el mundo se disuelve en hermosos píxeles.

Otra nalgada. Otro tirón de sus labios en mi clítoris.

Estoy viendo estrellas.

Demyen gruñe con profunda satisfacción. Estoy temblando, vibrando, chorreando.

Y él está bebiendo cada puta gota.

Apenas tengo tiempo para recuperarme antes de que él bese mi columna vertebral, tomándose su tiempo para acariciar mi cuerpo tembloroso y todavía con espasmos, cuidándome mientras me mueve al ángulo perfecto.

Boca abajo, tumbada sobre su escritorio, con las piernas enganchadas alrededor de su cintura mientras se mete hasta las bolas dentro de mí.

Me encanta la forma en que agarra mis muslos para levantarme. Me encanta saber que mañana tendré recordatorios de nuestro tiempo juntos, esparcidos por toda mi piel.

Me encanta la forma en que él pierde el control conmigo.

Sé que debería asustarme. Después de todo, realmente debería hacerlo.

Pero de alguna manera, de alguna manera maravillosamente desordenada, el salvajismo de Demyen alimenta mi propia confianza en mí misma. Soy *yo* quien le da tanta hambre. Así de salvaje. Así de feroz.

Yo le hago esto.

Su pecho presiona mi espalda y siento que se hunde dentro de mí aún más profundamente. Pero, en lugar de acelerar el ritmo, disminuye la velocidad en este masaje largo, sólido y rítmico de su grueso eje a lo largo de cada centímetro de mis temblorosas paredes internas.

Y, sin embargo, por más brutal que sea, Demyen aún me abraza. Me consola. Besa mi cuello y mis hombros y susurra dulces promesas de que podemos tener esto en cualquier momento que queramos, en cualquier lugar que queramos, para siempre.

—Te amo —respira. Lo siento estremecerse, lo escucho aguantar su respiración mientras se contiene para no caer sobre ese dulce borde sin mí—. Te amo, joder. Jodidamente demasiado.

Mi visión se vuelve borrosa. Mi corazón da un vuelco y golpea contra mi caja torácica al mismo tiempo que sus embestidas lentas y profundas. A través de la ventana, puedo ver la parte superior de las cabezas de las personas mientras se mueven por la sala principal del casino, completamente ajenas a la pareja desnuda que se retuerce y se mece en el escritorio del dueño.

No puedo creer que tenga la fuerza para levantarme sobre mis brazos. Pero lo hago.

Y me empujo hacia él al mismo tiempo que él se desliza hacia mí.

—Joder —gime, jadeando. El sonido refuerza mi confianza y lo hago una y otra vez, absorbiendo cada jadeo estremecedor y disfrutando de cada gruñido y gemido que retumba en su pecho—. Clara, bebé, voy a…

—Hazlo —le ruego. Ni siquiera sé si he dejado de correrme en todo este tiempo… mi cuerpo está en llamas y cada terminación nerviosa explota una y otra vez desde que me sacó el primero a través de mí—. Hazlo por favor. Necesito… me encanta…

Sus brazos me rodean como bandas de acero y me sostiene allí, empalándome más fuerte que nunca.

Él hunde sus dientes en mi hombro.

Y luego caemos, dando vueltas, gritando… dándonos cada gota de nuestro amor.

CLARA

Parece que la sensación de caer fue literal.

Porque, cuando finalmente puedo abrir los ojos y estabilizar la respiración, me doy cuenta de que estamos en el suelo.

Más bien es Demyen el que está en el suelo, ofreciéndose como el cojín más sexy que una mujer podría pedir. Él todavía está dentro de mí, todavía envuelto a mi alrededor, todavía disfrutando del resplandor. Su rostro está enterrado en mi cabello y simplemente yace aquí, abrazándome. Respirándome.

Amándome.

Hago una mueca cuando él sale lentamente de mí. Odio ese sentimiento. Sé que es necesario, pero igual lo odio. En un mundo perfecto donde pueda hacer lo que quiera, podríamos permanecer juntos así todo el tiempo que queramos.

Para siempre, idealmente.

Demyen se ríe mientras nos pone de costado, todavía protegiendo mi cabeza con su brazo. Me giro para mirarlo y me acurruco en su calidez tanto como sea humanamente posible.

—Nunca había visto mi escritorio desde este rincón —se ríe.

Me río. —Deberíamos grabar nuestras iniciales allí. Nadie más lo verá.

—Y, si lo hacen, sé a quién despedir.

Le doy un codazo juguetón y él me aprieta el culo. Luego pasa los siguientes minutos haciéndome cariño. Nos quedamos ahí tumbados, sobre el suelo alfombrado de su oficina, desnudos, relucientes y cubiertos del olor del otro. Simplemente tomándonos el tiempo para aprender cada curva, cada ángulo, cada punto delicado de nuestro cuerpo.

Algo se atasca en mi garganta. Necesito decirlo. No sé si realmente estoy preparada para hacerlo, pero me parece mal reprimirlo.

—Yo también te amo, ¿sabes? —respiro. Estoy casi demasiado asustada para mirarlo a los ojos, pero lo logro.

La mirada de Demyen está llena de calidez y amor. —Clara… —suspira y mete un rizo salvaje

detrás de mi oreja—. No tienes que decirlo solo porque yo lo hice. Si no estás lista…

—Te he *estado* amando —lo detengo antes de que comience a tomar un camino que ninguno de los dos quiere tomar—. Yo simplemente… tenía demasiado miedo de ser vulnerable. De que se aprovechen de mí.

Su ceño se frunce. —¿Qué cambió?

—Tú —lo pienso por un momento y luego dejo escapar un pequeño y suave suspiro—. Y yo también.

Demyen me besa la frente, luego los ojos y luego los labios. Su mano se desliza sobre mi cintura y se me ocurre la loca idea de solo decírselo. Decirle que siempre estaremos conectados, pase lo que pase. Decirle que una parte de él está creciendo dentro de mí, esperando ser tan amada y querida como su hermana mayor.

Abro la boca para decirlo, pero, antes de que pueda…

—Tenemos que ir a ver a Tolya.

Mi línea de pensamiento se detiene en el camino. —¿Qué?

Su rostro se oscurece. —Tengo que decírselo. *Tenemos* que decírselo. Sobre el caso, sobre lo que hemos encontrado, los Yakuza, tu padre… y nosotros.

Nosotros.

Joder. A Tolya *no* le va a gustar eso.

Me siento erguida más rápido de lo que pretendía y me da vueltas la cabeza. O mi ansiedad lo hace. Probablemente, ambas. —No… no creo que sea una buena idea que yo vaya.

Demyen se sienta detrás de mí. —Clara…

—Lo digo en serio. Él me *odia*. ¿Cómo crees que reaccionará cuando descubra que mi padre fue quien lo metió allí? Y que tú estás… estás…

—¿Saliendo con su hija?

Giro la cabeza para mirarlo. —¿Es eso lo que es esto?

Una risa brota de sus labios. —Bueno, sí que no es casual. ¿Cómo más deberíamos llamarlo? ¿Cortejo?

Maldita sea. Se supone que esto sería una discusión muy seria, pero una vez más, este hombre ha logrado follarme hasta dejarme en un estado líquido de felicidad. Ni siquiera mi ansiedad y mi miedo pueden rivalizar con su encanto. O su polla.

—Como lo llamemos —digo cuando mi risa se desvanece—. Sabes que tu hermano lo odiará.

Demyen apoya su barbilla sobre mi cabeza y piensa en ello. —O lo supera y lo acepta, o puede enfurruñarse en su celda hasta que lo haga.

Me giro para mirarlo. —¿Qué?

—Lo digo en serio —insiste—. Prefiero dejarlo allí antes que dejar que te ponga un dedo encima. Mañana iremos a verlo y le contaremos todo. Si está bien con eso, genial. Si no, me tomaré mi tiempo hasta que cambie de opinión.

—Pero…

—Clara, te lo dije: elegiré entre ustedes. Lo amo, sí, pero te amo a ti también. Juré que nunca dejaría que nadie alzara un dedo contra ti… y eso incluye a mi propio hermano.

Inclino mi cabeza para acortar la distancia entre nosotros, presionando mis labios contra los suyos. Entonces, a pesar de cada susurro de miedo en el fondo de mi mente, acepto.

—Vale. Vayamos a verlo.

DEMYEN

—No.

Tolya gira sobre sus talones de inmediato para enfrentar a los guardias que acaban de traerlo.

—Tolya, por favor —saco una silla para que Clara se siente y le hago un gesto para que se una a nosotros. No sé de qué servirá eso pues el hombre está tratando de irse, pero a la mierda. Vale la pena intentarlo—. Solo escúchanos.

—Ah, ¿entonces ahora están "juntos"? —él se da vuelta, pero no porque esté particularmente feliz por nuestra pequeña revelación—. ¿Qué, su coño está hecho de oro?

Meto las manos en los bolsillos porque se están cerrando en puños. Este es el peor lugar para irme a las trompadas con mi hermano.

—Voy a pedirte muy amablemente que muestres algo de respeto —gruño.

Tolya mira a Clara. —¿Cómo se supone que debo sentirme acerca de que mi hermano menor se folle a la chica que arruinó mi vida? —se acerca a la mesa, pero en lugar de sentarse en una de las sillas de plástico baratas, apoya los puños en la mesa y se inclina cerca de su cara—. Tú eres quien debería estar aquí. No yo. Así que, a menos que estés aquí para confesar, no tengo nada para decirte, y sí que no tengo ningún motivo para escucharte.

—¿Qué tiene que confesar? —pregunto.

Tolya nos mira fijamente durante un largo y silencioso momento. Luego, por alguna razón, decide sentarse. —Vale, bien. Sigamos con tu pequeño juego —él se inclina hacia adelante y dice con voz áspera—: *Tú* mataste a Michael Little.

—Ah —me recuesto en la silla. Las piezas del rompecabezas encajan—. Oleg ha estado aquí.

—Para ti es "Otets", hermano menor.

—Creo que soy perfectamente capaz de decidir cómo llamar al hombre que secuestró a mi mujer e intentó agredirla, *hermano mayor*.

Tolya se queda quieto. Su rostro no revela nada antes de mirarme con recelo. —Estoy escuchando.

Me gusta pensar que tengo la paciencia de un santo, a pesar de ser el diablo. Es la única razón

por la que no he estrangulado a mi obstinado hermano todavía.

—Como decía —explico con los dientes apretados—, estamos aquí porque tenemos novedades. Noticias.

—¿Sí? —Tolya arquea una ceja—. Y Otets también. Me dijo que finalmente atrapó a la asesina de Michael Little —vuelve a mirar a Clara—. Y que, si el sistema legal estadounidense fallaba, la llevaría a Rusia para probar la suerte allá.

Clara palidece. Ella no dice nada, pero no es necesario. La ligera inclinación de su cuerpo me dice que está a punto de vomitar o desmayarse.

Paso un brazo alrededor de su hombro para ayudarla a estabilizarse. —Si eso es todo lo que te dijo, y eso es lo que crees sinceramente… entonces eres un jodido idiota.

Tolya empuja la silla hacia atrás con un chirrido mientras se queda a mitad de camino. —No tengo que escuchar…

—Siéntate y cállate, joder.

Tolya vuelve su furia contra mí. *Bien*. —¡*Tú* no puedes decirme *a mí* qué hacer!

—Estoy haciendo exactamente eso, como tu hermano y como líder de esta familia. *Nuestra* familia. Así que, si realmente quieres dejar este lugar para siempre, agarra tus orejas y saca firmemente tu cabeza del culo para poder escuchar mejor.

La comisura de su boca se mueve. No lo admitirá, pero es tan bueno como una risa.

Robé su antigua frase.

—Por supuesto que eso es lo que te dijo Padre —continúo mientras ambos nos sentamos nuevamente en nuestras sillas—. Él sabe exactamente qué decir para que estés de acuerdo con él. Siempre lo ha hecho.

Tolya asiente sutilmente, reconociendo el punto. Lo acepto.

Meto la mano en mi bolsillo y saco el único dispositivo que los guardias de la prisión me dejaron pasar: una grabadora de la vieja escuela, sin acceso a Internet.

—¿Qué carajo es eso? —refunfuña Tolya mientras mira el dispositivo.

—Solo escucha —presiono el botón de reproducir.

La voz de Greg llega a través de los parlantes. —*Cuida tu tono conmigo, jovencita.*…

Nos sentamos allí en completo silencio mientras la cinta reproduce la conversación completa entre Clara y su padre la noche de la subasta. Estudio el rostro de Tolya mientras escucha al oficial que lo arrestó confesar haber abusado de su familia, haber estado sobornando y manipulando la evidencia con la plena intención de incriminar a Tolya por lo que finalmente fue un suicidio involuntario.

Cuando se detiene la grabación, él guarda silencio. Deslizo mi mirada hacia Clara, que solo mira fijamente la mesa. La tensión es tan espesa en el aire que no puedo culparla si se agacha debajo de ella.

Finalmente, Tolya respira hondo. —Entonces. ¿Qué se está haciendo al respecto?

—Me voy a retractar —Clara lo suelta antes de que tenga la oportunidad de abrir la boca. Ella encuentra su mirada dura con la suya, inocente—. Retiraré mi testimonio y le contaré a los tribunales lo que realmente sucedió. Que mi padre me golpeó para obligarme a confesar y di mi testimonio bajo coerción. Bambi confía en que, entre mi retractación y esta grabación de su confesión, podremos sacarte.

Él escucha. Cruza los brazos sobre el pecho. No está entusiasmado con la buena noticia, pero no está tan cabreado como hace quince minutos.

—Tengo que saber… —él la mira con recelo—. ¿Qué cambió? Has tenido todo este tiempo para retractarte. Con o sin grabación, has sabido la verdad todo este tiempo.

Clara respira profundamente. Aprieto su mano debajo de la mesa para animarla en silencio.

Tú puedes, nena.

—Mi padre… —ella deja escapar el aliento en un profundo suspiro—. Ha abusado de mí toda mi vida. De mí y de mi madre. Ella está muerta ahora. Básicamente, me vendió a su pequeño protegido cuando tenía dieciséis años y no estoy segura, pero tengo el presentimiento de que fue para poder tenerme bajo su control.

Tolya frunce el ceño, pero no dice nada.

—Ese sería mi ex, Martin. Martin Patterson. Él… él también está en la policía. Básicamente se hizo cargo de mí cuando tenía dieciocho años y así fue durante años. Cuando me dejó embarazada, yo no… no sabía a dónde ir. A dónde era seguro ir, quiero decir. Intenté denunciarlo varias veces y simplemente…

Le froto la espalda suavemente. No quiero hablar por ella, pero necesita saber que no está sola.

Que yo le creo.

—Nunca he tenido un lugar seguro. Nunca supe en quién confiar. Mi padre es el detective principal de la policía de Las Vegas y nadie hizo nada ante el evidente maltrato que se producía en su casa. Tú me viste en el tribunal. *Todos* me vieron. Y decidieron ignorarlo. Me ignoraron a mí. Ahora tengo una niña pequeña y… y… tuve que sacarla de allí —la voz de Clara se entrecorta. Respira hondo otra vez y se seca las comisuras de los ojos—. Quise retractarme desde que me di cuenta de lo que hizo mi papá. Incluso antes de tener esa grabación. Pero, sin poder probar nada, habría puesto a mi hija en peligro.

Ella se calla. Pasa un momento antes de que me dé cuenta de que es porque está tratando de no romper a llorar.

—Ella ya está en peligro —agrego en voz baja. Tolya dirige su mirada hacia la mía, así que le explico—. Los Yakuza. Tirotearon su escuela. Pavel acaba de salir del hospital después de recibir un rebote tratando de mantenerla a salvo.

Lanza una maldición en ruso que no se traduce. Veo la rabia y la desconfianza abandonar su cuerpo. —¿Qué edad tiene ella?

Clara esboza una pequeña sonrisa. —Cinco.

Más maldiciones. Silenciosamente, concuerdo con él. Puede que Tolya y yo no pertenezcamos a la familia más humanitaria del mundo, pero los niños son importantes para nosotros. Los niños son la máxima prioridad en nuestra cultura. Amenazar a uno, amenazar a *cualquiera*, es un crimen que va mucho más allá de lo que cualquiera de nosotros jamás soñaría cometer.

—No quiero extenderme más en el tema —comento en voz baja—, pero estabas a punto de creer que una niña de ocho años asesinó intencionalmente a un detective de policía. Con veneno cultivado.

Me doy cuenta de que yo también hice lo mismo, pero él no lo sabe.

Tolya se pasa una mano por la cara. Luego, lentamente, empieza a reír. —Ay, maldita sea. Soy un idiota.

La boca de Clara se contrae. Estoy bastante seguro de que el pensamiento que acaba de pasar por su cabeza es algo así como: *Viene de familia.*

Ella no se equivoca.

—Bambi está redactando la apelación mientras hablamos —saco una pila de papeles doblados y se los deslizo sobre la mesa hacia él—. Ella está trabajando con los abogados para asegurarse de que esta vez sea sólido.

—*Esta* vez —resopla. Pero, antes de que pueda regañarlo por ser desagradecido, levanta una mano apaciguadora—. Perdóname. Después de más de una docena de intentos fallidos, un hombre tiende a perder la fe en el sistema —vuelve a mirar a Clara, esta vez con un toque de simpatía—. Supongo que lo entenderías.

Ella asiente.

Tolya nos mira. No sé qué está pensando mi hermano, y hay una parte cada vez mayor de mí a la que en realidad no le importa, a menos que se trate de darle la bienvenida a Clara a la familia.

—No suelo decir esto, así que considéralo un trato único —él fija su mirada en ella—. Discúlpame. Por todo. Lo que te hizo tu padre… y uso ese término de manera *muy* vaga… es imperdonable. Lo que mi padre te hizo también es imperdonable. Realmente lamento haber permitido que la ira nublara mi juicio —suspira y se desploma en su silla—. Si tuviera la oportunidad de hacerlo todo de nuevo, sé que igual lo haría. Dem y yo crecimos en este país, pero eso no cambia nuestra cultura. Los niños lo son todo. Si jodes a niños, estás pidiendo la pena de muerte.

Debería haberlo tomado en consideración. Si bien yo siempre intentaba ser todo lo que nuestro padre no era, Tolya siempre había sido quien intentaba emular lo mejor de él a cambio de alguna molécula de aprobación del viejo bastardo. Aprovechó el idioma, la cultura, la comida… todo lo que le recordaba a Oleg su hogar.

Eso explica buena parte del favoritismo de Oleg hacia Tolya.

Y definitivamente explica por qué Tolya arriesgó su vida para salvar a Clara, una niña asustada que ni siquiera conocía.

Es lo que hace nuestra gente.

Ahora, está alimentando su fuego mientras nos habla a los dos. —Vale. Así que eso es todo. Y hay otra niña en problemas. ¿Dijiste que los Yakuza están detrás del tiroteo?

Ambos asentimos. Nuevamente, aprieto la mano de Clara. No sé cómo será recibido el recordatorio del roce de Willow con la muerte hasta que simplemente entrelaza sus dedos con los míos.

Tolya se frota la mandíbula. —¿Algún superviviente? De los Yakuza, quiero decir.

—Solo un par, pero fueron arrestados.

—Y sin duda serán enviados a prisión.

La bombilla de mi cabeza se enciende. —Estás pensando…

El rostro de Tolya se dibuja en una amplia sonrisa. —Los envían aquí. Se corre la voz de por qué están aquí. A muchos padres de niños pequeños en estas celdas no les agradará eso.

Los ojos de Clara se agrandan. —¿Qué harás?

Ambos echamos un vistazo rápido a los guardias cercanos, entrenados para fingir que nos ignoran por completo. Tolya se ríe. —Es mejor dejar eso a la imaginación —levanta los pies en la silla junto a él y se pone cómodo—. Parece que tenemos bastantes cosas que organizar. Como estoy atrapado aquí con recursos limitados, les daré lo que sé para que puedan encontrar algo que hacer con ello.

No esperaba esto. A decir verdad, tampoco esperaba que cambiara de marcha tan rápido, incluso después de escuchar la grabación.

Porque, después de todo, es un Zakrevsky. Esos hombres tienen tendencia a ser gilipollas testarudos.

Yo lo sabría.

—Oleg tiene una operación en pleno funcionamiento aquí en Estados Unidos. Es enorme. Por lo que me cuenta, el negocio va bien, así que ya sabes lo que eso significa.

Sí. No lo diré delante de los guardias, pero mi asentimiento es suficiente para transmitir que sí, entiendo que Oleg está operando una red de tráfico de personas próspera con muchos clientes e incluso más víctimas.

—Me imaginé. Gastó cincuenta millones en una adquisición reciente.

A Tolya se le cae la mandíbula. —¿Cincuenta millones? Mierda. Eso es una puta locura. Supongo que no recibirá un reembolso.

—Más bien… pagará reparaciones.

Él se ríe sombríamente. —Bueno saberlo. De todos modos, no es solo aquí en Estados Unidos donde trabaja.

—Escuché que tiene una oficina base completa en casa.

Él asiente. —Así que él te lo dijo. Sí, y es enorme. Más grande que lo que está pasando aquí, y mucho más… cómo decirlo, "lucrativo". Pero la clave es que están interconectados. Uno no funciona ni existe sin el otro —sus cejas se levantan como si estuviera tratando de enfatizar algo —. ¿Sabes?

Me lleva un rápido segundo entender. Pero entonces… —¿Entonces cualquiera… *involucrado*… en una "oficina" está involucrado con la otra?

—Exactamente.

—Como… suministros. Recursos.

Secuestro, coerción, chantaje… todo lo que Greg ha estado haciendo para conseguir esclavas para Raizo. Ojalá tuviera eso grabado también, pero Clara me aseguró que algunas de sus víctimas anteriores todavía estaban en las calles. Págales lo suficiente y tendremos testimonios.

Las piezas empiezan a encajar.

—Bingo —Tolya golpea la mesa con el dedo—. ¿Si puedes demostrar que hay una tercera "oficina" conectada a la de aquí en los Estados? Es pan comido en los tribunales.

Traducción: si de alguna manera podemos demostrar que Raizo está alimentando esclavas a la red de Oleg, eso conectará a Greg con las operaciones más oscuras en Rusia.

Y, simultáneamente, amenazará con derribar todo el circuito internacional.

—No será suficiente —la voz de Clara es suave. Se aclara la garganta y se endereza, ganando más confianza en sí misma. Rezo todos los días para poder seguir inculcándole más de eso, de una forma u otra—. Quiero decir, definitivamente haz todo eso. Por favor. ¿Pero mi padre? A él no le importa. Eso es solo un trabajo para él. Se abrirá camino a través de cualquier investigación y estará de regreso en las calles antes de que el siguiente expediente llegue a su escritorio.

Odio que ella pueda tener razón.

—Pero —añade rápidamente—, él tiene un punto débil.

Ambos la miramos y nos quedamos en silencio para que ella continúe.

Ella se agacha un poco ante la atención, pero siento que aprieta mi mano para ese apoyo adicional. —Él es un héroe. Lleva esa capa imaginaria de manera más prominente que su placa. Él es el tipo que sale en las noticias y le dice a la gente que atrapó al tipo malo. Es el detective que da charlas a niños de escuelas primarias. Es el hombre que corre hacia los incendios para salvar a los cachorros, y literalmente derriba escombros con sus propias manos para sacar a los ancianos de un edificio derrumbado.

Hago una mueca. Qué patrañas. Te dicen que nunca conozcas a tus héroes. En este caso, voy a hacer algo mejor que simplemente mantenerme alejado de Greg Everett… voy a enterrarlo tan profundamente que nadie lo volverá a encontrar.

—¿Quieres lastimarlo? ¿Quieres *paralizarlo*? —la más pequeña de las sonrisas baila en su rostro —. Arruina su imagen. Quítale todo eso. Exponlo por lo que realmente es, para que nadie vuelva a verlo de la misma manera.

Tolya parece impresionado. Puedo notar que siente un repentino y creciente respeto por ella. —Joder. Está bien. ¿Cómo sugieres que lo hagamos?

Ella instantáneamente se desinfla. —No tengo ni idea.

—Está bien, *kiska* —le doy un beso en el costado de la frente—. Ya se nos ocurrirá algo —dejando mi boca cerca de su oído, le susurro—: ¿Quieres volver al auto? Necesito charlar un poco más con Tolya. Seré rápido.

Ella me mira. Veo la duda, la incertidumbre y la timidez en sus ojos, y me siento mal del estómago por haber sido yo quien puso eso ahí. Así que la acerco y le recuerdo que la amo con un beso descarado y nada discreto.

—Vale —murmura, un poco más distraídamente. Ella se sonroja de nuevo y mira hacia abajo y le dice a Tolya—. Lo siento por todo.

—Yo también —se acerca a la mesa para ofrecerle la mano. Para nuestra disimulada sorpresa, ella lo acepta—. Te agradezco que hayas cuidado a mi hermano menor. Si alguna vez te causa problemas, solo recuerda: mojó la cama hasta los nueve años.

—Maldito *mudak*…

La risita de Clara hace que la humillación valga la pena. Tolya le guiñe un ojo, y aceptaré sus burlas si eso significa tender puentes entre ellos.

Ella se para. Luego, antes de irse, me rodea el cuello con los brazos y me besa la mejilla. —No te preocupes —me susurra al oído—. Se me ocurren algunas formas mejores de arruinar tus sábanas.

Y con eso, sigue a uno de los guardias fuera de la sala de visitas.

Me alegro de haber decidido quedarme atrás.

Necesito unos minutos antes de poder levantarme nuevamente.

DEMYEN

—Ella no es en absoluto lo que esperaba. —Tolya hace una pausa para lograr un efecto dramático antes de agregar—: Ella es mucho más sexy. Demasiado sexy para tu hosco trasero, eso es absolutamente seguro.

Entrecierro los ojos hacia él. —Mucho cuidado.

—Oh, definitivamente estoy viendo cómo se aleja ese dulce trasero. —Tolya sonríe—. Por favor, dime que estás aprovechando cada oportunidad para disfrutar de ese cuerpo demencial.

No me encanta este giro de la conversación.

Él puede darse cuenta. —Escucha, hermanito. Han pasado quince años desde que me arrojaron aquí y catorce años desde mi última visita conyugal. Perdona a un hombre sediento por mirar un vaso de agua helada.

Suspiro y pongo los ojos en blanco. —Solo trata de mantener tus pensamientos *y tus manos* para ti mismo —inclino mi cabeza hacia un lado y sonrío—. Entonces, ¿cómo le va a Narissa estos días?

—Qué sé yo —resopla—. La perra se divorció de mí incluso antes de que terminaran de sondear mi culo en busca de contrabando. Allí no se perdió ningún amor.

—Lamento oírlo.

—No lo hagas. Estoy mejor sin el estrés de preguntarme con cuántos hombres corría el riesgo de contraer ETS. Al menos, todavía estoy limpio.

Realmente lamenté enterarme del divorcio de Tolya tras su arresto. Acababan de casarse un año antes, eran jóvenes y estaban enamorados… o eso pensaba yo.

Ahora que lo pienso, ella siempre me dio vibras raras. No pude identificar nada, así que nunca lo dije.

Supongo que fue la puta cazafortunas que mis entrañas susurraban que parecía ser.

No. No. Necesito trabajar en no pensar así sobre las mujeres. Incluso si hay un punto justo.

Porque, biológico o no, ahora soy el padre de Willow. Necesito dar un buen ejemplo del tipo de comportamiento que es aceptable en los hombres para que ella no termine con gilipollas como…

Bueno, como yo.

Eso comienza con hacer las cosas bien con Clara y tratarla abiertamente como la reina que es y merece ser. Continúa sin objetivar más a las mujeres que me rodean.

Roma no se construyó en un día.

—Ella es buena para ti —de repente, Tolya se pone serio, pero de un modo que no había visto desde que éramos niños. Desde… antes—. Puedo notarlo. Tienes este… este… brillo a tu alrededor.

Ahora es mi turno de resoplar. —No estoy jodidamente embarazado.

Su frente se contrae. —¿Y ella?

Casi me ahogo con mi saliva. —Dios, espero que no.

Estaré encantado el día que quede embarazada de mi bebé. Pero eso es algo "en el futuro", para cuando todo termine y finalmente estemos en nuestro pequeño y feliz pedazo de paraíso, muy, muy lejos de todos los bastardos que intentan separarnos.

La idea de que ella estuviera embarazada, *de mi hijo*, durante la subasta y su esclavitud y esa mierda… o incluso antes, cuando yo era un completo idiota que la rechazaba a ella y a Willow…

Joder, ese es un pensamiento que me hace reflexionar. Me estremezco.

Tolya está completamente entretenido con la infinidad de expresiones que estoy seguro pasan por mi rostro. —No tengo idea de qué tren lleno de pánico acabas de abordar, pero relájate, hombre. Serás un gran padre. Ella tiene una hija, ¿verdad?

—Sí.

—Entonces, oye, ahí lo tienes. Practica. Y no lo arruines.

—Quizá sea demasiado tarde para eso.

Se encoge de hombros. —Piénsalo de esta manera: es literalmente imposible ser peor que el gilipollas del que nacimos. Así que recupera la compostura y haz lo mejor que puedas por esa niña. ¿Cómo se llama?

—Willow.

—Willow —pronuncia el nombre en su boca y luego sonríe—. Me gusta. Valiente, pero elegante. ¿Es una buena niña?

Sonrío sinceramente. —La mejor.

—Mírate. Ahora, mírame —se apunta con dos dedos a sus propios ojos y se acerca—. Lo digo en serio, Dem. Mírame.

—Te estoy mirando directamente, *mudak*.

—Bien —se inclina aún más cerca—. Si arruinas esto con ella, con Clara y su dulce niña, será mejor que reces para que me quede aquí en prisión. Porque te patearé el trasero hasta toda la

vida, hermano. Y no tengo nada mejor que hacer que hacer sombra seis horas al día. ¿Lo entiendes?

Me río entre dientes. —Sí, lo entiendo —empujo mi silla hacia atrás, al igual que él, y juntamos nuestras manos sobre la mesa—. Gracias, hermano.

No entiendo lo que murmura en ruso, pero sé que es su manera de maldecirme con una bendición. Las extremadamente raras veces que vimos a nuestros abuelos, nuestra abuela nos hacía lo mismo antes de regresar a Estados Unidos.

También te amo, Tol.

~

SALIMOS de la prisión hace diez minutos.

Clara no ha dicho una sola palabra.

Está empezando a ponerme nervioso. —¿Estás bien? —pregunto lo más gentilmente posible, aunque sea solo para romper el silencio—. Estás callada.

—Solo estoy pensando.

—¿Es Willow? —no me sorprendería que fuera Willow la que ocupa sus pensamientos. Aunque estuvimos dentro de una prisión durante casi una hora, igual fue un respiro de la melancolía y el silencio de la niña aferrándose a nosotros… y a Pavel.

No es que él le importe que ella sea pegajosa. Igual está en silencio; ella solo se sienta allí en su habitación a colorear u hojear sus libros ilustrados.

Lo que me molesta, y sé que molesta a Clara, es que en el momento en que sale de la habitación de Pavel, vuelve a estar apática. Vacante. Los pequeños signos de vida que todavía existen en ella parecen aparecer solo cuando está cerca del hombre que literalmente le salvó la vida.

Seré el primero en admitirlo… estoy un poco celoso. Le estoy eternamente agradecido, por supuesto, pero… quiero devolverle esa chispa de vida a ella también.

Clara suspira y niega con la cabeza. —No es Willow.

Más silencio.

—¿Te importaría compartirlo?

—Somos nosotros. Yo no… no estoy… —Clara suspira con frustración y se golpea la cabeza contra el asiento—. ¿Vas a alejarte de nuevo? Ahora que hemos visto a tu hermano. En prisión. Donde lo puse accidentalmente.

Ah.

Me lo merezco.

Nuestra última visita no concluyó de una forma que dejara una buena impresión en su memoria.

Me acerco a la consola y tomo su mano entre la mía, luego la llevo a mis labios para besarla. —No, bebé. No me alejaré otra vez. Ya terminé de hacer esa mierda, créeme.

Una mirada rápida a su rostro me dice que dije lo correcto. Ella sonríe y es genuino.

Así que doy un paso más. —De hecho, tengo órdenes estrictas de mi hermano mayor de nunca volver a joderte, o me pateará el trasero. Considérame en mi mejor comportamiento.

Clara se ríe. Me encanta ese sonido. —Me aseguraré de recordártelo. Ya sabes, por si acaso.

—Si alguna vez llegamos a una situación "por si acaso", tienes pleno permiso para patearme el trasero tú misma —le lanzo una pequeña sonrisa traviesa—. Si puedes.

—Ah, sí puedo. Entre otras cosas —sus caderas se mueven un poco en su asiento y *joder* que estoy duro de nuevo.

—Deja eso —le advierto—. Detén esa mierda ahora mismo.

Sus labios se fruncen en un pequeño puchero juguetón. —Ay, ¿te puse todo caliente y excitado haciendo *esto*? —lo hace de nuevo, sonriendo seductoramente.

Joder. Estoy empezando a sudar y ella ni siquiera me ha tocado. No más allá de tomar mi mano, algo que en realidad deja de hacer ahora que estamos en una conversación a toda regla. —Me distrajiste. Estoy conduciendo. La concentración es importante.

—Ajá. Pero la tuya es irrompible, ¿verdad? Quiero decir, siendo un gran *pakhan* malo y todo eso, tendrías que ser bastante bueno para mantener la vista fija en el premio, estoy segura.

La miro. Ella está sonriendo. Incluso riéndose. —Precisamente. Estoy literalmente entrenado para no permitir distracciones… *blyat'*, ¿qué estás haciendo?

Su mano está en mi regazo.

Frotándome.

—Continúa —dice Clara sin perder el ritmo. Ella me mira inocentemente con sus largas pestañas —. ¿Estabas diciendo…? ¿Tienes un enfoque impecable?

—Irrompible —y ahora mi botón está abierto.

—Eso es fascinante. Cuéntame más.

Me está bajando la cremallera. Despacio. Agonizantemente lento. —Yo, em… ¿de qué estábamos hablando?

—Tu enfoque inquebrantable y entrenado profesionalmente.

—Cierto —respiro hondo y fijo la vista en la carretera. Incluso cuando sus dedos empujan dentro de mis jeans y frotan mi polla—. Mente de acero.

—Sabes, suenas enojado. Pero *te sientes* muy feliz —ella se ríe de nuevo y, *maldita sea*, mi polla palpita contra su mano.

—No estoy enojado. Estoy… ja… mierda —aprieto el volante con los nudillos blancos porque

esta tentadora ha liberado hábilmente mi polla de mis calzoncillos—. Yo… yo estoy…

—Te diré una cosa —interviene ella—. Pongamos a prueba lo que dices con tu boca. O, en realidad, con *mi*…

Joder.

Dios. Joder. Merced.

Joder.

Estoy conduciendo, yendo a al menos setenta por la carretera del desierto, y los labios azucarados de Clara Everett están envueltos alrededor de la cabeza de mi polla.

Sus rizos sedosos frotan mi brazo mientras lentamente mueve su cabeza hacia arriba y hacia abajo, tomándose su precioso tiempo para chupar centímetro tras centímetro palpitante en su boca cálida y húmeda. Quiero meterle la mano en su cabello, pero no puedo.

Quiero mantener su cabeza en su lugar para controlar la velocidad de sus labios, pero no puedo.

—Clara —grazno.

—¿Hm?

Ay, Dios mío, casi exploto solo por ese sonido y vibración. Es el sonido de mi mujer, mi hermosa mujer, incapaz de responderme con la boca llena de mi polla.

Este es un tipo especial de infierno celestial.

Me aseguro de que el control de crucero esté encendido antes de intentar deslizar una mano del volante para enredarla en las raíces de su cabello. Pero, antes de que tenga la oportunidad de agarrarla bien, ella salta de mi polla para regañarme ligeramente diciendo—: Manos en el volante, conductor seguro.

Y luego se sumerge más profundamente. La mitad de mi polla se hunde en su boca cálida, húmeda y sorbiendo y no puedo embestir porque estoy abrochado y no puedo empujar su cabeza hacia abajo más porque si se desconecta, aunque sea por una fracción de segundo para decirme que vuelva a poner las manos en el volante, me volveré loco.

—Clara. Joder. Bebé —me concentro en respirar. Me concentro en el camino.

Me concentro en no explotar dentro de su hermosa boca antes de estar listo.

Su lengua se arremolina alrededor del borde cuando sube. Sigue mis venas pulsantes en el camino hacia abajo. Con cada movimiento de su cabeza, asimila más. Más y más, hasta que siento el aliento de su nariz salir alrededor de la base.

No estoy orgulloso del gemido estrangulado que me atraviesa el pecho, pero ella sí lo está. Siento su boca, con los labios estirados como están, moverse alrededor de mi eje en lo que definitivamente es una sonrisa.

Y luego, afortunadamente, se quita con un jadeo sorbiendo.

Clara Everett es una jodida visión. Rizos cayendo salvajemente alrededor de su cara y bajando

por sus hombros, labios hinchados y brillantes por hacer magia en mi virilidad, cara sonrojada y pecho agitado con jadeos muy orgullosos y satisfechos.

—Lo siento —respira—. Necesito un segundo.

Estoy a punto de preguntarle si algo anda mal mientras frunce el ceño ante sus manos, pero entonces se materializa un lazo para el cabello en su muñeca y lo usa para retorcer su cabello en un moño desordenado y jodidamente sexy.

Clara me sonríe. —Mucho mejor.

Ella tiene toda la razón.

Porque ahora tiene toda la libertad y el aire para volverse jodidamente loca con mi polla dolorida, palpitante y dura como el acero.

Intento obligarme a concentrarme, a mantenerme alejado de ese punto tentador, pero cuando ella agrega dos manos a la mezcla, siento que mi resolución se desmorona.

Son los sonidos de su garganta los que más me provocan. Los suaves gruñidos de sus esfuerzos que hacen imposible que mi cerebro se concentre en otra cosa que no sea la absoluta diosa del sexo chupando mi alma a través de mi polla a setenta y cinco millas por hora.

Estoy cerca.

Estoy tan jodidamente cerca de bañar su hermosa garganta con mi semilla.

Así que nos detengo y apago el auto.

Clara sorbe su boca de mi eje una vez más y mira a su alrededor. —¿Estás bien? ¿Qué ocurre?

No le respondo. No creo que tenga palabras con las que trabajar en este momento. Simplemente tiro mi asiento hacia atrás, agarro a mi pervertida por la cintura y la tiro sobre la consola hasta mi regazo.

No necesita que la convenzan… su boca se pega instantáneamente a la mía y nuestras lenguas bailan en una maraña húmeda y descuidada mientras mis manos levantan su vestido y sus bragas a un lado. Estoy jodidamente agradecido de que haya elegido el vestido en lugar de los jeans, porque solo me toma cinco segundos empalar su dulce coño con mi polla.

Cuando ella grita, es jodida música para mis oídos.

Cuando toco fondo dentro suyo, es como encontrar mi hogar.

—¡Demyen!

—Eso es, bebé —gruño mientras la siento deslizarse hacia arriba y hacia abajo, arriba y abajo, agarrando su trasero para ayudarla a golpear un poco más fuerte—. Móntalo. Móntalo por mí y grita mi puto nombre.

No hay nadie cerca para escucharnos. Puede gritar de placer todo lo que quiera.

Quiero dejarla jodidamente *ronca*.

Los únicos sonidos en el auto son los golpes húmedos de su coño encontrándose con la base de mi polla una y otra vez… mis bolas golpeando su jugoso trasero… ambos jadeando, anhelando, gimiendo y gruñendo sin palabras mientras hacemos que todo el maldito vehículo se balancee.

Aún no es suficiente.

Quiero que se deshaga por las costuras.

Quiero que olvide dónde está.

Quiero que olvide su puto nombre, porque está demasiado ocupada gritando el mío.

Así que la agarro por el culo y la tiro hacia abajo *con fuerza*. Me encanta la forma en que su gemido resuena a través de su pecho, sonrojado de un hermoso color rosa y me tienta con el balanceo de sus pechos dentro de ese maldito vestido. Ese maldito vestido ajustado a sus curvas que me ha vuelto loco desde que salió al auto esta mañana.

La sostengo allí. Puedo sentirla tratando de levantarse, pero la sostengo allí, mi polla enfundada hasta el fondo dentro de su increíble coño. Sus paredes internas están desgarrando mi eje de arriba a abajo y, *joder*, tendré que empezar a moverme de nuevo pronto o voy a reventar antes de estar listo.

Aunque, a decir verdad, nunca estoy listo. Nunca lo he estado. Sí que parece que nunca lo estaré.

Mis dedos se aferran a su cabello, haciéndola mirarme a los ojos. —Mírame, bebé.

Lo hace. Sus ojos brillan con lágrimas de alegría, de esfuerzo, de felicidad, y sus pestañas siguen revoloteando hacia mí mientras lentamente me acerco a ella. Estoy tentado a seguir haciendo esto solo para verla perder el control.

—Te tengo.

—Yo… lo sé… —gime Clara. Sus labios tiemblan.

—¿Lo sabes? —muevo mis caderas para dar énfasis—. ¿Sabes que te tengo?

—Síííí… —ella respira.

No estoy convencido de que estemos hablando de lo mismo. Está bien… puedo permanecer concentrado por los dos.

—Tú. Eres. Mía —me deslizo hacia afuera, larga y lentamente, luego empujo profundamente dentro suyo, usando mi otra mano para presionarla hacia mí. Cualquier cosa que no llegue hasta las bolas es inaceptable—. Eres mía y te tengo. Yo siempre te protegeré —una sonrisa malvada tira de las comisuras de mi boca—. Repítemelo.

Clara se queja. Sus caderas se retuercen contra las mías con su dulce impaciencia. Pero, como la buena chica que es, intenta obedecer. —Soy tuya. ¡*Ay*, joder! Soy tuya, Demyen. Toda tuya.

—¿Y? —me deslizo hacia afuera.

Sus labios hacen pucheros y su frente se frunce con una necesidad frustrada. —Siempre me protegerás.

Vuelvo a entrar y saboreo la forma en que su aliento sale de sus pulmones. También lo hace el mío. —Joder, sí, lo haré.

Me besa de nuevo. Su pequeña y traviesa lengua se envuelve alrededor de la mía y la chupo, sacándole otro delicioso gemido. Y, mientras suelto su cabello y su trasero para acariciar su hermoso cuerpo, siento que ella toma el control y trabaja en mi polla.

—Eso es, bebé —respiro entre besos—. Dámelo. Dame ese dulce jodido coño.

Estoy lo suficientemente irritado con su vestido como para ponérselo sobre los brazos. El sujetador se une a él en el asiento trasero. Ahora ella está desnuda y cálida y montándome, tomándome, dándome cada gramo de su pasión y necesidad, y no me importa si morimos de un golpe de calor aquí en medio de la puta nada.

Si así es como muero, me correré dentro de mi reina mientras me voy.

—Cualquiera que te joda, me jode a mí —gruño. No sé de dónde viene esto. Quizá sea la forma en que el asiento está completamente inclinado hacia atrás y el ángulo la hace parecer una jodida reina montando a su rey en un trono de cuero cosido a mano. Le doy una nalgada solo por diversión—. Y cualquiera que me joda no vivirá para contarlo.

Clara gime. Su coño tiembla sobre mi polla.

—¿Te gusta eso, bebé? —le sonrío. Al menos, espero que sea una sonrisa. Mi boca también está jadeando por aire, pues ella sigue robándolo de mis pulmones.

—Joder. Sí —gruñe. Pasa la mano por encima de mi cabeza para coger el respaldo y el nuevo ángulo me acerca aún más a la erupción—. Dilo. Dímelo. Por favor, bebé.

Joder. Le doy otra nalgada de nuevo, luego la agarro, solo para tener algo a qué agarrarme mientras ella toma el control total, porque rápidamente descubro que me encanta cuando está así.

—Voy a follarte tan jodidamente fuerte, bebé. Justo enfrente de ellos. Frente a todos ellos.

Ella se estremece. Ella gime. Ella golpea sus caderas hacia abajo y aprieta su clítoris contra mi hueso pélvico y, maldito cielo, esas ondas de coño masajean mi polla de la mejor manera imaginable.

—Te haré gritar mi nombre. Sollozarás de lo bien que se siente mientras todos miran. Tu padre. Martin. Oleg. Les mostraré cómo un hombre de verdad hace el amor con su mujer.

Clara está perdida en su propio mundo de placer. Sus ojos se ponen en blanco y aprovecho para besar el pulso acelerado en su garganta. Mis manos acarician su estómago, hasta acariciar, apretar y masajear sus jodidamente increíbles senos. Cuando le pellizco ligeramente los pezones, siento su espasmo. Así que lo hago de nuevo.

Ella está tan jodidamente sensible. Me encanta.

La amo.

—Te follaré hasta que no puedas soportarlo. Te correrás tantas veces que olvidarás tu propio nombre. Está bien, bebé. Se los recordaré. Se los recordaré gritándolo cuando te llene la barriga con mi semilla.

Un profundo estremecimiento de placer recorre todo su cuerpo. Ella está cerca.

Bien, porque yo también lo estoy.

—Y, cuando estés sudando, llena y completamente, absolutamente satisfecha…

Deslizo mis manos hasta su cabello. Acerco su rostro al mío.

—Los mataré a todos. Para ti. Uno…

Empujo.

—Por…

Empujo.

—Uno.

Sello sus labios con los míos para poder saborear su grito. Le tiro la cabeza hacia atrás por el cabello para poder oír sus sollozos mientras se deshace.

La sostengo hacia mí, hago que me mire, para que pueda ver lo que me hace cuando derramo mi propia liberación dentro de ella.

La amo.

La amo.

Amo a esta mujer hermosa, rota, más allá de mis sueños más locos.

Es un mantra en mis labios mientras siento cómo me broto y palpito dentro de ella. Mientras el calor líquido se extiende a través de ella, a mi alrededor, y nos recuerda a ambos que es en serio cuando lo digo.

La amo.

Y mataré a cualquiera que intente hacerle daño o quitármela de nuevo.

CLARA

Me despierto en la cama de Demyen con un mensaje de texto en mi teléfono.

DEMYEN: *SOS*

Respiro profundamente. ¿Será…?

DEMYEN: *Willow*

Mi corazón cae hasta la boca de mi estómago.

DEMYEN: *En mi oficina*

DEMYEN: *Ven ahora*

Me pongo la ropa más cercana que puedo encontrar… una camisa y pantalones cortos de Demyen… antes de salir volando por la puerta e ir hacia su oficina.

Se supone que Willow ya debería estar en la escuela. Debí haberme despertado para prepararla, despedirla o incluso llevarla allí. ¿Por qué no sonó mi alarma…?

Demyen. Me dejó dormir hasta tarde. Probablemente pensó que todo iba a estar bien y que necesitaba unas horas extra de sueño después de la noche anterior.

No dormimos mucho.

¡Enfócate! Me sacudo un poco e ignoro deliberadamente el delicioso dolor entre mis piernas, del resultado de que tu cama se mueva contra la pared y algo más.

En realidad, era su cama. Porque aparentemente ahí es donde vivo ahora.

Tú. Eres. Una. Terrible. Madre.

También saco ese pensamiento de mi cabeza. Porque no, en realidad soy una madre fantástica que finalmente encontró a alguien que es un padre fantástico para mi… *nuestra*… hermosa hija.

Quien, descubro incluso antes de abrir la puerta de su oficina, está gritando a todo pulmón.

Bambi me recibe al salir, nerviosa y haciendo todo lo posible para no mostrar su frustración. — ¡Te lo juro, Clara! ¡Todo estaba bien! ¡Ella estaba bien! Desayunamos, nos subimos al coche y nos dirigimos a la ciudad…

Ay, no. Este sería su primer día de regreso a la escuela desde el tiroteo.

El tiroteo que ocurrió exactamente en ese mismo lugar.

—¿Comenzó cuando llegaste? —pregunto, sabiendo ya la respuesta.

Bambi asiente con un profundo suspiro. —¡Sí! Solo gritaba y arañaba los asientos y las ventanas y ni siquiera podía estacionar, así que giré en U y conduje directamente de regreso aquí —ella me agarra del brazo y niega con la cabeza—. Lo siento, Clara. Pero incluso yo tengo mis límites. Yo me voy y tú entrarás. Ve a ayudar al campeón reinante.

No tengo la oportunidad de preguntarle qué quiere decir. Ella está fuera de la vista y del alcance del oído antes de que pueda decir—: ¿Qué?

Mi corazón se rompe, estalla y se rompe de nuevo cuando entro en la oficina de Demyen.

Todo lo que solía estar sobre su escritorio está esparcido por el suelo. El "proyecto" de Willow, un colorido collage de flores pintadas y muñecos de palitos en la pared frente a su escritorio, permanece inacabado y olvidado desde ese horrible día. Esos materiales de arte también han sido arrojados al otro lado de la habitación.

Willow grita y solloza y trata con cada gramo de sus fuerzas de liberarse del abrazo de Demyen. Pero él la sostiene con un abrazo de oso por detrás, le murmura consuelo al oído y le recuerda que está en casa. Ella está a salvo.

—¡Mira! —él los gira a ambos para que ella pueda verme—. ¡Mami está aquí!

Willow instantáneamente se queda flácida.

El único sonido que sale de ella ahora son los sollozos temblorosos y ásperos, que poco a poco se desvanecen en el silencio melancólico que ha adoptado como su nueva normalidad.

Demyen la toma en brazos y la acuna contra su pecho. Él la mece, todavía susurrando esas promesas de seguridad y protección, y me hace un gesto para que me siente en el sofá de dos plazas.

Una vez que lo hago, él la baja suavemente a mis brazos y se sienta a mi lado, envolviéndome en los suyos.

No puedo llorar. No lloraré. Necesito ser fuerte por ella. Por mi bebe.

Pero tengo muchas ganas de hacerlo. Quiero sollozar sobre su cabello trenzado y llorar por ella, por cada niño que ahora tiene que enfrentar las pesadillas de no volver a estar seguro nunca más en su propia escuela.

En algún lugar a lo lejos, oigo a Demyen susurrar—: Está bien. Te tengo.

Así que lo suelto todo.

No sé cuánto tiempo nos quedamos ahí sentadas, Willow acurrucada y apretada contra mi pecho. Demyen me abraza mientras mis lágrimas empapan su cabello. Bueno, lo hace con un brazo… el otro rodea a Willow, recordándole que ahora tiene dos padres que la aman mucho.

Después de que ambos nos hemos sumido en un agotamiento silencioso, Demyen me besa la

cabeza y me susurra al oído—: Ve a vestirte. Yo la cuidaré.

—¿Ah?

—Vamos a salir. Día familiar.

Mi corazón se aprieta cuando lo escucho referirse a nosotros como "familia". Pero a mi cerebro y a mis nervios no les importa. —Ojalá pudiéramos, cariño. Pero… ella no podrá con el centro comercial, ni el zoológico, ni…

—No iremos allí —hace un gesto hacia la puerta con la barbilla—. Solo confía en mí. Ve a vestirte. Y coge tus trajes de baño.

De nuevo, estoy muy confundida. Pero confío en él.

Eso es un milagro en sí mismo.

~

TODO EL VIAJE hacia donde sea que vayamos está lleno de la respiración de pánico de Willow. Solo se detiene cuando el infierno se congela… es decir, cuando Demyen empieza a cantar.

Lo miro boquiabierta en total shock, porque no solo está cantando, sino que canta *bien*. Sorprendentemente bien.

También tranquiliza a Willow. Al menos, deja de hiperventilar en su asiento alto.

Él me mira y luego a ella a través del espejo retrovisor. Y entonces la sonrisa más brillante y hermosa se extiende por su rostro cincelado.

Cuando llegamos a lo que parece ser una lujosa cabaña en un lago privado, Demyen nos ha dado una serenata a través de tres baladas de amor, una de las cuales estaba en español.

Se calla en el momento en que vemos a los guardias estacionarse detrás de nosotros y esa familiar frialdad helada regresa a su rostro.

Sonrío. No tiene que preocuparse. Su secreto está a salvo conmigo.

—Vale, chiquilla. Es hora de divertirse —él salta de su lado del auto y va inmediatamente hacia su puerta. Como si yo ni siquiera estuviera aquí, lista y ansiosa por acunar a mi preciosa bebé y susurrarle aliento mientras navegamos lentamente por este extraño y nuevo lugar.

Willow comienza a quejarse un poco, pero él la levanta en sus brazos y la lleva hacia la orilla del lago. El pánico me invade y salgo del auto para unirme a ellos.

—¡Dem! —me digo a mí misma que estoy sin aliento por la preocupación, y no porque esa corta carrera me haya dejado sin aliento. *Mierda*, ya voy bien adelantada en el primer trimestre. Tengo que ir despacio. Tengo que… *¡ju!* …controlar mi ritmo.

Cuando finalmente los alcanzo, él le murmura al oído. — ¿…Ves? Somos solo nosotros. Todos solos. Mako y los chicos están ayudando a mantener este lugar secreto y seguro, solo para nosotros.

—¿Secreto? —miro a mi alrededor. Estamos rodeados de pinos y bosques densos. Si seguí el camino con precisión, estamos en algún lugar alto de Sierra Nevada—. ¿En serio?

Demyen se encoge de hombros. —Si dudas de mí, vayamos a ver la cabaña. Veamos si hay monstruos acechando allí.

No extraño la forma en que Willow de repente se aferra a él y gime. Estoy a punto de protestar, cuando Mako aparece de la nada y le da un pequeño saludo serio.

Luego se mete dentro, señalando a otros tres guardias que lo sigan.

—¡Todo despejado! —grita después de unos momentos de tensión.

Bueno, tenso para mí. Demyen solo me mira y me guiña un ojo. —¿Escuchaste eso? Todo despejado. Probablemente porque soy dueño de esta cabaña y tengo incorporado el sistema de seguridad más potente del mundo —vuelve a poner los ojos en blanco y mira a Willow—. Ay, tienen tan poca fe.

Parpadeo. Sé que lo imaginé. No hay manera de que Willow haya esbozado una pequeña sonrisa.

Demyen nos lleva a la cabaña y de repente me sorprende lo completamente inexacta que es esa palabra para describir este lugar. *Cabaña*… sí, claro, joder. Es más como una mansión, con techos abovedados y un plano de planta abierto con un segundo piso que envuelve como un balcón con vista a la sala de estar principal.

—Todo lo que toca la luz es nuestro —explica mientras lleva a Willow por el primer piso—. El baño está justo al lado de la cocina. Arriba, hay uno entre las dos habitaciones de invitados y otro en la suite principal.

—Dem… —estoy sin aliento. No sé qué decir. ¡La chimenea tiene una maldita *cascada*, por el amor de Dios! —¿Esta es tu… cabaña?

Cuando miro hacia arriba, veo su rostro y el de Willow mirando por encima de la barandilla de madera del balcón. —Vino con el lago.

—El lago —intento procesar lo que creo que acabo de escuchar—. Eres dueño… del lago.

Pone los ojos en blanco una vez más y se burla. —¿De qué sirve una cabaña sin lago? —le levanta una ceja dramática a Willow—. ¿Escuchas esto? Algunas personas…

Y luego sacude la cabeza con un suspiro y la lleva fuera de la vista.

Pero no antes de verla mostrar esa pequeña sonrisa nuevamente.

Me quedo aquí, en la enorme sala de estar… o espacio… o como lo llamen las personas increíblemente ricas que tienen cascadas sobre chimeneas. Completamente estupefacta. Asombrada.

Más que un poco intimidada.

Mako toma una botella de agua del refrigerador y me hace un gesto para preguntarme si quiero una. —Es agua mineral con gas —añade.

Porque claro que lo es.

—Entonces… ¿ustedes vienen aquí a menudo? —intento sonar lo más casual posible. Tranquila y calmada. Para nada como si me sintiera abrumada o nerviosa por estar en lo alto de las montañas, lejos de la civilización.

Mako encoge un hombro. —Sí y no. Es una escapada hermosa, obviamente, pero, con todo lo que ha estado sucediendo en la ciudad…

—Ah —intento ignorar la punzada de culpa que me golpea el estómago. No quiero ser la razón por la que Demyen no pueda disfrutar de este pedazo de paraíso con tanta frecuencia como debería.

—De todos modos, no es que se muera por venir aquí todo el tiempo. Recuerdos de la infancia y todo eso.

Ah, vale. Ahora las piezas están encajando. Definitivamente ha sido actualizado, pero, cuanto más miro a mi alrededor, puedo ver señales en la arquitectura de una presencia más antigua. Como si hubiera estado aquí por mucho más tiempo del que supuse originalmente.

Demyen baja las escaleras alfombradas, Willow ahora camina sola mientras toma su mano. Él me sonríe. —Bueno, ¿qué piensas?

Mako se despide rápidamente. Intento fingir que no me doy cuenta de la pequeña sonrisa de sorpresa que de repente aparece en su rostro.

—Es… impresionante. Hermoso —no sé qué más decir.

—Gracias, pero estaba hablando de la cabaña —me guiña un ojo y luego se inclina para darme un dulce beso—. De verdad, me alegro que te guste. Tendremos que venir aquí más a menudo. Es decir, si quieres.

Realmente necesito dejar de llorar. Pero estoy tan jodidamente feliz que mi corazón quiere estallar e inundar mis ojos con el amor que siento y veo y… *Dios*, soy un desastre.

—Sí —logro susurrar—. Realmente quiero.

—Bien —me acaricia, luego da un paso atrás y le sonríe a Willow—. Vi un sendero que atravesaba el bosque cuando llegamos. ¿Vamos a verlo?

Willow parece insegura. Pero ha estado saliendo de su caparazón a pasos agigantados desde el fiasco de esta mañana, y se debe cien por cien al refuerzo positivo de Demyen.

Así que doy un paso atrás y hago un gesto elegante hacia la puerta. —¿Vamos?

Ella asiente.

Es una respuesta. Comunicación. *Lo acepto*.

Pequeños pasos, ¿verdad?

CLARA

Nos abrimos camino a través del área de estacionamiento de grava y hacia la apertura del camino que conduce hacia el bosque profundo y oscuro. Mako y sus hombres caminan a una distancia razonable, pero permanecen visibles para nosotros en todo momento.

A Willow realmente no le importa. Se detiene al principio del camino y mira temerosamente ese exuberante vacío verde.

Demyen le aprieta la mano. Tomo su otra mano, y también le doy un apretón tranquilizador.

Doy un paso hacia el camino. También él.

Willow duda. Tiembla. Voy a cancelar esto…

Pero luego da el primer paso.

Demyen me guiñe un ojo.

Ella todavía está temblando. Todavía mira con miedo a su alrededor. Pero ve a Mako y a los demás, y nos mira a Demyen y a mí.

Sonrío y asiento hacia el camino para animarla.

Ella vuelve a dar un paso. Y otro. Y otro, hasta que camina a paso lento pero constante por el sendero de agujas de pino. Sus ojos se mueven rápidamente y estoy dispuesta a asumir que tiene miedo, pero luego me doy cuenta de que está mirando a los pájaros. Las ardillas. Las piñas y los rayos de sol danzantes.

Cuando una leve sonrisa aparece en sus labios, por fin puedo respirar de nuevo.

Caminamos un rato antes de llegar a un pequeño espacio abierto en el bosque. Es lo suficientemente grande para que nosotros y los guardias nos sentemos cómodamente a tomar un descanso, lo cual, aparentemente, era el plan desde el principio.

Porque hay un real, literal, picnic de ositos de peluche extendido sobre el césped.

Yo jadeo.

Willow también.

Y, antes de que pueda registrar el sonido que acaba de hacer, se libera de nuestras manos y se

dirige directamente al círculo de ositos de peluche sentados alrededor de una elegante fiesta de té. Sin decir una sola palabra, dobla las piernas e inmediatamente extiende una pequeña servilleta adornada con encaje en su regazo, agarra con cuidado la tetera y se sirve una taza de lo que parece jugo.

No sé qué mirar: el picnic o Demyen.

Así que lo elijo a él. Porque, seamos realistas… siempre lo elegiré.

Estoy segura de que es un juego de luces bailando en su rostro lo que hace que parezca que se sonroja. Se encoge de hombros y desliza su brazo alrededor de mi cintura.

—¿Quién podría haber hecho algo como esto? —reflexiona—. Sin embargo, es un buen momento, porque tengo hambre.

No sé qué más hacer, así que me uno a él. Demyen coloca una manta suave sobre la roca para que nos sentemos y nos sirve un sándwich de pavo y queso suizo envuelto en una de esas telas de cera de abejas.

—También tengo patatas fritas. Y agua. Te gusta la mora, ¿verdad?

Asiento. No confío en mí misma para hablar.

Él parece entenderlo, porque solo me sonríe y se une a mí para comer sándwiches en silencio mientras vemos a Willow. Ella, por su parte, sirve tranquilamente jugo a sus nuevos amigos y se asegura de que todos en su fiesta de té reciban un sándwich de pepino y un colorido macarrón.

—No tenías que… quiero decir… —sacudo la cabeza—. Gracias. En serio. Esto significa muchísimo para ella.

Demyen sonríe. —Dale las gracias a Mako. También lo grabó todo en vídeo. Vale la pena cada centavo ver a hombres adultos de Bratva arreglar delicadamente ositos de peluche y tapetes de encaje.



WILLOW EMERGE del bosque con nueva confianza, coraje y un montón de nuevos amigos peludos. Todavía no ha dicho una palabra, pero el hecho de que esté interactuando con el mundo a su alrededor y comunicando su agradecimiento va a pasos agigantados más allá de mis expectativas más descabelladas.

Tengo que ayudar agarrando algunos de los osos de arriba antes de que ella se tope con el escalón bajo que lleva a la puerta de la cabaña… apenas puede ver por encima de sus cabezas esponjosas. Demyen le abre la puerta y ella los lleva con orgullo a lo que parece ser su habitación recién designada.

La cual… está llena de juguetes. Y juegos. Y rompecabezas.

—Es posible que haya enviado un equipo alfa delante de nosotros —susurra Demyen detrás de mí.

—¿Hay algo que no hiciste?

Él sonríe y se encoge de hombros. —Una o dos cosas. Como recordar programar algo de tiempo para sacudir tu mundo en el dormitorio principal. Supongo que será para la próxima vez que estemos aquí.

Su palmadita en mi trasero es discreta, pero el mensaje es claro: *sí* habrá una "próxima vez que estemos aquí".

Y probablemente estaremos solos. Por necesidad.

O eso o ya insonorizó el dormitorio principal.

—Muy bien, chiquilla, ¿lista para el lago? —Demyen le pregunta a Willow, que asiente y toma su traje de baño de la pequeña mochila que le preparé.

Ella nos cierra la puerta en la cara. Me sentiría un poco insultada si no estuviera encantada con su progreso.

Demyen se ríe y toma mi mano para llevarme al dormitorio principal. —Hermoso avance de los años venideros. No puedo esperar a que sea una adolescente —su voz está llena de sarcasmo juguetón, pero aun así logra hacerme tropezar con sus indicaciones casuales de que ha estado pensando en nuestro futuro juntos.

Un futuro muy *largo* juntos.

Lo veo quitarse la ropa y ponerse un bañador que aparentemente empacó para sí mismo. Es casi una pena que no tengamos unos minutos para nosotros mismos. Por la forma en que está siendo el Papá del Año con mi hija, estoy lista para montarlo como un toro.

Vale. Quizás sean necesarios más de unos pocos minutos. Quiero mostrarle lo profundamente agradecida que estoy, empezando por lamer cada remolino de cada tatuaje en su increíble cuerpo.

—¿Estás bien? —me pregunta cuando se da vuelta, casualmente atando el nudo a su bañador—. Aún no te has cambiado.

Parpadeo. —¡Ah! Lo siento. Sí. Solo… me distraje. Divagué —me sonrojo y me quito las mallas, ofreciéndole echar un vistazo al tanga de encaje que decidí usar hoy.

—Srta. Clara Everett, podrías ser mi muerte.

Me muerdo el labio y finjo que no le estoy haciendo un pequeño striptease intencional al ponerme el bikini. Todavía estoy de espaldas a él, pero tengo que agacharme y arquearme mucho para ponerme el traje de baño y atar bien los hilos.

—¿Puedes ayudarme con la parte de atrás? —pregunto dulcemente. Inocentemente.

Demyen deja escapar un gruñido bajo justo en mi oído cuando se acerca detrás de mí para "ayudarme". Pasa sus manos por mis costados y de repente finge no saber cómo hacer un nudo simple. —Eres una provocadora, ¿lo sabías?

Su bulto alojado firmemente entre mis nalgas cubiertas por el bikini lo confirma.

—Estoy segura de que no tengo idea de lo que estás hablando —me río.

—Por supuesto que no. Bueno, gracias a ti —gruñe juguetonamente a lo largo de mi cuello mientras finalmente hace el nudo extra seguro alrededor de mi caja torácica—, ahora tengo que ir a tomar una ducha fría. Muy apreciada.

Mi risita se convierte en carcajada y él me hace cosquillas en los costados antes de golpearme el trasero.

—Ponte una puta cobertura o algo así. No puedo costear despedir a todos los guardias del lugar —grita por encima del hombro antes de desaparecer en el baño.

Veo mi reflejo en el espejo de tamaño completo junto a la puerta. El bikini abraza mis curvas de la mejor manera posible, pero noto algo un poco diferente.

Es sutil, pero está ahí.

Entre la nueva plenitud de mis senos y la leve hinchazón de mi estómago, en realidad me sorprende un poco que Demyen no haya notado nada. O haya dicho algo.

Todavía tengo demasiado miedo para decírselo. Pero no porque no crea que él quiera tener un bebé conmigo.

Tengo demasiado miedo de que sí quiera… y de que finalmente, tal vez, esté viviendo la vida con la que nunca me sentí permitida soñar.

CLARA

—¡Mierda! ¡Ay! —Pavel se apoya una mano en el costado y resuena entre risas—. ¡Casi me rompí los puntos!

Bambi se ríe y guarda su teléfono en su bolso. —Vale la pena. Mírame a los ojos y dime que no valió la pena.

Acabo de terminar de mostrarles el vídeo de los "hombres rudos" de Demyen organizando cuidadosamente una fiesta de té en medio del bosque. No es necesariamente que se hayan tomado el tiempo y el cuidado de configurarlo de la manera más auténtica posible. Es más, para nuestra sorpresa y deleite, descubrimos algunos talentos ocultos entre los guardias de Dem más silenciosos y estoicos. Como doblar servilletas para formar cisnes de origami. Una pelea entre Mako y Fyodor sobre si las cucharaditas van a la izquierda o a la derecha nos tiene a todos aullando.

Amo a Dem cada vez más. Y, cada día que pasa, mi amor por él se extiende a las personas que lo rodean y que siguen mostrando cuidado y afecto inquebrantables por Willow.

Sé que ellos también se preocupan por mí. Es más fácil concentrarme en ella para no pensar demasiado en mi propia situación.

—Míralos —Bambi se protege los ojos con una mano y sostiene su cóctel con la otra—. No puedo creerlo. En serio. Me está costando mucho creer lo que estoy viendo.

Siguiendo su mirada sobre el lago, tengo que estar de acuerdo.

Demyen convenció a Willow para que se subiera a una moto acuática y ahora está volando sobre el agua con ella. Ambos llevan chalecos salvavidas… obviamente el de ella era obligatorio, pero se negó a ir a menos que él también se pusiera uno… y él sigue inclinándose para decirle algo. Supongo que son instrucciones porque, *maldito Dios mío*, mi bebé está conduciendo la moto acuática…

—Respira, Clara —Bambi se ríe y me da un suave codazo—. Recuerda inhalar *y* exhalar. No has hecho eso en un buen rato.

—Está… Ellos… Estás viendo esto, ¿no? *¡Ella está conduciendo la moto acuática!*

Demyen debe escuchar mi grito a través del agua porque me sonríe, saluda y levanta las manos en el aire.

Aunque muy rápidamente los devuelve a las manijas cuando Willow golpea una ola en la curva de rebote y los envía al aire.

Me voy a desmayar.

—Pobre Mamá Osa. Necesitas un trago fuerte.

—No, estoy bien —me siento de nuevo en la tumbona y trato de sonar lo más casual y tranquila posible. Y no en absoluto a una mujer embarazada que evita el alcohol.

Bambi todavía me mira con los ojos entrecerrados. —¿Estás segura?

Asiento. —Necesito mantener mi ingenio. Ya que él aparentemente ha perdido hasta lo último del suyo.

Pavel se recuesta en la tumbona, con cuidado de no extender demasiado el costado donde los puntos todavía lo mantienen unido. —Ah, *l'amour*. Todo es diferente cuando hay niños involucrados.

—Niña. Singular.

Me guiña un ojo. —Claro —toma su propia bebida, que Willow adornó en silencio, pero con cariño, con una pajita de volutas en su camino hacia el muelle con Demyen—. Te lo digo, esa niña tendrá que convertirse en monja cuando sea mayor. De ninguna manera él permitirá que ningún hombre se le acerque —toma un largo sorbo, completamente imperturbable por los brillantes espirales de color púrpura de su pajita.

Bambi pone los ojos en blanco. —¿Y si a ella le gustan las mujeres? Entonces no tendrá que preocuparse.

—Oh, él *sí* se preocupará de cualquier manera. Es el convento de la eternidad para ese pequeño demonio.

—Estoy bastante segura de que se llama "abadía". Y Demyen no es *tan* sobreprotector.

Ambos la miramos.

Ella acepta, asintiendo lentamente y tomando un sorbo de su cóctel. —Vale, vale, puede que tengas razón. Solo espero que tengamos algunos años antes de que tengamos que hacer una intervención.

Me alegro de que Bambi tuviera un par de gafas de sol extras a mano porque, de lo contrario, me quedaría ciega al mirar el lago. Me preocupa mucho que algo le pase a mi bebé, o a Demyen, como que vuelquen la moto acuática o se estrellen contra un banco de arena escondido o…

—Lo estás haciendo otra vez. Exhala. Vamos, respira conmigo. Dentro, fuera.

Me río y hago una mueca al mismo tiempo. —Cállate. No puedo evitarlo si estoy preocupada.

Pavel resopla. —Eso es tan lindo. Y dulce. La hija del policía está preocupada por su novio mafioso.

—Estoy más preocupada por mi hija de cinco años allí afuera, despreocupada, cruzando las aguas profundas encima de esa máquina mortal —meto los pies debajo de las rodillas y trato de

abrazarlas contra mi pecho. Hoy en día es cada vez más difícil hacerlo cómodamente—. Pero también, sí. *Sí* estoy preocupada por mi novio mafioso.

Bambi me sonríe. —Me encanta. Me encanta verlos juntos. Me encanta aún más saber cuánto debe volver loco a tu padre saber que te follas a su enemigo jurado *y* a un señor criminal.

Me alegro mucho de no estar bebiendo nada porque me lo esnifaría por la nariz ante la frase "follas". —Sí, bueno… Hazlo a lo grande o vete a casa, como dicen.

—¡Salud por eso!

Los dos tintinean los vasos a mi alrededor, y luego tararean sus respectivas delicias ante los brebajes alcohólicos de los que de repente estoy celosa.

Antes de que pueda sentir demasiada envidia, Demyen y Willow llegan al muelle y saltan a la plataforma.

—¡Mami! ¡Mami! —Willow corre por el muelle, hasta donde estamos descansando en el patio de la cabaña—. ¡Papi me dejó conducir! ¿Lo viste? ¿Me viste?

Estoy atónita.

Sin habla.

Literalmente, igual que todos los demás.

Papi. Eso es lo que ella dijo.

Willow ignora por completo el hecho de que mi corazón se ha detenido oficialmente dentro de mi pecho. Parpadeo y me sacudo un poco para poder al menos fingir que ella no ha puesto mi mundo patas arriba por completo.

—¡Sí, bebé! ¡Mírate! ¡Tan… tan atrevida! ¡Tan peligrosa!

—Está bien —Willow toma con orgullo la mano de Demyen y la mueve a su lado—. Papi dijo que se aseguraría de que estuviéramos a salvo. ¿No es así, Papi?

El tiempo de recuperación de Demyen es mucho mejor que el mío. Él parpadea para disipar la sorpresa en su propio rostro y le sonríe. —Eso hice, cachorrito. ¿Te divertiste?

—¡Muy divertido! ¡Hagámoslo de nuevo!

Él se ríe y me guiña un ojo. Su otra mano, sin embargo, tiembla ligeramente. —Lo haremos. Pero primero creo que es hora de la siesta. Qué tal si…

—¡Vale! —Willow se da vuelta y salta hacia la cabaña, sin siquiera esperar su intento de negociar por lo que normalmente yo tengo que luchar con ella.

Demyen se queda ahí parado. Mirando a la puerta. Luego se gira lentamente para mirarme.

No puedo respirar. O pensar.

Yo solo… o sea…

—¿En qué universo alternativo acabo de caer?

Mierda. Lo dije en voz alta.

—"Nosotros" —corrige Demyen—. *Nosotros* caímos. No lo sé —él parpadea y luego sonríe—. Y no me importa. Porque, dondequiera que estemos, lo que sea que haya pasado… ahora soy "Papi".

Alza un dedo antes de que Bambi o Pavel… o incluso yo… podamos decir algo al respecto.

—No. Cállense la boca. Todos.

Y dicho esto, él la sigue al interior de la cabaña. Juro que hay un pequeño pavoneo orgulloso en su andar, que nunca antes había visto.

Le queda bien.

DEMYEN

Mi plan original era llevar a todos de regreso a casa una vez terminado el día.

A la mierda. Tiene más sentido quedarse aquí. Dejar que la niña descanse un poco. Que todos los demás también lo hagan.

En todo caso, todos necesitamos algo de tiempo para recuperarnos de la bomba absoluta que Willow nos lanzó después de que la trajera de regreso de la moto acuática. En un momento, está completamente traumatizada… al siguiente, me reclama como su papi y actúa como si literalmente nada hubiera pasado.

En este momento, puedo escuchar a Clara en el baño de arriba, cantando canciones con Willow mientras se preparan para ir a dormir. Mi cachorrito acaba de salir de la bañera y el ángel que se convierte en demonio en mi cama peina su cabello en trenzas francesas para dormir.

Y yo estoy aquí, apoyado contra la puerta, sonriendo como un absoluto lunático.

—¡Ya! Todo listo —anuncia Clara con un rápido beso en la mejilla de Willow.

—¡Gracias, Mami!

Me aparto del camino para que Willow pueda pasar, pero se detiene en la puerta y me mira. Luego, sin decir palabra, levanta sus brazos hacia mí.

Algunas cosas no necesitan palabras para comunicarse. “Arriba” es definitivamente una de ellas.

La tomo en mis brazos y le doy un beso. —¿Lista para dormir?

Willow asiente. —¿Me contarás una historia?

Finjo que realmente tengo que reflexionar, con los labios fruncidos y tarareando pensativamente, hasta que Willow estalla en una carcajada y finalmente acepto. —Vale. Me convenciste.

Entramos a su dormitorio y me dejo caer en el costado de su cama, volviéndome para acomodarla debajo de las cálidas mantas que me aseguré de que el equipo alfa trajera antes de nuestra llegada.

A decir verdad, quería traerlas a ambas aquí durante el fin de semana, así que ya había enviado a algunas personas con anticipación para limpiar el lugar, agregar nuevos muebles y toques específicos de Willow, todo eso. El hecho de que lo necesitáramos para hoy después de su crisis

fue simplemente un momento fortuito. Una llamada rápida para confirmar que la cabaña estaba preparada, y metí a mi nueva pequeña familia en el auto como si fuéramos a una escapada de fin de semana temprano y no estuviéramos luchando en absoluto por descubrir cómo manejar el trauma de Willow.

Se acurruca bajo las mantas mientras la arropo con ellas y me sonríe. —¡Historia! Prometiste una historia, Papi.

—Qué cachorrito tan exigente —me quejo en broma, lo que provoca que ella se ría. *Dios*, cómo extrañaba ese sonido—. Vale. Érase una vez…

—¡Papá! Es "En cierto tiempo, en cierto lugar". ¿Recuerdas?

Finjo darme una palmada en la frente. —Tienes toda la razón. Mis más sinceras disculpas. En cierto tiempo, en cierto lugar, una vez vivió… una princesa.

Ella sonríe. Sabe que es ella. Y a medida que avanza la historia y le hablo de la reina y el rey que mantienen a salvo a la princesa, y de todos los hombres del rey que van a la guerra con Baba Yaga para salvar a la princesa, los ojos de Willow se inclinan cada vez más y más. Cuando llego al final, ella apenas puede mantenerlos abiertos.

—…y luego todos vivieron felices por siempre. Fin.

Ninguna respuesta. Willow ronca suavemente. Sonriendo, me separo de ella y me retiro hacia la puerta. Estoy a punto de irme cuando escucho unas palabras que derriten mi corazón.

—Buenas noches, Papi.

—Buenas noches, cachorrito, —murmuro—. Te amo.

Luego, apago la luz y salgo al pasillo. Clara está ahí afuera, esperándome. Su rostro es ilegible, pero sus ojos brillan bajo la suave luz.

Y luego la mano de Clara tirando de la mía me lleva al dormitorio principal.

DEMYEN

No es muy complicado descubrir lo que quiere Cara. Apenas cruzamos el umbral antes de que sus labios estén sobre los míos, sus manos ahuecando mi cara, y todo lo que puedo hacer es cerrar silenciosamente la puerta detrás de nosotros antes de que ella se lance hacia mí y envuelva sus piernas alrededor de mi cintura.

Puedo acostumbrarme a esto.

Agarro su trasero con mis manos mientras recupero el equilibrio. No pesa, pero me tomó por sorpresa. Una vez que tengo un equilibrio más firme, me acerco a tientas a la cama tamaño king de California en el centro de la habitación.

Tengo la intención de arrancarle sus diminutos pantalones cortos de pijama y deslizarla sobre mi polla así.

Pero también quiero dejar caer a mi hermosa y sexy mujer en nuestra cama y deleitarme con su carne primero.

La segunda opción gana. Clara chilla y se ríe cuando la arrojo sobre el colchón y caigo con ella, inmediatamente sofocando su pecho quemado por el sol con besos.

Maldita sea, me encanta esto. Amo su suavidad, su firmeza, sus dicotomías totales que existen en su cuerpo y en su mente. Me encanta la forma en que se mueve debajo de mí. Me encantan los sonidos que hace cuando presiono mi rodilla entre sus piernas y hago que me muestre lo necesitada que realmente está de mí.

Me encanta cómo la respuesta a esa pregunta es siempre: *Muchísimo.*

—Dem —se ríe sin aliento—. ¡Dem! Hm… *joder*… tenemos que hablar…

—No digas eso —me quejo con la boca flotando sobre un delicioso pezón que pide ser chupado —. Nadie dice eso cuando tiene cosas buenas de qué hablar.

Ella se ríe un poco más. —¡Es todo bueno! Lo prometo.

Entierro mi cara en su escote. —Vale.

—Se trata de Willow. —Clara me acaricia el cabello hacia atrás y usa el movimiento para levantar mi cara y mirarla. Tiene los ojos llorosos y una sonrisa de oreja a oreja—. ¿Cómo hiciste eso?

—¿Hacer qué?

—¡Sacarla de su caparazón! Hacer que ella hablara —su voz se entrecorta—. Sabes. Ayudarla a superarlo todo.

Suspiro y acaricio un poco más su cálido escote. —No hice una mierda. No exactamente. Y le queda un largo camino por recorrer antes de que alguien pueda decir que "superó" lo que pasó. *Pero* —agrego, salpicando besos a lo largo de su clavícula—, sé un par de cosas sobre cómo redirigir la atención. Las distracciones son útiles.

Su sonrisa ilumina la habitación. —¿Es eso lo que soy para ti? —se mueve debajo de mí como si estuviera tratando de ponerse cómoda, y tal vez lo esté. Pero ambos sabemos lo que me está haciendo—. ¿Una distracción?

El bajo gruñido de deseo por esta mujer increíblemente hermosa retumba en mi garganta mientras paso mi lengua por su cuello hasta su oreja. —Tú eres *la* distracción. La única que quiero. Nunca dejes de distraerme.

Sus manos frotan mi espalda, acercándome a ella. Nos pongo de lado para poder acercarla más a mí sin aplastarla bajo mi bulto. Desde este ángulo, tengo una ventaja mucho mayor para explorar sus suaves curvas y memorizar cada centímetro de su piel sedosa.

Nunca lo diré en voz alta, pero me alivia mucho verla volver a ganar peso. Encontrarla tal como estaba en casa de mi padre… Me estremezco involuntariamente ante el repentino recuerdo que pasa por mi mente.

—¿Qué? —Clara frunce el ceño—. ¿Qué pasa? ¿Qué ocurre?

Beso sus labios con los míos y paso una mano por sus rizos. —Nada. Solo un escalofrío.

La comisura de su boca se curva en una sonrisa juguetona. —Se me ocurren algunas formas de calentarte…

Lentamente paso un dedo por su brazo, agarrando la fina tira de su camisola y empujándola hacia abajo al mismo tiempo. No sé cuál es el objetivo de estos pijamas… hacen muy poco para cubrir algo.

Por otra parte, no me quejaré por desenvolver mi regalo.

Ese pezón que antes quería ahora está desnudo y preparado por el repentino escalofrío que surge al desnudarse. Exige mi atención. ¿Y quién soy yo para negársela?

Mientras lo succiono con mi boca, Clara tira suavemente de mi cabello. Quiero decirle que tire más fuerte, que luche y arañe, puedo soportarlo. *Joder*, la repentina e inesperada imagen de ella haciéndose completamente cargo de mí en la cama me hace palpitar a lo largo de su muslo.

No soy el tipo de hombre que le entrega el control a nadie.

Ella no es el tipo de mujer que lo exige.

Probablemente eso es lo que hace que el concepto sea tan jodidamente atractivo.

Esta noche, sin embargo, solo quiero disfrutarla. Quiero insistir en la idea de que esta es su casa

tanto como la mía. Quiero que solloce mi nombre en mi hombro mientras ambos luchamos por guardar silencio porque, al final de todo, somos padres buenos y responsables que no queremos despertar a nuestra pequeña.

Paso una mano sobre su estómago y tiento una vez más con la idea de que ella esté cargando otro pequeño. Incluso la suave hinchazón de su cuerpo en recuperación justo donde estaría un bebé es suficiente para hacerme gemir con un nuevo y doloroso deseo.

Quiero ahogarme en estos sueños hasta que se hagan realidad.

Ella me ayuda a quitarle la camisola moviendo sus hombros. Mis manos se deshacen de sus pantalones cortos a juego con un rápido tirón de la endeble tela. Tan pronto como ella está libre, nuestras bocas chocan.

—Dem… —la escucho gemir en protesta juguetona ante el sonido de la seda rasgándose.

—Te compraré unos nuevos —gruño ligeramente mientras beso un camino ardiente por su cuerpo—. Joder, te compraré un guardarropa completamente nuevo todos los días de tu vida solo para poder arrancártelo.

Su risa se derrite en un gemido jadeante cuando le doy un beso en el coño… y luego lo muerdo ligeramente, chupando la suave carne entre mis dientes para agregar otro mordisco de amor donde solo yo lo veré.

—Dem… —es ahora más una súplica que una protesta.

Ella cree que quiere que ya la embista. Que la folle contra el colchón hasta que olvide todo menos el calor floreciente donde nos derretimos el uno en el otro.

Pero lo que realmente *necesita* es algo que no se pueda apresurar.

Me tomo mi precioso tiempo dejando besos cálidos y amorosos sobre la unión de sus muslos donde se encuentran con sus caderas. Más de unas cuantas veces, no puedo resistirme a pasar mi lengua por su deliciosa piel. Soy recompensado con otro suspiro, otro gemido suplicante.

Ella necesita saber que voy a cuidar de ella. Que *quiero* cuidar de ella.

Y, a decir verdad, yo también lo necesito.

Necesito saber que soy redimible.

La expresión de su rostro vale el tiempo que lleva besar un camino desde su cadera hasta su rodilla. Clara está en un mundo completamente diferente y siento un orgullo único por ser yo quien la envió allí.

Cambio a la otra pierna y beso mi camino de regreso a su centro, sin apartar mis ojos ni una sola vez de su hermoso y expresivo rostro.

Es tan tentador sumergir mi lengua dentro de ella. Yo lo quiero, ella lo quiere, ¿por qué no? Pero estoy decidido a hacer que cada momento con ella sea mejor que el anterior, y eso incluye todos los momentos en la cama, en mi oficina, o inclinado sobre el capó de mi auto… en todas partes.

¿Cómo dice el dicho?

Cualquier superficie plana servirá.

Pero sigo tentando. Más besos, más mordiscos, más moretones pequeños y mordisqueados solo para que pueda recordar mañana lo bien que se siente ahora.

Luego, finalmente, me apiado de sus gemidos y lamo su miel. Lento, lánguido. Líquido. Mis ojos se ponen en blanco ante el puro placer de probar sus dulces jugos, de oler su increíble aroma.

Ella es todo lo que siempre quise. Todo lo que nunca supe que necesitaba.

La mantengo firmemente en mis manos, pero hago que sus caderas se muevan mientras empujo, pulso y hago girar mi lengua dentro y fuera de sus cálidas profundidades. *Fóllame la cara, preciosa*. Sus dedos tienen un agarre mortal en mi cabello y me encanta.

Con una cucharada profunda de mi lengua dentro de ella, la arrastro hacia arriba hasta que puedo rodear su clítoris, lo lamo una, dos, tres veces… y luego encierro mis labios alrededor de su dulce protuberancia.

Los muslos de Clara se aprietan alrededor de mi cabeza. Sé exactamente cómo empujarla al borde del olvido desde aquí. Deslizo dos dedos dentro de ella y cronometro cada movimiento con su respiración jadeante.

Y luego ella se desmorona.

Lo único que la ancla a este reino de existencia es la forma en que la abrazo hacia mí, dándole suficiente espacio para retorcerse, sacudirse y estremecerse durante su liberación, pero sin dejarla escapar del alcance de mi boca.

Si ella es el único vino que vuelvo a beber, moriré feliz.

Dejo de chupar, pero sigo acariciándola con mi lengua. Trazos largos, lentos y amplios destinados a calmar y consolar y hacerle saber que no he terminado con ella.

Nunca habré terminado con ella.

Soy un hombre obsesionado. No se puede negar. No hay forma de evitarlo. No es que quiera hacerlo. Todavía me sorprendo mirándola en las cámaras de seguridad solo para asegurarme de que todavía está aquí, que esto es real, que no voy a despertar y descubrir que todavía está perdida…

No. Necesito sacar esos pensamientos oscuros de mi mente.

Afortunadamente, eso no es difícil de hacer con la forma en que respira mi nombre entre ronroneos de satisfacción y réplicas temblorosas. La abrazo hacia mí, besando mi camino de regreso a su cuerpo. Quiero cubrir cada centímetro de su cuerpo con mis besos. Quiero trazar un mapa en mi memoria para poder conocer cada cicatriz y peca con los ojos vendados.

Pero más que eso… necesito estar dentro de ella.

En este puto instante.

Capto su jadeo en un beso profundo cuando me empujo dentro de ella. Ella encaja perfectamente alrededor de mi eje; esta no es de ninguna manera nuestra primera vez juntos y, sin embargo, de

alguna manera siempre me sorprende lo *exactamente bien* que se siente ella conmigo.

Los dedos de Clara se clavan en mis omóplatos. Doy la bienvenida al dolor; quiero esas cicatrices para poder entrar en un tiroteo con la piel cubierta como prueba de que mi mujer, mi hermosa y amorosa mujer, es tan feroz como yo.

—Te amo —son las únicas palabras que puedo encontrar suficiente aliento para expresar. Sin embargo, son las únicas palabras que realmente cuentan, así que dejo que ellas hablen por sí solas—. Te amo. Te amo.

Ella recibe cada proclama con un beso. Yo encuentro cada beso con un empuje más profundo. Si pudiera enterrarme completamente dentro de ella, lo haría. Como no puedo, hago todo lo posible para enterrar cada centímetro de mi polla dentro de su calor tembloroso y hacer que ambos avancemos en un ritmo frenético que me acerca a mi propia liberación más rápido de lo que pretendía.

Pero eso está bien. También tengo la intención de hacerlo unas cuantas veces más antes del amanecer.

Las palabras brotan de mi corazón y llegan a su oído mientras avanzamos juntos. Estoy bastante seguro de que me hace susurrar dos idiomas diferentes y ya casi no hablo ruso. Al menos no conscientemente, pero cuando estoy aquí, fluye de mí sin esfuerzo. Es un jodido testimonio de lo alucinante que es, de cómo…

Clara de repente se congela.

—¿Qué dijiste?

¿Qué dije? Me detengo y le aparto el cabello de la frente mientras trato de recordar lo que acaba de salir de mi boca.

Le dije que la amo.

Le dije lo hermosa que es para mí.

¿Cuánto de eso fue en inglés?

—¿Qué ocurre? —intento reírme y le doy un beso en el ceño fruncido—. Qué…

—¿Qué acabas de decir, Demyen?

Tiembla, pero no es de placer. Sus ojos están llenos de miedo.

Me siento erguido. —Te llamé mi buena chica. *Umnitsa*.

De repente, sus palmas planas empujan contra mi pecho y es un esfuerzo frenético separarme de ella para que ella pueda alejarse rodando rápidamente. Lo cual hace, apretando una mano contra su pecho.

—¿Clara? ¿Bebé, qué pasa?

—No lo hagas —ella rechaza mi intento de frotar su espalda. Ella solo se sienta en el borde de la cama, respirando cada vez más rápido—. No digas eso.

—¿Decir qué? —estoy tan jodidamente confundido—. ¿*Umnitsa*?

En lugar de responder, sale corriendo al baño.

La puerta se cierra de golpe en mi cara antes de que pueda siquiera intentar meter el pie allí. No tengo ni puta idea de lo que acaba de pasar. No tengo idea de qué hacer a continuación.

Todo lo que puedo hacer es quedarme aquí como un idiota mientras ella empieza a sollozar ruidosamente detrás de la puerta cerrada.

Se abre la ducha. *Joder*. Pensé que habíamos dejado el hábito de frotar su piel en carne viva. Pero mi instinto me dice que está aumentando la temperatura y hundiéndose nuevamente en los rincones más oscuros de su mente.

—¿Clara? —toco la puerta, lo suficientemente fuerte como para que ella me escuche, pero no tanto como para asustarla. Espero—. Háblame. Por favor.

—¡Vete! —Más sollozos.

—Quiero ayudarte. Yo no… no sé qué hice —me paso una mano frustrada por el cabello—. Joder, Clara, dime qué te pasa. Por favor. Dime qué hice para poder corregirlo.

No entiendo. Estábamos en sintonía; estábamos más íntimos y sincronizados que nunca.

¡¿Qué carajo pasó?!

—Clara, por favor —intento ignorar la forma en que mi corazón se fractura ante el sonido de su llanto. Quiero ayudarla. Quiero salvarla de lo que sea que esté causando esto.

—Tú… —la voz de Clara grita débilmente por encima del rugido de la ducha—. Suenas igual que él.

DEMYEN

La cagué.

La causa inmediata fue un desliz idiomático irreflexivo. Un pecado por el que Clara ahora está limpiando cada resto de nuestro acto sexual en una ducha de agua hirviendo.

Toco la puerta del baño una vez más. —Voy a salir. Darte algo de espacio.

Necesito su confianza y su respeto, y ganarme ambas cosas requiere dar un paso atrás cuando lo único que quiero es intervenir. Así que, en lugar de tener cualquiera de los dos…

Voy a tomar una puta bebida.

Me pongo el primer par de pantalones deportivos que puedo encontrar y me arrastro hacia la cocina. Antes de bajar, reviso a Willow en caso de que haya escuchado el drama o el acto que lo precedió.

Afortunadamente, no. Está profundamente dormida en su cama, con uno de sus nuevos ositos de peluche debajo del brazo y el resto acurrucados cálidamente a su alrededor. Un ligero ronquido zumba a través de su nariz y logra hacerme sonreír un poquito.

Amo a esta niña.

También amo a su mamá.

Pero ¿qué pasa si mi amor no es suficiente para superar mis fracasos? El amor no cambia la sangre que corre por mis venas. No borra los errores que he cometido una y otra vez. No lo…

Me doy vuelta y avanzo hacia la cocina antes de dejar que más pensamientos oscuros se acumulen en mi mente. Aunque estoy cada vez más tentado a simplemente caminar hacia el lago y dejar que el destino decida lo que me suceda.

Agarro de la reserva de licor sin molestarme en ver qué escojo. Mientras esté en una botella de vidrio y sea bastante grande, servirá. Lo cuelgo con los dedos sueltos a mi costado mientras camino hacia el patio, completamente decidido a pensar demasiado en mi vida y beber toda mi culpa y tristeza.

O al menos hasta que quede inconsciente.

—¿Qué pasó?

Joder, casi se me cae la botella.

Bambi está acurrucada en una de las mullidas sillas papasan, con un cóctel en una mano y su teléfono en la otra. Deja su teléfono y lo coloca en la mesa auxiliar junto a ella, luego me mira con una sonrisa tensa. Cuando sigo parado, señala la silla a su lado.

Me dejo caer e inmediatamente abro la botella para darle un buen trago.

Vodka. Otro hermoso recordatorio de mi padre. Joder.

Bambi espera a que me acomode antes de repetir la pregunta. —¿Y? Qué pasó.

—Nada.

—Mentiroso.

Estoy demasiado agotado para mirarla. —¿Qué sabes tú?

—Lujosa cabaña junto al lago en las montañas, donde hay mucha privacidad, todas las comodidades y sin prisas por estar en ningún lado ni hacer nada. Un dormitorio principal insonorizado, una cama tamaño king California y Clara dentro —ella levanta su copa hacia mí—. No deberías estar aquí abajo. Pero lo estás. ¿Así que… qué pasó?

Yo suspiro. Siento como si mi alma abandonara mi cuerpo y simplemente saliera a través de ese aliento. —La cagué.

—Tendrás que ser más específico.

—¿Recuerdas que soy tu jefe? —le pregunto con el ceño fruncido—. Yo…

—Ni siquiera intentes abusar de la autoridad —Bambi lo dice con una sonrisa, pero hay una pizca de veneno en sus ojos y en su tono—. También eres el mismo tío que arriesgó descuidadamente toda mi carrera al ponerme en una posición en la que tuve que elegir entre mantener mi licencia en el Colegio de Abogados del Estado de Nevada o mantener mi relación profesional contigo. Obviamente te elegí. Pero si alguien descubre que no denuncié ninguna de las miles de millones de cosas que he presenciado y pasado por alto mientras trabajaba para ti, estoy acabada. No solo me inhabilitan… me meten en prisión, sin manera de salir.

Apoyo mis brazos sobre mis rodillas y entierro mi rostro entre mis manos. —Maldito infierno. Lo siento, Bam.

Ella se encoge levemente de hombros. —Supongo que puedo perdonarte. Aunque puede haber un cargo adicional.

—No esperaría menos.

—No deberías. Así que… —toma un largo sorbo de su bebida y me estudia—. Algo pasó. Quizás no quieras hablar de ello, pero es necesario.

Tomo mi propia bebida y tomo un trago. —Ella se encerró en el baño. Llorando. Justo en medio del mejor sexo que hemos tenido en mucho tiempo —otro trago profundo—. Mierda. No sé qué pasó.

Bambi asiente como si lo supiera. —Ella fue provocada.

—¿Ella fue qué?

—Provocada, amigo. Ya sabes, como si se hubiera dicho o hecho algo que inmediatamente impactó su cerebro en un punto de su vida que es tremendamente traumatizante —oculta la siguiente frase detrás de un sorbo fingido—. ¿Respiraste? Eso sería suficiente para hacerlo.

Le lanzo una mirada despectiva. Principalmente porque ella tiene razón, y yo merezco que me recuerden cuánto.

—Supongo que fue algo que tu padre le dijo —Bam remueve su bebida con la sombrilla de papel y contempla el lago oscuro—. Probablemente también se lo dijo mucho. No lo sé, sinceramente, pero supongo que como estabas… eh… haciendo el mambo horizontal, es posible que hayas dicho algo que le recordó a…

—Ruso —me quejo—. Empecé a hablarle en ruso. Términos cariñosos, cosas sencillas, pero fue entonces cuando perdió el control.

Umnitsa.

Suenas igual que él.

Miro con furia la botella de vodka ahora abandonada en el suelo, a mis pies. Quiero tirarla al lago. No, quiero tirarla a la casa de Oleg y encender una puta cerilla.

—No puedo… —me dejo caer en la silla con otro gemido—. *¡Joder!* ¡No puedo huir de mi propia sombra! ¿Cómo se supone que voy a arreglar las cosas cuando soy la encarnación literal de todo lo que salió mal?

Soy un asco siendo un héroe. No volveré a ser un villano, pero, por el amor de Dios, necesito un respiro. Necesito que algo o alguien me dé una mano ya. O un consejo. Un manual.

Cualquier cosa.

—Se empieza por no parar.

Cierro los ojos con fuerza. —Estoy demasiado cansado para los acertijos, Bam.

Bambi se inclina. —Escucha. Tengo mierda de mi pasado que todavía me jode el cerebro de maneras de las que realmente no quieres ni necesitas detalles. Pero te diré algo ahora mismo: no puedo escuchar viejos himnos evangélicos. Y cada vez que escucho uno por accidente, me congelo como un puto iceberg.

—Eso es… —no sé cómo expresarlo, así que solo lo hago—. Eso es extrañamente específico.

—También es lo que mi madre escuchaba a todo volumen mientras su hombre del día estaba ocupado “cuidándome” en mi habitación.

El alcohol se convierte en bilis caliente en mi estómago. Oficialmente terminé de beber por esta noche. Y también comer en el futuro previsible. —Mierda. Bam. Lo siento mucho.

Ella lo ignora encogiéndose de hombros. Siempre la he admirado y respetado por su tenacidad, pero cada vez más y más recientemente estoy notando las sutiles diferencias entre su personalidad natural y las gruesas capas de armadura que usa en todo momento.

Mi mente hace lo peor posible e imagina a Willow en una situación así. Lejos de mí, de Pavel y Mako y de todos los que la protegen con sus propias vidas. Simplemente secuestrada en alguna choza, aterrorizada de escuchar la puerta abrirse porque la única persona en la que se supone que puede confiar permite que los peores monstruos de este mundo la usen…

Mierda. No puedo. Voy a vomitar.

—Si alguna vez necesitas algo, un terapeuta o tu propio abogado…

Bambi sonríe. Es genuino y lleno de gratitud. —Gracias. De verdad, estoy bien. Soy el tipo de persona que cree que la mayor venganza es ser mejor de lo que ellos jamás podrían ser. Vivir la vida que intentaron robarme —ella termina su cóctel con un pequeño sorbo dramático—. Por supuesto, si alguna vez me topara con el bastardo que intentó prostituirme, podría necesitar tu ayuda para esconder un cuerpo.

—Hecho. No se diga más.

—Y oye, ¿sobre Clara? Solo dale tiempo. Las cosas todavía están frescas. Todavía navega por su propia mente, además de mostrarse fuerte ante su hija y tratar de ser una novia increíble para ti.

Eso no me sienta bien. —Sin embargo, no necesita hacer eso. La amo como es.

Bambi me mira como si yo fuera lento en darme cuenta y fuera adorable. Quizás lo es. Para ella.

—Lo sé —suspira pacientemente—. En el fondo, ella lo sabe. Pero fue criada para complacer a la gente. La golpearon hasta someterla y literalmente la entrenaron para hacer felices a todos los demás. ¿Quieres ayudarla?

—Por supuesto —digo sin dudarlo.

—Entonces, enséñale a ser fuerte. Muéstrale que puede ser asertiva, exigente y dominante sin consecuencias por tu parte. Déjala que ponga sus límites y luego respétalos muchísimo hasta que esté lista para volver a mapearlos.

De alguna manera extraña, tiene sentido. Es en parte lo que mi instinto me ha estado diciendo que hagamos.

Es un alivio saber que al menos estoy avanzando por el camino correcto.

Bambi bosteza, se estira y se levanta de su silla. —Voy a asegurarme de que Pavel no se haya caído por una ventana ni se haya vuelto a lastimar. Todavía no puedo creerlo… un puto *rebote* —ella suelta una carcajada y niega con la cabeza.

—Él nunca podrá olvidar eso.

—Para nada. No lo dejaré —ella sonríe, luego se suaviza y apoya una mano en mi hombro—. Tú puedes con esto. Las tienes *a ellas*. No dejes que tu padre destruya la vida de todos sin siquiera estar aquí. Solo imagínate la clase de hombre que tú desearías que él fuera… y luego sé mejor que eso.

Me da una palmadita en el hombro y se dirige al grupo de cabañas privadas que aún no le mostré a Clara o Willow y que están enclavadas en una extensión de bosque al final del camino lateral.

Suficientemente lejos para darme privacidad, pero suficientemente cerca para atender cualquier emergencia que pueda surgir en la cabaña principal.

Como el amor de mi vida hiperventilando en una ducha hirviendo.

Suspiro.

Debería ir a ver cómo está.

CLARA

Me lleva unos minutos recuperar el aliento. Cuando lo hago, me doy cuenta de que Demyen ha dejado de tocar la puerta.

Esta vez ni siquiera estoy en la ducha, lo cual es un gran paso en la dirección correcta. Iba a entrar; iba a subir el calor y frotar cada centímetro de mi cuerpo hasta que me sintiera limpia otra vez.

Pero ya me siento limpia. De hecho, me siento… amada.

Protegida.

Segura.

Así que no me parece bien deshacerme del rastro de Demyen en mi piel. Me encanta la forma en que me toca, la forma en que me besa. La forma en que susurra recordatorios de su amor en mi oído mientras sus manos generan todo tipo de sentimientos maravillosos por todo mi cuerpo.

Fue solo ese momento. Ese susurro.

Un segundo sólido y aterrador en el que ya no era Demyen.

En el que era *Oleg* encima de mí.

Necesito controlar esto. Necesito recuperarme. Necesito hacer un inventario de mi mente jodida y encontrar una manera de lidiar con mi mierda.

Pero primero, solo necesito acurrucarme en Demyen y quedarme dormida cubierta por él.

Asomo la cabeza fuera del baño. Espirales de vapor se curvan a mis pies. No está en el dormitorio. No sé por qué pensé que todavía estaría aquí. Probablemente lo asusté y lo ahuyenté con mi locura.

Peor aún… estoy bastante segura de que se dará por vencido. Si aún no lo hizo. No es su culpa parecerse a su padre a veces. Tan pronto como puedo pedirle que deje de ser el hijo de ese hombre, puedo pedirle a las estrellas que dejen de aparecer en el cielo.

Pero nadie se apuntó a mi tipo de psicópata. Sí que Demyen nunca se ofreció como voluntario para todo el drama y la intriga que le arrojé toda mi vida. Primero su hermano, luego Raizo y ahora ¿esto?

No puedo culparlo si decide que no valgo la pena.

Agarro la camisa que usó hoy y me la pongo. La ráfaga de su aroma se siente mejor para mis sentidos que cualquier ducha o jacuzzi podría brindarme ahora. Cuando cierro los ojos, casi puedo sentir su calidez dentro de la tela donde presionó su piel.

Las lágrimas caen de mis ojos.

La cagué.

Lo jodí todo.

Esperaré hasta que regresemos al complejo antes de decirle algo a Willow. Creo que puedo fingir hasta entonces. Su corazoncito ha sido roto demasiadas veces, y después de todo el progreso que hizo hoy…

Meterme en la cama parece ser lo único que puedo hacer bien. No sé si Demyen volverá; no sé en qué habitación es seguro entrar sin molestar a nadie. Si él regresa y necesita que me vaya, lo haré.

Hasta entonces, abrazo su almohada contra mi pecho y lloro hasta que no me quedan más lágrimas.

No sé cuánto tiempo me quedo allí, medio dormida y casi sin energía. Lo he llorado todo. Tampoco puedo dormir. Tengo demasiado miedo de que, si me dejo vagar por los sueños, rápidamente se convertirán en pesadillas que me recordarán por qué no merezco una vida con Demyen.

O con cualquiera.

Cuando la puerta del dormitorio se abre y luego se cierra, casi no estoy segura de haber oído nada. Pero entonces, la cama se hunde por el peso de alguien…

Y me tira a los brazos de Demyen al mismo tiempo que se mete en la cama a mi lado.

No dice nada. Pero tampoco me echa.

En cambio, besa mi cabello y frota mi espalda, colocándome debajo de su barbilla y cerca de su pecho. Me hago un ovillo y él simplemente me ayuda a hacerlo, asegurándose de que esté conectada a él por tantos puntos como sea posible.

—Lo siento —dice en voz baja después de un largo momento de silencio—. Lo siento mucho, Clara. Yo nunca quise…

Simplemente entierro mi cara en su pecho. Lo aspiro. Dejo que el tiempo se encargue del resto.

—Nunca quise hacerte daño. Solo quise hacerme daño a mí mismo. Lo sé, es jodido y no tiene ningún jodido sentido, pero estoy trabajando para tratar de entender por qué… —se detiene y luego suspira—. Por qué siempre trato de destruir todo lo bueno, cada buena persona, en mi vida. Willow y tú están pagando el precio y no es… no es jodidamente justo. No es lo que quería. En absoluto.

Me frota la espalda con ambas manos y hunde su nariz en mi cabello. Así como me consuelo con

él, él parece necesitar que le dé lo mismo.

El hecho de que él no me lo esté pidiendo, ni nada, significa mucho.

—¿Qué quieres? —no sé si puede oírme; mi voz está amortiguada contra su pecho.

Sí lo hace. Y sin dudarlo ni un segundo, responde—: A ti. Te quiero *a ti*. A ti y a Willow —aprieta su abrazo a mi alrededor—. Quiero que seamos una familia. Quiero… quiero todo contigo. Y estoy tan jodidamente aterrorizado por no merecer nada de eso.

No me muevo de mi lugar, principalmente porque es demasiado cómodo. Pero también para que no me vea la cara todavía. —¿No quieres que me vaya?

—¿Qué? —Demyen me empuja hacia atrás para poder mirarme entrecerrando los ojos en la oscuridad del dormitorio iluminada por la luna—. No. Claro que no. Jamás —me echa el cabello hacia atrás y acerca mi cara a la suya—. ¿Por qué preguntarías eso?

—Porque… —me aclaro la garganta; no me quedan suficientes lágrimas para empezar a llorar de nuevo—. Soy mercancía dañada. Estoy jodida de la cabeza. Estoy… contaminada.

Demyen interrumpe mi explicación con un beso. Nada agresivo ni demasiado apasionado, sino más sólido y permanente. —Cállate, bebé. *No* estás contaminada.

No sé cómo ni por qué, pero eso de alguna manera me hace reír un poco. —Claro.

—Eres hermosa. Increíble. Inteligente, fuerte, valiente y…

—Soy la esclava sexual de tu padre —respiro temblorosamente. Será mejor que lo expongamos todo ahora, para no tener que repasarlo más tarde—. Hice… cosas. Él me hizo cosas a mí. No sé… mierda, ni siquiera tengo recuerdos la mitad del tiempo de todo lo que realmente me hizo. Solo me despertaba y estaba cubierta de… de… ¡No lo sé!

Los recuerdos vuelven a inundarme. Me aferro a Demyen para anclarme en el aquí y ahora, para no catapultarme de regreso a las pesadillas del pasado.

—Oye. Oye, shh… —me atrae hacia él y lentamente me mece en sus brazos.

Mi estómago se aprieta de nuevo. Será un padre increíble para nuestro bebé.

Y, aun así, no tengo las agallas para decírselo.

—Hiciste lo que tenías que hacer para sobrevivir. Lo sé. Joder, Clara, *yo lo sé*. Unas pocas semanas en su casa ya son bastante terribles, pero yo pasé dieciséis largos años bajo su control. Así que, cuando digo que lo sé, entiendo, lo entiendo… en serio, de verdad —respira larga y temblorosamente—. Oleg no solo quiere arruinar tu cuerpo; quiere controlar tu mente. Siempre ha sido así. Nunca es suficiente quebrar físicamente a alguien. Le gusta jugar todos estos juegos mentales enfermizos hasta que ni siquiera sabes hacia dónde es arriba —Demyen acaricia mi cabello con un suspiro—. Sé lo que es oírlo llamarte cosas amables, elogiarte por logros aleatorios y tratarte como a un ser humano. Y luego te lo quita todo y te recuerda el demonio que realmente es.

Hace solo unos momentos, me aferraba a Demyen en busca de consuelo. Ahora lo estoy abrazando para darle consuelo. No porque lo esté pidiendo, ni necesariamente porque lo necesite.

Simplemente porque mi corazón está roto por el niño que solo necesitaba que su papi lo amara.

—Toda mi vida me dije a mí mismo que a mi madre no le importamos —la voz de Demyen se quiebra ligeramente—. Me he estado diciendo a mí mismo que ella era una madre terrible. Se iba todo el tiempo. Tenía fiestas y se acostaba por ahí. Pero… a veces. Me pregunto. Y no quiero saber la respuesta. Pero me pregunto si Oleg la usó como usa a todos los demás. Como planeaba usarte a ti.

Ahora ambos estamos aferrados el uno al otro.

Y está bien. Porque estoy aquí.

Estoy aquí y lo tengo.

Siempre estaré aquí para él.

—Todo el tiempo que estuve con él, yo… —casi me ahogo con las palabras—. Pensé que me odiabas. Pero no me importó. Solo quería volver contigo. Luché para volver con Willow, pero yo… recé para volver contigo. Quizás tu mamá hizo lo mismo.

Nunca conocí a la mujer. Es exagerado, lo sé. Pero ¿ver cómo es Oleg y lo completamente diferente que es y trata de ser Demyen? Tengo que creer que lo bueno que hay en él, ese brillo que existe incluso cuando intenta ser intimidante, proviene de la otra mitad de su ascendencia.

Y quiero creer que, sin importar nada, ella estaría orgullosa de él.

Nos quedamos sin palabras para decir. Por mí está bien… a veces, nuestros besos, nuestras caricias transmiten más que cualquier cosa que podamos decir. Así que eso es lo que hacemos. Nos besamos, acariciamos y abrazamos mientras la luz de la luna baila a través de la ventana, salpicada por las ramas de los árboles.

No me doy cuenta de que estoy a horcajadas de él hasta que necesito tomar aire. Demyen simplemente acaricia mis costados, sintiendo mis caderas antes de volver a subir. Me mira con ojos llenos de amor y promesa.

Rápidamente se oscurecen por la lujuria cuando me hundo sobre él.

Su camisa rápidamente es arrojada a un lado. Necesito sentirlo en mi piel de la forma más directa posible. Tampoco tengo que esperar, porque sus manos pronto envuelven mis senos y me masajean allí mientras empujo más hacia abajo. *Joder*, incluso ahora se siente tan grande dentro de mí.

Todo es una confusión embriagadora, como si estuviera borracha de su amor y tuviera sed de más.

Pero ahora mismo solo lo necesito. Justo así.

Mis manos se apoyan en su pecho y lo levanto lentamente, luego lo empujo hacia abajo. De nuevo. Y otra vez.

—Eres mía —respira. Sus manos se mueven desde mis pechos para tocar todo mi cuerpo, desde las curvas de mis costados hasta mis muslos abiertos alrededor de sus caderas—. De nadie más.

Mi labio inferior tiembla. Creo que entiendo lo que quiere decir. —Pero yo…

Demyen agarra firmemente mi espalda baja y me tira con fuerza hacia él. Es tan repentino y me siento tan jodidamente llena que no puedo evitar jadear y dejar escapar un gruñido de placer y sorpresa.

—Mía.

Me retuerzo, empalada en él. "Ajá" es todo lo que puedo decir cuando empiezo a moverme allí mismo.

—Dilo. Dilo, bebé.

—Tuya —jadeo.

Porque lo soy. Sí que jodidamente soy… incluso cuando siento que no lo merezco.

Demyen captura mi muñeca y acerca mi mano a su cara, luego besa mi palma. Es tan amoroso, tan íntimo, tan fuera de lugar mientras estoy ocupada meciéndome, moliéndome y follándome con su enorme polla.

Sus ojos nunca dejan los míos. Besa mi palma de nuevo. Luego me deja tomar su rostro mientras acelero el paso. Mi aliento se queda atrapado en mis pulmones cuando lo siento frotar contra los mejores lugares dentro de mí.

Lo amo.

Lo amo tanto.

—Eso es, bebé —respira. Frota mis caderas y acaricia mis muslos, pero, por lo demás, no se mueve para empujarse dentro de mí—. Dame todo lo que quieras. Toma lo que necesites. Estoy aquí.

—Necesito… —mi ceño se frunce. No sé lo que necesito. Él se siente tan bien, frotando todos los lugares correctos dentro de mí y estirándome, llenándome y abrazándome…

¿Por qué se siente como si pudiera haber más?

—Te necesito.

Demyen no duda ni pide aclaraciones. En un movimiento rápido y suave, coloca sus brazos alrededor de mi espalda y se sienta, sosteniéndome contra él mientras lo hace. Su boca cubre la mía y siento sólo los más mínimos cambios entre nosotros, pero luego estoy en su regazo otra vez. Todavía moliendo. Todavía pulsando.

—Estoy aquí —respira—. Estoy aquí, bebé. Te tengo.

Asiento. Es más difícil deslizarse completamente hacia arriba y hacia abajo en este ángulo, así que simplemente me retuerzo y me retuerzo y, *ay, Dios mío*, eso hace que los dedos de mis pies se doblen.

—No eres su esclava sexual.

Me congelo.

Pero Demyen me abraza contra él, besa mi cuello y chupa el lóbulo de mi oreja mientras continúa susurrando cosas que necesito escuchar justo cuando literalmente no puedo huir de él.

—No eres su esclava sexual. No eres esclava de nadie. Eres fuerte, eres hermosa, eres tan jodidamente inteligente… y eres mía.

Lo beso de nuevo. Necesito saborear los labios que forman palabras tan dulces.

Cuando nos juntamos, no es intenso ni trascendental.

Pero podría ser el mejor hasta ahora.

Nos bañamos mutuamente en las relucientes réplicas, besándonos y acariciándonos mucho después de que él derrama lo último de sí mismo en mí. En el fondo, creo que ambos necesitábamos esto. Juntos.

—Voy a estar compensándotelo para siempre —susurra después de un rato.

Sonrío y beso su labio inferior. —Ten cuidado con lo que deseas. “Para siempre” significa que eres mío por la misma cantidad de tiempo.

Demyen me devuelve la sonrisa y me frota la cadera. —¿Lo prometes?

Me quedo quieta.

Luego, un momento después, asiento.

Porque sí, lo hago. Realmente quiero estar con él para siempre.

Soy de Demyen. Demyen es mío.

Para siempre.

DEMYEN

—¿Identidades confirmadas?

La voz de Mako cruje a través del walkie-talkie. —Confirmado. Este es el lugar.

Examino la fábrica abandonada a través de mis binoculares y cuento al menos siete guardias Yakuza paseando por el perímetro este frente a mí. —¿Recuento de cabezas?

—Diez en el lado norte. Quince entre el sur y el oeste.

—Y tenemos siete aquí en el este. Supongo que el doble del total en el interior.

—Entendido.

Raizo, idiota. Si hubiera continuado atacando mis almacenes, me habría irritado, pero habría sido estratégicamente paciente. Si hubiera seguido atacando a mis hombres, me habría cabreado y me habría desquitado con sus hombres también, pero esa paciencia no cambiaría.

Pero Raizo Watanabe decidió ser un puto bárbaro y atacar a niños pequeños.

Así que la "paciencia" puede irse a la mierda.

Es hora de la guerra.

Realmente no me afectó de manera visceral hasta que intenté llevar a Willow a la escuela unos días después de nuestras vacaciones en la cabaña. Le juré que, en el momento en que sintiera miedo, la alzaría y la llevaría a donde se sintiera segura. Eso pareció funcionar, porque se aferró a mi mano como si quisiera romperme los dedos, pero aun así logró caminar hasta su antiguo salón de clases.

El miedo en los ojos de sus compañeros de clase es lo que me atrapó.

Ningún niño debería parecer tan aterrorizado. Tan agotado.

Tan traumatizado.

Y nunca, jamás, debería haber agujeros de bala tapados con cinta adhesiva en el salón de clases de ningún niño.

Por eso estoy sentado en mi Rezvani, contando alegremente el número de gilipollas de los Yakuza que están a punto de tomar su último aliento.

Detrás de mí, estacionados en más camionetas tácticas y puliendo sus armas, están todos los hombres de mi Bratva, además de algunos aliados de las familias italianas locales que están tan cabreados por el tiroteo como yo.

—Movimiento en la vertiente norte —dice por radio uno de los hombres de Don Fontinelli—. Parece un grupo de mujeres.

—Maldito infierno. Mako —llamo al sustituto de Pavel—, ¿estás escuchando esto?

—Lo escuché. Puedo confirmar. También veo un puñado de ellas por aquí.

—No estamos aquí por ellas —interviene la voz grave de Don LaGrezzio.

—Lo sé —necesito lo que me queda de paciencia para no criticar al italiano—. No contaba con que Raizo mantuviera su "mercancía" tanto tiempo después de su último impulso de ventas. Igual entraremos, pero tendremos que adaptarnos.

Mako viene al rescate. —Tengo un equipo aquí listo para extraer. Agarraremos a las mujeres mientras el resto de la operación continúa según lo planeado.

Reprimo la repentina oleada de orgullo que siento en mi pecho.

Esto ya no es una ola de asesinatos. Bueno, no es *solamente* una ola de asesinatos.

Esta también es una misión de rescate.

—Equipo Alfa, esperen. Bravo, barran el perímetro.

Como fantasmas que acechan en la arena, una docena de mis hombres, flanqueados por los contingentes de Fontinelli y LaGrezzio, se abalanzan silenciosamente y comienzan a derribar a los guardias de los Yakuza que literalmente no los ven venir. Los silenciadores amortiguan cada disparo, y cualquiera que no caiga muerto recibe inmediatamente una fractura en el cuello o una segunda bala. Una docena de vidas Yakuza extinguidas en unos momentos.

Adiós y hasta nunca.

—Equipo Alfa, adelante.

Esa es mi señal para salir del Rezvani y unirme a los otros jefes de la mafia mientras nuestros mejores hombres asaltan colectivamente la antigua fábrica de botellas. El sonido de cristales rotos se suma a la música de gritos enojados y sorprendidos y disparos no silenciados.

Uno de los hombres de Raizo sale corriendo por una entrada lateral; lo tengo antes de que pueda levantar su arma. Fontinelli me respalda y mata a otro corredor, mientras LaGrezzio grita órdenes a sus hombres para que comiencen a colocar las cargas.

Otro corredor me pilla desprevenido, vuela hacia mí y me estrella contra el suelo. Los puños vuelan hacia mi cara, mis costados, y saca un cuchillo…

La sangre salpica por todas partes. Se cae encima de mí, sin la mitad de la cabeza.

Fontinelli extiende su mano para ayudarme a levantarme. No sé exactamente cómo agradecerle, así que acepto la oferta y le doy una palmada en el hombro.

—Jefe, querrás entrar aquí —murmura Mako a través de mi auricular.

No tengo prisa; esto es lo más tranquilo que me he sentido en días. Pero la urgencia en su voz me hace acelerar el paso.

Pronto, estoy dentro de la fábrica, navegando a través de pasillos oxidados y puentes colgantes de tejido metálico mientras él me da instrucciones. A mi alrededor, los Yakuza gritan y caen hacia la muerte, de una forma u otra, mientras el grupo de padres, abuelos, tíos y hombres generalmente decentes vengan enojadamente a nuestros hijos colectivos.

Cuando veo a Mako en uno de los pasillos estrechos, me niega con la cabeza. —Es jodidamente enfermizo —murmura en voz baja antes de abrirme la puerta—. Solo te advierto.

Aprieto los dientes y entro.

Él tiene razón.

Es jodidamente asqueroso.

No hay aire aquí. Es sofocante, lo que hace que el olor sea mil veces peor. No sé exactamente lo que estoy viendo. Es muy probable que mi cerebro haya activado algún tipo de modo de preservación de la cordura y no me permita procesar completamente los horrores contenidos en esta habitación.

Varias mujeres de distintas edades, la mayoría de ellas entre finales de la adolescencia y principios de los veinte, encadenadas por las muñecas a las paredes.

Ninguna de ellas está viva.

—¿Qué debemos hacer con ellas? —pregunta Mako en voz baja. Luce un poco verde alrededor del cuello. Si se da vuelta y vomita, no se lo reprocharé.

Lo que quiero hacer es llevarlas afuera. Identificarlas. Notificar a sus familiares, a quienes puedan estar buscándolas desesperadamente.

Lo que quiero hacer es darles a ellas y a sus seres queridos un cierre.

Lo que *necesito* hacer es mantener las cosas en movimiento para que nuestros hombres puedan salir tan rápido como entraron.

—Déjalas —odio el sabor de las palabras—. Nadie necesita ver esto.

Mako asiente y cierra la puerta. El ruido sordo me recuerda a esas pesadas puertas de mármol de un mausoleo. Bien podría serlo.

Unas puertas más abajo, más de mis hombres están rápidamente sacando a mujeres aterrorizadas de otra habitación casi idéntica. Varias mujeres más están encadenadas a las paredes y es difícil liberarlas. Pero, después de algunos disparos cuidadosamente dirigidos a las cadenas y múltiples garantías de que somos, sorprendentemente, los buenos, logramos sacar hasta la última de ellas.

Un puñado de ellas están demasiado débiles para caminar. Mis hombres las cargan sin quejarse, y cuento cuántas piernas necesito romper de los hombres Yakuza supervivientes que capturamos para poder igualar las cosas.

—Reúnelos —ordeno a través de mi auricular—. Quiero tantos vivos como sea posible.

—Dijiste que íbamos a… —LaGrezzio interviene de nuevo.

—Lo haremos. Pero primero tenemos que charlar.

La boca de Mako se contrae en una sonrisa sombría. Tiene tanta sed de su sangre como yo.

Una vez que confirmo personalmente que todas las esclavas sobrevivientes han sido evacuadas del edificio, navego por el edificio hasta donde nuestros equipos colectivos han reunido a los Yakuza restantes. El aire acondicionado está funcionando aquí. Me tomo un momento para calmarme antes de atacar al grupo de hombres que esperan, atados y amordazados, de rodillas.

Están rezumando sangre y sudando temor. El hedor es insoportable. Me apoyo en una de las mesas polvorientas, y casualmente deslizo mis manos en mis bolsillos. —¿Quién está a cargo aquí?

Se miran el uno al otro. Uno de ellos inclina la cabeza, por lo que Mako le quita la mordaza.

—Lo mataste —escupe el hombre a modo de respuesta.

Asiento y pienso detenidamente en mi siguiente pregunta. —¿Raizo viene aquí a menudo?

Él mira hacia otro lado.

—Mírame cuando te hablo —empujo su pecho con mi pie—. No lo veo ni lo oigo enviando refuerzos para venir a rescatar sus lamentables traseros. Supongo que ni siquiera están tan arriba en la cadena alimentaria. Así que hazte un favor y responde la maldita pregunta. ¿Viene aquí a menudo?

—Solo para mojar la polla.

Los otros Yakuza se ríen. Uno de ellos, que parece no tener más de dieciocho años, no se suma a las risas. Solo mira hacia otro lado, sin malicia ni miedo en su rostro. Como si se hubiera rendido a su destino.

Tomo nota de volver a él.

—¿Qué sabes sobre el tiroteo en la escuela?

El hombre frente a mí decide permanecer en silencio.

Mi paciencia se está agotando. —Mira a tu alrededor. Todos y cada uno de nosotros nos ofrecimos como voluntarios para estar aquí porque tu jefe, tu *líder*, decidió que aterrorizar y amenazar las vidas de niños inocentes era una buena idea. Así que, si alguien no habla, mis asociados y yo asumiremos que todos ustedes estuvieron allí y que son igualmente culpables…

—¡Está jodidamente loco!

El joven al final, el que noté hace un momento, tiene los ojos desorbitados. —¡Perdió la puta cabeza!

Miro a Mako, Fontinelli y LaGrezzio, y camino lentamente hacia el chico. —Continúa.

Ni siquiera mira a sus compañeros antes de soltarlo todo. —Yo estoy en esto por los autos, hombre. ¡Los autos! Pero Raizo nos tiene secuestrando mujeres y drogándolas como si fuera un puto juego para él. Y luego da órdenes de ir a disparar a una escuela y yo digo, no, me voy. Yo…

El hombre a su lado lo empuja con fuerza en el costado. El niño se cae, pero lo atrapo antes de que su cabeza golpee el cemento. Es el conversador más valioso hasta el momento.

Una vez que lo ayudo a sentarse, le doy un revés al gilipollas que lo empujó. Mi rodilla conecta con su cara en el rebote, por si acaso. Después de eso no se mueve.

—¿Decías…? —le imploro al joven.

Empieza a lloriquear. Por la forma en que mira a los demás con ira, puedo notar que no hay amor perdido. —Quise salir. Lo juro, hombre, en el momento en que escuché a Raizo decirnos que secuestráramos a una niña y disparáramos su escuela, quise salir.

—¿Dijo por qué?

Él niega con la cabeza. —No a mí. Pero tampoco pregunté. Solo quería huir.

Entrecierro los ojos hacia él. —Todavía estás aquí.

Y entonces es cuando todo su cuerpo se desploma. Es como si cualquier fuego, cualquier pelea que hubiera en él se evaporara de inmediato. —Sí —susurra hacia el suelo—. Me atraparon. Y luego ellos… ellos…

No me gusta hacia dónde va esto. Miro a mis hombres, que parecen dispuestos a asesinar a estos hijos de puta al menor movimiento de mi mano. Muy pronto tendrán esa oportunidad.

—Ellos me obligaron a hacerlo. Lo juro. No quería. Pero me dijeron que, si no lo hacía, matarían a mi madre y a mi hermana, y ella acaba de tener un bebé… —resopla. Su voz se quiebra.

Se supone que no debo sentir simpatía por el enemigo. Pero tampoco se supone que deba encontrar a alguien tan joven en un lugar como este.

—¿Qué te obligaron a hacer? —pregunto en voz baja.

El niño estalla en sollozos. —Yo no… dije que lo sentía. Seguí diciéndole que lo sentía muchísimo. Pero, si no lo hacía, nos matarían a los dos. Así que tuve que hacerlo. Tuve que hacerlo —de repente su cabeza gira hacia un lado—. E igual la mataron. Me dijo que ahora era un hombre y se rio.

El hoyo que me corroe en el estómago es una combinación de pena por el pobre chico, quienquiera que sea, y furia desenfrenada hacia estos hijos de puta enfermos que lo miran. Uno de ellos gruñe algo a través de su mordaza. Un hombre de Fontinelli lo golpea en la cabeza y amenaza con hacerlo peor con la culata de su arma.

Compadecerse de los reclutas de los Yakuza no era parte del plan.

Pero tampoco me siento bien forzándolo a correr el mismo destino que el resto de los hombres aquí.

—Llévenlo —ordeno a mis hombres—. Lo necesitamos para un interrogatorio de seguimiento.

Dejen el resto aquí.

Mako hace los honores y escolta al chico, todavía atado y ahora completamente acojonado, fuera de la habitación.

—Esta es la cuestión —le digo al resto del grupo—. Vine aquí cabreado por el tiroteo. Ahora he visto la puta mierda enfermiza con la que todos han sido complacientes. Ninguno de ustedes puede mirarme a los ojos y decir honestamente que no tenían idea de lo que ha estado pasando aquí. Lo que los hace culpables por asociación, por mal juicio o simplemente por estupidez, como carajo quieran llamarlo.

Detrás de mí, alguien trae una gran lata de gasolina y comienza a salpicarla sobre el grupo.

Que, ahora que pueden oler y sentir lo jodidamente grave que es su situación, ahora están muy ansiosos por decirme cualquier cosa que quiera escuchar.

Qué mal. Debieron haberlo pensado mientras tuvieron la oportunidad.

—Vean, tengo una hija. Siempre le digo que trate a los demás como quiere que la traten —saco un encendedor y abro la tapa. La cierro. La abro. La cierro. En realidad, solo estoy disfrutando la forma en que sus ojos se agrandan con absoluto terror a cada movimiento de la tapa—. ¿Y su madre? Increíblemente hermosa, por dentro y por fuera. Tanto es así que su líder cometió el tonto error de intentar venderla como esclava y destrozar a mi familia.

Me acerco a ellos, todavía abriendo y cerrando el encendedor. Abriendo y cerrando.

—Como probablemente se imaginarán, estoy más que cabreado.

Abro.

—Y luego vi esa habitación. Esa habitación enfermiza y asquerosa que me dijo todo lo que necesitaba saber sobre ustedes y sus malditas mentes enfermas.

Cierro.

—Así que voy a practicar lo que predico. Voy a hacerles lo que les hicieron a ellas.

Abriendo.

—Y hacer de esta habitación su tumba.

Enciendo.

No tengo ningún apego personal al encendedor… lo recogí en una gasolinera de camino hacia aquí. Por eso es tan fácil incluirlo en el grupo de los empapados en gasolina.

No lo necesitaré de vuelta.

Fontinelli y LaGrezzio me siguen, no sin antes escupir y maldecir a los hombres que gritan mientras arden. Hacen señales a sus propios hombres para que se vayan, y solo nos lleva uno o dos minutos llegar al aire libre del desierto.

Los gritos se desvanecen detrás de nosotros. El lado más oscuro de mis deseos podría escucharlos un rato más.

Pero tenemos cosas que hacer. Hay víctimas que necesitan reunirse con sus seres queridos y un recluta de los Yakuza que en realidad podría ser redimible. Tengo una familia que mantener y una mujer a quien follar el resto de mi adrenalina.

Y hay más cuerpos que necesitan ser quemados.

Una vez que todos nuestros vehículos están cargados, espero a que se retiren. No me voy hasta que el último indique que estamos todos listos.

Le dejé el interruptor de explosivos a Mako. Me di cuenta de que tiene cierta rabia enterrada a la que le vendría bien un poco de catarsis.

Y debo admitir que… cuando presiona el botón, la bola de fuego gigante que se eleva detrás de nosotros mientras esa fábrica de pesadillas se convierte en cenizas es tan catártica como parece.

DEMYEN

Hijo de puta.

Me rozaron. Otra vez.

He estado tan lleno de adrenalina desde que volé la jodida fábrica de esclavas de Raizo en pedazos humeantes que no noté el dolor o la sangre que salía de mis costillas hasta que estacionamos en el garaje de casa.

—Hijo de puta —gruño mientras presiono una palma contra mi torso y sale manchado de carmesí.

—¡Papi!

Clara y Willow miran a través de la puerta del garaje que conduce a la habitación lateral de la casa principal, luego se quedan sin aliento cuando me ven. La puerta se cierra de golpe contra la pared cuando mis dos damas irrumpen en el garaje y corren a mi lado, cubriéndome de besos y preocupándose por la forma en que me agarro el costado.

De repente, el dolor deja de ser importante.

—¡Mírate! —Clara me toma la cara entre las manos y me gira en todas direcciones—. ¡Eres un desastre!

Willow tira de mis dedos ensangrentados y se queda sin aliento. —¿Papi? ¡Papi! ¡Estás sangrando! ¡Estás herido!

Estoy a punto de decirle que no hay nada de qué preocuparse cuando rompe a llorar.

Inmediatamente, me agacho a su lado, ignorando la punzada de dolor reciente, y la abrazo. —Estoy bien. ¿Ves? Es solo un roce.

—¡P-p-pero estás c-c-*cubierto* de sangre!

—No es mi sangre, cariño. ¿Ves? —giro mi cara de lado a lado para que ella pueda hacer su propia inspección.

Willow, al igual que su madre, es muy minuciosa. Ni siquiera mis oídos escapan a su cuidadoso examen, y solo me permiten tener un certificado de buena salud después de que ella me hace sacar la lengua para comprobar si tengo dolor de garganta.

—¿De dónde vino todo? —pregunta por fin.

Miro a Clara, que parece tener exactamente la misma pregunta en mente. Así que suspiro y acaricio la mejilla de Willow con un pulgar limpio. —¿Sabes esos tipos malos que vinieron a tu escuela?

Ella da un paso atrás, un nuevo miedo llena sus ojos. —¿Ajá…?

—Bueno… —¿cómo traduzco "*Los maté a todos*" al lenguaje infantil? —Eran monstruos que vivían en una cueva. Mako y yo fuimos a buscarlos. Los encontramos y ahora no hay más monstruos.

Willow piensa en esto. Ella me mira de nuevo, la sangre salpicada por toda mi camisa y mi cara… *Dios mío, debo tener un aspecto aterrador ante sus ojos*… y luego, simplemente asiente. Simple y llanamente.

—Bien.

Maldita sea, chiquilla. Aun pudiera hacerte Bratva.

La acerco para darle otro abrazo y beso su mejilla. —Te amo, princesa. Nunca dejaré que los monstruos te atrapen. Tienen que pasar por mí primero. ¿Vale?

Ella se da vuelta y besa mi mejilla. —¡Vale! Te amo, Papi.

Y luego se va, jugando sus juegos o coloreando o haciendo lo que sea que hacen las niñas precoces de cinco años. Simplemente dejándome aquí, para lidiar con la realidad todavía más preciosa de que ella me ama.

Soy su papi y ella me ama.

Clara me ayuda a retroceder, no menos preocupada por mí que nuestra hija. *Nuestra* hija. En lo que a mí respecta, bien podría ser sangre de Zakrevsky corriendo por las venas de Willow. Reconocer otra cosa parece un insulto a su belleza y bondad.

Además, esa niña ha mostrado más agallas en los últimos cinco minutos que las que jamás haya mostrado su donante de esperma.

—¿Estás herido? —Clara me palpa con sus manos preocupadas—. Sé que estás aparentando valentía ante Willow, pero…

—Estoy bien. Lo prometo —le dedico una sonrisa encantadora y levanto la cara para darle un dulce beso.

Cuando ella se separa, susurra—: ¿En serio…?

Asiento. —Esto debería paralizar a Raizo y obligarlo a hacer algo estúpidamente desesperado. Pero esta vez tendrá que hacerlo con la mitad de la mano de obra. Y sin una buena parte de sus fondos.

Ella frunce el ceño. —¿Qué quieres decir?

Me debato si decírselo o no. Pero ahora es un momento tan bueno como cualquier otro para tantear el terreno. —Encontramos más esclavas allí. Según el recuento final que hicimos en la

casa segura, cincuenta lograron salir con vida.

Clara respira hondo. —¿Y las otras?

Esas imágenes quedarán eternamente grabadas en la memoria, las quiera o no. Sacudo lentamente la cabeza y trato de tragar la bilis que sube. —Lo intentamos. Pero algunas de ellas ya habían fallecido hacía mucho tiempo. Lo intenté, bebé. Lo juro…

—Shh —presiona un dedo contra mis labios y luego me besa—. Lo sé. Y salvaste a todas las demás —otro beso, otra caricia—. Eres un buen hombre. Es una de las muchas razones por las que te amo.

Mi corazón se hincha. —Yo también te amo. Profundamente. Eternamente. Y suficiente para derribar el imperio de Raizo solo para que te vuelvas a sentir segura.

Su rostro de repente se torna en una sonrisa traviesa. Frota ligeramente su mano sobre mi pecho y se muerde la comisura del labio. —Hm. Bueno, vamos a coserte y vendarte. Y luego, cuando estemos en la ducha, me arrodillaré y te mostraré lo verdaderamente agradecida que estoy.

Maldito infierno.

Amo mi vida.

DEMYEN

—Todavía hay tiempo para ir al criador y…

—Refugio canino, Dem.

Yo suspiro. La vida no me preparó para perder discusiones con tanta frecuencia.

A pesar del sorprendente progreso de Willow con su nuevo terapeuta y el continuo apoyo de todos en el complejo, Clara y yo todavía no podemos evitar la sensación de que necesita algo más. Algo que la hará sentir más segura que ver guardias armados o escuchar promesas.

Como algo que camina sobre cuatro patas y babea mucho.

Pero mi sugerencia de conseguir un animal de primera línea fue rechazada con venganza. Clara dijo: “Refugio canino o nada”. Así que ahora es hacia donde vamos.

A regañadientes veo su punto cuando llegamos. No es un buen lugar para nadie, ni perro ni humano.

Las jaulas están apretadas entre sí, y apenas hay espacio suficiente para que los animales se estiren o caminen. Todo el lugar es húmedo, oscuro y vagamente repugnante de una manera que no puedo identificar.

Me recuerda demasiado a la fábrica de Raizo.

Willow camina entre Clara y yo mientras nos dirigimos al escritorio principal. —Nos gustaría adoptar un cachorro —explica Clara, con una sonrisa brillante.

La empleada no está muy entusiasmada. —Todo el mundo quiere un cachorro. Solo tenemos perros adultos.

La sonrisa de Clara no flaquea ni una sola vez. —Entonces, un perro adulto.

Agita una mano descuidadamente en el aire. —Mira alrededor. Son pitbulls, en su mayoría. Nadie los quiere. Demasiado violentos y dañados. Pero es posible que encuentres algo que funcione.

Clara se muerde el labio mientras su entusiasmo se disipa a cada segundo. —¿Es solo esta habitación? O…

La empleada suspira. —Mira. Seré honesta contigo. Ojalá tuviéramos un espacio más grande. Demonios, desearía que tuviéramos un presupuesto mayor. Pero es lo que es, y lo que ves es todo lo que podemos hacer con nuestros recursos limitados.

Agarro a Clara por el codo. —Iremos a echar un vistazo. Vamos, Will… —miro hacia abajo… pero Willow no está allí.

Mierda.

Clara comparte mi expresión de pánico y ambos inmediatamente escaneamos el refugio en busca de ella. —¿Willow? ¿Cariño?

La empleada se baja de su taburete, luego rápidamente maldice en voz baja y corre por uno de los estrechos pasillos. —¡Dios, maldita sea! ¡Esto debería estar cerrado!

Mi corazón golpea dentro de mi caja torácica. —¿Qué? ¿Qué ocurre? ¿Willow?

—¡Willow! —llama Clara, su voz llena de pánico.

Seguimos a la empleada hasta donde la puerta de una perrera está abierta de par en par y el pestillo está levantado. Se tapa la boca con una mano para sofocar el grito de sorpresa… y luego nos mira, con la preocupación grabada en todo su rostro.

Joder. No. ¡Willow!

Prácticamente empujo a la empleada a un lado para mirar dentro de la perrera.

Willow está sentada allí, riéndose, recibiendo un baño muy completo y amoroso de besos de perro directamente en la cara.

La cosa es *enorme*. Negro como boca de lobo, sin una sola mancha de color en ninguna parte de su elegante pelaje. Sus ojos brillan de color marrón dorado, e inmediatamente sé que odiaría toparme con esta cosa en medio de la noche sin previo aviso.

Por su parte, el perro definitivamente parece haberse topado con más de unas pocas cosas peligrosas a lo largo de su vida. Las cicatrices estropean un cuerpo que de otro modo sería musculoso, con un feo corte anudado que recorre el lado izquierdo de la cara y al que por poco le toca el ojo dorado. Su flanco derecho parece como si algo hubiera intentado morderlo. Falló, pero aun así lo intentó.

La empleada niega lentamente con la cabeza. —Yo no… lo siento mucho. No sé cómo llegó aquí.

Clara me agarra del brazo. Fuerza una sonrisa para su hija, que está pasando el mejor momento de su vida, pero puedo sentir su terror nervioso a través de mi camisa. —¿Cuál es, eh, su historia?

La empleada se rasca el brazo y vuelve a negar con la cabeza. —Una de nuestras marcadas. *Hembra*, por cierto. Y está previsto que mañana la sacrifiquen.

—¿Por qué? —pregunto al mismo tiempo que Clara.

—Muy violenta. Demasiado agresiva. Era una perra de pelea, una de esos rescates de las que les

contaba. Pero nadie pudo rehabilitarla hasta el punto de que estuviera lista para… una familia —su voz se apaga por la confusión mientras observa a Willow susurrarle al oído a la perra, riéndose y recibiendo algunos lamidos más suaves—. No… quiero decir, tuvimos otra familia aquí el otro día. Asustó tanto al niño que se orinó.

Clara reprime un ataque de nervios. —¿Willow? ¿Cariño? ¿No quieres echar un vistazo a los otros perritos?

Willow sonríe y besa la cara del perro. —¡No, estoy bien! Quiero este.

Incluso yo estoy sudando debajo del cuello. —Ella es un poco violenta, ¿no?

—No. A ella le gustan los besos y los abrazos y le mostraré todos mis ositos y muñecas nuevas.

Y, sin ningún preámbulo, Willow sale de la perrera, seguida de cerca por la perra.

Parece que esta cosa podría comerse a Willow como refrigerio. Y sin embargo… *y sin embargo*… aquí está sentada, esperando con paciencia a que Willow elija un collar y una correa.

Ella no se decide por ningunos de los que están en exhibición y, en su lugar, opta por un juego de arneses, prometiéndole en voz baja a su nueva amiga que "no se lastimará el cuello" y esperando a que el perro apruebe o rechace la elección del color.

Le lame la cara. *Aprobado*.

Clara me mira en busca de ayuda, pero ¿qué diablos se supone que debo hacer? La ejecución de la pobre estaba prevista para mañana. Me sentiría como una mierda si arrancáramos a Willow y enviáramos a esta perra a su perdición.

Así que saco mi billetera y me dirijo a la empleada. —¿Cuánto cuesta?



CLARA NO HA DICHO una sola palabra desde que salimos del refugio. Willow, por otro lado, sigue arrullando y hablando con su nueva mejor amiga, quien ha declarado que se llamará "Princesa".

Princesa se sienta pacientemente en el asiento de al lado, viendo pasar el mundo sin hacer el menor escándalo. Ni un gruñido, ni una queja. Ni siquiera un grito. Todo lo que hace es jadear, quejarse en respuesta a algo que dice Willow y lamerle la cara.

Nos detenemos en el estacionamiento de una gran tienda de mascotas. Clara solo me mira a mí, a la tienda, y suspira.

—¡Mira, Princesa! ¡Todos esos juguetes son para ti! —Willow chilla emocionada.

Y que me condenen si la cola de Princesa no empieza a moverse con la misma emoción.

Salgo del auto y ayudo a Willow a salir de su asiento elevado, casi esperando que la perra intente arrancarme la mano de un mordisco. Pero Princesa solo me mira, espera a que Willow se deslice con mi ayuda y luego la sigue.

Clara observa todo con el ceño fruncido.

—Vamos, Princesa —conduzco al grupo a la tienda—. Vamos a prepararte para tu nuevo hogar.

—¡Ayyy, mira esto! —exclama Willow, corriendo hacia una pila de lujosas camas para perros—. ¡Son tan esponjosos! ¡Princesa, mira!

Princesa trota hasta donde le permite su correa. Estoy más concentrado en Clara, que mira las compras con una ceja levantada. Deslizándome hacia ella, le murmuro al oído—: Nuestra pequeña está feliz y tiene una nueva amiga. Esto es lo que queríamos.

Finalmente, Clara se relaja con un suspiro. —Lo sé. Lo sé. Tienes razón. Solo… estaba pensando en algo más parecido a un chihuahua. O un pez dorado. Tal vez una piedra como mascota.

—¿Chihuahua? Estamos tratando de ahuyentar las pesadillas, no darle otras nuevas.

Eso la hace reír con un resoplido. —¡Sabes a lo que me refiero, gilipollas! Es una niña dulce que necesita alguien con quien jugar, y yo solo…

Envuelvo mi brazo libre alrededor de su cintura y la acerco a mi costado. —Ella lo está haciendo. Y míralas.

Willow ha descubierto uno de los trucos aprendidos de Princesa: se coloca un hueso de juguete en la nariz, le dice que espere y luego… —¡Anda!

Princesa lanza el hueso, lo atrapa y mueve la cola.

Perra de pelea, sí, claro.

Me alejo para coger un carrito. Cuando regreso, Willow está sobrecargando sus brazos con cada juguete que entusiasma a Princesa. Me detengo para atrapar a los pocos que están a punto de caer y los arrojo al carro.

—Creo que nos llevamos todo el pasillo —le digo—. ¿Elegiste una cama?

—Queremos una rosa.

—Una rosa será —agarro el carrito y le guiño un ojo a Clara, que parece estar simpatizando con nuestro nuevo miembro de la familia.

Ella solo suspira en respuesta.

Aparentemente, Princesa es una máquina de lucha de color negro de pesadilla que prefiere el rosa brillante, la purpurina y los lazos de varios colores. O al menos eso es lo que Willow escoge para ella y hasta ahora parece que Princesa está feliz.

Mientras Willow interroga a Princesa sobre qué alimentos le gustan más, Clara se inclina hacia mí y deja escapar un suspiro de satisfacción. —Tengo que admitir —dice—, que es divertido verte ser tan suave y blando con un perro.

—Para que lo sepas, soy una fuerza oscura a la que enfrentarse.

—No te preocupes, no se lo diré a nadie. Pero, para ser claros, eres tan oscuro como un malvavisco tostado. E igual de cálido y pegajoso por dentro.

Ella se ríe cuando gruño y la acerco. —Si sigues hablando de interiores cálidos y pegajosos —le

susurro al oído—, no me haré responsable de las cosas que te haga cuando lleguemos a casa.

Muerde la curva expuesta de mi cuello y, no tan accidentalmente, deja que las yemas de sus dedos rocen el bulto de mi entrepierna.

Agarro su muñeca y la sostengo con los brazos extendidos. —Chica mala. No hay ningún regalo para ti.

Los ojos de Clara brillan con un fuego travieso. —Ayyy, pero tenía muchas ganas de jugar con tu hueso.

No puedo responder a eso porque estamos en la caja registradora, nuestra hija está al alcance del oído y tengo que fingir que soy un padre y esposo respetable y responsable que no se imagina en absoluto inclinando a su esposa sobre la cinta transportadora y haciendo un desastre cálido y pegajoso en su interior.

Esposo.

Esposa.

Me gustan esas palabras.

Miro a Clara, que está creando un nuevo perfil de tienda para Princesa en su sistema, y sonrío.

Me gustan *mucho* esas palabras.

CLARA

No puedo dormir.

Tengo todos los motivos para poder dormir bien. Pasé toda la tarde corriendo por la villa, persiguiendo a Willow y Princesa en varios juegos de atrapar, tirar de la cuerda y hacer cosquillas. En algunos momentos, Princesa comenzaba a gruñir y morderme, pero Demyen o uno de los guardias rápidamente se abalanzaba para asegurarme que está protegiendo a Willow.

Tenían razón. Cuanto más jugábamos, más cómoda se sentía Princesa conmigo. Mientras jugara con "su humana" de manera segura y apropiada, no teníamos problemas.

Vale. Me encanta esta perra.

Demyen y yo adoptamos un ritmo familiar en nuestra vida hogareña. Cenamos juntos, le leemos libros a Willow juntos, la arropamos juntos. Y luego nos escabullimos a nuestro dormitorio para hablar, hacer el amor, darnos una ducha, todo lo anterior…

Esta noche ha sido una noche del tipo "todo lo anterior". Demyen parece estar mucho más relajado y feliz de lo que ha estado en mucho tiempo. Y, para ser honesta, yo también.

Así que, ¿por qué no puedo dormir?

Él está profundamente dormido a mi lado, con un brazo alrededor de mi cintura y el otro sosteniendo una almohada debajo de su cabeza. Incluso cuando intenta ponerse cómodo, siempre encuentra una manera de abrazarme mientras duerme.

Me encanta.

Aunque igual no puedo dormir.

Muy lentamente, con mucho cuidado, salgo de debajo de su pesado brazo y trato de no mover demasiado las mantas. No quiero despertarlo. Solo necesito dar un paseo por el terreno para cansarme.

Es una hermosa noche estrellada aquí en Mojave. La villa está tranquila, suavemente iluminada por las lámparas solares que bordean cada camino. Unos pocos guardias deambulan por las áreas designadas, pero, por lo demás, el personal y la mayoría de los hombres de Demyen están en sus casas o durmiendo en sus habitaciones. Aparte del viento, los únicos otros sonidos son las fuentes que gotean…

…y Princesa.

Frunzo el ceño y trato de mirar a través del patio hacia donde está el solárium de Willow. Le quitamos el arnés rosa neón a Princesa para pasar la noche, así que la única manera de poder verla es si la luz se refleja en la etiqueta metálica en forma de corazón que cuelga de su collar rosa a juego. De lo contrario, Princesa es prácticamente invisible en la oscuridad.

Y puedo escuchar, mientras me acerco de puntillas, que está gruñendo *como loca*.

Mi estómago se retuerce en un nudo. *Aquí está. Esto es lo que nos advirtieron*. Menos de un día con nosotros y ya tenemos problemas de agresión con la raza de matones. No quiero romperle el corazón a Willow, pero no podemos tener…

Me detengo en seco.

Princesa está de llena en la puerta de Willow, cada fibra de su pelaje erizada. Tiene los dientes al descubierto y gruñe una advertencia *muy* mortal a algo en las sombras.

Algo que no está iluminado por ninguna de las lámparas solares.

—¿Princesa? —susurro. Quiero mantenerla tranquila, pero mi corazón está acelerado. No quiero que ataque a uno de nuestros guardias, pero al mismo tiempo… no puedo deshacerme de este sentimiento.

Este mismo sentimiento que no me dejaba dormir.

—¿Princesa? Buena chica. Esa es una buena chica.

Extiendo mi mano para acariciar su suave pelaje.

Ella gruñe, deja escapar un ladrido feroz y se abalanza directamente hacia mí.

Pero el impacto no llega. Tampoco sus dientes, ni sus garras, ni nada que yo esperaba que de repente empezara a mutilarme.

En cambio, ataca a un hombre vestido con ropa táctica negra, que ahora se retuerce y grita pidiendo que alguien lo ayude a quitársela de encima.

Las luces se encienden por todo el recinto. Las voces comienzan a gritar, los hombres comienzan a correr e incluso Willow, adormilada, sale de la cama y enciende la luz de su habitación. —¿Mami? ¿Princesa?

El breve silbido y los chasquidos de la lengua que escucho detrás de mí me tranquilizan instantáneamente. Es Demyen. Su rostro es una máscara de ira pero su tono es lo suficientemente gentil como para ordenarle a Princesa que se aleje del intruso.

Ella duda, su boca firmemente apretada alrededor de su hombro. Pero luego ve a Willow y lo deja ir para poder ver cómo está su humana.

Mejor.

Inversión.

De todos los tiempos.

Demyen levanta al hombre por su chaleco táctico y le golpea la cara con el puño. Una, dos y luego la tercera. Sutilmente le recuerdo que nuestra hija está mirando. Arroja al intruso al pavimento y gira los hombros mientras considera nuestros próximos movimientos.

—¿Estás bien? —pregunta, deslizando su mirada hacia mí.

—Sí —asiento—. También Willow. Princesa lo vio antes que cualquiera de nosotros.

Se gira para ver a Willow abrazando el cuello de Princesa. Nuestra nueva mejor amiga canina está parada entre ella y el intruso, pero de forma intermitente le da a Willow algunas lamidas tranquilizadoras mientras espera nuestras siguientes órdenes.

—Buena chica —elogia Demyen frotándose las orejas—. Muy buena chica. Vamos, volvamos a la cama.

Esa es mi señal. Tomo a Willow en mis brazos para acostarla de nuevo en su cama, pero de repente ella envuelve sus brazos alrededor de mi cuello y se aferra a mí.

—Tengo miedo, Mami —gime.

Miro a Demyen. Se sacude la sangre que gotea de sus nudillos y se obliga a darle una sonrisa amable. —¿Por qué no hacemos una pequeña fiesta de pijamas esta noche? Willow y Princesa, con nosotros en nuestra cama. ¿Te gustaría eso?

Willow asiente.

Él le acaricia el cabello con la mano menos ensangrentada y la besa en la frente. —Dulces sueños, cachorrito. Y ¿Princesa? —la perra del momento alza las orejas. Demyen me señala—. Vigila a mis damas. Yo me encargaré de esto.

Princesa baja la cabeza y me pega el hocico en la pierna. Durante todo el camino de regreso a nuestro dormitorio, ella mantiene el contacto y se asegura de que nada más emerja de las sombras.

~

WILLOW ESTÁ ACURRUCADA en mis brazos, profundamente dormida, cuando Demyen regresa de "cuidar" al intruso.

Para ser justa, he estado entrando y saliendo de mi propia somnolencia durante la última media hora aproximadamente. Ni siquiera sé cuánto tiempo lleva fuera, pero supongo que han sido un par de horas. Princesa estaba acurrucada en la cama junto a mis pies, con los ojos pegados a la puerta, mientras yo le cantaba canciones de cuna a Willow y rezaba para que finalmente llegara el sueño.

Así que, cuando siento que Demyen me da un cálido beso en la frente, mis ojos se abren de par en par. —¿Hm? ¿Dem? ¿Qu… qué está pasando? —muevo a Willow en mis brazos para arroparla debajo de las mantas a mi lado—. ¿Está todo bien?

Demyen da un suspiro pesado y exhausto y se mete en la cama, curvándose alrededor de Willow y colocando su brazo sobre su forma dormida. —Todo está bien. Yo me ocupé de ello —levanta

la cabeza para lanzarle un beso rápido a Princesa—. Te debo todos los premios, buena chica.

Princesa golpea suavemente su cola en la cama unas cuantas veces. Ve a Willow durmiendo, la puerta del dormitorio bien cerrada y a su nueva pequeña familia arropada a salvo en la cama. Cualquier tensión que la mantuviera alerta ha desaparecido, por lo que apoya la cabeza sobre sus patas para adentrarse en su propia tierra de sueños.

—¿Quién era? —pregunto, porque de otra manera mi cerebro no me dejará descansar.

Demyen aspira. —Un puto Yakuza. Un espía. Raizo está muy cabreado por su fábrica y sus esclavas perdidas, así que mandó una misión de reconocimiento para inspeccionar este lugar.

Intento que no vea la forma en que me asusta. —¿Un solo tío?

Niega con la cabeza. —No. Había otro, pero debió haber visto o al menos oído a Princesa enloquecer porque lo único que encontramos de él fueron las huellas de los neumáticos desprendiéndose en la arena —mira a nuestra nueva perra y luego a mí—. ¿Cómo te sentirías si tuviéramos otro perro? ¿O dos?

Pongo los ojos en blanco, de buen humor. —¿Qué tal si nos acostumbramos a tener una primero? Además, hizo un buen trabajo ella sola.

—Sí lo hizo. Pavel está muy contento de que tengamos una raza de matones. Creció con un pitbull, y jura que son los mejores guardianes de los niños —él sonríe—. Aparentemente, se vinculan con un ser humano en particular y al resto de nosotros simplemente nos toleran.

—Vaya, me pregunto a quién eligió —reprimo una risita y aparto algunos rizos de la frente de mi bebé.

Demyen observa mis suaves movimientos con una sonrisa aún más gentil. —Quiero que Princesa entrene con los hombres. Descubrir qué comandos ya conoce y cuáles tiene que aprender. Así, Dios no permita que algo así vuelva a suceder…

Sé lo que quiere decir.

Se queda callado. Contemplativo. No sé en qué está pensando ni hacia dónde ha decidido divagar su mente. Todo lo que sé es que él está aquí, estamos a salvo y eso es todo lo que importa.

Después de un largo rato de silencio, me mira. —Te amo.

Le sonrío. —Yo también te amo.

—No puedo empezar a decirte lo jodidamente asustado que estaba cuando escuché los gritos —alza la mano para tocarme la cara—. Tú no estabas aquí, y yo solo…

Pongo su mano en mi cara y luego beso su palma. Nunca se me ocurrió cómo podría estar lidiando con su propio trauma… cuando ocurrió El Calvario, realmente desaparecí de su vista.

En un momento estaba allí y al siguiente… ya no estaba.

—Estoy bien —le aseguro. Acaricio el dorso de su mano con mis dedos y derramo todo mi amor en mi sonrisa—. En serio. Estoy aquí, ilesa y todos estamos a salvo gracias a ti.

Demyen me mira fijamente como si me estuviera memorizando. Luego mira a Willow y logra

sonreír.

Y ahí es cuando… y como… finalmente llega el sueño. Cálida, segura, acostada en una cama enorme, con Demyen y yo acurrucados protectoramente alrededor de Willow, mientras nuestra perra ferozmente protectora nos cuida.

CLARA

—Clara, por última vez —se ríe Roxy, agitando su mano para ahuyentarme—, yo puedo con esto. *Podemos* con esto. Ve a divertirte.

Estoy haciendo equilibrio sobre un zapato de tacón mientras intento ponerme el otro. Sería mucho más fácil si estas putas cosas no tuvieran correas. —Solo quiero asegurarme de que sabes dónde está todo.

Bambi me pone los ojos en blanco en broma. —Contamos con todo el personal, Clara. Totalmente dotado de personal y abastecido. Nos aseguraremos de llenar a Willow de pizza y comida chatarra, darle todos los refrescos que su corazón desea y luego sacudirla justo a tiempo para que la acuestes.

—Ah, ja, ja —aunque realmente me río—. Haces eso y estarás bañándola y acostándola durante una semana.

Roxy lanza la pelota de tenis al otro lado del patio para que Princesa la vaya a buscar mientras hablamos. Bueno, en realidad, soy más yo quien da los toques finales mientras me preocupo muchísimo por dejar atrás a mi bebé.

Esta noche es una cita real y formal con Demyen. En realidad, nunca tuvimos la oportunidad de vestirnos elegantemente, salir a una cena y ser simplemente una pareja. No desde que decidimos darle una oportunidad sólida a esta relación, y definitivamente nunca de una manera verdaderamente genuina. Cualquier otra vez que me vestí elegante para cenar con él, estaba desempeñando un papel.

Las cosas son *reales* ahora.

—¿Cómo me veo? —doy un giro lento para que mis dos mejores amigas lo comprueben—. ¿Algo fuera de lugar?

Roxy sonríe. —Si recibimos una llamada de ese hombre diciéndonos que conseguirán una habitación para pasar la noche, no nos sorprenderemos. ¡Diablos, me sorprendería si sobrevive a la cena!

Me sonrojo. No quiero vestirme de manera demasiado inapropiada y realmente no puedo ahora que ya se me está empezando a notar. Es muy sutil, apenas perceptible a simple vista, pero mi ropa definitivamente empieza a sentirse un poco más ajustada en la cintura.

Tal vez se lo diga esta noche.

Según la cena.

Me echan del patio y me llevan a la casa principal. Es hora de encontrarme con Demyen al frente, como sugirió, así que respiro hondo y me recuerdo a mí misma que ya somos una pareja. No tengo nada que demostrar. No necesito impresionarlo ni cortejarlo, solo disfrutar de su compañía.

Justo cuando estoy a punto de abrir la puerta principal, suena el timbre.

¿Qué diablos?

Mi corazón late en mis oídos. No estoy segura, después de todo lo que está sucediendo, de que abrir esto yo sola sea la mejor idea.

Pero lo hago de todos modos.

Demyen está apoyado en el arco del umbral, con un ramo de flores exóticas en la mano. —Estoy aquí para recoger a mi cita increíblemente hermosa —murmura mientras me mira.

—Bueno, debería hacerle saber que estás aquí —empiezo a girarme y luego me río a carcajadas cuando él me tira hacia sus brazos y mordisquea la curva de mi cuello.

—Descarada traviesa. Debería inclinarte sobre mis rodillas.

—Primero cómprame la cena e incluso dejaré que me tires del cabello.

Demyen gruñe su aprobación ante mi sugerencia. Pero, siempre caballeroso, se asegura de entregarme el hermoso ramo con una elegante floritura. —Para ti, *kiska*.

Respiro su fragancia y sonrío. —Son hermosas. En serio. Gracias.

¿*Realmente* necesitamos cenar?

¿Sería grosero de mi parte arrastrarlo a la cama y montarlo hasta que ambos gritemos el nombre del otro?

Pero entonces mi estómago deja escapar un ruido muy vergonzoso y muy audible. Demyen se ríe y me abre la puerta del coche. Agradezco que el ramo oculte mi rostro.

Así que sí iremos a cenar.

~

EL LUGAR al que me lleva es un hermoso restaurante ruso propiedad de viejos amigos de su familia, un poco fuera de lo común. El menú es tan grueso como un libro y la carta de vinos aún más gruesa, con manteles de seda y velas adornando cada mesa.

Demyen insistió en sentarse a mi lado, en lugar de frente a mí, en nuestra mesita en el rincón más oscuro de la habitación. “Para que podamos hablar”, fue su explicación.

Pero su mano frotando mi muslo sugiere un motivo completamente diferente.

Elegí usar un vestido ceñido al cuerpo que termina justo arriba de mis rodillas por dos razones: una, muestra mi figura que no podré disfrutar durante varios meses una vez que entre en el segundo trimestre. Y dos, estamos en el desierto. Incluso en otoño, las cosas pueden calentarse.

Definitivamente las cosas se están calentando debajo de la mesa.

Es tan cruel. Acaricia ligeramente con las yemas de sus dedos el interior de mi muslo, solo hacia adelante y hacia atrás, sin aplicar ninguna presión. El mantel es lujosamente largo y grueso, por lo que nadie puede ver lo que está haciendo. O que esté haciendo algo en absoluto.

—¿Quieres un aperitivo? —me pregunta con calma.

Me aclaro la garganta y tomo un sorbo de agua. —Confío en tu juicio. Lo que tú recomiendes.

Esa sonrisa se convierte en una pequeña sonrisa cómplice. —Tienen un delicioso salmón ahumado con mascarpone untable. Sabe muy bien con su pan de centeno casero.

—Suena bien —en realidad, solo puedo registrar "delicioso", "untar" y "sabe muy bien".

No es justo. Demyen parece sexo con piernas y huele a seducción vertida directamente del grifo. Durante todo el viaje hasta aquí, tuvo su mano entre mis muslos y subió mi vestido hasta mis caderas.

Pero no tenía permitido correrme. Aún no. No hasta que él lo dijera.

Y luego entramos al estacionamiento. Con calma me alisó el vestido, anunció nuestra llegada, se lamió la mano y actuó como si no me hubiera estado follando con los dedos a lo que *podría* haber sido un orgasmo embriagador.

He estado inquieta desde entonces.

Muy. Jodidamente. Inquieta.

—Te ves un poco roja —Demyen lentamente arrastra su mirada por mi rostro hasta la parte superior de mis senos—. ¿Tienes calor? ¿Debería avisarle al servidor…?

—¡No! —agarro su mano. Luego recuerdo que estamos en público, así que bajo el tono—. No, estoy bien. Solo… un poco alterada, eso es todo.

Por ti. Tú y tus malditos dedos mágicos.

—No te preocupes —murmura en mi oído. Toma mi mano con suavidad y la guía debajo de la mesa, hasta su regazo—. Sé exactamente cómo te sientes.

Oh, vaya. No exagera en lo más mínimo. Puedo sentirlo a través de los pantalones del traje, caliente, duro y palpitante. Cuando le doy un masaje tentativo, toma aire y toma un largo sorbo de vino.

—Cuidado —advierte con un tono ronco—. Me gusta venir aquí. Odiaría que nos arrestaran por indecencia pública.

Retiro mi mano y pretendo hacer un puchero. —Si tú lo dices.

Él se ríe. —Tenía algo más dramático en mente. Como recostarte en esta mesa y comer un

aperitivo en tu cuerpo desnudo —toma otro sorbo de su vino—. Solo para empezar la noche con la nota correcta.

Me retuerzo en mi asiento. No es mi intención, pero me está atormentando con promesas de pasar un buen rato.

Pero ¿sabes qué? Dos pueden jugar ese juego.

—Siempre he preferido ser un poco más sutil —le ronroneo al oído—. Como hacer buen uso de este mantel. Nadie me vería debajo.

Demyen mantiene una compostura tranquila, pero veo que traga saliva. Su mirada acalorada se posa en la mía y su boca se torce de nuevo.

Lo tengo. Ambos lo sabemos.

Si puedo seguir jugando con sus nervios a mi favor, quizá insista en que al menos vayamos al auto para terminar lo que empezó.

—¿Decidieron qué pedir?

¡Joder! El camarero solo está haciendo su trabajo, así que no puedo enojarme con él. Sin embargo, puedo sentirme frustrada por cómo Demyen desliza su mano de mi regazo y actúa como si literalmente nada más que una agradable conversación hubiera estado sucediendo aquí.

—Empezaremos con el salmón ahumado —dice en el tono más claro, conciso y despreocupado.

—Muy bien, señor. Les daré a ustedes dos unos minutos más para que elijan sus platos principales.

Espero que Demyen vuelva a tentarme con sus toques una vez que el camarero se vaya, pero no lo hace. Simplemente examina el menú, murmura para sí mismo, luego lo deja y me sonríe. —¿Qué te gustaría?

—Tú —me aclaro la garganta y vuelvo a mirar el menú—. Quiero decir, lo que tú decidas. No estoy segura de poder leer la mitad del menú —es verdad. Lo que no está escrito en cirílico está escrito en fonética.

—Tienen un caviar cosechado en las costas más nórdicas del Mar Negro, que es para morirse. Pero no puedes perderte la carne a la Stroganoff.

Parpadeo.

Carne… Stroganoff. Conozco esas palabras, pero ahora mismo suenan como un lenguaje extraño.

¿Mis bragas están completamente arruinadas, mi cuerpo está en llamas y todo lo que él puede pensar es en *la puta carne a la Stroganoff*?

—Eres un hombre confuso —murmuro en voz baja.

El camarero regresa con nuestro aperitivo y nos prepara dos platos pequeños. Y luego, una vez que se va, Demyen sumerge su boca en el lugar justo detrás de mi oreja.

—Recién estoy empezando.

Escalofríos de placer recorren mi cuerpo cuando él muerde ese mismo lugar. Luego, por supuesto, tiene que volver a la comida como si no estuviera sentado aquí seduciéndome para quitarme las bragas.

No sé cuánto tiempo más podré aguantar esto.

—Abre —Demyen me lleva a la boca un pequeño trozo de pan de centeno untado con mascarpone y cubierto con salmón ahumado. Hago lo que él dice y me da de comer el bocado de salmón ahumado más delicioso que probé en mi vida.

Pero no estoy demasiado distraída como para perder la oportunidad. Envuelvo mis labios alrededor de sus dedos antes de que pueda alejarse por completo y hago girar mi lengua para limpiarlos.

La mirada de Demyen se oscurece en esa lujuria hambrienta que conozco y amo.

—Hm —gimo—. Delicioso.

Parece dispuesto a devorarme a mí en vez del aperitivo, pero otra vez nos interrumpe nuestro atento camarero. Demyen pide la carne a la Stroganoff para los dos y añade una ración de caviar de remolacha.

Intento comer algunos bocados más de salmón y mascarpone, pero estoy demasiado distraída. Lo necesito a él.

Necesito *algo*, al menos, para evitar este calor hasta que podamos llegar a casa y pueda devorarlo.

—Vuelvo enseguida —le susurro al oído. Me aseguro de frotar mis amplias curvas a lo largo de su cuerpo mientras me levanto de mi asiento, luego lanzo solo una mirada furtiva por encima de mi hombro para ver si me está viendo alejarme.

Oh, definitivamente me mira.

Y planifica.

Conozco esa mirada. Está planeando algo, y tengo la sensación de que me va a encantar.

Los baños están configurados como habitaciones individuales, o “situaciones de un solo trasero”, como las llama Roxy. Hay una fila de cuatro, así que tomo el último del final, con la esperanza de que nadie se dé cuenta si estoy allí por un tiempo.

Necesito calmar mis nervios un poco, así que podría estar aquí por un minuto caluroso.

Lo primero es lo primero: estas bragas tienen que desaparecer. No sé por qué pensé que el encaje negro era una buena idea en primer lugar. Debí haber optado por algo más sedoso.

Estoy a punto de terminar de meter mis bragas empapadas en mi bolso cuando escucho que la puerta se abre detrás de mí. ¿No la cerré? —¡Lo siento! Estoy dentro…

El Cielo. Estoy aquí, en el cielo, en el momento en que los labios de Demyen chocan contra los míos. Lo escucho débilmente girar la cerradura de la puerta, pero me importa un carajo que los

propios dueños nos encuentren así.

Lo necesito.

Lo necesito.

Lo *necesito*.

Me agarra por la cintura y me ayuda a sentarme en el amplio mostrador. Casi de inmediato, sus manos suben mi falda hasta mis caderas y luego sus ojos se agrandan al ver mi coño desnudo y recién afeitado.

—Tócate —respira—. Quiero ver.

Se quita el esmoquin y se desabrocha los primeros botones de la camisa, sin apartar la mirada del núcleo resbaladizo entre mis piernas. —Tócate. Para mí.

—Dem, no tenemos tiempo…

—Ibas a hacer eso ahora mismo, ¿no?

Me sonrojo. Me atrapó. Así que asiento lentamente y miro hacia otro lado.

Demyen vuelve mi rostro hacia el suyo y lo salpica con besos ultrasuaves. —Entonces, haz lo que viniste a hacer aquí. Solo quiero ver.

Mi cara se pone aún más caliente. Nunca he… quiero decir… ¿Podría?

¿Debería?

Me muerdo la comisura del labio y de repente me siento inmensamente tímida. Mi mano se desliza lentamente entre mis piernas, pero yo simplemente… no puedo…

Demyen me besa los labios y me muerde la oreja. —¿Ayudaría si lo hiciera contigo? —y, sin esperar a que responda, se desabrocha los pantalones en silencio y saca su polla.

Oh. Sí.

Eso *definitivamente* ayuda.

Presiono mi mano sobre mi raja solo para calentarme un poco. Mis ojos nunca abandonan su glorioso eje, ahora parcialmente rodeado por su propia mano.

Joder. Es delicioso. Tentador. Cada movimiento está dirigido a mí, y estoy jodidamente tentada de arrodillarme para disfrutar del verdadero aperitivo que estaba deseando. Sus dedos se retuercen en una especie de masaje de ordeño y su pulgar presta especial atención a la parte inferior de su rugosidad.

Estoy tomando tantas notas.

—Tu turno —murmura.

Ah. Joder. Cierto.

Abro más las piernas e intento inclinarme hacia atrás lo suficiente para lograr el mejor ángulo,

acariciando ligeramente mis labios exteriores. Demyen observa atentamente, con la respiración entrecortada y contenida mientras yo masajeo mi centro dolorido y le muestro lo mojada que me ha dejado.

Su mano gana velocidad. Ronroneo de satisfacción al verlo.

—Más, bebé —respira.

Miro su rostro mientras meto uno, luego dos dedos dentro de mi raja. No es lo mismo que sentir *sus* gruesos dedos dentro de mí, pero aun así logro trabajar mi clítoris al mismo tiempo y de eso se trata realmente. Me estremezco de placer y lo veo acariciar un poco más rápido, un poco más fuerte, mientras lo escucho tragarse sus gemidos.

Cuando finalmente froto mi clítoris, lo único que puedo hacer es tragarme mis propios gemidos.

—Joder. Sí. —Demyen se lame los labios. Su boca se abre con asombro mientras le muestro exactamente cómo me encanta que me toquen aquí—. Tócate para mí, bebé. Tócate ese dulce coño y muéstrame lo bien que te desmoronas.

Lo estoy. Ay, joder, lo estoy.

Pero igual no es suficiente.

Sé lo que necesito, pero estamos en un restaurante y, aunque la puerta esté cerrada…

Demyen captura mis labios con los suyos.

Y luego, en el mismo movimiento, me empala en su jodida y gruesa polla.

Bebe mi grito de sorpresa y me agarra por el trasero para levantarme lo suficiente sobre el mostrador para hacer un mejor apalancamiento. Un mejor ángulo. Lo que sea que esté haciendo, es *mucho mejor*.

Lo juro, mis ojos se ponen en blanco. Demyen besa mi cuello y me empuja, una y otra vez, gruñendo suavemente en mi oído entre sus jadeos sin aliento.

Ay, Dios mío, estoy tan cerca. Tan jodidamente cerca. Me ha llevado más allá del punto de la locura, así que ahora ya estoy en ese límite de felicidad, rogándole en silencio que me empuje más allá para poder sacarlo de él.

Es como si él supiera. O simplemente tiene tanta hambre de esa liberación como yo. Sus embestidas se profundizan y aceleran; tengo que morderle el hombro para que mis gruñidos no sean demasiado fuertes.

Y luego me sostiene allí. En lo más profundo de mí, cada centímetro, palpitando y llenándome hasta el borde.

Estrellas estallan en mis ojos. Me exploto.

Las sensaciones se intensifican con el calor que surge dentro de mí y me doy cuenta de que él se corre conmigo. Nos aferramos el uno al otro, devorando nuestros gritos de placer. Temblando y estremeciéndonos mientras ambos perseguimos esa altura juntos.

No sé cuánto tiempo tardará en desaparecer. El tiempo suficiente, tal vez, para que el camarero

se preguntara a dónde diablos nos fuimos. Con suerte, no será el tiempo suficiente para que alguien llame a la policía y nos arreste por indecencia pública.

Demyen apoya su frente húmeda en mi hombro desnudo y respira durante un largo momento. Luego, se ríe suavemente. —¿Crees que el Stroganoff esté listo?

Resoplo para no reírme demasiado fuerte. Él sonríe, toma mis bragas de mi bolso y las mete en su bolsillo.

—Un pequeño recuerdo para mí —explica con un guiño. Antes de irse, susurra—: Cuenta hasta cinco y luego vuelve a la mesa.

Tiene sentido. No creo que sea tiempo suficiente para recuperar la sensación en mis piernas, pero siempre puedo culpar el temblor en mis tacones.

Me limpio, me aliso el vestido y cuento hasta cinco. Probablemente ya haya pasado más tiempo que eso. Cuando salgo del baño, el rincón en el que está escondido está tan silencioso como antes y nadie parece notar nada raro.

Demyen me sonríe desde nuestra mesa.

Sí. La carne a la Stroganoff ya está lista.

Y *maldita sea*, qué jodidamente increíble es.

CLARA

Esta ha sido una de las noches más perfectas de mi vida. Sin duda es la cita más perfecta que tuve.

El Stroganoff fue exactamente como predijo… para morirse… y el postre de fresa me presentó una forma completamente nueva de comer la fruta. Me las arreglé para evitar que Demyen se diera cuenta de que no estaba bebiendo vino, y ambos logramos pasar una velada encantadora y adecuada, como si nunca nos hubiéramos colado en el baño para tener sexo rápido.

Estamos avanzando por el largo camino de acceso al complejo de la villa y Demyen me hace reír por un chiste estúpido que acaba de contar. Afirma que lo leyó en uno de los libros de Willow.

Estoy a punto de contarle uno de mis propios acertijos poco convincentes cuando frunce el ceño. Disminuye la velocidad del auto y mira a través de las ventanas hacia la casa principal.

—¿Qué ocurre? —pregunto. No puedo ver nada que parezca fuera de lugar.

Pero tengo ese sentimiento otra vez. El mismo tipo de sentimiento que me advirtió sobre el espía del que me salvó Princesa.

El ceño de Demyen se profundiza. —Podría ser nada. Acabo de notar que hay algunas luces apagadas. Y no veo a algunos de los guardias que suelo ver en sus puestos.

Estaciona el auto dentro del garaje en lugar de dejarlo en el camino de entrada. “Por si acaso” es la única explicación que da, pero no voy a cuestionar nada.

Tiene razón… algo se siente mal.

Lo miro y él toma mi mano. —Willow —dice, a lo que asiento enfáticamente. Necesito ver a mi bebé. Necesito saber que simplemente estamos siendo sobreprotectores y que ella está completamente bien.

Llegamos al salón de la casa principal.

Sentado en el sofá está Oleg, fumando un puro y sintiéndose como en casa.

—Vaya, vaya. Miren esto —me mira de arriba abajo. Luego, se gira casualmente hacia Demyen —. Quiero decir que estoy sorprendido. Pero no lo estoy.

Demyen empieza a decir algo, pero Oleg alza una mano para interrumpirlo.

—Lo que estoy *cabreado*. ¡Jodidamente *cabreado*, Demyen!

Un jarrón sale volando por el aire y se estrella contra la pared. Oleg da una larga calada a su puro. También se toma su tiempo para dejar salir el humo por la nariz mientras me mira fijamente.

Lo odio.

—¿Te la follaste?

Me estremezco. Demyen se da cuenta y su expresión pensativa se oscurece de inmediato. Me acerca a su lado y me rodea con un brazo.

Oleg pone los ojos en blanco. —Dije ¿te la follaste?

—¿Qué te importa? —Demyen espeta—. Ni siquiera deberías estar aquí.

El mayor de los Zakrevsky chasquea la lengua mientras se levanta y apaga el puro directamente sobre la mesa auxiliar. —Qué falta de respeto. Harás bien en recordar, muchacho, que soy tu padre. Muestra un poco de respeto, especialmente cuando técnicamente esta es *mi* casa.

Demyen me frota suavemente la espalda, tratando de tranquilizarme y calmarme incluso mientras se enfrenta a su propio padre. —Te fuiste. Abandonaste tu casa y a las personas que estaban dentro de ella. Así que ahora estás en *mi* casa y cumplirás *mis* reglas. Empezando por: ¡aléjate de Clara, *joder*!

No esperaba que gritara la orden. Por lo que parece, Oleg tampoco. El hombre hace una mueca, nos mira tontamente y luego sacude un poco la cabeza.

Pero… y no puedo creer que esté viendo esto… sí da un paso atrás.

—Te dije —gruñe con los dientes apretados, señalando a Demyen con el puro apagado—, que me trajeras su lamentable trasero. ¿No te dije que lo hicieras?

Demyen se encoge de hombros. —Se me debe haber olvidado.

De la boca de Oleg sale un montón de maldiciones que ni siquiera puedo empezar a traducir. Parece que quiere darle un revés a Demyen para someterlo. En cambio, se pasa una mano frustrada por la barba y mira a su hijo.

—Maldito tonto —gruñe—. Ella es nuestra clave para la libertad de Tolya. Él estaría aquí, aquí con nosotros ahora, si hubieras hecho lo que te dije que hicieras.

—Perdóname por no confiar en tu palabra.

Oleg se ríe. —Subestimas mi influencia, muchacho. Como siempre. Patterson sabe que no debe joderme. No incumplirá su palabra.

El pánico me atraviesa. *¿Qué está haciendo con Martin?*

Demyen también se pone rígido. —El trato fue con Everett. Nadie más.

—Willow —me libero del seguro abrazo de Demyen y me dirijo directamente a su habitación—. Necesito ver a Willow.

—No te molestes.

Se me hiela la sangre.

No tengo que darme vuelta para escuchar la furia en la voz de Demyen. —¿Qué carajo hiciste?

—¡Lo que debiste haber hecho en el momento en que él te ofreció el trato! —ruge Oleg.

¿Cuál trato?

¿Dónde está Willow?

No me quedo a escucharlos discutir. Necesito verla. Necesito saber que está bien.

En el momento en que salgo al patio, queda muy claro que mi pequeña está todo menos bien.

Los hombres están dispersos por todas partes, muertos o gravemente heridos. Mako está boca abajo cerca de la habitación de Willow, con la mano todavía en su arma. Corro hacia la puerta de su dormitorio y tengo algunas dificultades para abrirla… porque el cuerpo inconsciente de Bambi está desplomado contra ella.

Tiene un corte considerable en la frente. Está viva, respira, pero no sé si tiene otras heridas. La muevo con cuidado lo suficiente como para pasar por la puerta, luego hago lo mejor que puedo para arrastrarla hacia un lado hasta que podamos conseguir ayuda.

La idea de buscar ayuda me hace preocuparme instantáneamente por Roxy. Ella había venido a ayudar a Bambi con Willow y nuestra nueva perra; ¿dónde está ahora?

No tengo que buscar muy lejos. Roxy está tirada a los pies de la cama de Willow. Al igual que Bambi, todavía está viva y respira, pero no se sabe si sufrió otras lesiones mientras protegía a mi bebé.

Que, para mi horror, no se encuentra por ningún lado.

Ella se ha ido.

Mi bebé se ha ido.

Un llanto llena el aire. Caigo de rodillas y me doblo sobre el costado de su cama. Está claro que la sacaron a rastras, probablemente muy aterrorizada. Sus ositos de peluche están esparcidos por el suelo y gotas de sangre salpican su almohada y su sábana.

El llanto se hace más fuerte.

Me toma un minuto darme cuenta… soy *yo* quien hace ese ruido.

Estoy gritando. Las palabras me fallan mientras lucho por respirar, pensar, hacer algo más que expresar mi terror, dolor y pena por perder a mi dulce bebé a manos de algún monstruo.

¿Está herida? ¿Es esa su sangre?

Nunca noto el oscurecimiento de la puerta. Apenas siento los fuertes brazos de Demyen levantarme y abrazarme. Estoy entumecida. Más allá del entumecimiento.

—Te tengo —susurra Demyen mientras me abraza y me mece suavemente en sus brazos. No sé

cómo funciona, pero funciona. Mis gritos se convierten en sollozos y estoy llorando, jadeando, agarrando su camisa como si fuera mi único salvavidas—. Te tengo. La recuperaremos. Te lo juro, Clara, te la voy a traer de vuelta.

Tengo hipo. Jadeo en busca de aire. —¿Dónde… dónde está?

Sus brazos me rodean con fuerza. Entierra su rostro en mi cabello, como si él también estuviera luchando por aceptar lo que ve.

—Martin le hizo una oferta a Oleg. La misma que lo escuchaste hacerme cuando fue a mi oficina. Oleg la aceptó. Y le entregó a Willow.

No puedo…

No puedo…

Creo que me voy a desmayar.

Demyen nota que me quedo inerte en sus brazos e inmediatamente me deja en la cama de Willow. Levanta mi rostro para mirarlo, pero mover mis ojos se siente como un esfuerzo muy grande para la energía que tiene mi cuerpo. Me siento vacilar.

Ay, Dios. Estoy entrando en shock.

Presiona un beso en mi frente. Luego, con suavidad y cuidado, me acuesta en la cama para que no me golpee la cabeza con algo si me desmayo. Al menos, creo que eso es lo que dice. Es un poco difícil distinguirlo a través de la niebla que cubre mi vista y mi oído.

Lo único que puedo distinguir es su rabia.

Demyen es la venganza encarnada.

Una vez que estoy abajo, él se levanta. Sale de la habitación. Cierra la puerta detrás.

Lo último que escucho antes de que la oscuridad se apodere de mí es el sonido del infierno desatándose.

DEMYEN

Le pido a Dios que Clara no se dé cuenta de la sangre salpicada en la habitación de Willow.

Le ruego a Dios que no sea de Willow.

Cuando levanto la vista y veo a Oleg mirando desde el arco de la casa principal, con esa jodida sonrisa engreída plasmada en su rostro…

Algo dentro de mí se rompe.

Mi paciencia dura solo el tiempo necesario para asegurarme de que Clara no esté a punto de caerse y lastimarse. Ella está en shock, y yo estoy dividido entre atenderla y terminar un asunto muy importante con nuestro invitado no deseado.

Pero luego vuelvo a mirar a Oleg. Veo a Roxy y Bambi en el suelo, bajas en su intento de proteger a Willow de él. De Martin.

Y luego no veo nada más que rojo.

Estoy tan jodidamente furioso que ni siquiera me doy cuenta de que corrí desde la habitación de Willow a la casa principal. Lo único que siento es una rabia insuperable corriendo por mis venas. Todo lo que quiero hacer es darle una paliza a este hijo de puta enfermo que se atrevió a meterse con mi familia.

Mi familia.

—Ah, ahí está. Demy…

El primer golpe carnoso de mi puño en su cara toma a mi padre por sorpresa. Oleg me aparta de él, pero yo retrocedo para dar otra andanada de golpes. Me da un puñetazo sólido en las costillas, justo donde tuvieron que coser el roce, y eso logra desequilibrarme lo suficiente como para volver a empujarme lejos.

—¡Eso es suficiente! —me ruge—. ¡Siéntate, joder!

—¡¿Dónde está?! —ignoro su patético intento de darme órdenes. También ignoro el dolor que irradia de la parte inferior de mi caja torácica mientras me pongo de pie—. ¡¿Dónde carajo está mi hija?!

Su risa es oficialmente más exasperante que esa puta sonrisa engreída. Literalmente se golpea la

rodilla, y actúa como si acabara de decir la mierda más graciosa que escuchó en años.

—¿Tu hija? ¿*Tu* hija? —Oleg ríe a carcajadas—. ¡Has perdido la puta cabeza, muchacho! Se la devolví a su *verdadero* padre. También tiene mucha suerte. Yo quería matar a ese maldito perro suyo, pero Patterson no me dejó "traumatizarla más" —pone los ojos en blanco—. Ahora, cálmate y deja de fingir con esa perra. Es hora de sacar provecho de nuestra parte e ir a buscar a tu hermano.

Bien podría haberme disparado en el pecho.

Willow está con Martin.

Ese hijo de puta tiene a *mi* pequeña.

No tengo idea de lo que agarro… todo lo que sé es que es pesado y se siente jodidamente increíble golpearle la cabeza a este bastardo. Oleg logra esquivarlo justo a tiempo, pero estoy preparado. La cosa, algo decorativo, parece, se conecta con su caja torácica y puedo devolverle su regalo de algunas costillas rotas de una sola vez.

Eso es.

Este es el momento.

Mientras Oleg cae al suelo con un grito de dolor, lo único en lo que puedo pensar es en lo bien que me voy a sentir.

Porque lo voy a matar.

Voy a tirarlo al suelo a golpes hasta que lo único que quede sea su estúpido anillo.

Balanceo el hierro forjado hacia él y disfruto de sus gritos que rápidamente siguen a un repugnante crujido en su pierna. Otro golpe, otro crujido, otro grito. Tiene el brazo roto.

También noto que tiene algunas marcas de dientes perforando la piel. Eso debe ser obra de Princesa.

Buena chica.

El alivio que siento al darme cuenta de que la sangre dentro y alrededor de la habitación de Willow probablemente *no* sea suya, solo la firma de Princesa haciendo su trabajo, me da suficiente claridad para disfrutar realmente este momento con mi padre.

—Eres un hombre estúpido —me alzo sobre él y lo empujo boca arriba con el pie en su pecho—. Tenía todo bajo control. Tolya iba a ser libre de la manera *correcta*, de la manera *legal*, para no tener que volver allí nunca más.

Otro golpe.

Algo cruje.

Oleg grita de nuevo, esta vez con los dientes apretados mientras se agarra la misma pierna que estoy bastante seguro que ahora está hecha añicos.

—Pero tenías que ir y arruinarlo. Como siempre —me limpio la boca; algo de su sangre empieza

a rociarme. La oscuridad dentro de mí ama su sabor. Como la venganza hecha realidad—. Tenías que demostrar que eres el gran hombre, el gran jefe. Bueno, Otets, tengo noticias para ti.

Le rompo unas cuantas costillas más. Me importa un carajo si le perforan los pulmones. Joder, espero que lo hagan. Ahogarse con su propia sangre sería una forma apropiada de morir.

—Los hombres reales no venden niñas. No aterrorizan a los niños solo para obtener lo que quieren. Y los putos… —golpeo su hombro—. Hombres… —su otro brazo—Reales… —su ingle, que no fue intencional, sino un golpe catártico—. No compran mujeres. Así que, ¿adivina qué, *Papá*?

Doy un paso atrás para dejarlo al menos intentar respirar. Estoy disfrutando demasiado esto. No quiero que se escape de este espiral mortal antes de que termine con él.

—No eres más que una pequeña excusa de hombre, triste y patética —muevo mi garrote de guerra por el aire unas cuantas veces, solo para sentir el satisfactorio peso equilibrado en mi mano.

Oleg tose y farfulla mientras la sangre brota de su boca. —La familia… es… todo —jadea.

¿Habla jodidamente en serio?

El arma repentina que saca de la nada y me apunta dice que sí, habla en serio.

Se ríe entre jadeos. —La familia… es todo… —tose, resopla y luego se incorpora—. Por eso no te volaré los sesos por esto, Demyen. Eres un puto bastardo si alguna vez hubo uno. Pero sigues siendo mi hijo.

Quizás sea lo más cerca que ha estado en toda su vida de confesar que realmente se preocupa por mí.

Demasiado poco.

Demasiado tarde.

—¿*Familia*? —me reiría si no estuviera resoplando a través de mis dientes—. No sabes nada sobre la familia.

Oleg se encoge de hombros y se estremece de dolor, pero mantiene su arma apuntada hacia mí. —De acuerdo en estar en desacuerdo. Ahora voy a salir de aquí. Me dejarás salir. Si hay una bala perdida que alcanza mi auto al salir, llamaré a Patterson por su pequeña y verás exactamente hasta dónde llegaré para proteger a mi familia.

Lo odio.

Lo odio muchísimo.

Pero soy demasiado cauteloso con que Willow ponga a prueba su amenaza como para arremeterme contra él nuevamente.

Así que, con eso, Oleg se ríe de nuevo y sale por la puerta principal, dejando un rastro de sangre… y cuerpos… detrás.

Junto con un enorme vacío donde debería estar mi hija.

CLARA

Solo estoy fuera por un corto tiempo. El tiempo suficiente para dejar de gritar y reiniciarme.

Bambi gime. Todavía está desplomada donde la arrastré, pero parece que se está recuperando. Roxy es la siguiente en agitarse. Intenta incorporarse, pero es demasiado y se vuelve a tumbar con otro gemido bajo.

No sé qué pasó aquí, pero sé que mis dos mejores amigas pelearon bastante.

Eso hace que mis ojos se llenen de lágrimas.

No. No ahora. Cálmate. Tienes cosas que hacer.

Me levanto de la cama de Willow en el mismo momento en que Demyen regresa. Está cubierto de sangre, respira con dificultad de una manera que hace que mi corazón se detenga.

Pero está vivo. Y, como no se ve a Oleg detrás de él, no estoy segura de si esto significa que el demonio se ha ido, o simplemente… está pacificado. Por ahora.

Cuando atraigo a Demyen a mis brazos, tengo cuidado de no apretarlo. Me aplasta contra él de todos modos y vigila la habitación con una mirada oscura.

—Voy a matarlo, joder —murmura.

Así que Oleg está vivo. Intento no sentirme decepcionada. A pesar de todo lo que nos ha hecho, tengo que recordarlo: sigue siendo el padre de Demyen.

Al igual que, incluso después de todo lo que Greg Everett me ha hecho, sigue siendo el mío.

—Dem —digo en voz baja. Puedo sentir lo nervioso que está; lo a punto de desatarse que está—. Bebé. Mírame.

Demyen lentamente dirige su furiosa mirada hacia la mía. Como si se accionara un interruptor de luz, se suaviza lo suficiente como para al menos no aterrorizarme. —La recuperaré. Lo juro, Clara. La traeré de vuelta. Y lo *mataré*, joder.

Su mandíbula se siente áspera bajo mis dedos, esa barba de media tarde es tan oscura como su aura. Lo sostengo y acaricio sus pómulos con mis pulgares para, con suerte, ayudarlo a calmarse un poco más.

—Lo sé —respiro—. Sé que lo harás. Pero ahora mismo, no necesito tu ira; necesito tu mente. Necesito que seas el hombre que nos ayuda a superar todo.

Todo lo que quise desde el día que nos conocimos era que él fuera el caballero blanco que nos salvó a mí y a mi pequeña.

Ahora, sin embargo, necesito lo contrario: necesito que él sea el *pakhan* de Bratva sediento de sangre que siempre gana la guerra.

Demyen suspira y apoya su frente contra la mía. Es un momento raro entre nosotros, algo nuevo tanto para él como para mí: ambos estamos igual de furiosos y aterrorizados por lo que podría pasarle a Willow.

—No tengo nada —dice con voz áspera. Sacude la cabeza y se aleja de la puerta. No sé si sabe a dónde va. Solo se queda ahí en el patio para inspeccionar los daños.

Hay mucho por ver. Demasiado, de verdad. Los agujeros de bala acribillan el adobe y el mármol. Varios de los delicados arcos del diseño de la fuente de la piscina están destrozados y ensucian el fondo. A nuestro alrededor, varios de los hombres comienzan a gemir y a moverse.

Mako es uno de ellos. Realmente pensé que estaba muerto. No lo está, pero siente mucho dolor y está *cabreado*. Se las arregla para ponerse boca arriba, siseando una serie de maldiciones para sí mismo, pero rechaza la mano que le ofrece otro hombre.

Se niega a mirarme. Dada su proximidad a la habitación de Willow, puedo entender por qué.

Espero que tengamos la oportunidad de decirle que lo entiendo. No lo culpo en absoluto por su secuestro. Es obvio que dio una gran pelea… especialmente cuando intenta sentarse y la sangre vuelve a brotar de varias heridas que no había visto antes.

Demyen y yo giramos sobre nuestros talones cuando escuchamos un movimiento detrás de nosotros. Pavel alza una mano cansada, todavía con la pistola en la mano, y se apoya pesadamente contra la pared mientras cojea hacia nosotros.

—Estaban… en todas partes —él respira con dolor. Había progresado mucho desde su último tiroteo, y ahora le dispararon en la pierna y parece que se le abrieron los puntos—. Estaba hablando con Yari atrás cuando llegaron. Maldito apoyo aéreo también.

—¿Apoyo aéreo?

Pavel asiente. —Subcontratados de Oleg. Mercenarios contratados. Todo local, por lo que pude captar entre disparos. Él y Patterson los usaron para despejar el camino hacia Willow —baja la mirada—. Lo siento, Clara. Llegué tan rápido como pude. Recibí algunos disparos, pero luego estaban demasiado cerca de ella y no… El riesgo…

Corro a su lado y le rodeo el cuello con los brazos. —Está bien. Lo sé. Tú la amas. —escucho mi voz quebrarse—. Todos la amamos.

Él asiente. Luego vuelve a mirar a Demyen y se endereza, obligándose a cojear unos pasos hacia su amigo y jefe. —No jugaría con eso, pero tienes tiempo. Princesa no permitirá que nadie se acerque a Willow, y Patterson es demasiado cobarde para hacer algo al respecto. Se las llevó a ambas. Tuvo que dejar que Willow sujetara la correa para que la perra no lo atacara.

Y pensar que tenía reservas sobre adoptar un pitbull criado en batalla para proteger a mi bebé.

Inconscientemente, presiono una mano sobre mi estómago. Tengo *dos* bebés en los que pensar. *Dos* bebés a los que estoy decidida a proteger, incluso cuando mi corazón se acelera y mis entrañas se revuelven de miedo.

Nada de lo que se me ocurra los mantiene a ambos a salvo. Tengo que arriesgar uno por el otro y rezar para salir adelante. ¿Puedo?

¿Debo?

—¿Cuántos perdimos? —le pregunta Demyen a Pavel. Rápidamente le hace un gesto a Mako, que ahora está de pie y camina lentamente por el patio para ver si hay más sobrevivientes.

Pavel frunce el ceño. —He estado haciendo un inventario y tratando de obtener un recuento sólido de personal. Allí estaba yo después de oír que arremetiste contra el viejo. Supuse que ya lo habías controlado —ante el breve asentimiento de Demyen, suspira y se pasa una mano por el cabello—. Veinte. Al menos. Boris y Alexandr se han ido. Tengo a Lukas, Dmitri y Vlad descansando en mi habitación, pues estaban lo suficientemente cerca como para arrastrarlos hasta allí. Los demás… no lo sé.

Demyen escupe otra maldición en ruso y patea una de las tumbonas volcadas. —Boris era *su* hombre. Alexandr prácticamente creció con él. ¿Cómo diablos pudo hacer esto?

Me alejo silenciosamente de la conversación. Necesito espacio y tranquilidad para ordenar mis propios pensamientos. Pero no puedo evitar sentir las garras de la culpa hundirse en mi estómago una vez más.

Todo esto sucedió… por *mí*.

Ha perdido hombres buenos… por *mí*.

Pavel, Mako, Bambi, Roxy… ninguno de ellos merecía esto. Ninguno de ellos merecía ser arrastrado a mi mundo, a mi infierno personal. Ninguno de ellos merecía ser obligado a pagar este precio por el simple hecho de existir. Por jodidamente *preocuparse*. Y… miro a Demyen… por amar.

Todo esto es mi culpa.

Necesito corregirlo.

CLARA

Me quito los tacones y cruzo el patio hasta llegar a mi propia suite. El suelo de cemento resulta cálido y reconfortante para mis pies descalzos, aunque tengo que tener cuidado de no pisar ningún cristal roto.

O balas.

O cuerpos.

Se siente extraño estar de vuelta aquí después de tanto tiempo. Lo he estado usando más como un armario extendido y para el baño de Willow desde que básicamente me mudé a las habitaciones de Demyen.

El equipaje que me prestó para Fiyi todavía está en el armario. Primero agarro la maleta más grande y la tiro sobre la cama, abro la tapa y empiezo a meter ropa y artículos de tocador. No hay lógica de cómo empacar… es más importante tener lo suficiente para que me dure unas cuantas semanas, si es posible. Y hacerlo rápido.

Estoy tan absorta planificando mis próximos movimientos que casi no noto que la puerta se abre. Pero lo hago, a tiempo para ver a Demyen parado allí, con la boca parcialmente abierta. Parece sorprendido, o al menos confundido.

—¿Qué estás haciendo?

Me limpio las manos húmedas en mis muslos y me trago el repentino nudo de nerviosismo en la garganta. Realmente, *realmente* no quiero tener esta conversación.

Pero algunas cosas son inevitables.

Respiro profundamente. Y lo dejo salir. *Dios mío*, siento que me desinflo. —Me voy.

La frente de Demyen se levanta ligeramente. —Puedo ver eso. ¿A dónde?

Tiro otra camisa en la maleta solo para mantener ocupadas mis manos temblorosas. También me da una excusa para no mirarlo cuando digo la siguiente parte. Porque, Dios mío, no tengo estómago para formar las palabras y mucho menos ver su cara cuando las digo.

—Adonde Martin.

La tapa de la maleta se cierra de golpe.

Demyen se coloca rápidamente entre la cama y yo, agarrando mis hombros cuando intento alejarme. —¿Qué acabas de decir?

Joder. Estoy temblando. Ni siquiera me sostiene con tanta fuerza… en absoluto… y no me grita.

Pero tampoco me dejará salir.

—Tengo que volver con Martin —me armo de valor para cualquier ira que esté por venir, a pesar de sus garantías. Cuando no dice nada, me siento lo suficientemente valiente como para enfrentar su mirada endurecida—. Tengo que recuperar a Willow. Y… arreglar las cosas para Tolya.

Demyen niega con la cabeza. —No. Así no. Pensaremos en otra cosa.

—Dem…

—¡Así no!

Me estremezco y joder… incluso lloro. Odio estar tan jodidamente destrozada. Tan dañada.

Se da cuenta y de inmediato deja caer las manos para dar un paso atrás. —Clara, yo… —se mete el cabello en una mano frustrada y tira de él—. *¡Joder!*

De nuevo, me estremezco. Es una respuesta inmediata, profundamente arraigada en los gritos de mi padre cada vez que empezaba a golpearnos a mi madre y a mí. Sé que Demyen no me hará eso, pero mi cuerpo es menos fácil de convencer.

—La recuperaremos —Demyen camina de un lado a otro por la habitación—. Te lo juro, Clara, la recuperaremos. Solo necesito que confíes en mí. Confía en mí y ten paciencia mientras resuelvo esto.

Mi corazón se aprieta dolorosamente. Se ve tan trágicamente hermoso, tan desesperado y destrozado por una justa furia que hierve bajo la superficie.

En un movimiento que no esperaba poder hacer tan pronto frente a un hombre desenfrenado, me acerco a él y tomo sus mejillas entre mis manos una vez más.

Él me alcanza, me atrae hacia él y me abraza como si fuera a volar si me suelta.

—Sí confío en ti —le doy un suave beso en la comisura de la boca—. Confío en ti. Y te amo. Siempre lo haré.

Su respiración se acelera. Siento sus dedos presionar mis costados.

—Pero no confío en Martin. No puedo. No cuando está tan desesperado por recuperarme —lo aspiro. Esta podría ser la última vez que lo abrace así. O la última vez que huelo su embriagador aroma—. Lastimará a Willow. Tengo que volver con él para que ella esté a salvo.

—Te lastimará *a ti* —Demyen me agarra con más fuerza—. No dejaré que eso suceda. No puedo.

Me trago las lágrimas. —Soy su madre. Es ella o yo, y tengo que ser yo. Siempre tengo que ser yo.

No sé qué pasa por su cabeza. Pero algo cambia y un nuevo tipo de dolor brilla en sus ojos. Los

cierra con fuerza, enterrando su rostro en mi cabello.

No quiero dejarlo.

No quiero despedirme y vivir el resto de mi vida sin él. No quiero soñar con él por la noche solo para despertarme en la horrible existencia que Martin me tiene reservada.

Pero Willow me necesita. Y necesito estar allí para protegerla.

Creo que, en el fondo, Demyen lo sabe.

Tiene que saberlo.

—Me tengo que ir —las lágrimas se escapan de mis ojos mientras trato de alejarme de él—. Necesito… tengo que… —respiro profundamente y quito sus dedos de mi cintura—. Tienes que asegurarte de que Martin cumpla su parte del trato. Saca a Tolya. Y luego…

Y luego ¿qué?

No sé si habrá algo que esperar después. Quiero esperar que lo haya.

Pero tampoco quiero vivir de falsas esperanzas.

Una vez más, algo cambia en Demyen. Se vuelve más frío. Se para más erguido. Y, cuando vuelvo a abrir la tapa de la maleta, veo sus puños apretarse.

—Si tenías tantas ganas de irte, deberías haberlo hecho ya —su voz es tan fría como su comportamiento—. No era necesario esperar una excusa como esta.

Sale de la nada, pero sé que es su orgullo hablando. Es su necesidad de tomar el control de su mundo lo que habla sobre el dolor que todavía veo en sus ojos. —Dem…

—Lo digo en serio —respira hondo unas cuantas veces y me mira como si le hubiera dado un revés en la cara—. Solo dime la puta verdad antes de volver corriendo con tu ex. Dame la dignidad de al menos eso.

Dejo lo último de mi ropa en la maleta y cierro la cremallera, esperando que el sonido enmascare mi suspiro. Rápidamente me estoy quedando sin energía para discutir. Mierda, no tengo energía para sacar este equipaje, literal y metafóricamente, por la puerta principal. Pero preguntó y estoy de acuerdo: sí merece la dignidad de la verdad.

La mayor parte.

Hay una cosa, que actualmente es del tamaño de un higo dentro de mí, que nunca podré decirle. En todo caso, tengo que actuar rápido para asegurarme de que Martin nunca sospeche nada.

Mierda. Siento una oleada de náuseas que me invaden. Trago la bilis y me preparo para lo que pueda venir, tanto ahora como en el futuro.

—La verdad es que no estoy segura de poder llegar hasta esa puerta —lo miro a los ojos para que sepa que hablo en serio hasta la última palabra—. Pero tengo que hacerlo. La verdad es que nunca me había sentido tan segura o amada o… o… *en casa* hasta que te conocí. Incluso cuando las cosas entre nosotros eran dudosas.

Trago con fuerza y continúo—: Y la verdad es que quiero vomitar ante la idea de poner un pie cerca de Martin. Pero peor que eso es pensar en lo que podría hacerle a mi bebé. *Nuestra* hija, Dem. Así que enójate conmigo todo lo que quieras. Ódiame todo lo que quieras. Al menos sabré que no me olvidarás.

Se suponía que debía decir todo eso sin llorar. Fracasé estrepitosamente.

Pero, con o sin lágrimas, es hora de irse. Puedo llorar en el camino. Rápidamente saco la maleta de lo que alguna vez fue mi cama y me giro para irme.

La mano de Demyen cubre el pomo de la puerta.

Y luego me empujan hacia la puerta y su beso me roba el aliento.

Nos aferramos el uno al otro. Nuestras lenguas se enredan como si fuera la última vez que hacemos esta danza. Derramo mi dolor en él y bebo el suyo, y por un momento, no estoy segura de qué lágrimas saladas pruebo entre nuestros labios. No estoy segura de que importe.

Cuando se aleja, lo hace con un gruñido de frustración. No me muevo. Él tampoco.

Luego, vuelve a agarrar el pomo de la puerta. El asa de mi maleta está en su otra mano.

No dice una palabra. No es necesario.

Y, de alguna manera sé que tampoco tengo que decir nada. Todo lo que puedo hacer es esperar y rezar para que sepa cuánto significa para mí, cuánto lo amaré y lo extrañaré por el resto de mi vida.

Por muy corta que sea.

DEMYEN

Hay mil cosas que quiero decirle a Clara. Mil promesas quiero hacerle para que este no sea el final. *Sí* volveré por ella. La amo. Nunca dejaré de amarla ni de luchar para traerla a casa.

Pero no digo una puta palabra.

Estoy demasiado cabreado con Martin… y demasiado deshecho por la realidad de que Clara, de hecho, me está dejando… para confiar en mi propia boca.

También soy demasiado testarudo para dejarla ir tan fácilmente. O dejarle a él pensar que ha ganado tan fácilmente.

¿Quiere hacer un trato? Vale.

Me aseguraré de que lo cumpla.

La única razón por la que no arrojo esta camioneta por la sala de estar de Patterson es porque no sé dónde está Willow. Los Rezvanis están hechos para la guerra; Clara y yo estaríamos bien.

Pero Willow lo es todo para mí. Para *nosotros*. Y es por eso que me detengo en el camino de entrada de la triste choza que es la vivienda de Martin Patterson, como si no estuviera imaginando su calavera convirtiéndose en mi nuevo adorno en el capó.

—Tiene que ser una puta broma —miro la pintura desconchada y deshaciéndose en el costado de la pequeña casa mientras caminamos hacia arriba—. ¿Esto? ¿Aquí? ¿Es siquiera habitable?

Clara mantiene la vista fija en el suelo. Probablemente debería relajarme. Es difícil de lograr cuando uso cada fibra de mi autocontrol para no perder la cabeza.

Toco la puerta. Es increíblemente tentador golpear esa cosa endeble.

Martin se toma el tiempo suficiente para que yo considere simplemente poner a Clara sobre mi hombro y arrojarla de regreso a la camioneta. En mi opinión, no sería nada romper algunas ventanas, agarrar a la niña y huir a las colinas.

Pero, antes de que pueda cumplir ese sueño, la puerta se abre y Martin me mira a través de la polvorienta puerta mosquitera.

—¿Qué carajo quieres? —me grita. Sin embargo, en el momento en que sus ojos se posan en Clara y luego en la maleta que tengo en la mano, sonríe—. Ya era hora. Mete tu trasero en la

casa…

—Ella no irá a ninguna parte —gruño, moviéndome entre ella y la puerta antes de que dé otro paso hacia él—, hasta que cumplas tu parte.

Martin me mira como si tuviera algún argumento. Tiene suerte de que le permita mantenerse erguido tal como está. —Tendrás a tu hermano. Cuando tenga a mi mujer.

—¿Qué tal esto? —abro la puerta mosquitera y me enfrento a él para que no haya posibilidad de falta de comunicación—. Me quedaré aquí mientras haces algunas llamadas. Una vez que reciba la confirmación de que está fuera, consideraremos el intercambio completado.

Él quiere tener la ventaja. Esta es su casa, su mundo, sus reglas. Su mujer y su hija. Puedo verlo claramente en su rostro, más claro que el patético bigotito que cubre su sudoroso labio superior.

La repentina imagen de él poniendo sus manos sobre Clara pasa por mi mente.

A la mierda con esto.

Estoy a punto de golpearle la cabeza contra la puerta cuando de repente asiente. —Vale — incluso nos hace un gesto para que entremos.

—¿Dónde está Willow? —pregunta Clara. No me pierdo de lo mansa que suena.

Martin señala un pequeño pasillo al lado del comedor. —En su habitación, dormida. Acabamos de terminar de leer cuentos juntos —él sonríe, tan engreído que mi respiración se acelera con furia.

¿Qué? ¿Quieres una maldita estrella dorada? ¿El premio del Mínimo Esfuerzo?

Clara deja todo inmediatamente para ir a ver cómo está Willow. No la detengo. Estamos aquí para hacer exactamente eso: asegurarnos de que *nuestra* hija esté sana y salva.

Además, Martin y yo necesitamos charlar un poco.

Está en la cocina, enviando mensajes de texto a alguien por teléfono. Lo escucho hacer una llamada rápida, aunque su lado de la conversación consiste principalmente en gruñidos y afirmaciones. O está en una línea grabada, o el otro extremo está tan profundamente envuelto en este lío que no necesitan ningún detalle.

Martin cuelga el teléfono y luego se lo guarda en el bolsillo. —Está hecho.

Ya veremos. No me iré hasta que reciba un mensaje de texto de Oleg. No confío en una palabra que sale del cuerpo de ese hombre, pero la libertad de Tolya es algo sobre lo que nunca mentirá.

—Antes de irme —digo mientras entro a la cocina—, necesitamos establecer algunas cosas.

Él alza una mano. —Escucha…

—No, *tú* escucha —aprieto la mandíbula—. Y escucha con mucha atención, porque no lo repetiré.

Me aseguro de que no tenga a dónde ir. Y me aseguro de mantener la voz baja para que sus oídos sean los únicos que me escuchen. El único que debería estar aterrorizado en su propia casa es él.

—Tengo ojos puestos en ti. Dondequiera que vayas, todo lo que hagas me será informado. Un parpadeo equivocado en dirección a *mi* mujer y se acabó. Un moretón errante en el cuerpo de *mi* hija y se acabó. Si siquiera levantas la voz para pasar las patatas, se acabó.

Martin intenta enfrentarme. —No puedes…

—Subestimas enormemente hasta dónde llegaré para proteger a mi familia —estoy tan cerca de su cara que puedo oler el whisky que debe haber bebido antes de acostar a Willow. Hay un cuchillo de cocina en la encimera junto a él. Sería tan jodidamente fácil—. No cometas el error de tentarme a probarlo.

Está a punto de hacer exactamente eso cuando Clara reaparece. Tiene los ojos enrojecidos, las mejillas surcadas de lágrimas secas y mi reacción instintiva es correr a su lado y abrazarla.

Pero el puto Martin Patterson, este maldito hijo de puta que tiene el tiempo prestado, se abalanza y hace un triste intento de hacer lo mismo.

Clara esquiva sus avances.

Bien.

—Ella… Ella querrá… Quiero decir, si tú quieres…

Odio lo jodidamente callada que está. Es como si estuviera aterrorizada de que la siguiente palabra sea la incorrecta y le dé un revés. Está mirando al suelo, encorvada sobre sí misma, alejándose constantemente de los intentos de Martin de abrazarla.

Alguien tiene que darme una puta razón sólida para no romperle el cuello donde está.

Clara me mira de reojo. Luego mira hacia el pasillo.

Willow. Cierto.

Me trago mi rabia y voy con mi hija.

Willow está profundamente dormida en su cama, que equivale a un único colchón sobre una endeble combinación de marco de somier de metal. Es obvio que Clara ha hecho lo mejor que pudo para hacer de este un espacio seguro para una niña, llegando incluso a pegar sus dibujos de crayones en la pared.

Pero no es suficiente. No es suficiente abrazar a Willow con la calidez, el amor y la seguridad que merece de su padre.

Al menos tiene a Princesa, que está acurrucada protectoramente a su alrededor y mirándome de cerca mientras me acerco silenciosamente a la cama.

—Buena chica —le susurro cuando me agacho y le froto las orejas—. Mantén a mi bebé a salvo, ¿vale?

Princesa se queja suavemente y me lame la mano. Tenemos un trato.

Observo el rostro dormido de Willow todo el tiempo que puedo, estudiando cada rasgo angelical como si nunca más fuera a verla. Sé que tengo que actuar como si no. Tengo que vivir como si esto fuera solo un breve episodio en mi vida lleno de fantasía.

—Volveré, cachorrito —le susurro al oído antes de darle un suave beso en la mejilla—. Te amo.

Mi teléfono vibra en mi bolsillo.

GILIPOLLAS: ***Está hecho. Tenemos a Tolya.***

Me levanto lentamente. No quiero irme, pero tengo que hacerlo.

—Recuerda nuestro trato —le murmuro a la perra.

Princesa se queja, luego apoya su cabeza en el estómago de Willow y me ve salir.

DEMYEN

—¡Mis hijos! —Oleg se ríe con las manos en alto—. ¡Finalmente! ¡Por fin!

Tolya me mira con gravedad, el polo visual opuesto al júbilo de nuestro padre. Por fin está libre de ese puto mono naranja, con las manos en los bolsillos de unos jeans nuevos y un Henley limpio con las mangas arremangadas hasta los codos. Incluso está afeitado, y tengo que admitirlo: es extrañamente satisfactorio verlo sin el vello facial que lo hace parecerse tanto a nuestro padre.

Acordamos encontrarnos en mi hangar privado y puedo ver que Oleg no perdió tiempo en ordenar a mi tripulación a preparar el avión para nuestra excursión internacional. Los motores cobran vida con un rugido, y una parte enferma de mí se pregunta con qué fuerza necesito empujar a Oleg para que ocurra un "terrible accidente" dentro de sus aspas oscilantes.

Me pone una mano en el hombro y la otra en el de Tolya y nos conduce hacia el avión. —Mis hombres me dicen que se han organizado reuniones en casa. ¡Resolveremos esto y regresaremos con refuerzos!

Le lanzo una rápida mirada a mi hermano. Por mucho que probablemente se sienta aliviado de estar fuera de prisión, no se nota en absoluto en su comportamiento. En lugar de seguir los pasos de nuestro padre, se mueve para que el anciano suba las escaleras primero.

—¿Cómo está Clara? —me pregunta en voz baja.

—Ella ha vuelto con su ex. ¿Cómo carajo crees que está?

Suena duro, pero no culpo a Tolya por lo sucedido. ¿Qué podía hacer? Lleva quince años enjaulado como una bestia.

Pero las palabras todavía salen de mi lengua. No tengo ganas de disculparme por el estado de ánimo en el que estoy, así que me subo a las escaleras de carga junto a la barandilla y evito el contacto visual con él hasta que entramos.

La mano de Tolya se aferra a mi hombro justo cuando estoy a punto de irrumpir en el espacio habitable del avión.

—La recuperaremos —promete en mi oído—. Se paciente.

—A la mierda la paciencia.

Lo escucho soltar una risa ahogada. —Si yo pude esperar quince años para esto, tú puedes esperar quince días. Tenemos que llevarlo a algún lugar desde donde no pueda seguirnos. Hasta entonces, tu familia estará más segura donde está.

Muy, muy pocas cosas en mi vida me han hecho sentir tan emocional. No se me permite mostrar emociones, y mucho menos tenerlas.

¿Pero escuchar a mi hermano mayor reconocer a Clara y Willow como mi familia? Eso significa que él también las ha aceptado como su familia.

Y, como siempre ha dicho Otets, *la familia lo es todo.*

Asiento. Tolya toma eso como una señal de que ya me calmé. Nos lleva al lujoso sofá y estira sus largas extremidades sobre la mesa de café mientras nos acomodamos.

—Mierda —se ríe—, es difícil creer que estaba mirando bloques de cemento esta misma mañana.

—Agradece por ello —murmura Oleg mientras toma un sorbo de lo que supongo que es vodka —. Tu abuelo pasó una década en el gulag.

—Me aseguraré de no quejarme demasiado —Tolya suspira, se recuesta y cierra los ojos—. Me alegro de no tener que volver a comer carne misteriosa en el almuerzo.

Incluso a través de la niebla de mi furia, logra hacerme reír en voz baja. —Podría quitar todas las etiquetas de tu refrigerador. Si alguna vez sientes nostalgia.

Él pone los ojos en blanco. —Haz eso y te prepararé *a ti* el almuerzo con eso.

Veo que la azafata nos hace una señal para que nos abrochemos el cinturón. Se mantiene alejada de Oleg, una buena elección. Muy pronto, el avión avanza por la pista.

Cierro los ojos y respiro mientras aceleramos y nos lanzamos al aire, dejando toda la maldita Ciudad del Pecado debajo de nosotros.

En algún lugar, Clara y mi hija se están abrazando.

Solo espero por Dios que sean lo suficientemente fuertes para durar hasta que pueda corregir las cosas.

Una vez nivelados, abandonamos los cinturones de seguridad por el minibar y, como era de esperar, Oleg agarra la primera botella de vodka que ve. —Es inútil desperdiciar un buen licor — explica con un guiño. Como si me importara un carajo de cualquier manera.

—Entonces, Otets —Tolya echa unos cubitos de hielo en un vaso de agua. *Interesante*. Supongo que pensé que disfrutaría de la libertad y la bebida en este momento—. Mencionaste una reunión con el gran *pakhan* en Sochi.

Oleg asiente. —Lo hice. Entre los Yakuza redoblando sus esfuerzos y la policía estadounidense colocando pruebas para encarcelar falsamente a nuestra familia, tiene sentido involucrarlo. ¿Quién sabe? Quizá nos preste algunos refuerzos para arrasar Las Vegas de una vez por todas.

—Estoy seguro de que él odiaría perder a un benefactor tan importante como tú —reflexiono

irónicamente.

Él frunce el ceño. —¿De qué demonios estás hablando?

Giro el hombro y finjo que no estoy observando cada una de sus micro expresiones. —Te ha ido tan bien con tu empresa internacional, especialmente con la red que mencionaste que tienes en Rusia. Con esa cantidad de riqueza y poder, tiene sentido que estés en lo más alto de la lista de personas favoritas del gran *pakhan*.

—Eh, es cierto que el negocio va bien. Pero el poder y el dinero son dos cosas completamente diferentes, *mal'chik*.

Me sirvo un vaso de bourbon y lo uso para enmascarar mis repentinas sospechas. —Superaste la oferta de todos en la subasta de Clara. Cincuenta millones, si mal no recuerdo. Eso no es nada despreciable.

Oleg se ríe. O el alcohol me está afectando más fuerte de lo habitual, o luce y suena un poco nervioso. —Es cierto, fui por una demostración de poder. Ya ves cómo los Yakuza se han vuelto contra nosotros. Tenía que recordarle a Raizo con quién está jodiendo.

Tolya me mira de reojo. Una vez más, finjo que no capto el subtexto tácito en cada palabra que nuestro padre respira… pero, si el silencio pudiera escribir novelas, estaríamos leyendo una maldita saga.

—Cincuenta millones —resopla Tolya—. Joder. Me siento honrado, Otets. ¿Cuántas operaciones tuviste que hacer para conseguir dinero extra?

En lugar de responder, Oleg nos despide con una mano desdeñosa y salta de tema. —Lo que realmente necesitamos discutir es tu regreso a la Bratva. Quizá sea el momento de expandirse a nuevos territorios, lo cual siempre es bueno.

Tolya parpadea. —¿Dónde estás pensando? Chicago siempre pareció interesante…

Sus voces se desvanecen mientras me siento en mi silla favorita del avión y trato de juntar las piezas del rompecabezas que tengo ante mis ojos. El bourbon sabe a ceniza líquida, pero es lo único que tengo ganas de beber. O me ayudará a resolver esta mierda, o me emborrachará lo suficiente como para tomar una siesta larga y muy necesaria.

Saco el teléfono de mi bolsillo y reviso los mensajes de texto, esperando que aparezca algo que capte mi atención. Pavel dijo que mi padre había estado en los Estados Unidos más tiempo del que habíamos asumido originalmente, lo que significa que no se sabe qué ha estado haciendo el anciano durante todo ese tiempo. Sé que, si le pregunto directamente, lo hará todo sobre Tolya.

Lo único que no puedo pasar por alto es que Oleg nunca antepuso, ni pondrá, a sus propios hijos ante su riqueza y poder.

Algo llama mi atención. No está en los mensajes de texto en sí, sino en las marcas de tiempo.

Hay una superposición.

—¿Todo bien?

La voz de Tolya me saca de mi estado pensativo. Asiento rápidamente para despistarlos. Sé que

él no está involucrado en nada de lo que Oleg haya estado haciendo, pero no puedo arriesgarme a que ninguno de los dos se dé cuenta del hecho de que *yo* acabo de descubrir algo.

—Todo bien —murmuro—. Solo atando algunos cabos sueltos en el casino.

Ambos hombres se encogen de hombros y regresan a su conversación.

Vuelvo a los mensajes de texto que tengo en la mano y empiezo a tomar captura de pantalla tras captura de pantalla. Rápidamente, creo un archivo cifrado y deslizo todas las capturas de pantalla en él. Luego envío el archivo a la azafata.

—El maldito bourbon me está atravesando —murmuro para mis adentros mientras me levanto. Después de un pequeño estiramiento, guardo mi teléfono en el bolsillo y asiento con la cabeza hacia el baño—. Vuelvo enseguida.

—¿Desde cuándo te emborrachas tan fácilmente? —Oleg se burla. Pero luego rápidamente regresa a la conversación con Tolya, dejándome hacer lo que necesito.

Lo cual es deslizarme por la esquina del pasillo e intercambiar teléfonos con la azafata.

Ella no hace ninguna pregunta. Ella sabe mejor que eso. Hemos estado volando juntos durante años y me he asegurado de que ella y su familia estén bien atendidos. Si le envío algo de la nada, ella nunca lo toca hasta que le doy la señal o, como ahora, vengo a buscarlo. Le lanzo una breve sonrisa de agradecimiento, luego me meto en el baño privado y cierro la puerta.

Averigua esto, escribo. ***Déjame saber lo que encuentres.***

No me arriesgo a identificarme en el texto, pero no debería necesitarlo: Pavel es bastante rápido y averiguará el contexto no escrito. Espero unos segundos más, abro y cierro el lavabo, luego hago que parezca que me estoy secando las manos antes de salir del baño y volver con los demás.

—Su agua, señor.

Señorita inteligente. Le agradezco a la azafata por el vaso de agua helada que no pedí y aprovecho ese momento para devolverle su teléfono. Ella hace lo mismo con el mío y yo giro suavemente hacia la cabina.

No se produce ningún cambio en la conversación o el comportamiento de los hombres cuando me acerco. Me relajo en mi silla mientras continúan charlando. La azafata me mira a los ojos y rápidamente asiente.

Pavel entiende el mensaje.

Suspiro, me recuesto e intento tomar una siesta durante el resto del vuelo. Necesito el descanso para lo que está por venir, pero es difícil silenciar mi cerebro lo suficiente como para que el sueño se haga cargo.

Si mis instintos gritan la verdad como lo hacen normalmente, nos espera una guerra total.

CLARA

Arrugo la nariz mientras tiro otra bolsa de plástico reutilizada llena de excrementos de Princesa al cubo de basura de la cocina.

Si Martin quiere mantener la cordura de ambos, eventualmente tendrá que dejarnos salir de casa a caminar. Al menos hasta el patio trasero, como mínimo.

Princesa simplemente está librando una guerra de guerrillas para que eso suceda más temprano que tarde.

—Buena chica —arrullo a mi nueva mejor amiga, que mueve la cola ante los elogios y se acaricia contra mi pierna mientras regresamos a la sala de estar.

Nos reunimos con Willow en el sofá, donde hemos estado leyendo cuentos durante casi una hora. He estado tratando de mantener el ánimo y las esperanzas altas, pero es fácil ver lo triste que está mi bebé ahora que estamos…

Bueno, no “en casa”. Solo “de vuelta”.

—¿Demyen me odia? —pregunta Willow de repente.

—¿Qué? —la pongo en mi regazo y la acurruco en mis brazos—. ¡No! No, cariño. Demyen *te ama*. Eres su pequeña, su cachorrito.

—Entonces, ¿por qué quería deshacerse de mí?

—¿Quién dijo eso?

—No sé —se encoge de hombros y se deja caer en mis brazos—. Su papi dijo que no tiene tiempo para niñitas como yo. Y tenía que regresar con mi *verdadero* papi.

Reprimo el grito de ira. *Por supuesto que lo hizo.*

—¿Mami? —Willow se gira para mirarme, con las pestañas mojadas por las lágrimas no derramadas—. No… no me gusta Martin. No es mi verdadero papi, ¿verdad?

¿Cómo navego a través de lo que debería ser una conversación mucho más profunda y complicada? Ella hace preguntas difíciles para las que incluso yo estoy luchando por encontrar respuestas.

—Los papis… —tengo que pensar detenidamente mi respuesta—. Vale. Bueno. ¿Sabes de dónde vienen los bebés?

Ella arruga la nariz y niega con la cabeza.

Un tema a la vez. —Claro. Bueno… vale —respiro hondo y trato de no llorar cuando me doy cuenta de lo mucho que desearía que Demyen estuviera aquí para tener esta conversación con nosotras. Él sabría exactamente cómo manejarlo—. Es muy, muy fácil para dos personas hacer un bebé. Pero…

—¿Qué tan fácil?

—Más fácil de lo que debería ser. Pero no es tan fácil ser una mami o un papi. Eso requiere mucho trabajo, mucha práctica y, a veces… a veces, las personas pueden tener bebés, pero en realidad no pueden ser una mami o un papi.

Willow me mira fijamente. Estoy bastante segura de que la he perdido.

—Lo que estoy tratando de decir, bebé, es… —lo pienso—. Martin me ayudó a hacerte. Y eso es una parte importante de todo, por lo que debes ser agradecida. Pero…

—¿Pero Demyen es mi papi?

Yo sonrío. Sonrío más para no llorar. Solo ha pasado un día… menos que eso, técnicamente… y ya todo duele con la realidad de que es posible que nunca volvamos a ver a Demyen. —Sí, cariño. Demyen es tu papi. Tu *verdadero* papi. Él te ama, quiere lo mejor para ti y siempre se asegurará de que estés a salvo.

Sé que eso es cierto. Incluso si nunca podemos estar juntos, sé que Demyen siempre tendrá ojos y oídos sobre nosotros para asegurarse de que estemos a salvo. Para asegurarse de que Willow tenga todo lo que necesita y que al menos yo no tenga más “esguinces de tobillo”.

—¿Vendrá a buscarnos?

Esa es la pregunta del momento. *¿Lo hará?*

Algo muy profundo, muy profundo, donde tengo que enterrar mis sentimientos por él en presencia de Martin, dice: *Por supuesto que lo hará.*

Algo más junto a ese pensamiento me recuerda que Demyen Zakrevsky no es un hombre que admite o acepta la derrota tan fácilmente. No habría invertido tanto tiempo y energía en mantenernos alejadas de Martin solo para entregarnos sin luchar.

—Tendremos que esperar y ver —porque si le digo que así es, quizá no pierda el tiempo diciéndole a Martin lo mismo—. Mientras tanto, necesito que seas una buena chica para Martin. Él también te ama. No queremos herir sus sentimientos.

O hacer estallar su temperamento.

Lo jodido es que sé que en realidad ama a Willow. Mi propio padre es igual. No sé quién en sus vidas los dañó tan severamente como para que esto les parezca normal y correcto, pero no puedo negar el hecho de que tanto Papá como Martin tienen sentimientos genuinos por mí y por Willow. Así como Oleg ama a Demyen.

Solo que no es suficiente para compensar el abuso. Ninguna cantidad de regalos o susurros de amor pueden deshacer una mano en la garganta o una patada en las costillas.

Escuchamos el coche de Martin detenerse en el camino de entrada. De inmediato, Princesa se acomoda sobre Willow y yo, gruñendo protectoramente en la puerta principal.

—Shh, está bien —le susurro—. Willow, cariño, ¿por qué no llevas a Princesa y vas a jugar a tu habitación? Tengo que preparar la cena. Iré a buscarte cuando llegue el momento.

Willow asiente y se lleva a Princesa, deslizándose rápidamente de mi regazo y guiando a su guardián canino a su pequeña habitación al final del pasillo.

Aquí todo es pequeño. Tan pequeño y tan… insignificante.

Muy parecido al hombre que entra por la puerta principal justo cuando me pongo el delantal de la cocina.

—¡Hola, cariño, estoy en casa! —Martin canta como si fuera alguna tontería de *La Tribu de los Brady* que siempre hicimos. Como si realmente estuviera emocionada por verlo.

Dicho esto, tengo que jugar bien mis cartas, así que tengo que fingir que me importa. —¿Cómo estuvo tu día?

—Ay, mucho mejor sabiendo que estás a salvo en casa conmigo —él sonríe y se abalanza hacia la cocina para plantarme un beso húmedo y mojado en mi mejilla.

—Genial —rápidamente agrego una sonrisa para que parezca que lo digo en serio—. Realmente grandioso.

—¿Sí? —Martin se acerca detrás de mí y me rodea la cintura con sus brazos. *Por favor, Dios, que no note nada diferente allí.* Él me da otro beso húmedo en el cuello y hago todo lo que puedo para no vomitar en la olla de agua que estoy tratando de hervir—. ¿Me extrañaste?

—Pensé en cenar espaguetis y albóndigas —respondo. Intento que suene como si fuera un "sí" sin mentir rotundamente.

—Suena bien. Escucha, he estado pensando…

La forma en que Martin me tiene inmovilizada cerca de él, meciéndonos de lado a lado, me hace sentir muy nerviosa. Solo es así de afectuoso cuando quiere algo con lo que estoy casi segura de que no estaré de acuerdo. Algo como…

—Deberíamos casarnos.

Casi dejo caer toda la caja de espaguetis en el agua hirviendo, con plástico y todo. —¿Casarnos? —grazno.

—Ajá —besa mi hombro y necesito cada gramo de autocontrol para no tirarle la olla solo para quitármelo de encima. Su tacto, su respiración, su voz… Todo eso envía escalofríos por mi columna y se arremolina en mi estómago con disgusto—. Hemos estado juntos durante años. Willow está creciendo y merece tener a sus padres juntos. Una gran familia feliz.

Me alejo de la estufa y lo guío hacia donde no hay ninguna fuente de calor grave ni ningún

objeto punzante con el que amenazarme. Cuando me giro en sus brazos, me digo a mí misma que *tengo* que actuar para ganar tiempo. Es la única forma en que puedo soportar sonreírle a la cara y apoyar mis manos en sus brazos.

—¿Por qué ahora? Realmente nunca lo habíamos discutido antes.

Ahí está… el destello de irritación en sus ojos que me dice que lo estoy molestado.

Vuelve a calmarse y mantiene su sonrisa, aunque la veo flaquear. —Lo hicimos, pero no tan en serio. Deberíamos hacerlo. Solo eso. Tú y yo. Podemos ir al juzgado y…

—¿Cuál es la prisa? —me alejo de su intento de abrazarme y me dirijo al refrigerador. Tal vez dejará de tocarme si ve que estoy literalmente ocupada preparándole la cena—. Sería bueno tener una boda tradicional —agrego para calmar la tensión.

—Lo sé, nena. Pero con todo lo que está sucediendo y casi perderte… Necesitamos hacer esto oficial.

Mi mano se cierne sobre el paquete de carne molida. Todavía no sé con seguridad qué es, pero *algo* me retumba en la mente por la forma en que lo dice. —¿Oficial?

—Sí. Ya sabes, marido y mujer.

Saco la carne y lentamente me vuelvo hacia la encimera donde tengo un tazón para mezclar y pan rallado listo. —Marido y mujer —*eso es. Ahí está el truco*—. Esto no tendría nada que ver con los privilegios conyugales, ¿verdad?

Martin se detiene y se aclara la garganta. —¿Qué quieres decir? —casi tartamudea.

Agarro el cuchillo de cocina grande y me pongo a picar ajo. —Bueno, plantaste pruebas para sacar a Tolya, ¿verdad? Y obviamente tienes cómplices. Sé todo lo que ha estado pasando, así que casarte conmigo garantizaría que no me puedan interrogar en el estrado cuando… y sí quiero decir, “cuando”, Martin… te atrapen y te lleven a juicio.

Él me mira fijamente. La sonrisa ha desaparecido, al igual que cualquier intento de cortejarme con su encanto. Pero, en lugar de volar hacia mí con rabia, suspira y se apoya en el otro mostrador. —Vale. Lo que sea. Eres tan cómplice como yo, así que pensé que esta sería una forma de protegernos mutuamente.

—Tiene sentido.

—¿En serio? —suena sorprendido.

Me encojo de hombros. —O sea, sí. Punto justo. Yo fui parte del intercambio que hiciste, ¿verdad? Y yo estuve allí cuando le hiciste la oferta a Demyen, así que…

—¿Estuviste ahí?

Mierda.

La voz de Martin adquiere el timbre peligroso que sé que significa “avanza con cuidado”. Si no bailo alrededor de esto con gracia, no sé qué agarrará y arrojará, o si será a mí a quien arrojará.

Siento el peso del cuchillo en mi mano.

Y luego sonrío.

—Sí, en realidad, estaba allí —me giro rápidamente para mirarlo como si esta fuera una conversación normal. Como si no fuera consciente de que estoy sosteniendo el cuchillo de cocina grande y afilado frente a mí y haciendo un gesto con él mientras confeso todo—. Tenía que hablar con Demyen sobre algo y casualmente te escuché hablando con él. Me tomó por sorpresa, la verdad. Nunca pensé que seguirías tan lejos los pasos de mi padre.

Martin frunce el ceño. Sus ojos han estado pegados al cuchillo en mi mano, pero ahora parpadean para mirar los míos. —¿Qué? ¿Qué quieres decir?

—¿No te lo dijo? Así encerró a Tolya en primer lugar. Pruebas plantadas. Incluso hizo que despidieran a la pobre médico forense —suelto una carcajada—. ¿Quieres saber la parte estúpida? Para empezar, ni siquiera fue un asesinato. Michael Little se suicidó.

—…Patrañas.

—¡En serio! —me río de nuevo y esta es mucho más genuina. La cara de Martin merece una foto rápida con la cámara de mi teléfono, si tan solo lo tuviera encima—. Puedes preguntarle a mi papá. Él es a quien el tío Mike intentaba matar, pero terminó bebiendo el veneno él mismo. Y lo más *loco* es que estaba muerto antes de caer al suelo. Según el informe de la forense, la bala no alcanzó ningún órgano vital. Así que Papá fue y le echó todo esto a un desventurado buen samaritano que solo quería salvarme de lo que resultó ser un secuestro falso.

La cara de Martin se queda completamente boquiabierta. Y luego estalla en una carcajada de incredulidad. —¿Hablas en serio? Nena… es tan loco que de hecho te creo.

—Oye —dejo el cuchillo, aunque lo dejo lo suficientemente cerca como para poder agarrarlo si se vuelve hacia mí. Lo acerco, ignorando el disgusto que burbujea en mi estómago nuevamente —. Privilegio conyugal, ¿recuerdas? Tú me dijiste. Ahora yo te digo a ti —muevo mi mirada entre sus ojos y su boca—. Estoy confiando en ti.

Mi encanto funciona. Al menos lo suficiente para que sonría y frote los costados de mi cintura. —Podemos hacerlo, nena —susurra—. Podemos empezar de nuevo. Hacer las cosas bien. Te tengo.

Este es el lado de él del que me enamoré, cuando era una adolescente ingenua que solo quería alguien que me respaldara. Él siempre me defendió de mi padre, incluso entonces, y ahora sé que todavía nos defenderá a mí y a Willow de lo que sea que Greg pueda estar tramando.

Este es el lado de él que me mantuvo atrapada durante tanto tiempo.

—Tenemos que entregarlo —miro hacia otro lado. No tengo que fingir que la idea me asusta—. Para nosotros. Para nuestro futuro juntos.

—No…

—Él sabe que yo lo sé —trago fuerte y realizo el drama, asegurándome de que Martin vea las lágrimas brillando en mis pestañas—. Papá, digo. Él mismo me lo dijo. Grabé toda su confesión y luego se puso furioso y amenazó con matarme si lo contaba.

Parcialmente verdad. En gran parte es cierto, de verdad. Y, sinceramente, por muy repugnante que sea, Greg Everett probablemente me mataría por accidente… aunque la paliza que me daría sería totalmente intencionada.

Martin niega con la cabeza. —No dejaré que eso suceda. Sabes que no lo haré.

—Lo sé. Y sé que es difícil porque él ha sido tu mentor, pero… por eso te creerán.

Él lo considera. Eso es todo lo que necesito.

—Piénsalo, Marty. Has sido su favorito desde el día que empezaste. ¿Por qué lo entregarías a menos que fuera algo serio? —le froto el pecho y, vaya, se ha puesto fuera de forma. Ya no se siente como antes. Definitivamente no se siente nada como… como…

Como Demyen.

—Y piensa en todos los elogios y reconocimientos que recibirás. Resolver un importante caso de asesinato, descubrir a un policía corrupto y desentrañar su negocio de tráfico de personas, todo al mismo tiempo. Eso tiene que significar un gran ascenso, un aumento salarial y todo eso —le doy una pequeña sonrisa tímida—. Y entonces podríamos permitirnos una boda realmente bonita, tal vez una luna de miel en Hawái…

—¿Contigo en bikini? —sonríe.

—Bueno, con ese tipo de aumento salarial, podríamos tener nuestra propia playa privada, y entonces no tendría que usar nada en absoluto.

Martin me mira con el tipo de hambre que solía excitarme. De nuevo, antes de que supiera la verdad sobre él. —Dime algo, nena.

—Lo que sea.

—¿Por qué ahora? ¿Pasaste todo este tiempo evitándome y ahora quieres ayudar?

Corrección: quiero que tú *me ayudes*. Me encojo de hombros y sigo haciéndome la tímida. Avergonzada. Contrita. —No sé. Solo he estado pensando. Sobre tú y Willow. Y tienes razón. Ella merece tener a su familia nuevamente unida. Solo sé que nunca nos dejarán solos hasta que, bueno…

—Hasta que nos hayamos ocupado de Greg —Martin asiente—. Me mata, pero tienes razón. También ayudará a aclarar el nombre de Tolya, así que lo que tuve que hacer para sacarlo ya no importará.

—Cierto.

Él me sonríe, toma mi rostro y luego se inclina para besarme.

Creo que voy a vomitar.

Sí, definitivamente voy a vomitar.

Pero, justo antes de que presione sus labios agrietados contra los míos, la olla hierve y hace ruido la tapa alrededor del acero inoxidable. Es ruidoso y discordante y es la distracción exacta que necesito para escapar del alcance de Martin sin luchar.

—¿Qué tal esto? —Martin dice detrás de mí mientras voy a arreglarlo—. Aceptas casarte conmigo y yo trabajaré para entregar a Greg a Asuntos Internos. Demonios, si te casas conmigo, lo denunciaré sin pensarlo dos veces.

—Entonces está arreglado —odio este sabor en mi lengua—. Nos casaremos.

—Esa es mi chica —me da una palmada en el trasero y luego chasquea los labios—. Voy a saltar a la ducha. Avísame cuando la cena esté lista.

Dejo que la pasta se enfríe en el colador y vuelvo a hacer las albóndigas, mi mente corre a mil por hora solo para procesar todo y asegurarme de que no, en realidad no me casaré con Martin Patterson ni me conformaré con una vida como la de mi madre.

Solo estoy ganando tiempo hasta que nos alcance el final feliz que todos merecemos. Pero, hasta que eso suceda, no me queda más que rezar.

Por favor, Demyen… vuelve antes de que sea demasiado tarde.

DEMYEN

Solo llevo tres horas en Rusia y ya me parecen tres putos siglos enteros.

Aquí estamos diez horas por delante de Las Vegas, lo que significa que estaré dormido mientras Willow sale de la escuela y Clara estará dormida mientras yo me ocupo de cualquier mierda en la que nos haya metido Oleg. Cualquier esperanza de transmisión de vídeo en tiempo real depende de que no pueda dormir, lo cual, para ser honesto, no será tan difícil.

PAVEL: ***Esto es todo lo que tengo de hoy.***

La cámara muestra la parte delantera de la casa de Patterson. No hay movimiento de entrada ni de salida, y no hay señales de que nadie esté jugando en el pequeño y exiguo patio que bordea el camino de entrada.

PAVEL: ***No tener noticias es una buena noticia, ¿verdad?***

Resisto la tentación de frustrarme y tirar mi teléfono al otro lado de la habitación.

¿Hice lo correcto?

¿Hice el movimiento correcto al enviarlas a Patterson?

¿O las envié a la muerte?

Pavel tiene razón: no tener noticias es una buena noticia. Significa que no hay nadie en el hospital, ningún vecino ha reportado un disturbio doméstico y hay muchas posibilidades de que todo esté en paz y bien adentro.

Demasiado en paz.

Imágenes de Martin tocando el cuerpo de Clara pasan por mi mente, y de repente siento la necesidad de golpear algo. No hay duda de que intentará seducirla para que se acueste en su patética camita y, si ella se resiste, sé que intentará obligarla a hacerlo.

Lo ha hecho antes.

Lo hará de nuevo.

Odio no tener ojos constantes sobre Clara. Al principio, fue porque no confiaba en ella y necesitaba asegurarme de que no estuviera planeando su fuga o una manera de asesinarme

mientras dormía.

Eso es lo que me decía a mí mismo. Me apegaré a eso, incluso si el pensamiento no parece tan genuino como debería.

Rápidamente se convirtió en una forma de asegurarme de que ella estuviera bien. Primero, con su fiebre e infección, luego con sus pesadillas y sus respuestas traumáticas generales a cada pequeño detonante. Pero luego fue solo una luz en la oscuridad de mi día poder abrir mi laptop o encender mi teléfono y ver a Clara y Willow jugando bajo el sol. Siempre podría vigilarlas y asegurarme que todavía estaban allí. Esto era real.

Ahora se han ido. Se han ido y no puedo simplemente encender mi teléfono para verlas. No puedo asegurarme de que Martin no las haya robado de este mundo.

Lo desprecio.

Alguien toca la puerta. Estoy a punto de decirles que se vayan a la mierda y me dejen en paz cuando Tolya asoma la cabeza por el marco de la puerta. —¿Puedes hablar?

Asiento. Él es la única persona que no puede cabrearme en este momento.

Mi hermano cruza la puerta y rápidamente la cierra detrás de él. —Estuve investigando.

Mi ceja se levanta. —Continúa…

—Es su comportamiento, más que todo. Incluso cuando habla de deportes, mujeres o el puto clima, Otets tiene este… —Tolya niega con la cabeza—. No sé cómo llamarlo, hombre. Pero no confío en él. Para ser honesto, nunca lo he hecho, pero es algo diferente.

Me siento erguido donde estaba desplomado en la cama. —¿Y encontraste algo…?

—Bueno, he estado investigando —se acerca al escritorio y se sienta a horcajadas en la silla—. Pero sí, encontré algo. Transferencias. *Muchas* transferencias bancarias.

Vale. Eso podría ser algo. —¿Hackeaste su computadora?

Tolya resopla. —¿Crees que estoy al tanto de esa mierda tecnológica? No. Encontré los recibos en su escritorio. Es tan malo como yo.

—¿Entraste en su oficina?

—Sí, hermano, entré a su oficina —dice con descaro—. Ya no tengo diez jodidos años. Además, no sé si te has dado cuenta, pero tengo ventaja en una pelea a puñetazos.

Tiene razón. Tolya ha ganado volumen desde que lo pusieron tras las rejas. Me gusta pensar que soy musculoso y listo para una pelea, pero tengo que admitir que mi hermano mayor tiene el cuerpo de un maldito tanque.

Y parado junto a Oleg, hace que el viejo parezca exactamente eso: viejo, marchito, aferrándose débilmente a los últimos vestigios de su juventud. El Padre Tiempo está cobrando un precio que nuestro propio padre se niega obstinadamente a pagar.

Pero el Tiempo es el usurero de todos los usureros.

Siempre consigue lo que se merece, de una forma u otra.

—De todos modos —Tolya busca en su bolsillo y saca un trozo de papel arrugado—. Algo parecía extraño en los números. Así que los conté y anoté los números de origen para que tus hombres los investigaran.

—¿Cuál es el monto total?

Su boca se tuerce en una sonrisa irónica y cómplice. —Cincuenta millones de dólares exactos —me entrega el trozo de papel para mostrarme sus cálculos y los números de cuenta.

No pierdo el tiempo en tomar una foto para enviársela a Pavel y luego le devuelvo el papel a Tolya. —¿Qué carajo significa eso?

—Está subcontratando. Si tengo que adivinar, está subcontratando *todo*. No sé todo lo que te ha estado diciendo, pero las cosas que me ha dicho a mí no cuadran con un hombre que tiene esa cantidad de dinero para gastar.

Oleg esconde algo. Eso es seguro. —¿Encontraste algo más allí?

—Puede que no sea nada, pero… —Tolya saca otro trozo de papel, esta vez pulcramente doblado y entero—. Dejó su laptop abierta. Pensé que esto podría resultarte interesante.

Es una copia palabra por palabra de la pantalla de Oleg, hasta un mapa de ubicación esbozado del propio navegador.

Lo que me llama la atención es el registro de mensajes entre Oleg y al menos tres grupos de mercenarios diferentes. Reconozco los distintivos de llamada y los símbolos utilizados por cada uno.

—Nuevamente —explica Tolya—, está subcontratando. Apuesto a que la mitad de estos hombres aquí ni siquiera son Bratva.

—Ajá —estoy escuchando, pero no atentamente. No puedo evitarlo.

Uno de esos registros de chat tiene un mensaje final de ***Misión Completada.***

Y es el mismo día del tiroteo en la escuela.

El hielo llena mis venas. Ni siquiera estoy mirando la pantalla de la computadora, pero no es necesario. Haré una apuesta sólida a que sé exactamente lo que ha estado haciendo Oleg.

—Mantenlo ocupado —le digo a Tolya mientras me guardo el papel en el bolsillo—. Déjame encargarme de la tecnología.

DEMYEN

—Estás de muy buen humor —comenta Oleg en el coche.

Le lanzo una sonrisa forzada. —Será un buen día. Puedo sentirlo.

Al más puro estilo Oleg, conducimos por Sochi en una limusina alquilada y disfrutamos de frascos de vodka casero y cigarros importados.

Bueno, *él* los está disfrutando.

Yo estoy disfrutando de la calma antes de la tormenta.

Tolya bebe su tercera ración de vodka y chasquea los labios. —Aceptaré esa apuesta. La casa siempre gana, ¿verdad, Dem?

Nuevamente sonrío y asiento. No sirve de nada extendernos sobre nuestro chiste privado… todo se revelará a su debido tiempo.

Como, digamos… dentro de quince minutos más o menos.

El coche frena al girar, lo que indica que nos acercamos a la cabeza principal de Zakrevsky. El pavimento se vuelve mucho más liso y el follaje que nos rodea está más cuidado, pasando de arbustos recortados a obras de arte esculpidas.

Cuando nos detenemos por completo, un mayordomo con guantes blancos nos abre rápidamente la puerta de pasajero. No dice nada. Estoy feliz de devolver el silencio de la misma manera.

Una parte de mí desea que Clara y Willow puedan estar aquí para ver este lugar. Les encantarían las estatuas de leones dorados que custodian los anchos escalones de mármol, que a su vez conducen a enormes puertas dobles talladas a mano en caoba. La mitad de las ventanas son de vidrio pintado, la otra mitad es un testimonio cristalino de los días olvidados de la antigua Rusia.

—El gran *pakhan* espera adentro —me murmura Oleg mientras pasa pesadamente.

Tolya y yo nos alineamos detrás de él. Es una muestra de respeto por el Viejo Mundo. Un padre guía a sus hijos, y los hijos van detrás de él en orden de nacimiento. Estamos aquí para apoyarlo en su causa, que está a punto de llamar a la atención del gran *pakhan*.

O eso cree él.

Seguimos a un par de *vors* silenciosos y de rostro sombrío a través del vestíbulo, por un amplio salón decorado con pinturas al óleo y bustos de mármol, y a través de otro conjunto de puertas dobles. Entramos en una lujosa sala de recepción donde el gran *pakhan* y el resto de sus *vors* están sentados en sillas de terciopelo.

No se nos ofrecen sillas ni asientos. Se espera que permanezcamos en pie hasta que demostrar que nuestro asunto aquí vale la pena.

La sonrisa de come mierda con la que desperté solo se amplía.

Definitivamente mi negocio vale la pena.

La Bratva es una criatura de muchos miembros. Para todos los efectos, yo dirijo mi propio reino. Pero la patria tiene raíces… y si alguien la caga lo suficiente, como lo hizo mi padre, esas raíces pueden apretarse alrededor del cuello de un hombre como una soga. El gran *pakhan*, jefe de la organización Bratva más antigua del planeta, es el hombre que da la orden de ejecución.

Muy pronto hará exactamente eso.

Mis ojos se posan en él. Un hombre viejo, pero no débil en lo más mínimo. Grueso, barbudo, gris y fuerte, con un rostro que no revela nada y ojos tan azul hielo como la nieve amontonada en lo alto de los aleros de la mansión.

La puerta se cierra detrás de nosotros con un ruido atronador. Nadie respira mientras los ecos se desvanecen.

Entonces, comienza.

El gran *pakhan* empieza con un torrente de ruso rápido de la vieja escuela que no puedo ni empezar a traducir. Mira directamente a Oleg, que rápidamente responde del mismo modo. Después de algunos intercambios como este, se vuelve hacia Tolya y hacia mí con una mirada expectante en su rostro.

Miro a Tolya. Está tan perdido en la conversación como yo. Habla un ruso espeso y arcaico, y difícil de procesar.

—Hablen —se queja Oleg en voz baja.

—Discúlpenos, gran *pakhan* —dice de repente Tolya con una leve reverencia—. He estado atrapado en una prisión estadounidense durante quince años sin nadie con quien practicar nuestra lengua materna. Y este… —me señala con el pulgar—. …nunca tiene muchas ocasiones de hablarlo. Niños americanos; ¿qué se va a hacer?

Los hombres nos miran fijamente durante un largo momento de silencio.

—Americanos —murmura el Gran *Pakhan* Zakrevksy en un inglés con acento. Luego se ríe y rápidamente se le unen sus hombres—. Vale, vale. Su padre me dice que hay problemas en Estados Unidos con los que necesitan ayuda. Le pido sus experiencias, ya que ha estado aquí durante la mayor parte de la última década —su mirada se dirige a mí—. Tú, Demyen, te has adaptado bastante bien allí. ¿Realmente necesitas esa ayuda?

Le doy un lento asiento. —Las tensiones con los Yakuza locales han dado lugar a amenazas

contra el público en general, incluyendo un tiroteo masivo a una escuela primaria.

Esto genera una ola generalizada de murmullos de desaprobación. Lo tomo como mi señal para continuar.

—Como quizás ya sepan, descubrimos la verdad detrás del encarcelamiento de mi hermano y la participación del oficial que lo arrestó, que desde entonces ha seguido viviendo su vida sin control ni castigo. Prospera en su carrera dentro del departamento de policía y continúa traficando mujeres desde las celdas de la cárcel hacia la red internacional del mismo líder Yakuza.

—Está claro —interviene Oleg—, que es imperativo reunir refuerzos para poner fin a esta lucha de una vez por todas. Con su permiso, gran *pakhan*, cortaremos los lazos con este aliado traicionero y destruiremos su empresa. Dejemos que Raizo Watanabe sea un ejemplo para cualquiera que se atreva a actuar contra nuestra familia.

—En realidad… —abro mi chaqueta y saco la pila de papeles doblados que he estado guardando desde que los imprimí anoche—. …Raizo no es quien tenía en mente.

El Gran *Pakhan* Zakrevsky acepta los papeles que le ofrezco con una mirada confundida. Doy un paso atrás y le doy un amplio margen para leer la información.

Silencio de nuevo. Denso. Impenetrable.

—¿Es esto cierto? —Zakrevsky le grita a Oleg una vez que termina de leer.

El viejo farfulla. —Perdóname, gran *pakhan*, pero yo no…

—¿No sabes nada sobre estos fondos? ¿Desviados de lo que reconozco que son mis propios hombres de confianza, sentados aquí conmigo ahora mismo? —resopla y lee la primera página —. Lev, ¿sabías sobre esto? Al parecer, le diste a este hombre doscientos cincuenta mil dólares americanos.

—¡Joder qué no lo hice! —uno de los *vors* se pone de pie de un salto. Lev, supongo—. Lo juro…

El Gran *Pakhan* Zakrevsky levanta una mano paciente y en silencio le insta a calmarse y sentarse. —E Ilya, parece que has sido todo un benefactor para nuestro invitado. ¿Estoy seguro de que últimamente has notado que faltan novecientos cincuenta mil dólares en tus cuentas?

Otro hombre sentado cerca suyo frunce el ceño. —Me dijeron que había un error contable.

Miro a Oleg. Él simplemente está ahí parado, atónito.

Atónito… y aterrorizado.

—Si pasas a la página cinco, notarás algo bastante interesante —sugiero—. Creo que esos son los grupos de mercenarios que mi padre financió para hacerse pasar falsamente por los Yakuza. Ahora, mis informantes han confirmado la participación de los hombres de Raizo Watanabe, pero fue en el entendido de que ambas partes estaban trabajando en conjunto.

Oleg se gira hacia mí. —Cierra la puta boca…

—Incluido —continúo, alzando la voz para que me escuchen por encima de él—, el tiroteo en la

escuela de Las Vegas.

Él se detiene en seco.

La habitación se vuelve sepulcralmente silenciosa.

Ahora tengo toda la atención de la sala. Respiro profundamente y doy un paso adelante, plenamente consciente de que lo que diga a continuación puede significar literalmente vida o muerte. —Gran *Pakhan*, me mantengo fiel a nuestro ideal de que la familia lo es todo. Lamentablemente, mi padre no respeta este código. Intentó secuestrar, agredir y asesinar a mi novia. Envió mercenarios para aterrorizar la escuela de mi hija y luego secuestrarla, lo que a su vez costó la vida a muchos soldados leales de Bratva. He tenido que presentar disculpas formales y regalos de condolencias a las familias que ahora son viudas y huérfanas de padre porque a este hombre no le importa nada ni nadie más que él mismo. Todo esto, combinado con varios ataques diseñados deliberadamente para desviar mi venganza contra Watanabe. Pero, para ser honesto… —suspiro—. Preferiría entregar todo lo que tengo que perder a mi familia.

El gran *pakhan* escucha atentamente y reflexiona en silencio durante un largo rato después de que termino.

Después de un momento y unas cuantas miradas rápidas a ambos lados de su séquito, saluda con la cabeza a los guardias que están junto a las puertas.

—¿Qué? ¡Espera! —Oleg grita cuando se abalanzan para agarrarlo por los brazos y tirarlo hacia adelante—. ¡Espera! ¡Esto es una locura! ¡Debo hablar en mi defensa contra estas mentiras!

—¿Qué defensa tienes? —el gran *pakhan* parece mitad divertido, mitad furioso—. Veo documentos que serían difíciles de fabricar. Escucho historias que tienen sentido frente a tus propias mentiras. Has robado a mis hombres. ¿Y vienes aquí, a *mi casa*, a exigir recursos a los que no tienes derecho?

Tolya respira hondo.

—Por tus crímenes contra nuestra Bratva, crímenes contra tu familia y crímenes que estoy seguro pronto serán descubiertos después de que mis hombres lleven a cabo una investigación exhaustiva… tú, Oleg Zakrevsky, que no eres digno de nuestro nombre… tu castigo es la muerte.

Como un idiota, Oleg se ríe. —¡No puedes hacer esto! —lucha contra los guardias, riendo y gritando como si estuviera perdiendo la cabeza. Por lo que sabemos, probablemente lo haya hecho—. ¡Lo he dado todo por esta Bratva! ¡He hecho todo por nuestra familia! ¡No estarías donde estás sin mí!

El Gran *Pakhan* Zakrevsky arquea una ceja tranquilamente. —*Chestno govorya, ya dazhe ne znayu, kto ty.*

Maldición.

Puede que no hable con fluidez, pero incluso yo entiendo un insulto cuando lo escucho.

Ni siquiera sé quién eres.

Oleg es sacado a rastras de la habitación, gritando blasfemias y promesas de represalias que

todos sabemos que no podrá cumplir. Esta mansión es antigua, lo suficientemente antigua como para que haya una mazmorra real en las profundidades de la estructura.

Él no irá a ninguna parte.

—Díganme —nos dice el gran *pakhan* a Tolya y a mí una vez que nuestro padre se ha ido oficialmente—, ¿qué es lo que realmente necesitan?

Miro a Tolya. Él se encoge de hombros. —Acabo de salir de prisión por un delito que nunca cometí —se frota la nuca y suspira—. Todavía estoy tratando de averiguar cómo usar mi nuevo teléfono. Pasará un tiempo antes de que pueda pensar en algo que realmente pueda necesitar. Y, con todo respeto, no me sentiría bien pidiéndoselo.

El viejo oso lo mira fijamente. Parpadea. Luego se encoge de hombros. —Me parece bien. He oído hablar de tu difícil situación, Tolya Zakrevsky, y te felicito por soportar tal injusticia con mucha más dignidad de la que te criaron. Para ello, creo que podemos destinar algunos fondos para ayudarte a recuperarte.

Los *vors* murmuran sus acuerdos. Tolya inclina la cabeza, probablemente para ocultar el enrojecimiento de sus mejillas. —Gracias, gran *pakhan*. No desperdiciaré nada de tu generosidad.

Cuando todos los ojos se vuelven hacia mí, sé exactamente qué pedir.

—Necesito verlo morir. Con su permiso, por supuesto —agrego rápidamente.

Me mira con curiosidad. —¿Eso es todo?

Vacilo. Quiero contarle cómo Oleg ha perseguido mis pesadillas durante la mayor parte de mi vida. Quiero contarle cómo ese hombre ha traumatizado tanto a Clara que ni siquiera puedo hablar el poco ruso que sé cuando estoy con ella. Él debería saber que Willow, una dulce niña, ahora tiene manchas de sangre en su almohada porque Oleg la secuestró violentamente en mi propia casa.

En cambio, me lo guardo todo para mí y busco la explicación más fácil. —Nunca le des la espalda a un enemigo a menos que sepas con certeza que está muerto.

—Estoy de acuerdo —asiente—. Hecho. Debo admitir, Demyen, que me sorprende oír hablar de esta familia tuya. ¿No estás casado? ¿Pero tienes una hija?

No puedo evitar sonreír con orgullo. —Es complicado. Pero espero rectificar eso pronto. Y, con tu bendición, quizás algún día traerlas aquí de visita.

El anciano esboza una amplia sonrisa. —Mantente a ti y a los tuyos a raya como lo has hecho, y siempre serás bienvenido aquí. Ahora tendrás que disculparnos. Mis *vors* y yo tenemos algunas cuentas que hacer.

CLARA

Princesa se queja mientras dejamos a Willow para que se prepare para su nuevo día escolar. —Está bien, dulce chica —le murmuro mientras la froto detrás de las orejas—. Es solo un día más en la escuela. Volveremos por ella más tarde, ¿vale?

Recibo un resoplido como respuesta. Es mejor que nada.

Willow quiso que Princesa se quedara con ella como mascota oficial de su salón de clases, pero sin la licencia adecuada… o la raza adecuada… era algo que lamentablemente no podíamos permitir.

Sin embargo, podríamos ser sus escoltas hacia y desde el coche. Después de todo lo que han pasado estos niños, es casi como si Princesa fuera el ángel guardián canino que necesitan ver caminando por la acera, vigilándolos de cerca mientras cuelgan sus mochilas y encuentran sus asientos en la alfombra con estampado de manzanas.

Para ser honesta, mantengo a Princesa a mi lado en todo momento por razones más egoístas. Me siento mejor sabiendo que, incluso sin un arma en la mano o sin Demyen cubriéndome, tengo cuarenta y cinco libras de músculos y colmillos cuidándome la espalda.

—Vamos, arriba.

Princesa salta al asiento trasero, luego sube a la consola y se acomoda en el asiento del pasajero delantero.

Yo suspiro. Ella también hizo esto cuando salimos de casa.

—Vale, está bien. Pero te voy a abrochar el cinturón —afortunadamente, la correa que le compramos para que combine con su arnés tiene una hebilla de automóvil para momentos como este.

Princesa no me causa ningún problema mientras le abrocho el cinturón. Me lame la cara cuando termino y se prepara para el viaje a nuestro próximo destino.

Cada día con ella confirma aún más mis sospechas: ella nunca estuvo destinada a ser un perro violento. Ella simplemente ama, protege y quiere lo mismo a cambio.

Solo los gilipollas de este mundo sacan su lado vicioso.

Tengo otros lugares a donde ir, pero nada en un horario real, así que nos invito a tomar un café

en el auto y una “taza para cachorros”. Para mi sorpresa e inmenso alivio, me había olvidado por completo de la tarjeta de débito que Demyen había creado para mi cuenta de efectivo hace semanas y de cómo, en un viaje rápido con Bambi, la había dejado en el bolsillo de mis pantalones de yoga.

Se cayó de ese bolsillo esta mañana cuando comencé a apilar la ropa sucia. Siento que estoy ganando la lotería de las máquinas tragamonedas otra vez.

No tengo que depender de Martin para una *mierda*.

Bueno, sí tuve que convencerlo para usar mi vieja camioneta que todavía estaba guardada en el garaje. No es mucho, pero es algo… y no fue difícil señalarle a Martin que nuestra hija está en la escuela, que debemos ser padres responsables y estar disponibles para emergencias, que tengo que comprar alimentos, etcétera. Se mostró reacio, pero no irrazonable.

Cumpliré con sus demandas y limitaré mis recados.

Por ahora.

Pero, una vez que nos hayamos adaptado a una rutina predecible, agarraré a Willow y me iré de Las Vegas. Le enviaré un mensaje de texto a Bambi una vez que estemos a salvo y tal vez, con suerte, Demyen nos encontrará dondequiera que vayamos.

Estaba… Bueno, “feliz” no es la palabra correcta. ¿Contenta? Tampoco eso. ¿Capaz? Sí. Era *capaz* de sentarme y esperar a que regresara por nosotras… hasta que Martin comenzó a tratar de seducirme después de que acostamos a Willow en la cama.

Dije que no.

Él dijo que sí.

Yo dije que no otra vez.

Él me empujó sobre la cama.

Yo le di una patada en la ingle, lo empujé y corrí hacia la habitación de Willow.

Él intentó seguirme.

Princesa gruñó una advertencia muy clara de lo que pasaría si se atrevía a poner un pie dentro de esa habitación.

Martin se fue a la cama. Dormí en el suelo junto a Willow, apoyada en el cuerpo acurrucado de Princesa.

Intentó disculparse esta mañana. Le dije que tenía que demostrarlo dejándome usar la camioneta.

Y así, aquí estoy, bebiendo un café con leche descafeinado y aparcando en el estacionamiento del Departamento de Policía de Las Vegas. Martin me está esperando afuera, apoyado en la barandilla y enviando mensajes de texto a alguien por teléfono.

—Quédate —le ordeno a Princesa. Me aseguro de bajar la ventanilla y verter un poco de agua en un pequeño bol que cogí de la cocina antes de irnos—. No tardaré, ¿vale?

Ella mira a Martin. Luego a mí. No hace falta ser un genio para leer su mente.

—Lo sé. A mí tampoco me gusta. Pero tenemos que hacerlo.

Cierro el auto con llave después de otra verificación minuciosa de que Princesa estará bien, luego me dirijo hacia donde está esperando mi aún-ex.

Él cree que volvemos a estar juntos. Le dejaré pensar eso solo durante el tiempo que sea necesario para salir de aquí.

—¿Lista? —me pregunta. Asiento y espero que sea suficiente, pero, por supuesto, nunca lo es con él. Desliza su brazo alrededor de mi espalda y nos lleva adentro.

Solo hace falta una llamada telefónica desde la recepción para obtener permiso para ver al comisionado en su oficina. Martin debió haber hecho arreglos con anticipación.

Una parte de mí sufre por el hombre que podría haber sido. *Este* hombre, el que hace lo correcto y responsabiliza incluso a su propia gente. En las circunstancias adecuadas, podríamos haber sido algo juntos. Hacer algo juntos.

Pero las marcas de arañazos en mi brazo me recuerdan que nadie cambia tan fácilmente. Y es una tontería quedarse esperando a que lo intenten.

El comisionado Jackson nos recibe en la puerta de su oficina con una sonrisa sombría y un firme apretón de manos. —Entren, por favor. Ojalá pudiera darles la bienvenida en circunstancias diferentes, pero nos conformaremos con lo que tenemos.

Lo seguimos hasta su escritorio y nos acomodamos en las sillas que nos ofrece. Martin mueve sutilmente la suya para estar más cerca de mí, así que muevo la mía para alejarme de él. Me lanza una rápida mirada furiosa, pero incluso él sabe que no debe jugar con la delicada situación en la que nos encontramos actualmente.

—Entonces, cuéntenme más sobre sus preocupaciones con el detective Everett —dice Jackson con un profundo suspiro. Se recuesta en su propia silla y nos mira—. Tengo que decir que el hecho de que esté aquí, Srta. Everett, no inspira confianza a su favor.

—Yo…

—Me han informado de sus tratos clandestinos —interrumpe Martin—. Por mucho que me duela decirlo, hay pruebas sólidas que indican que Greg es un policía corrupto.

Espero a que cualquiera de ellos continúe. Prefiero obtener permiso para hablar que ser constantemente interrumpida y anulada por el ego de Martin. Cuando Jackson me hace un gesto para que contribuya, asiento. —No puedo considerarme inocente, señor. Tampoco fui cómplice, pero no puedo evitar sentir que debería haberlo denunciado antes.

Jackson se encoge de hombros. —Eres su hija. Quieres protegerlo. Entiendo.

No, claramente no entiendes. Me muerdo lo que quiero decir, y en su lugar ofrezco una pequeña sonrisa tímida. —Gracias. Yo… yo solo quiero hacer lo correcto.

—¿Ustedes dos tienen pruebas?

Martin asiente y busca una carpeta en el bolsillo de su chaqueta. —Tengo registros policiales aquí…

En silencio, saco mi teléfono, encuentro el archivo de grabación y lo dejo sobre el escritorio del comisionado.

—*Mierda. No pensé que jamás se supiera.*

Jackson se queda quieto. Martin también.

El único sonido en la oficina es la voz de Papá, que cuenta cada sórdido detalle del encubrimiento que envió a un hombre inocente a prisión.

—*…Encontré esa mierda de lobo creciendo en el alféizar de su ventana. Después de la autopsia, digo…*

—*…En el momento en que vi ese informe, supe que la atención se centraría en mí. No importaba si lo maté o no, Asuntos Internos comenzaría a revisar mi mierda y mi vida personal…*

—*…Era como si el universo solo quisiera que me escapara sin sudar…*

Para cuando termina la grabación, ambos hombres están más que cabreados. Martin tiene la cara roja, mientras que Jackson oculta su mirada detrás de un puño cerrado contra su boca.

—Eso es todo lo que tengo en cuanto a confesión —tomo mi teléfono y reviso para asegurarme de que la grabación todavía esté allí. Después de todo lo que ha pasado, nunca puedo estar muy segura de las pequeñas cosas.

Jackson asiente. —Envíamelo.

Hago lo que él dice. Un momento después, la evidencia condenatoria suena en su bandeja de entrada y aparece en la pantalla de su laptop.

Continúa mirando fijamente a la nada. Luego, después de respirar profundamente, se recuesta y presiona un botón en su teléfono de escritorio. —¿Caroline? Reprogramar mis reuniones de hoy. Y consígueme a Kowalski, Brenner, Shanti y Smith. Diles que es urgente.

Trago fuerte y miro a Martin. Todavía está lívido, todavía con ese tono rojo tomate, pero me mira y se acerca para apretarme la mano.

No dice nada. No tiene por qué hacerlo.

Cuando llegan los cuatro detectives de Asuntos Internos, nos separan en diferentes salas de interrogatorio y nos interrogan durante horas. Shanti y Brenner son los dos que se sientan conmigo para recibir mi testimonio. También son los dos que se aseguran de enviar a alguien a ver cómo está Princesa después de que haya pasado más tiempo del que planeé inicialmente.

Esperaba que este fuera un proceso de preguntas y respuestas, dando vueltas a través de los mismos hilos de pensamiento una y otra vez hasta que comprendieran completamente lo que está pasando. Es increíble que su detective principal sea tan increíblemente sucio, pero tengo las pruebas y los nombres de los testigos para verificar todo. Esperaba darles tanto.

Lo que no esperaba era que se abrieran las compuertas. Que yo les cuente todo, y quiero decir *todo*, sobre el infierno al que me sometió mi padre desde pequeña.

Les hablo de mi madre. Sobre los gritos y chillidos que escuchaba cuando todo lo que quería hacer era abrazar a mi osito de peluche e irme a dormir. Sobre las palizas que comenzaron cuando pensó que yo tenía edad suficiente para entender la diferencia entre un accidente y una intencionalidad. Sobre cómo me golpeó para someterme para que yo dijera lo que él quería que dijera y finalmente me usó como peón para encarcelar a un hombre inocente.

Les cuento mis sospechas sobre lo que le pasó a mi mamá. Cómo nadie podrá probar jamás que él la mató, pero yo solo *lo sé*. Siempre lo supe y nunca pude afrontar la posibilidad de frente hasta ahora.

—¿Qué ha cambiado? —Shanti pregunta con gentileza—. ¿Por qué ahora?

Que pregunta tan cargada.

Dejo escapar un largo y pesado suspiro y me dejo caer en mi silla. ¿Cómo digo la verdad? ¿Que un poderoso propietario de un casino que también es básicamente el rey del oscuro inframundo de Las Vegas me enseñó a defenderme?

¿Que un señor del crimen organizado me mostró cómo se supone que es el amor verdadero?

¿Que un gran jefe malo de Bratva demostró cómo los verdaderos padres tratan a sus hijas al ser para Willow lo que ni Martin ni Greg podrían ser para ninguna de las dos?

—He encontrado más amigos que entienden por lo que he estado pasando —es la respuesta con la que me quedo—. Tengo un sistema de apoyo más fuerte. No sé. Supongo… que ahora es el mejor momento. Ya no tengo miedo.

Ella me da una sonrisa tranquilizadora, si no comprensiva. —Eso tiene sentido. Vemos que esto sucede mucho con las víctimas de abuso. Es realmente desalentador cuando el perpetrador es uno de los nuestros.

—Sí —rasco una burbuja en la mesa de vinilo con la uña del pulgar.

—Bueno, eso debería ser todo lo que necesitamos por ahora. Realmente apreciamos su tiempo… y sepa que entendemos lo difícil que debe ser esto para usted.

—Absolutamente —coincide Brenner. Tiene ojos amables y una sonrisa cálida—. Si alguna vez necesita algo, no dude en comunicarse con cualquiera de nosotros.

Asiento y empujo mi silla, necesito terminar y simplemente… aire fresco. Necesito aire fresco.

Martin se encuentra conmigo en el pasillo. Parece tan desgastado como yo, pero el hecho de que nadie lo escolte esposado significa que probablemente logró disimular su propia participación en los negocios de mi padre.

—¿Todo bien? —me pregunta.

Esquivo su intento de darme un abrazo lateral y asiento. —Sí. Solo necesito ir al baño antes de irnos.

—Está bien. Nos vemos abajo, ¿vale?

—Vale.

Espero a que baje las escaleras arrastrando los pies y luego me meto en el baño más cercano. De hecho, sí necesito orinar después de horas en la sala de interrogatorios.

Pero también necesito un momento para ordenar mis pensamientos, mi ingenio y escribir un mensaje rápido.

Saco la nota adhesiva y el bolígrafo que robé de las cosas de los detectives y respiro profundamente.

Esto hay que hacerlo. Ahora o nunca.

Martin Patterson manipuló pruebas para sacar a Tolya Zakrevsky de prisión.

Me quedo mirando las palabras.

Luego le doy la vuelta y agrego: ***También me ha estado agrediendo y golpeando durante años. Por favor ayuden.***

Tiro el bolígrafo a la basura y luego doblo la nota lo más pequeña que puedo.

Mi corazón late contra mi caja torácica cuando salgo del baño. Martin no se ve por ninguna parte; debe estar abajo como prometió y esperando que me reúna con él. No tengo mucho tiempo.

Shanti sale de la sala de interrogatorios y sonríe cuando me ve. Me dirijo directamente hacia ella, lo que hace que su ceño se arrugue con preocupación. —¿Todo bien?

—¡Bien! ¡Genial! —le sonrío y le extiendo la mano—. Solo quería agradecerle por ayudarme a superar esto. Realmente significa mucho.

Ella me da la mano. Mientras lo hace, presiono la nota entre mis dedos en su palma.

Cuando sus ojos se agrandan, sé que sabe lo que estoy tratando de hacer.

—Por supuesto, Srta. Everett. Por favor, avíseme si hay algo más.

Y con eso, tomamos caminos separados. La detective Shanti se escabulle para leer la nota y yo bajo las escaleras para encontrarme con Martin y planificar nuestros próximos pasos.

Aunque me detengo a mitad de camino. Puedo verlo junto a la puerta principal, charlando con el recepcionista y prestando más atención a su teléfono que cualquier otra cosa… o cualquier otra persona… a su alrededor.

Así que tomo mi teléfono y abro mis mensajes de texto. ***Está hecho***, escribo. ***Ambos están listos***. Casi lo dejo así, pero algo en mi interior me dice que le dé a Bambi una advertencia justa. ***Tiraré este número. Te enviaré un mensaje desde uno nuevo.***

Considero tirar el teléfono a la basura. Al menos de esa manera, cuando Martin venga a por mí… y lo hará, una vez que Asuntos Internos lo persiga… tendré la excusa de un teléfono perdido, que puede o no ser encontrado por el personal de limpieza mucho tiempo después.

Pero entonces veo a Brenner subiendo las escaleras. Me ve, sonríe y luego, al igual que su compañera, se da cuenta de que tengo algo para darle.

Rápidamente desbloqueo mi teléfono y lo tiro a un bote de basura cercano. Los fajos de papel del interior amortiguan la caída y respiro aliviada.

—¿Has visto mi teléfono? —le pregunto en un tono inocente—. No recuerdo dónde lo puse.

Brenner me mira fijamente durante un momento sin pestañear. Luego, se encoge de hombros. —No lo he visto. Pero puedo avisarte si lo encontramos.

Traducción: Sabré cuando vengan por Martin.

Me encuentro con Martin donde no se ha movido de la recepción y, por una vez, le dejo pasar su brazo por el mío y actuar como si en realidad fuéramos una pareja. Tal vez sea en parte para hacerle un favor después de que realmente hizo un esfuerzo por hacer algo marginalmente ético.

Más que todo es porque necesito que tenga confianza en que esto es real. Somos pareja, nos vamos a casar y no hay forma de que lo deje nunca.

Al menos, no hasta que llegue el momento adecuado.

DEMYEN

La ejecución de Oleg Alexei Zakrevsky se anuncia en toda la Bratva. Por sus crímenes y su traición, lo matarán disparado y luego lo enterrarán en una tumba anónima.

No habrá ceremonia.

No habrá dolientes.

Lo peor para un hombre como él es que no habrá gloria. En lugar de morir frente a enemigos peligrosos y desaparecer en una bola de fuego de infamia, morirá de rodillas por un solo disparo de alguien a quien nunca ha conocido.

Para un hombre como él, eso es casi peor que la muerte misma.

Tolya y yo regresamos a la hacienda Zakrevsky la noche siguiente para asistir a la ejecución. Según tengo entendido, esto normalmente habría tenido lugar el mismo día de su sentencia, pero el hecho de que robó a tanta gente dentro de la Bratva retrasó el proceso a través de su investigación.

A juzgar por las siete personas adicionales alineadas a cada lado de él, supongo que descubrieron cómo logró hacerlo.

Pakhan Zakrevsky nos saluda solemnemente a Tolya y a mí cuando entra al patio. —Si tienen algo que decirle, háganlo ahora.

Es un raro favor en estas circunstancias. No lo daremos por sentado.

Me hago a un lado para que Tolya pueda tener la primera palabra como el mayor. Camina hacia donde está nuestro padre de rodillas, amordazado y atado.

No estoy seguro de qué espero que diga Tolya. *¿Gracias? ¿Al menos ya estoy fuera?*

No se pronuncian palabras significativas. Todo lo que hace es escupir al suelo frente a Oleg, murmurar una maldición en ruso y regresar hacia mí.

Me parece bien.

Entre nosotros dos, siempre he sido el más hablador.

—Yo diría que esto es una sorpresa, pero seamos honestos —me agacho frente a Oleg para que

al menos podamos vernos cara a cara. Probablemente por primera y última vez—. Tú y yo sabíamos que este día llegaría. Solo me sorprende que no sea en *mi* patio.

Oleg gruñe algo dentro de su mordaza. No estoy precisamente dispuesto a quitarle la tela para poder escuchar cualquier tontería que quiera decir.

—No quiero ser grosero con nuestros anfitriones, así que haré esto rápido. Eres un hijo de puta enfermo y mereces algo mucho peor que esto. Eres un traidor a tu propia familia. Ni siquiera sabes lo que significa *bratva*. ¿Pero lo peor de todo? Eres un jodido cobarde, preferirías cambiar a una niña inocente para conseguir lo que quieres que encontrar otra manera. Toda esta pompa y desfiles como si fueras un tío rudo internacional y ¿sabes lo que encontré? *Mentiras*. Todo ello. Has estado endeudado con Raizo Watanabe durante años y pensaste, ¿qué? ¿Pagarle comprando a mi novia?

Decirlo en voz alta hace que todo lo que hemos descubierto suene mucho más ridículo. También es cierto: Oleg apenas tiene dos centavos para juntar. El dinero que gana… *ganó*… con sus redes de tráfico financió su estilo de vida extravagante, pero no se destinó a pagar sus deudas.

Así que mintió. Mintió, engañó y robó no solo a sus propios hombres y aliados, sino también a las mismas personas que supervisan nuestra operación a nivel internacional.

Los otros hombres que ahora tiemblan de rodillas, esperando sus propias ejecuciones, son los mismos hombres que canalizaron los detalles de la cuenta a Oleg para que pudiera robar fondos sin que nadie se diera cuenta.

—Eres patético —suspiro y sacudo la cabeza—. Y solo eres jodidamente triste. Triste, pequeño e insignificante. Una vez que esto termine, todo lo que serás será una mancha en este jardín helado. ¿Valió la pena?

No espero una respuesta. Me levanto y me reúno con Tolya, que observa todo con considerable inquietud.

Alguien grita una cuenta regresiva.

—*¡Tri!*

Oleg endereza su postura.

—*¡Dva!*

Tolya contiene la respiración.

—*¡Odin!*

Una a una, y sin embargo de alguna manera todas al mismo tiempo, las cabezas explotan. La sangre salpica por todas partes. Los cuerpos caen al suelo.

Y Oleg Alexei Zakrevsky ya no existe.

No me muevo. Tolya tampoco.

—Ustedes dos son bienvenidos a regresar a Estados Unidos —nos dice el gran *pakhan* al salir—. Vuelvan con sus familias. Solucionen este lío con los Yakuza.

Ambos suspiramos como si el peso de la opresión de Oleg finalmente se disipara. En cierto sentido, así es.

En otros sentidos, permanecerá con nosotros hasta nuestros últimos días.

Tolya apoya una pesada mano en mi hombro. —Tiene razón —murmura—. Tenemos cosas que hacer.

Lo escucho. Los escucho a ambos. Supongo que solo necesito un momento para procesar la vista que tengo ante mí, la cabeza de Oleg esparcida por un elegante patio con jardín. De su sangre acumulándose en el suelo oscuro de un lecho de ranúnculos.

Clara estaría orgullosa de que yo siquiera sepa cómo se llaman.

Se sentirá aún más aliviada al saber que su peor pesadilla ha muerto.

CLARA

Hasta ahora, todo bien.

Martin intentó aprovechar nuestro “tiempo para vincularnos” intentado romance físico cuando llegó a casa, pero lo detuve corriendo al baño y gritando que tenía diarrea explosiva.

Es estúpido, lo sé. Pero fue todo lo que pude pensar.

Por suerte para mí, se lo creyó. Me dio una mirada extraña después de que hice varios horribles ruidos (falsos) en el baño y me preguntó si todavía podía preparar la cena. Willow salió de su habitación para preguntarme si estaba bien.

Princesa me hizo un favor al expulsar gases cuando me revisó en el baño. Martin percibió un olor y me evitó a mí, al baño y a esta parte de la casa en general.

Gracias a Dios por los pequeños favores.

Y por los perros con sistemas digestivos rancios.

Martin me deja en paz mientras se prepara para ir a trabajar. Todavía duermo en la habitación de Willow pero él no menciona el tema. Espero que piense que solo necesito tiempo para reajustarme con ella. Él está tratando de conectarse con ella y convertirla en su “niñita”, pero nuevamente, es demasiado poco, demasiado tarde.

Esta vez, cuando dejo a Willow, la convenzo de que Princesa necesita quedarse en casa para “cuidar el fuerte” mientras yo hago algunos recados. Ella hace pucheros, pero acepta, y la instalamos en su salón de clases para pasar el día sin problemas.

Martin está en el trabajo. Willow está en la escuela.

Tiempo de moverse.

La verdad es que necesitaba a Princesa en casa para que actuara como una especie de sistema de alarma. Si puedo oírla cuando llego, sé que hay alguien más aquí. No puedo darme el lujo de correr ningún riesgo con lo que estoy a punto de hacer, así que necesito toda la ayuda posible.

A pesar de los mejores esfuerzos de Martin por convencerme de que termine de desempacar, logré retrasarlo inventando excusas como “todavía estoy organizando” y “no estoy segura de qué quiero conservar o tirar”.

Cuando, en realidad, mi instinto decía que hoy llegaría más temprano que tarde.

Entro corriendo a la casa tranquila y Princesa me recibe en la puerta de inmediato. Después de un rápido masaje en la cabeza y un premio, paso junto a ella y empiezo a tirar la ropa de Willow en una mochila.

¿Puedo comprarle ropa nueva después de que nos vayamos? Sí.

¿Quiero arriesgarme a que queden rastros documentales al usar mi tarjeta de inmediato? No tanto.

Mi ropa es aún más fácil de empacar pues básicamente he estado viviendo de la maleta prestada de Demyen. Todo lo que necesito tomar son mis artículos de tocador y arrojo el cepillo de dientes de Willow junto con el mío.

Me detengo para echar un último vistazo a la estrecha sala de estar, la pequeña cocina… la vida diminuta, miserable y enjaulada que Martin quería que viviera.

Si el incendio provocado no fuera un delito grave, llevaría una cerilla a todo este maldito lugar.

Princesa no necesita una correa que la guíe hasta la camioneta… corre fuera de la casa y se dirige directamente a su lugar favorito en el asiento delantero. Cuando siente que estoy tardando demasiado en sacar la maleta, se queja y aúlla hasta que abro el maletero.

—Sí, sí. Lo sé. Tenemos que irnos.

Estoy casi lista para irme cuando miro dentro del garaje. La estación de trabajo muy abandonada de Martin está allí, llena de equipos de primera línea que juró que usaría pero que nunca tocó una vez que estuvieron fuera del paquete.

No sé por qué, pero la caja de herramientas sobre el banco de trabajo me intriga. Le hago un gesto a Princesa para que se quede dentro del auto mientras miro dentro del garaje.

No tiene polvo como las herramientas.

De hecho, parece que lo han movido recientemente.

La curiosidad se apodera de mí. Me deslizo dentro y me acerco de puntillas a la caja de herramientas con solo la luz del sol brillando a través de los huecos en los listones de la pared iluminando mi camino. Me estremezco cuando los pestillos se abren con un ruido fuerte, pero también me recuerdo a mí misma que Martin está en el trabajo.

Mierda.

Esta cosa está *llena* de dinero en efectivo.

Ni siquiera pienso en ello… me lo llevo todo. No hay tiempo para contarlo u ordenarlo. Solo cierro la tapa y lo llevo conmigo, prácticamente arrojándolo al maletero.

Considéralo manutención infantil.

El motor apenas se escucha en mis oídos, mi corazón late demasiado fuerte. Salgo del camino de entrada en reversa, giro la camioneta y empiezo a conducir los quince minutos que me lleva regresar a la escuela de Willow.

Lo estoy haciendo.

De hecho, lo estoy haciendo.

No iré a un casino por capricho ni me dejaré llevar por un no del todo caballero con una armadura destartalada.

Nos sacaré a mi hija y a mí de Las Vegas, tal como quise desde el principio.

¿Y sabes qué?

Se siente *jodidamente increíble.*

Me río. Me río y me río, y luego me río un poco más. Ese idiota de Martin no sabrá qué pensar cuando vea que nos fuimos. Probablemente ni siquiera se dará cuenta de que encontré su caja de herramientas hasta que sea demasiado tarde y estemos en Canadá, Barbados o en la puta luna.

Lo vamos a hacer, bebé. Mamá te tiene.

Mamá también está yendo diecinueve por encima del límite de velocidad. No me doy cuenta hasta que las luces rojas, blancas y azules empiezan a parpadear detrás de mí.

Mierda.

Algo en mis entrañas me dice que siga adelante, que no me detenga.

Pero ese "algo" no tendrá que lidiar con las consecuencias de evadir a un oficial de policía, especialmente como hija de uno. Así que hago lo que haría cualquier persona normal que no huye de su ex y me aparco a un lado de la carretera.

Princesa está tan inquieta como yo. Ella gime y se revuelve en su asiento, ansiosa por liberarse de la suave sujeción del cinturón de seguridad.

El oficial sale del auto.

Y mi corazón cae en picado.

Joder.

No, no, no, no…

Martin se ajusta sus gafas de sol y se acerca a la ventana del lado del conductor que ya bajé antes de ver quién era. —Vaya, vaya, vaya —arrastra las palabras—. Parece que me encontré con una pequeña sexy demonio de la velocidad. ¿Cuál es la prisa, bebé?

Respira. Joder, respira.

—Escuchaba una buena canción en la radio —miento entre dientes—. No me di cuenta de que estaba moviendo el pie.

—Ah, ¿sí? —se ríe y se apoya en el marco de la puerta—. ¿Cuál?

No puedo pensar en nada. Mi mente en pánico está completamente en blanco. —Er, no lo sé. Solo era buena.

Martin asiente y tamborilea con los dedos en el techo del auto. —Pensé que ya estarías en casa. Sinceramente, me sorprende verte por ahí.

Por favor… por favor no veas las maletas en la parte de atrás. —Nos quedamos sin algunas cosas en casa. Necesitaba ir a hacer compras —rezo para que esto funcione—. Estaba pensando en hacer bistec para la cena.

—Eso suena delicioso, bebé —me sonríe y se inclina por la ventana para darme un beso—. Sabes que eres mi chef favorita.

Me río nerviosamente. Cualquier cosa para que se eche atrás y me deje en paz.

Martin mete la mano… y arranca las llaves del volante.

Me agarra la nuca.

Luego, me golpea de cara contra el volante.

Mi mundo suena. Y gira. Y se llena de ladridos y gruñidos feroces que parecen mantener a raya a Martin.

Hay sangre por todo el volante. Completamente sobre mí.

—Crees que eres tan jodidamente inteligente, ¿ah? ¡¿Ah?!

Su voz suena lejana. Pero, cuando miro hacia arriba, su rostro está a centímetros del mío. Rojo brillante y escupiendo saliva cada vez que habla.

—Intervine tu teléfono, perra estúpida. También rastreé este auto. Sé que fuiste tú quien me delató. ¿Crees que eres tan inteligente? ¿Crees que puedes jugar conmigo y luego huir?

Vuelve a agarrarme del cabello. Esta vez, sin embargo, es Princesa la que lo agarra, con los dientes firmemente apretados sobre su brazo.

Martin grita.

Princesa toma eso como una señal para soltarlo, pero gruñe y se prepara en el espacio reducido para defenderme hasta el final. Cada centímetro de ella está listo y preparado para atacar.

—¡Sal! ¡Sal del maldito auto antes de que le dispare a tu puto perro!

Sé que lo hará. También sé que pierde el tiempo porque tiene miedo de cómo se verá esto, un oficial apuntando con su arma a una mujer con su perro a plena luz del día.

Me cuesta mucho esfuerzo ver a través de la neblina que ahora golpea mi cráneo, pero logro abrir la puerta y salir a trompicones. Martin me agarra y me golpea contra el costado del auto, acariciándome en una especie de simulacro de búsqueda de cavidades, luego me esposa.

Estoy demasiado mareada para preguntar qué diablos cree que está haciendo. Apenas puedo mantenerme erguida mientras me arrastra hacia el coche patrulla.

—Teníamos algo bueno, tú y yo —Martin me empuja contra el maletero de su coche y me susurra al oído—. Pero solo tuviste que ir y arruinarlo.

Puedo escuchar a Princesa todavía en la camioneta, perdiendo la cabeza. Ella ladra, gruñe, ruge y casi se abalanza sobre Martin, que se mantiene inteligentemente alejado de ella. No se molesta en regresar, pero sí agarra su radio con una mano mientras agarra mis manos esposadas con la otra para decirle al despacho que encontró "un auto abandonado con un perro adentro".

Mío, quiero gritar. *Es mi carro. Mi… mi perro.…*

No me dejará dejarlo.

—En un mundo perfecto, Clara, te follaría aquí y ahora —Martin me agarra el culo y lo aprieta dolorosamente—. Te follaría muy fuerte sobre la parte trasera de este auto, quisieras o no. Pero no tenemos tiempo y hay demasiados testigos.

Él tira de mis manos de nuevo y tropiezo, me tambaleo, luego caigo… caigo… caigo…

La puerta del maletero se cierra de golpe.

Estoy en el maletero de su patrulla. Martin Patterson, que alguna vez fue el amor de mi vida y padre de mi hija, oficialmente me ha secuestrado.

Solo Dios sabe lo que hará a continuación.

DEMYEN

—¿Ella está *qué*? —alzo una mano que Bambi no puede ver. Mis nervios están destrozados desde que despegamos de Sochi hace horas, y esto no ayuda en nada—. Cálmate, Bam. ¿Qué está sucediendo?

—¡Clara ha desaparecido!

Retiro lo que acabo de decir. *No te calmes. No te calmes en absoluto.*

La mirada de Tolya se fija en la mía cuando escucha claramente los gritos a través del teléfono. Respiro hondo y me obligo a no sacar las conclusiones más apresuradas. —Vale. Vale. ¿Cómo sabemos esto?

—Por el amor de Dios… ¡estoy en la puta escuela, Demyen! ¡Terminó hace más de una hora y no se encuentra a Clara por ningún lado! Tuvieron que llamarme para que viniera a buscar a la pobre Willow que no para de llorar…

Puedo escuchar a mi bebé sollozar a lo lejos. Su vocecita tiene hipo y por un breve momento, la voz de Bambi se apaga cuando presumiblemente se da vuelta para preguntarle a Willow si quiere… suena como algo que tiene que ver con abrazos y osos.

—…y Pav acaba de enviarme un mensaje de texto porque hubo una llamada extraña a través del despacho de la policía de Las Vegas acerca de un auto abandonado con un perro…

En este punto, tiene más sentido ponerla en altavoz para que Tolya también pueda escuchar. Él frunce el ceño y me formula su pregunta. —¿Perro?

Asiento, tratando de ignorar las náuseas que se acumulan en la boca del estómago. —¿Ya lo recogieron?

Bambi resopla con irritación. —¡Joder si lo sé! Escucha, tengo que lidiar con Willow y ver si Roxy tiene alguna idea sobre qué hacer. ¿Cuándo vas a volver?

—Aterrizaremos en solo unos minutos —trago fuerte y respiro profundamente unas cuantas veces—. Ya vamos, ¿vale? Estaremos allí mismo.

No sé quién cuelga primero y no me importa. Lo único que me importa es bajarme de este puto avión y descubrir dónde carajo está Clara.

Si Martin es el responsable…

Él deseará que lo mate. Sería mejor de lo que realmente pretendo hacer.

—Oye —Tolya me da un codazo con el pie mientras tomamos asiento y nos abrochamos el cinturón para aterrizar—. Estoy aquí contigo. Encontraremos a Clara y nos aseguraremos de que tu familia esté a salvo. ¿Vale?

Quiero abrazarlo. Decirle que me alegro de que haya vuelto y que lamento que haya tardado tanto.

Pero no tenemos tiempo. El avión desciende, tocamos un pavimento liso y, mientras rodamos por la pista, me recuerdo a mí mismo que este no es el momento para dejar que mi ansiedad y mi pánico invadan mi lógica. Tengo que estar bien. Tengo que estar tranquilo. Tengo que…

Tengo que encontrar el puto interruptor del escondite de armas en este avión.

Porque nos están atacando.

Las balas acribillan el costado de mi avión y al instante estoy más que cabreado. La azafata grita y vuelve corriendo al interior, con el brazo cubierto de sangre debido a un roce en el hombro. Tolya y yo rápidamente la llevamos a la seguridad del dormitorio del jet, luego tomamos nuestras armas del escondite dentro de la mesa de café.

El cuerpo de mi piloto bloquea la salida. Su copiloto está desplomado contra la puerta de la cabina. Ambos están muertos, su sangre salpicada por toda la zona de embarque.

Tolya pasa a mi lado y comienza a disparar. Después de algunos gritos, rápidamente asiente y me hace un gesto para que lo siga. —Abrí un camino. ¡Vamos!

Es un respiro corto. A medida que bajamos las escaleras, más balas pasan silbando por nuestras cabezas y cuerpos, y lo único que podemos hacer es escondernos detrás del camión de carga más cercano para cubrirnos.

—¿Quiénes carajo son estos tipos? —grita Tolya por encima del fuerte eco de los disparos.

—¡Yakuzas!

Esta vez, es literalmente Yakuza, no algunos títeres contratados disfrazados de gánsteres japoneses. Oleg no está aquí para joderme agregando sus mercenarios, y resulta que tengo algunas ideas de por qué Raizo está detrás de mi cabeza. Y la de Tolya, por asociación.

Lo retiro… Oleg ni siquiera tiene que estar vivo para seguir jodiéndome. Es su culpa que sus dos hijos ahora estén luchando por descubrir cuántos mafiosos japoneses cabreados están tratando de asesinarlos porque no pudo dejarlos en paz. No, tuvo que ir y usar dinero robado de Bratva para pagarle a mercenarios para que *fingieran* ser Yakuza, todo mientras en realidad se unía a la verdadera Yakuza para que cualquier puto caos que quisiera sembrar simplemente… solo…

¿Sabes qué? Ya terminé de intentar descubrir cuál carajo era el plan de juego de ese gilipollas.

También terminé de recibir disparos.

Giro alrededor del camión de carga y disparo algunos tiros a los tiradores más cercanos. Fallo uno, pero le doy al otro en el pecho.

Cuando vuelvo a girar, Tolya toma mi lugar y remata a un tipo mientras derriba a un tercero.

—¿Tienes un coche? —pregunta.

—Dios, eso espero —reviso mi munición y le lanzo un cargador de repuesto que tuve la presencia de ánimo de coger del avión—. Si a estas alturas no es queso suizo, está detrás del hangar.

Tolya asiente. —Te veo ahí —y, antes de que tenga oportunidad de protestar, sale corriendo disparando y se dirige a la puerta trasera del hangar.

Joder.

Me armo de valor para el ataque que se avecina. *Que no te disparen*. Tengo mucho que perder esta vez.

Mi propio intento de correr locamente hacia la salida trasera es interrumpido por un gilipollas con un automático. Tengo que tirarme al pavimento solo para evitar la ráfaga de balas que pasan volando por encima.

Me pongo boca abajo y escaneo el hangar hasta que lo veo, luego hago algunos disparos más hasta que lo oigo gritar y lo veo caer como un saco de patatas.

De repente, una larga sombra me cubre. Es la única advertencia que recibo antes de que el lugarteniente de Raizo apunte su arma directamente a mi cabeza.

Me las arreglo para alejarme justo a tiempo. El sonido de la explosión es casi ensordecedor. Se prepara para el siguiente disparo, pero yo no estoy jodiendo… balanceo las piernas y lo atrapo detrás de las rodillas. Él grita de sorpresa y le arrebato el arma de las manos mientras cae al suelo.

—¡¿Cuál es tu puto problema?! —exijo, azotándolo con la culata del arma. Podría dispararle a quemarropa donde lo tengo, pero necesito algunas malditas respuestas.

El teniente se ríe. Jodidamente se *ríe*. La sangre gotea de su boca y su ojo comienza a hincharse bastante rápido, pero aparentemente encuentra algo jodidamente gracioso en esto.

—¡No puedes engañar a Raizo! —escupe entre risas—. Le debes un montón de dinero, tú…

—Despide a tus hombres y hablaré con Raizo —no puedo creer que todo esto sea por algo tan jodidamente estúpido. Por supuesto, no hay manera de que los *vors* de Zakrevsky en Sochi simplemente dejen escapar cincuenta millones.

—¡Es demasiado tarde! ¡Le debes mucho más de lo que puedes costearte!

Los ataques. La fábrica. Las esclavas.

Se trata de algo más que dinero y algunos malentendidos.

—No te preocupes —se ríe—. He oído que esa guapa zorra va por aún más ahora que hay historia.

—¡¿Qué carajo dijiste?!

Pero no espero a que responda. Lo vuelvo a golpear con la pistola, luego presiono el cañón contra su cabeza y aprieto el gatillo.

Estoy más que cabreado. El próximo hombre que se abalanza sobre mí no recibe el rápido disparo de una bala en su cerebro porque necesito destruir algo con mis propias manos. Agarro su arma y tiro las dos a un lado para poder golpear su trasero hasta convertirlo en una pulpa sangrienta.

Él me da algunos golpes duros, eso le concedo. Siento un crujido en una costilla cuando tira de mí hacia abajo y golpea su rodilla contra mi costado al mismo tiempo. Eso solo alimenta mi ira y le rujo, tirándolo al suelo para golpearle la cara hasta que deje de moverse.

Un vistazo rápido al hangar me dice que Tolya está lidiando con su propio grupo de atacantes, uno de los cuales es lo suficientemente estúpido como para intentar capturarlo también con las manos desnudas. Tolya hace un trabajo rápido rompiendo el cuello del hombre, pero no ve al segundo sacar un arma detrás de su espalda.

No pienso. Solo apunto.

BANG.

El potencial tirador cae muerto.

Es una ruptura en el caos que necesito aprovechar. Si los Yakuza se están reagrupando o si realmente están muertos no es algo que tenga el tiempo o la fuerza de voluntad para comprobar… solo necesito llegar al Hummer escondido atrás.

—¡Vamos!

Tolya se coloca detrás de mí, revisando constantemente nuestras espaldas en busca de tiradores sorpresa. —Creo que se están reagrupando —confirma.

—Déjalos. No estaremos aquí cuando lancen otro ataque —abro la puerta trasera de una patada y suspiro de alivio. El Hummer todavía está bajo la lona.

Y las llaves todavía están dentro.

No perdemos tiempo en cargarnos y encenderlo. Tal como siempre ordeno, el tanque está lleno y todo en el tablero indica que se le ha hecho mantenimiento.

No jodo con el destino. La suerte nunca ha sido realmente una aliada, así que siempre me aseguro de estar preparado para los peores escenarios.

Tolya gruñe y sisea mientras se abrocha el cinturón. Rápidamente lo miro y noto más de unos pocos rastros de sangre en él. —¿Estás bien?

—Sí —hace una mueca—. Simplemente siento que atraje más balas de las que esquivé. Pero no te preocupes por mí. Tenemos que llegar a Clara.

No tiene que decírmelo dos veces.

Vuelo el Hummer alrededor del patio trasero del hangar y estallo en lo que definitivamente estaba destinado a ser nuestra segunda ronda del infierno Yakuza. Sin embargo, los tomamos por

sorpresa y, literalmente, arrasamos a un puñado de personas que tuvieron la mala suerte de estar en el camino.

Algunas balas más perforan los costados del Hummer. No intento tomar represalias. Les llevará más de unos minutos subirse a los vehículos y perseguirnos, y para entonces estaremos fuera de su alcance.

Mantengo un ojo en la carretera mientras sincronizo mi teléfono con el sistema del Hummer. En el momento en que suena un pitido de confirmación, presiono el nombre de Pavel en marcación rápida. —Háblame.

—¿Buenas o malas noticias primero?

—Malas —responde Tolya por mí.

—Raizo definitivamente está cabreado. Tiene a Clara, gracias a Patterson. Parece que, ahora que Greg está fuera de escena, Raizo necesita una nueva "entrada" y tiene la mira puesta en…

—Espera. ¿Qué quieres decir con "Greg está fuera de escena"?

La sonrisa de Pavel es obvia por el cambio en su voz. —Nuestra Clara ha sido una señora muy ocupada. La policía de Las Vegas está sumida en un caos total por la investigación que abrió sobre la cabeza de su padre. Está bajo custodia y no verá la luz del sol durante mucho tiempo.

—Supongo que esas son las buenas noticias.

—En parte —su voz se vuelve seria otra vez—. Tenías razón. Raizo la ha estado monitoreando durante semanas. Se dice en la calle que él tenía sus propios planes para arrebatársela a Oleg, y ahora que se ha ido y Greg está bajo arresto domiciliario…

Arrugo la frente. —Pero está con Martin. Bambi dijo que él fue quien se la llevó.

—Cierto. Y, gracias a la extraña obsesión de Raizo por ella, sabemos exactamente dónde están.

No me di cuenta de que había dejado de respirar por completo hasta que ese suspiro de alivio me recorre. —Por favor dime…

—Willow está a salvo. Está conmocionada, pero logramos recuperar a Princesa de la custodia policial una vez que la vieron calmarse instantáneamente con la niña. También me debes unos cientos de dólares.

—Ayúdame a recuperar a Clara y te daré un aumento de sueldo permanente.

—Mierda, eso lo haré gratis. Te envío las coordenadas ahora.

Cuando el mapa aparece en la consola de navegación, me siento empezar a apretar el volante con los nudillos blancos.

Clara está bien. Ella tiene que estar bien. Martin no haría…

Por favor, Dios.

Deja que ella esté bien.

CLARA

Me *duele* jodidamente la cabeza.

Empiezo a entender por qué Demyen es tan malhablado la mitad del tiempo. Si constantemente me golpearan y lastimaran así, sería exactamente igual.

De repente, luces brillantes llenan mis ojos y no hacen nada para aliviar la migraña palpitante en mi cráneo. El único respiro es la sombra oscura de Martin cuando se pone delante de ellos.

Por otra parte, creo que prefiero estar cegada.

—Despierta y andando, cariño —se agacha y me levanta por un mechón de cabello, sacándome del maletero de su patrulla.

Estoy esposada, desorientada y rápidamente pierdo la paciencia.

Y entonces el pánico me atraviesa. *Willow*. Ya es el atardecer y aparentemente estamos en una especie de depósito de camiones contenedores, lejos de los límites de la ciudad y de la escuela de Willow.

Se suponía que debía recogerla.

Rápidamente me recuerdo a mí misma que debo hacer un inventario antes de caer en un estado de pánico del que no podré salir. Su escuela sabe que tenemos “circunstancias especiales” con respecto a Martin, después de ese intento de secuestro. Demyen aumentó la seguridad después del tiroteo. Y Bambi…

Bambi. Está en la lista de contactos de emergencia. También Pavel y Demyen. Cualquiera de ellos ya la habría recogido y descubierto que algo anda mal.

Las lágrimas me pican los ojos; les echaré la culpa a mis heridas. En verdad, me siento inmensamente aliviada al saber sin lugar a dudas que, pase lo que pase, Willow está a salvo con su nueva familia.

Yo puedo sufrir…

Siempre y cuando ella no lo haga.

—Vamos —se queja Martin, arrastrándome a su lado hasta un pequeño edificio en el borde del depósito—. No tengo toda la maldita noche.

Me empuja a través de un grupo de hombres que creo que podrían ser Yakuza. Si es así…

Ay, Martin. Eres un absoluto idiota.

Efectivamente, Raizo Watanabe está sentado detrás del escritorio principal, contando fajos de dinero en efectivo y escuchando música de ópera. Una mujer vestida únicamente con una combinación de satén y taconcitos le masajea el cuello y los hombros mientras otra se levanta rápidamente de debajo del escritorio y se limpia la boca.

Rápidamente, aparto la mirada. No necesito nuevos recuerdos que reemplacen los ya viejos y terribles.

—¿Quién carajo te dejó entrar aquí? —le grita Raizo a Martin.

—*Ella* lo hizo —finalmente suelta mi cabello, pero solo para empujarme hacia adelante sobre mis manos y rodillas.

Raizo se inclina sobre el escritorio para mirarme. Su frente toca la línea del cabello con sorpresa casual.

Y luego sonríe.

Odio esa maldita sonrisa.

—Bien hecho, detective. Aunque estoy confundido. Recuerdo claramente haberla vendido a… a… ah, claro. Oleg Zakrevsky.

—Zakrevsky está muerto —murmura Martin—. La noticia acaba de llegar a través de informantes. Supuse que querrías recuperarla.

El aire sale de mis pulmones y, por un momento, no puedo respirar.

Oleg. Están hablando de Oleg.

Ahora estoy sin aliento por una razón completamente nueva.

¿Oleg está muerto?

Raizo parece considerarlo por un momento. —No puedo decir que esté sorprendido. Sin embargo, diré que me sorprende que seas *tú* quien me la traiga. Lo último que supe fue que le estabas diciendo a todos los que escucharan que es tu esposa. Así que dime, *detective* Patterson, ¿qué hace un policía aquí entregándome a su esposa?

—Vendiendo —corrige rápidamente Martin—. Te vendo a esta perra ingrata porque estoy cansado de aguantar su mierda. Incluso buscaré un trato contigo solo para capacitarla adecuadamente.

Ay, Martin. Eres un hombre tan, tan estúpido.

Raizo se recuesta en su asiento y despide a sus esclavas con un movimiento impaciente de su mano. Cuando fija su mirada en mí, siento que se me eriza la piel y se me revuelven las entrañas. Me hace un gesto para que me acerque a él y las náuseas no hacen más que aumentar.

Una vez que estoy lo suficientemente cerca, me sienta en su regazo y luego mira a Martin como

si fuera un ratón con el que el gato está a punto de disfrutar jugando.

—Siendo una chica mala, ¿verdad? —Raizo acaricia suavemente mi cabello sobre un hombro—. No podemos permitir eso.

—¡Ella me manipuló! —escupe Martin—. ¡Me hizo entregar a Greg y ahora me están investigando a mí también! ¡Voy a perderlo todo!

—Solo un tonto puede ser manipulado. Eso no es su culpa.

Reprimo un resoplido. Este no es el momento de reírse o ponerse del lado de gilipollas despreciables.

¿Pero la cara de Martin? Me encanta.

—Pero supongo que no se te puede culpar demasiado. Me imagino que su coño es más que adictivo.

Ante esto, Martin frunce el ceño. —No lo sabría. La perra sigue resistiéndome.

Si Raizo parecía sorprendido antes, ahora está francamente en shock. —¿En serio? ¿Todo este tiempo?

—Sí. ¿Qué te importa?

El señor de los Yakuza se encoge de hombros y casualmente frota su mano sobre mi estómago. —¿A mí? Poco. Solo un pequeño inconveniente del que nos ocuparemos cuando llegue el momento. ¿A ti? No puedo imaginar lo que es ver a tu supuesta esposa embarazada del bebé de otro hombre.

Me congelo.

Martin también.

Raizo deja caer su mano sobre mi muslo y continúa irritándome de todas las maneras equivocadas, tanto en sentido literal como figurado. Está jugando un juego jodido y disfruta cada momento de nuestras reacciones.

—Así que parece que estás en un gran lío —continúa con calma, sin mirar más a Martin a pesar de que la conversación definitivamente es para él. Está demasiado ocupado tocándome el cabello y acariciando mi espalda—. Ya que me trajiste a mi dulce Clara y con mercadería *extra*, no tengo problemas para expresar mi gratitud. Dime, Martin, ¿en qué puedo ayudarte?

Martin tartamudea por un segundo y luego sacude la cabeza. —Yo, eh… —él observa a Raizo acariciar mi estómago de nuevo, con la boca abierta. Luego se sacude de nuevo y mira hacia otro lado—. Necesito salir de aquí. Salir del país. No me importa dónde carajo… solo ayúdame a salir antes de que vengan por mí.

Raizo resopla. —Eso es cobardía.

—No, es puta supervivencia. No quiero saber qué les hacen a los policías corruptos en prisión.

—Es justo —se ríe Raizo—. No puedo decir que te culpe. Dalo por hecho.

Martin parece sorprendido. —¿Qué? ¿En serio?

—Siempre y cuando salgas de mi maldita oficina ahora mismo. Espera afuera para recibir instrucciones. Te llevaremos en nuestro próximo envío.

Los hombres se miran fijamente, Martin realmente sorprendido de que su pedido haya sido concedido, y Raizo con no poca impaciencia apenas disimulada. Finalmente, Martin asiente, hace una pequeña reverencia torpemente y sale de la oficina.

Raizo me acerca y se pega contra mi cuello. —Has sido una chica muy traviesa, ¿no? —ronronea en mi oído—. Estoy tan tentado de mantenerte aquí conmigo. Mostrarte lo que es ser mi premio especial.

Algo hace clic dentro de mi cabeza. Algo de hace mucho tiempo, cuando yo era una niña pequeña.

Cuando conocí a Raizo como un hombre completamente diferente.

Reprimo las náuseas para inclinarme hacia él, y su aprobación retumba en su pecho cuando comienza a besar la curva de mi hombro. —¿Puedo preguntarte algo?

Sus ojos se levantan lentamente para encontrarse con los míos. Al principio, me aterroriza haber ido demasiado lejos. Pero luego él inclina la cabeza y asiente levemente. —Por supuesto.

—¿Qué te pasó?

El silencio que de repente llena la habitación es pesado. Tan, tan pesado y lleno de secretos tácitos en los que probablemente no tengo derecho a hurgar.

Pero si me van a vender de nuevo… diablos, si me voy a convertir en *su* esclava personal… creo que, tal vez, en realidad tengo derecho a saber qué pasó con el hombre al que una vez llamé “tío Raizo”.

Lentamente, me empuja fuera de su regazo.

Su toque ya no es sensual ni seductor. En cambio, se conforma con dejarme ir y alejarme de su alcance mientras mira fijamente la parte superior de su escritorio.

Y luego me mira.

Y, por primera vez, veo sus ojos inyectarse en sangre.

—A veces —gruñe—, cuando alguien muere, nosotros morimos con ellos.

No tiene que decir nada más. No necesito una explicación; solo necesito el recuerdo de él y de mi madre. Y el recuerdo de él en su tumba, con rosas blancas en una mano y la otra en un puño mientras miraba a mi padre.

Él amaba a mi madre.

Y su pérdida lo destrozó.

Raizo se aclara la garganta y parpadea para secar las lágrimas no derramadas como si, para empezar, nunca debieran haber existido. —No puedo ayudarte —dice—, aparte de mantenerte

aquí conmigo.

—Con todo respeto, tío Raizo… —sé que es una apuesta enorme, pero no tengo otra opción—. No me sentiría bien con eso.

Él mira la pared. Luego me mira y asiente.

No sé qué les dice en japonés a sus hombres. Los detiene por un segundo antes de que me aparten por los brazos, les da otra orden y luego nos despide con un gesto de la mano.

Me arrastran afuera y me reúno con Martin, que solo me mira con odio en sus ojos mientras ambos somos empujados y movidos hacia los contenedores de envío que llenan el depósito. Pasamos por varios contenedores con las puertas lo suficientemente abiertas como para ver a mujeres paradas dentro; escuchamos a algunas de ellas sollozar y pedirnos ayuda.

Uno de esos contenedores todavía se está cargando. Y al lado, un par de hombres arrojan algunas bolsas en uno vacío y nos hacen señas para que pasemos.

A Martin lo empujan hacia adentro primero. No me tratan con tanta brusquedad, pero se aseguran de que entre sin oponer resistencia.

—Espera aquí —dice uno de los hombres de Raizo—. Iremos a buscarte cuando llegue el momento.

Él cierra la puerta.

Debí haberlo sabido.

CLARA

Es una lástima que la oscuridad total no garantice un silencio total.

Martin siempre ha respirado con dificultad.

—Tú… —gruñe—. Maldita perra.

Pongo los ojos en blanco. No puede verme hacerlo. —Encuentra un nuevo vocabulario, Marty. Estás empezando a repetirte.

—¡Cierra la *puta* boca!

Lo hago. Pero solo porque no tengo mucho para decir. Al menos, no a él. Me alejo con cuidado del sonido de su voz y me acerco a donde estoy bastante segura de que esos hombres nos dejaron un par de bolsas de lona.

Bingo. Mi pie se conecta con un bulto suave, así que me agacho y palpo la cremallera. No sé qué fue todo lo que pusieron aquí y estoy segura de que no confío en nadie, así que, lenta y cuidadosamente, busco en la oscuridad hasta que siento lo que podría… tal vez… ¿ser una linterna?

Lo es. Es una linterna que funciona con pilas. Busco el interruptor y lo enciendo, justo a tiempo para ver a Martin acurrucado y enfurruñado en el rincón más alejado.

Vale. No me importa. Dejo la linterna y uso la luz para revisar el resto de los suministros. Por alguna razón, hay algunas barras de granola y una palanca. La segunda bolsa contiene varias botellas de agua y algunos bocadillos más.

—¿También peleaste con él? ¿O simplemente te recostaste y abriste las piernas como una maldita puta?

Yo suspiro. Ahora, cuando vuelvo a poner los ojos en blanco, me aseguro de que lo vea. —Sigue adelante. Supéralo. Te dejé, rompí contigo… como quieras llamarlo, ya no estaba. Así que sí, encontré a un hombre con el que realmente disfruto compartir la cama. No es que sea asunto tuyo.

No tengo idea de dónde viene este nuevo coraje. La vieja Clara *nunca* le hablaría a Martin de esa manera.

Pero, para ser justos, creo que la vieja Clara murió en la casa de Oleg.

—¿Qué carajo me acabas de decir?

Suspiro de nuevo y me levanto lentamente. Mejor podría confesarlo todo. —Esta es la cuestión, Marty. Aparte de ser un bastardo manipulador y abusivo, no eres tan bueno en la cama. Incluso fuera del dormitorio, tus labios siempre están extrañamente mojadas y tus manos húmedas se sienten *mal*.

—Pequeña…

—En realidad, no, *tú* eres el pequeño. Gracias a Dios, ¿verdad? Digo, también eres un violador y un depredador y algunos incluso irían tan lejos como para llamarte pedófilo por meterte con una menor de edad… pero al menos tienes una polla pequeña. Hace que el trauma sea un poco más fácil de soportar.

Estoy en *racha*. Y me importa un carajo.

Tal vez es eso… simplemente ha dejado de importarme lo que Martin Patterson piense, lo que siente o lo que podría hacer. Estamos encerrados dentro de un contenedor de envío, por el amor de Dios. Desnudo, sin su placa ni su uniforme, porque los Yakuza se lo quitaron mientras me esperaban, es solo un hombre patéticamente insignificante que desearía poder ser algo que no es.

Dejo los insultos donde caen y vuelvo a hurgar en los bolsillos de la primera bolsa de lona.

No veo su rodilla dirigiéndose hacia mi cara hasta que es demasiado tarde.

Mi cabeza retrocede. El dolor florece en mi nariz, que instantáneamente comienza a brotar sangre. Creo que la rompió. No me sorprendería.

El revés viene después. Luego la patada en las costillas, que apenas logro bloquear con el hombro acurrucándome y encorvándome.

Pero luego mueve la pierna y apunta a mi estómago.

Y, cuando hace eso, algo dentro de mí se vuelve *salvaje*.

Me muevo como si hubiera alguien más pilotando mis extremidades. Ni siquiera me doy cuenta de lo que estoy haciendo hasta que es demasiado tarde para detenerlo. Pero, incluso entonces, no pararía.

Porque el repugnante chasquido de la palanca al conectar con su cráneo es música para mis oídos.

Le doy una sólida patada contra su pecho para tener algo de espacio para levantarme. Antes de que tenga la oportunidad de abalanzarse sobre mí nuevamente, vuelvo a mover la palanca y le doy un golpe en las costillas. Más mierda se hace *pop*.

Martin grita. —¡*Perra*!

—¡Tienes toda la razón, soy una perra! ¡Estoy jodidamente embarazada, gilipollas!

Me balanceo de nuevo. Y otra vez. Cada golpe aterriza.

—¡Estoy embarazada! Y tienes razón… me *encantó* abrir las piernas para Demyen, porque ¿sabes qué? ¡Es un *verdadero hombre*!

El siguiente golpe le rompe la muñeca cuando intenta bloquearlo. Grita de dolor, de furia, pero el shock lo tiene congelado en el lugar en lugar de lanzarse hacia mí.

—No eres más que una excusa de hombre quejumbrosa, egoísta y patética —continúo, balanceándome después de cada palabra para acentuar la rabia desenfrenada que ahora corre por mis venas—. Eres tan jodidamente patético que ni siquiera puedes encontrar a alguien de tu edad. ¿Tienes que rogarle a tu jefe por su hija? ¿Merodear por la escuela secundaria local en busca de tu próxima víctima?

Martin jadea. Cubierto de sangre y cojo con media docena de huesos rotos, es casi cómico. —¡Nunca! ¡Solo has sido tú!

—Ay, por favor —le doy a la palanca algunos movimientos de prueba. Realmente empiezo a entender por qué Demyen es quien es. Este tipo de retribución es catártica. Terapéutica—. ¿Crees que eres el único que sabe cómo intervenir un teléfono?

Es una mentira descarada. No sé una mierda sobre intervenir teléfonos. Pero él no lo sabe. Y la expresión de sorpresa, luego de culpa y luego de horror en su rostro me dice todo lo que necesito saber sobre cuán despreciable es realmente este “hombre”.

—Clara, por favor —lucha por avanzar cojeando, con los brazos extendidos—. Bebé, yo… no es lo que parece. Yo solo… soy mentor de estas chicas, y yo…

Lo interrumpo con otro golpe rápido en la espalda. Algo más se rompe. Su grito es interrumpido por un aliento húmedo y aspirante, sus ojos se agrandan y me mira con horror, como si en realidad estuviera aterrorizado de mí.

¿Lo está?

¿Martin Patterson me tiene miedo?

Bien. Debería.

—Eres enfermo —le digo—. Enfermo, patético y no vales mi tiempo —dejo caer la palanca y la escucho chocar contra el suelo metálico del contenedor de envío—. Buena suerte tratando de esconderte de los federales. Me aseguraré de que siempre sepan dónde encontrar tu trasero.

Martin muerde el anzuelo y, tambaleándose entre erguido y despatarrado, despierto e inconsciente, deja escapar un rugido enojado y carga contra mí.

Me agacho bajo su brazo oscilante y me golpeo contra sus piernas.

Ambos nos desplomamos.

Ambos luchamos por la palanca.

La agarro primero.

Mil cosas diferentes pasan por mi mente. Todas me ciegan. Todas me alimentan.

Mi infancia, perdida por el abuso y el terror de mi padre.

Mi inocencia, mancillada y robada por esta enfermiza excusa de hombre.

Todas las demás chicas a las que acaba de admitir haber seducido, acosado y Dios sabe qué más.

Sobre todo, mi niña. Mi dulce niña. Su rostro aterrorizado y lleno de lágrimas cada vez que soportaba al hombre que decía ser su papi gritándole, gruñéndole y golpeándome frente a ella.

No me doy cuenta de que estoy golpeándolo. Ni siquiera siento los crujidos y los golpes sordos contra su cuerpo.

Estoy demasiado perdida en mi propio dolor, mi propio miedo… mi propia *furia*.

Estoy jodidamente harta y cansada de sus tonterías abusivas.

Ya no tengo miedo.

Golpeo y golpeo y golpeo hasta que mis brazos arden como el fuego del infierno. Lo único que me saca de mi neblina cegadora y llena de ira es el silencio que llena el contenedor de almacenamiento. Ya no escucho sus gritos, ni sus llantos, ni sus sollozos.

No escucho nada.

Martin yace en el suelo, bajo la tenue luz de la lámpara de pilas. Es apenas reconocible. Su pecho está hundido y su rostro apenas reconocible. Todos los lugares donde el extremo en forma de gancho de la palanca se clavó en su carne ahora son solo cortes sangrientos y supurantes.

No fue mi intención.

No quise matarlo.

Al menos, no me *propuse* matarlo.

Los últimos momentos regresan como un boomerang a mi conciencia y caigo de rodillas en mi propio shock. Y sangre.

Y sobre todo su sangre.

Acabo…

Acabo de matar a golpes a un hombre.

Maté…

Maté a Martin Patterson.

¿Por qué no lloro? ¿O grito?

¿Por qué…?

¿Por qué de repente me siento…?

…¿libre?

DEMYEN

Salto del Hummer y doy la vuelta al frente, listo para derribar las puertas de toda la puta operación de Raizo.

Tolya me agarra del brazo y me empuja hacia atrás. —Paciencia, hermanito. Me gustaría que no me dispararan, si a ti te da lo mismo.

Odio que tenga razón.

Odio que Clara esté ahí dentro y yo aquí afuera.

Pero sobre todo…

Odio.

Jodidamente.

Esperar.

Pavel se acerca cojeando hacia nosotros, liderando un grupo de hombres armados y listos para asaltar el depósito y acabar con esto de una vez por todas. De ninguna manera está en condiciones físicas para liderar la carga, pero ninguna negociación podría lograr que se quede en casa mientras Clara está en peligro.

—El grupo de reconocimiento acaba de informar que vio a Clara y a Martin salir de la oficina principal —confirma Pavel en voz baja. Se apoya con pesadez contra la parte delantera del Hummer y saca su teléfono. Unos cuantos toques más tarde, un mapa del terreno ilumina su pantalla y lo mueve para mostrarnos el laberinto de contenedores y pasarelas—. Esto es lo que pudimos obtener de los registros de vigilancia y zonificación. El equipo de Mako superpuso los contenedores actuales en el mapa de la ciudad del sitio para que podamos tener una idea clara de cómo navegar por esta mierda.

Trago la bilis que amenaza con subirme por la garganta. Hay cientos de contenedores de transporte en este depósito. Miles, tal vez.

Raizo podría esconderla literalmente en cualquier lugar.

—Fueron vistos por última vez siendo escoltados a uno de los contenedores de envío aquí —continúa mientras se acerca a una sección este del terreno—. También los dejaron solos.

—Entonces, ahí es donde iremos —saco mi arma de la funda para comprobar la munición. Los cargadores de respaldo están sujetos a mi cinturón. Estoy tentado de agregar algunas granadas solo por gusto.

Pero Pavel me detiene, como si supiera exactamente lo que estoy pensando. —Tenemos que ser cuidadosos.

Pongo los ojos en blanco. —No haré estallar a Clara…

—Hay más —su rostro es sombrío—. Más mujeres. Mismo cuadrante. Parece que los está cargando para exportarlos.

Tolya gruñe a mi lado. —Si vamos con toda nuestra fuerza —gruñe—, nos iremos con tantas mujeres como podamos.

Asiento. —Pienso exactamente lo mismo —me dirijo a Pavel—. Difunde la palabra. Ten cuidado en el cuadrante este y haz que un equipo vaya a la extracción. Mantén nuestros ojos de arriba actualizándonos. Donde no encontremos esclavas, explota todo. Sin supervivientes.

El único superviviente que tomé del último ataque todavía está reconsiderando sus decisiones de vida en el sótano de una de mis casas seguras. No tiene idea de la suerte que tiene de ser tan joven e ingenuo.

Nos movemos como fantasmas en la noche hacia las puertas de entrada del depósito. El resto de mis hombres barren el perímetro y se posicionan para un ataque simultáneo por todos lados. No tengo tantos como me gustaría para cubrir un territorio tan amplio, pero tendrá que alcanzar.

Pongo un silenciador en mi pistola y camino de puntillas alrededor de una de las torres de vigilancia para apuntar mejor. Un disparo elimina al primer guardia; otro le da al segundo. Tolya se mueve silenciosamente hacia el lado opuesto de la puerta principal y hace lo mismo con los guardias en esa torre de vigilancia, luego sube la escalera para encontrar el interruptor que nos abrirá las puertas.

Yo espero. El silencio se siente pesado.

Una breve alarma suena una vez y las puertas comienzan a abrirse. Primero paso por la brecha y elimino al equipo de respuesta inicial… bueno, tantos como puedo detectar. Pavel cubre mis espaldas y elimina los que se me escapan.

Le hago una seña a la mitad del equipo detrás de mí para que gire a la izquierda y barra el cuadrante occidental aquí. Pavel y yo esperamos a que Tolya se reúna con nosotros, y luego guiamos a la mitad restante del equipo hacia el cuadrante este.

El grupo de reconocimiento tenía razón… definitivamente está pasando algo aquí. Grupos de hombres Yakuza nos reciben con gritos furiosos y balas aún más furiosas. Tolya se esconde detrás de una pila de cajas de almacenamiento mientras yo me sumerjo bajo la cubierta de uno de sus autos.

—¡Necesitamos refuerzos! —grita Pavel por encima de los disparos. Recarga su pistola, luego gruñe una maldición y la enfunda, agarrando en su lugar su automático.

—¡Esto arruinará nuestra cobertura! —sacudo la cabeza hacia él. Sé lo que quiere hacer… la

contingencia exterior espera nuestra señal para entrar. Pero si entran ahora, y justo en este lado del depósito, revelará el hecho de que tenemos este lugar rodeado.

Necesitamos… *yo* necesito… asegurarnos de que Clara y las otras mujeres estén fuera de aquí mucho antes de que aniquilemos a Raizo para siempre.

Tolya me mira expectante, como si se supusiera que tengo que sacarme una solución mágica del culo y sacarnos de aquí.

Pero no puedo observar bien los números que se acercan sin correr el riesgo de perder un ojo. O mi vida. Las balas vuelan por encima y algunas más perforan los costados del auto detrás del cual estamos escondidos.

Le devuelvo la mirada a Tolya. Levanta un dedo, luego se mueve, arrastra los pies, alcanza detrás de él y saca algo. Me lleva un momento ver qué es.

Una granada.

Sacudo la cabeza.

Él asiente.

Sacudo más la cabeza.

Confía en mí, dice antes de tirar del alfiler y arrojarlo al grupo que se aproxima.

Pronto, sigue una luz brillante y un estallido ensordecedor.

Me corrijo: no es una granada. Es una puta *granada de destello*.

Tolya tira y lanza otra, y justo así, lidera la carga a través de los Yakuza, ahora desorientados, trepando por la acera como ratones ciegos. Hacemos un trabajo rápido de eliminar a todos los que son lo suficientemente estúpidos como para quedarse.

—Todo despejado —confirma Pavel después de un rápido barrido.

Tolya retrocede y me da una palmada en el hombro. Debo admitir que se siente bien tenerlo a mi lado nuevamente. Esta noche él está un paso por delante de mí… lo cual es bueno, porque mi cabeza no está bien.

En cualquier otra situación, habría tomado un puñado de granadas de destello y las habría usado sin dudarlo porque tiene obvio *sentido*. Pero esta no es una situación cualquiera. Esta es Clara, mi mujer… mi amante y novia y la madre de la dulce niña que ahora llamo mía… escondida para ser vendida una vez más por el mismo psicópata enfermo que intentó quitármela antes.

Ella debe estar terriblemente aterrorizada y, por lo que sé, tratando de defenderse de los avances no deseados de Raizo y sus jodidos enfermos…

Demonios, no.

Maldito. Infierno. No.

No tendrá la oportunidad de tocarla nunca más.

Acelero el paso a través del laberinto de contenedores de envío. No me importa si dejo atrás a mis propios hombres. La idea de que alguien ponga sus manos sobre mi Clara bombea adrenalina por mis venas, y estoy listo para destrozar a todos y cada uno de ellos, dedo por dedo.

Tolya y Pavel siguen mi ritmo mientras los demás se quedan atrás para cuidar de los rezagados. Un guardia de los Yakuza grita su sorpresa cuando rodeamos un estrecho pasillo entre contenedores, y se apresura para liberarse de un enredo con una de las esclavas para poder agarrar su arma.

Es demasiado lento. Yo estoy demasiado cabreado.

La esclava grita cuando la sangre le salpica la espalda. Ella se encoge y se prepara para ser la siguiente. Sus sollozos sacuden todo su cuerpo mientras alza las manos en señal de rendición.

Enfundo mi arma de inmediato, pero, antes de que pueda agacharme para asegurarle que no está en peligro… ya no… Tolya se acerca y la sostiene en sus brazos.

—Oye —le murmura—, estás bien. Te tengo. Estás a salvo.

Ella tiene hipo y tiembla como una hoja, y veo mucho de Clara en ella. El estremecimiento, el pánico, el puro terror de que el próximo hombre sea peor que el anterior.

Pero también veo el destello de un fuego agonizante en sus ojos.

Muriendo, pero no desaparecido.

—¿Cómo te llamas? —pregunta Tolya mientras le seca suavemente las lágrimas de los ojos.

No tenemos tiempo para esto. Pero sé tan bien como él que tampoco podemos arriesgarnos a llevarnos un caso perdido. Tiene que calmarse o revelará nuestra posición a la próxima oleada de guardias.

—¿Cómo te llamas?

—E-Eva —gime ella.

—Eva. Hermoso nombre —Tolya se señala a sí mismo y luego a mí—. Soy Tolya, y este psicópata de gatillo fácil es mi hermano menor, Demyen. Buscamos a una mujer que no esté con las demás. Clara. ¿La has visto?

Eva niega lentamente con la cabeza.

Yo suspiro. —¿Viste a un policía pasar por aquí?

Ella duda y luego vuelve a negar con la cabeza. Pero entonces se detiene, se pone tensa y mira por encima del hombro de Tolya. —Yo… los vi tomar un par… cuando él… —ella mira a el Yakuza muerto.

Mi corazón golpea contra mi caja torácica. —¿Estás segura? ¿Por dónde se fueron?

Eva asiente, lenta e insegura de mí, pero segura de su información. —Yo… pensé que era extraño verlos aquí… Fueron llevados allá —señala un grupo de contenedores al otro lado de la pasarela principal y más profundamente en las sombras del depósito.

Por supuesto.

—¿Puedes caminar? —pregunta Tolya, con un comportamiento todavía extrañamente amable. Cuando su rostro se pone rojo brillante y mira hacia otro lado avergonzada, ninguno de nosotros necesita que explique por qué. Él la toma en sus brazos y señala con la cabeza el contenedor que está a nuestro lado.

Suspiro de nuevo.

No tenemos tiempo para esto. En absoluto. Pero tampoco somos unos gilipollas que dejan a las víctimas a su suerte. No cuando podemos evitarlo.

Pavel y yo cubrimos a Tolya mientras él saca a Eva de la grieta empapada de sangre y la esconde en un lugar más limpio al otro lado del contenedor. La deja en el suelo con cuidado, toma su rostro entre sus manos por un breve momento, luego se endereza y se reúne con nosotros.

Me mira y frunce el ceño cuando me ve mirando. —¿Qué?

Me encojo de hombros. —Nada.

Tolya aspira y agarra su arma, evitando deliberadamente el contacto visual. —Vamos a buscar a tu mujer.

DEMYEN

Cruzamos el camino de montacargas hacia la sección oscura que indicó Eva. Nadie expresa ninguna preocupación, pero no me sorprendería que cada uno de nosotros se preguntara si su información es exacta. O digna de confianza.

Puede que ella no sea Yakuza, pero no somos exactamente el Cuerpo de Paz.

Y aun así seguimos. El miedo jode la mente. Nos empuja a hacer estupideces.

Oímos golpes. Son esporádicos, sin un patrón establecido, pero suena como un ruido metálico hueco de metal contra metal, proveniente del interior de uno de los contenedores.

Por favor, Dios. No.

Así no.

Me muevo más rápido. Rezo por otro sonido que nos guíe hacia ella, pero también rezo para que todo lo que esté escuchando no tenga nada que ver con ella. Que Martin no está a punto de matarla a golpes.

Que no la haya perdido ya.

Doblamos una esquina, con las armas listas. Mi cuerpo choca contra el de otra persona.

Pavel me aparta de un tirón segundos antes de que una palanca me arranque la cabeza. Me agacho y me preparo para bloquear el siguiente golpe… pero nunca llega.

Porque es Clara.

Ella se queda allí, con los ojos muy abiertos y boquiabierta, mirándome. Su pecho se agita por el esfuerzo y lo que sin duda es adrenalina, porque está cubierta de pies a cabeza con salpicaduras de sangre y algunos moretones cada vez más oscuros.

—¿Demyen?

Agarro la palanca para atraerla hacia mí. No me importa que sepa a sangre… está viva, está aquí y está en mis brazos. Aplasto sus labios con los míos y paso mi lengua en una caricia anhelante y agradecida a lo largo de la suya porque, *Dios mío*, me siento muy aliviado de encontrarla.

Alguien se aclara la garganta detrás de mí.

No me importa. Le dispararé al próximo hombre que intente interrumpir mi reunión con mi mujer.

Clara se aferra a mí con la misma fuerza. Tiembla en mis brazos, pero sé que de alguna manera puedo sentir que no es por miedo. Ella está tan aliviada como yo.

Aparto mi boca de la suya solo para poder besar sus ojos y su frente y abrazarla contra mi pecho como si tuviera tanto miedo de no poder hacerlo nunca más.

—Estoy aquí. Estoy aquí, bebé. Te tengo.

Lo que sea que ella dice queda amortiguado contra mi camisa. Suavemente la hago retroceder lo suficiente como para levantar su rostro y mirarme. Mis pulgares acarician sus mejillas mientras mis ojos la absorben, pero también estoy revisando si hay alguna herida que deba desquitarme con quien le hizo esto.

—Está muerto —espeta.

Me congelo. —¿Quién?

—Martin —el nombre sale volando de sus labios y todo su cuerpo se desploma sobre el mío como si fuera un peso arrojado repentinamente de su pecho y hombros—. Martin está muerto. Yo… yo lo maté.

Puedo notar que este no es un momento de orgullo para ella. Que está conmocionada, que no puede creer haber matado a un hombre con lo que supongo es la palanca con la que casi me decapita.

Así que me abstengo de hacerle saber lo jodidamente orgulloso que estoy.

—¿Dónde? —es todo lo que digo, y rápidamente les hago un gesto con la cabeza a Pavel y Tolya para que vayan a revisar las cosas delante de nosotros cuando ella señala el contenedor a dos lugares de distancia. Se lanzan hacia adelante. La mantengo inmovilizada cerca de mi costado mientras avanzamos tras ellos.

La puerta tiene algunas abolladuras de donde debe haberse liberado. Pavel la abre con cuidado y entra.

Él silba bajo. —Mierda. Joder. Quiero decir… maldita sea.

Clara hace una mueca y da un paso atrás. La mantengo cerca y beso la parte superior de su cabeza para tranquilizarla. —Está bien —le recuerdo—. Hiciste lo que necesitabas hacer para sobrevivir.

—Y algo más —repite Pavel desde el interior del contenedor. No puede ver mi mirada de ira, pero estoy bastante seguro de que sabe que le estoy enviando una.

La ceja de Tolya se alza con curiosidad. Asoma la cabeza por la puerta, pero no entra. —Mierda —se inclina hacia atrás y le hace una pequeña reverencia de respeto—. Recuérdame que nunca jamás te haga molestar. Jamás.

Pavel sale del contenedor y cierra la puerta con el pie. —Definitivamente está muerto. Dejémoslo.

Mantengo a Clara con el brazo extendido y escaneo su cuerpo en busca de signos de lesiones importantes. Quiero hacer una búsqueda mucho más exhaustiva, pero no tenemos tiempo. —¿Estás bien? ¿Te lastimó?

Ella asiente. —Lo intentó. Lo detuve.

—Pintó las paredes con él —murmura Pavel mientras pasa, revisando su munición.

Resuenan gritos desde el otro lado del depósito. Darme cuenta de que todavía tenemos que sacarla de aquí me saca del alivio, lo que significa que todavía existe la posibilidad de que la pierda. Una bala perdida, un disparo rebelde…

—Tenemos que irnos, bebé —beso su cara y presiono mi arma de repuesto en su mano—. Quédate cerca. Escóndete cuando puedas. No puedo…

Clara me hace callar con un dedo en los labios cuando escucha que se me entrecorta la voz. —Estoy aquí. Estoy contigo. Yo puedo con esto.

La beso de nuevo. Si es el último beso que compartimos, quiero que valga la pena.

Tolya se aclara la garganta de nuevo y nos hace un gesto para que nos pongamos en marcha. De mala gana, me separo de mi feroz y hermosa mujer para liderar el camino de regreso hacia las puertas principales.

Pero entonces Clara se hace a un lado, apunta a la cerradura de un contenedor y aprieta el gatillo.

Gracias a Dios todavía tengo un silenciador en la cosa. —¡Clara! —silbo mientras escupe y la cerradura suena fuerte—. ¿Qué carajo estás haciendo?

Ella me ignora y mueve la palanca hacia la cerradura diezmada. Rompe en pedazos lo que queda y ella abre la puerta de metal de un tirón.

Docenas de ojos aterrorizados nos miran desde la oscuridad interior.

Joder.

—Vayan —agito el brazo, al igual que Tolya y Pavel, para que las mujeres sepan que pueden y deben abandonar su prisión de metal—. Vayan. Tienen que irse.

Clara pasa al siguiente contenedor y repite el proceso.

Dispara a la cerradura.

Lo abre de golpe.

Otra docena de mujeres jóvenes salen, con los ojos muy abiertos, apenas vestidas y acurrucadas unas contra otras en busca de comodidad y calidez.

No tenemos tiempo para esto, pero no tengo el corazón para detenerla. Ella es una mujer con una misión, y después de todo lo que ambos hemos pasado, no la culpo. Miro a Pavel y lo veo enviando mensajes a Mako y al resto del equipo. El proceso de extracción debe comenzar más temprano que tarde.

Alcanzo a Clara y la atraigo hacia mí nuevamente una vez que parece haber vaciado todos los

contenedores que mantienen a las mujeres como rehenes.

—Gracias —susurra.

Le doy un rápido asentimiento. Todavía estoy demasiado nervioso para ahondar en los intensos sentimientos que sigue despertando dentro de mí… el orgullo más que todo.

Las cautivas obedecen rápidamente el gesto de Tolya de seguir las sombras hacia el borde exterior del depósito, donde mi equipo espera para transportarlas a un lugar seguro. Quiero que Clara se vaya con ellas, pero no quiero perderla otra vez. No puedo garantizar que estará bien a menos que esté a mi lado.

Demonios, incluso entonces, nada está garantizado.

Ella se queda a mi lado, con la pistola en una mano y la palanca en la otra. No tengo tiempo para decirle lo jodidamente increíble que es, o lo increíblemente sexy que se ve cuando se prepara para la batalla.

Ella es Bratva de principio a fin. No se puede negar ahora.

Doblamos una esquina y deberíamos estar libres para hacer una carrera constante hacia las puertas principales. Solo un corto sprint hasta…

Bueno, tal vez no.

Porque, justo cuando me preparo para correr, me encuentro con un cañón apuntando a mi frente.

Y un disparo me estalla en los oídos.

DEMYEN

El guardia Yakuza cae muerto a mis pies.

Clara vuelve a apretar el gatillo, esta vez contra un guardia diferente que se abalanza sobre ella desde las sombras. Me deshago de la sorpresa y el shock cercano a la muerte para cubrirla, tirando de ella detrás de mí antes de que la maten tratando de protegernos a ambos.

Un montón de Yakuzas aparecen en las esquinas y se dirigen directamente hacia nosotros, gritando y apuntando con sus armas. Clara se libera de mi alcance, se desliza entre dos contenedores de envío y me hace señas para que la siga. —¡Vamos!

Yo quiero. La seguiría a cualquier parte.

Pero tengo cosas con las que lidiar.

Y hay un monstruo por que matar.

—Te amo.

—Yo…

No espero su respuesta; ya lo sé. Me reúno con Tolya y Pavel, quienes se han escondido detrás de otro contenedor para cubrirse.

De repente, las balas se detienen.

El aire se vuelve silencioso.

Y una nueva voz se une a la lucha.

—Salgan, muchachos. Consideren esto como una bandera blanca.

—¿Sí? —rápidamente recargo un cargador nuevo y compruebo si hay metralla alojada en la mecánica de mi arma. Está lista—. ¿Y por qué deberíamos confiar en ti?

Raizo Watanabe se ríe. —Ay, vamos. ¿Por qué le dispararía al hombre con el que quiero hablar? Tenemos historia juntos, Demyen. No me insultes con tu mezquindad.

—Creo que estamos mucho más allá de eso —respondo. No hay manera de que él esté tan tranquilo y bien cuando arruiné sus operaciones una vez más.

—Cierto. Por eso necesitamos hablar.

Tolya arquea una ceja. Pavel parece pensativo… como yo, no confía en Watanabe.

Pero ninguno de los dos se opone.

Alzo una mano por encima del techo del pequeño contenedor. Luego, la planto sobre el metal para levantarme. Es una jugada arriesgada, pero si quiere hablar, hablaremos.

Sorprendentemente, en realidad lo hace. Todas las armas están retiradas y Raizo está parado allí, rodeado de sus hombres. Sus manos descansan casualmente en sus bolsillos y está vestido como si fuera a una fiesta en el jardín, no en su alegre manera de vender a docenas de mujeres a una vida de sombría esclavitud sexual.

—Ven —señala con la cabeza hacia lo que debe ser su oficina.

Lo miro con ira. —¿Mis hombres?

Pone los ojos en blanco con impaciencia y le hace un gesto a los suyos para que se alejen. —Tus hombres permanecerán exactamente donde están si quieren salir vivos de aquí. Sigue mis reglas y nadie saldrá lastimado.

Miro a Tolya. Él asiente. No le encanta, pero estamos faltos de buenas opciones.

Así que asiento y lentamente coloco mi arma en el techo del contenedor. Alzo las manos para que todos puedan ver que no estoy buscando una pieza de respaldo, luego me acerco a Raizo.

—Reúnan la mercancía —ordena a uno de sus lugartenientes, que asiente una vez y se lleva a un montón de hombres con él.

Se me hunde el estómago. Si encuentran a Clara…

No. Tengo que mantener la mente despejada. Tengo que concentrarme.

Tengo que terminar con esto.

Raizo me da una pequeña sonrisa arrogante y se gira para llevarme a su oficina. —Tengo que admitir que casi me impresionó. Me habría impresionado más si hubieras logrado salir de aquí.

—¿Impresionado? ¿O cabreado? —me obligo a igualar su tono tranquilo. Tengo que reprimir la abrumadora necesidad de romperle el cuello donde está.

—Ambas —él sonríe de nuevo y me abre la puerta. Por lo que puedo ver, nadie más espera adentro, así que entro y espero a que me apuñale por la espalda. Cierra la puerta, le pone llave y se dirige a su escritorio—. Lo mejor es que manejemos las cosas entre nosotros.

—No podría estar más de acuerdo —saco una silla y me siento a horcajadas. El primero que muestra inquietud es el que pierde—. Por eso me tomé la libertad de recuperar a mi mujer.

Raizo se encoge de hombros y se acomoda en su silla. —Todavía está en el terreno. Que la conserves depende de si te dejo salir vivo de esta habitación. ¿No estás de acuerdo?

—¿Qué es lo que quieres de ella? Ella es simplemente otra mujer —estudio su rostro en busca de cualquier señal que pueda revelar motivos ocultos—. Ella no es nadie.

—¿Es eso lo que piensas de su hija?

Me quedo quieto.

Raizo arquea una ceja, pero rápidamente vuelve a su enloquecedora calma. —También podría decirte la verdad. Mis secretos no saldrán de la boca de un muerto —entrelaza sus manos frente a él—. Su madre y yo tenemos una relación de hace mucho tiempo. O en realidad la teníamos… hasta que Greg la asesinó.

El veneno en sus palabras cuando menciona al padre de Clara no escapa a mi escrutinio. Sin embargo, me sorprende. —Y aun así haces negocios con él.

—Greg era un perro rabioso al que se mantenía a raya. Mientras siguiera enviándome nueva mercancía, mantuve nuestra relación profesional por encima de su cabeza para mantenerlo a raya.

Varias cosas empiezan a tener sentido. —Le pagabas una prima. Para que no se fuera.

—Mantén a tus amigos cerca y a tus enemigos más cerca. A decir verdad, ni siquiera estaba en mi radar hasta ese truco que hizo con Michael Little.

Debo haberme golpeado la cabeza con algo. Esa es la única explicación para la repentina ola de tristeza que veo inundar los rasgos de Raizo Watanabe.

—Nora me ocultó muchos secretos. Así fue como logramos estar juntos, incluso cuando ella sabía que yo estaba… involucrado en cosas. Pero después de la muerte de Little y de ese horrible caso judicial, ya no pudo ocultar el abuso de su marido. No pudo explicar las heridas de Clara.

Me obligo a permanecer estoico. Cara seria.

Pero la idea de que Raizo Watanabe le ponga los cuernos a Greg Everett en su propia casa amenaza con ponerme una gran sonrisa en la cara.

—Así que ahí lo tienes —Raizo suspira y vuelve a centrar su mirada penetrante en mí—. Puede que me haya olvidado de mí mismo en medio de recuerdos desconsolados, pero Clara significa más para mí de lo que crees.

No puedo contener el sarcasmo en mi voz. —¿Por eso la atrapaste allí con Martin?

Esa estúpida sonrisa vuelve. —¿Lo hice?

Estoy a punto de abalanzarme sobre él cuando me doy cuenta de a qué se refiere. ¿*Sí* la atrapó en ese contenedor con Martin?

¿O atrapó a Martin *allí con* ella*?*

Él levanta una mano desdeñosa. —En cualquier caso, volvamos al negocio. Tú, Sr. Zakrevksy, has estado haciendo todo lo posible para arruinar el mío.

Respiro entre dientes. —Es posible que tuviera la impresión de que me estabas atacando primero.

—¿Y un error subsana otro?

Me paso una mano por la cara. —Con toda honestidad, me encantaría dar marcha atrás… si no

fuera por las esclavas.

Él ríe. El hombre tiene las putas agallas de *reírse*. —Nunca antes te había molestado. Y, después de tu generosa organización de mi última subasta en tu casino…

—Tienes toda la razón en que fue tu última subasta.

Raizo cierra la boca de golpe para mirarme con ira. Y luego, en voz peligrosamente baja—: ¿Qué acabas de decir?

Me siento erguido y me inclino hacia adelante. —Ya terminaste. Se acabó. Me importa un carajo si contrabandeas drogas a través de la frontera o vuelves a robar autos importados en Reno. Mendiga en la calle Strip en lo que a mí respecta. Pero aquí ya terminaste. Y sí que terminaste con este jodido enfermizo negocio de la trata de personas.

Me mira fijo durante un largo momento de silencio. Estoy feliz de sentarme aquí el tiempo que sea necesario para que todo entre en su grueso cráneo.

—No creo que estés en posición de decirme qué puedo y no puedo hacer —espeta al fin.

Ahora es mi turno de sonreír. —Ah, pero creo que sí lo estoy —casualmente, saco mi teléfono de mi bolsillo trasero, lo que lo hace sobresaltar en su silla, pero se relaja un poco cuando ve que no es un arma. Enciendo la pantalla, me desplazo hasta mis mensajes y reviso el mensaje de texto que recibí aproximadamente una hora antes de comenzar el ataque—. Mira, no soy un idiota. Sé que no debo iniciar una campaña contra los Yakuza sin una buena razón. O permiso.

Sus manos se aprietan sobre los brazos de su silla. —¿Permiso?

—Sí —hojeo los mensajes de texto, y luego paso a la bandeja de entrada de mi correo electrónico—. Según tu *oyabun* en Tokio, le has estado ocultando algo. Mucho.

Se pone pálido al instante. —¿Cómo carajo…?

—A diferencia de ti, yo me comunico con mis colegas —guardo mi teléfono en mi bolsillo y le lanzo una sonrisa de comemierda—. Y no quieren iniciar precisamente una guerra internacional por un jefe estadounidense aislado, que importa el caos sin verificarlo primero con sus superiores.

Su garganta se agita al tragar. —Qué ridículo —espeta. Golpea el escritorio con las manos y se pone de pie—. Crees que puedes farolear…

—Hiciste una sola venta de cincuenta millones de dólares… con fondos robados, por cierto. ¿Cuánto informaste a Tokio?

Palidece aún peor. Parece un cadáver. En muchos sentidos, es exactamente lo que es.

Simplemente aún no se ha dado cuenta.

Yo también me levanto, pero estoy mil veces más tranquilo que él. —Y deberías haber visto sus caras cuando envié las fotografías que tomé durante el último ataque. No es solo la repugnante falta de respeto por los derechos humanos o la dignidad lo que cabreó a sus superiores… esa misma negligencia les hizo perder millones de dólares.

—Sal —Raizo señala furiosamente la puerta con un dedo—. ¡Sal de aquí, joder!

—Sí. Solo que primero tengo que encargarme de algo.

Él se gira en el momento exacto que necesito.

Y mi cuchillo se hunde en sus entrañas sin mucho esfuerzo.

Los ojos de Raizo se agrandan con sorpresa. Sus labios se fruncen, se abren y se cierran de nuevo.

Fue una apuesta dar el golpe en este ángulo, pero, a juzgar por la sangre que ahora gotea en la comisura de su boca, la Dama Suerte en realidad me respaldó esta vez.

—La cosa es que —le digo en voz baja al oído mientras le doy otro firme empujón y giro al cuchillo—, nadie pensó que lo harías tú mismo. Eso requiere honor. Lealtad, como mínimo. No tienes nada de ninguno de los dos.

Arranco el cuchillo con una floritura. Raizo continúa mirándome. No dice una palabra. Intenta permanecer de pie, pero la sangre fluye demasiado rápido desde el corte en su estómago y cae de rodillas.

—Eso fue por tus superiores en Tokio —le hago saber mientras agarro mi teléfono para tomar una foto rápida. Parte del trato fue proporcionar pruebas de su ejecución.

Pero luego me pongo detrás de él, lo cojo del cabello y le tiro la cabeza hacia atrás.

—*Esto* es por mí.

El corte en su garganta florece casi sin sangre. No es un movimiento necesario, pero es catártico. Poético.

Así es como podré dormir por las noches por el resto de mi vida.

Con un último empujón contra su cabeza, el cuerpo de Raizo cae al suelo.

Limpio la sangre de mi cuchillo con mi camisa y lo guardo dentro de la funda escondida debajo de mi cinturón. Probablemente haya un montón de pruebas incriminatorias, dinero y recursos en esta oficina, que podría sacar para asegurarme de que los clavos del ataúd de Raizo permanezcan en su lugar.

Pero no podré concentrarme hasta que sepa que Clara está a salvo.

Me preparo para que una ráfaga de balas vuele hacia mi cabeza cuando abra la puerta de la oficina. En cambio, me encuentro con el silencio.

Cuando regreso al lugar donde nos acorraló Raizo, veo por qué.

Mako y sus hombres están escoltando a los soldados cautivos de los Yakuza hasta los Hummers y Rezvanis de mi flota, que ahora bloquea todas las salidas posibles del depósito. Más de mis hombres pululan por el área, con sus armas apuntando constantemente a los Yakuza restantes acurrucados sobre sus rodillas junto a sus armas arrojadas. Con las manos en alto, esperan su propio destino.

—¿Se los leíste? —le pregunto a Pavel.

Le hace un gesto de asentimiento a un teniente de rostro pálido mientras guarda su teléfono en el bolsillo. —Acabo de hacer que Haru lo lea en voz alta en ambos idiomas para que no haya malentendidos. Han aceptado la orden.

Yo también asiento. Según las sedes de Sochi y Tokio, están de acuerdo conmigo: la complacencia significa la muerte.

—Espera hasta que saquemos a las mujeres de aquí —escaneo el área en busca de cualquier señal de *mi* mujer—. No necesitamos traumatizarlas más.

Pavel arquea una ceja. —¿Estás seguro? Podría hacerles algún bien.

Tentador. Y tiene un punto. Pero aun así… llámame loco, pero cada vez tengo más ganas de mantener los estándares y el decoro. —Espera hasta que estén al otro lado de las puertas. Han visto suficientes horrores para toda una vida.

Él asiente y se aleja para transmitir la orden.

Todavía no veo a Clara. El corazón salta a mi garganta y prometo que si algo le pasara…

Pero Pavel no dijo nada, y lo habría hecho si algo andaba mal. Tolya correría hacia mí, estoy seguro. Incluso Mako se haría a un lado para mostrarme el daño.

Ella tiene que estar bien.

Ella tiene que estar viva.

Ella no me dejará cuando todo finalmente está bien.

No puede.

CLARA

QUINCE MINUTOS ANTES

—Te amo.

—Yo…

Pero Demyen ya no está. Se da vuelta antes de que tenga la oportunidad de responderle.

Antes de que tenga la oportunidad de aprovechar la que podría ser nuestra última oportunidad de decirle cuánto lo amo.

Algo cruje detrás de mí. Me doy la vuelta, lista para pelear. Pero, en lugar de un Yakuza o un perro guardián o cualquier otra cosa dispuesta a matarme, me encuentro cara a cara con una mujer con ropas andrajosas. Tiene las manos delante de la cara y rápidamente se aleja de mí.

Estoy sosteniendo un arma. No sé qué cree ella que estoy a punto de hacer, pero no puede ser bueno.

—Hola —bajo lentamente la palanca y la dejo caer al suelo. Sin embargo, sigo sujetando el arma, porque no sé si ambas la necesitaremos en una fracción de segundo—. Está bien. No te voy a lastimar. Soy… —bueno, mejor podría ser honesta—. Soy una de ustedes.

Ella me mira entrecerrando los ojos. Me da un vistazo. —No lo pareces.

Resoplo una carcajada. No puedo evitarlo. —No, probablemente no —me paso conscientemente el dorso de la mano por la cara. No tengo idea si eso sirve para limpiar la sangre—. Maté al tipo que intentó venderme.

Ahora es ella la que se ríe. La hace estremecerse de dolor; estoy a su lado en un instante.

—¿Estás bien? —la reviso en busca de heridas superficiales, pero no veo ninguna—. ¿Dónde te duele?

Ella mira hacia otro lado, avergonzada.

—Ah.

Ella aspira, se limpia la nariz con el brazo y luego asiente. —No han sido precisamente amables desde que llegué aquí —ella me mira—. Eso fue hace tres días.

Me obligo a tragar la bilis que acaba de subir por mi garganta. —Lo siento *mucho*.

Se encoge de hombros. Como si estuviera tratando de verlo como algo que simplemente sucede. —¿Ese chico con el que estabas? Me salvó. Y el otro, el más alto…

Noto su sonrojo. Incluso ahora, en medio de todo esto, aún logra sonrojarse. Siento una sonrisa que sube por las comisuras de mi boca. —Es Demyen. El chico con el que estaba. El más alto es su hermano Tolya —y luego, antes de olvidarme—: Soy Clara.

—Eva —ella extiende una mano temblorosa y luego rápidamente la retira.

—Está bien —le ofrezco una sonrisa tranquilizadora—. He estado allí.

Se frota el brazo. Luego, me mira con tanta incertidumbre en sus ojos. —¿Mejora?

Vacilo. —Quiero decir…

—¿Se vuelve más fácil?

Los disparos suenan mucho más cerca que antes. Los gritos llenan el aire y podemos escuchar el rugido de varios motores corriendo hacia nosotros. Rápidamente nos acurrucamos en la parte más oscura de las sombras, para esperar a que pase lo que esté pasando.

Miro el arma en mi mano.

Y de repente tengo la respuesta que ambas esperábamos.

—No —susurro—. No se vuelve más fácil. Pero sí te vuelves más fuerte.

Eva asiente. Sus dedos temblorosos se hunden en mi brazo. Pero la dejo, porque lo sé; lo entiendo.

Recuerdo a las otras mujeres en la subasta de Raizo, que me prestaron lo poco de su propia fuerza que aún les quedaba. Me pregunto dónde están. Si alguna vez volverán a ver sus hogares.

Puedo ser ellas para ella. Así como en esos pocos minutos con ellas, yo puedo brindarle el mismo apoyo en los pocos minutos que tengamos ahora.

Los gritos continúan, pero los disparos cesan.

Ahora, los gritos son… en ruso.

Demyen.

—¿Clara?

Es su voz sin ser su voz. Me toma un momento darme cuenta de que es Tolya quien me llama.

—¿Clara? —su voz se acerca—. ¿Eva?

Eva sabe que no debe gritar y revelar nuestro escondite. Aunque reconozco su voz, no confío en la situación. No puedo. No después de todo.

Tolya sale a la luz al final del estrecho espacio entre los contenedores. —¿Eva?

Ella me hace un gesto de asentimiento. Asiento en respuesta. Avanzamos de puntillas y mi mano libre agarra la suya tanto para tranquilizarla como para ser tranquilizada. No creo que Tolya le

diera la espalda a Demyen, pero no sé qué podría cambiar a un hombre recién liberado de prisión.

Cuando se trata de los Zakrevsky, nunca sé si son amigos o enemigos de Raizo Watanabe.

O, en todo caso, míos.

En el momento en que la luz del depósito ilumina nuestras caras, Tolya deja escapar un profundo suspiro de alivio. —Ay, gracias a Dios. ¡Me asustaste muchísimo!

Miro por encima de sus anchos hombros. Para mi inmenso alivio, los hombres de Demyen están acorralando a los que quedan de los Yakuza en un grupo y arrodillándolos. Reconozco los rostros de su Bratva, desde sus *vors* hasta los nuevos reclutas que ha estado entrenando estas últimas semanas, mirando a sus nuevos cautivos detrás de armas preparadas y listas para cualquier movimiento equivocado.

—¿Estás bien? ¿Estás herida?

La repentina suavidad en la voz de Tolya atrae mi atención hacia algo que no esperaba ver: sus dedos acariciando suavemente los lados de la cara de Eva, girándola de un lado a otro para comprobar si hay heridas.

Ella tiembla y niega con la cabeza. —No —me mira—. Clara me mantuvo a salvo.

Les doy a ambos una sonrisa tensa. Esto se siente como una victoria, pero aún no estamos fuera de peligro. No creo que me sienta así hasta que esté en casa con Willow en mis brazos y Demyen profundamente dormido a mi lado.

—Estamos reuniendo al primer grupo para la casa segura —explica Mako mientras se acerca a nosotros, señalando detrás de él con el pulgar—. Tengo a Yuri cargando el Grupo B para las carreteras secundarias en caso de que haya algún rezagado que no haya entendido el mensaje.

—Iré con ellos —es fácil para mí ofrecerme como voluntaria para ayudar a estas mujeres a instalarse en un lugar seguro para pasar la noche. Recuerdo lo que era estar asustada, sola, confundida, sin saber a dónde íbamos o por qué nos arreaban como si fuéramos ganado—. Puedo ayudar.

Mako parece incómodo, pero aún logra esbozar una pequeña sonrisa. —Sé que puedes. Créeme, serías la mejor para liderarlas. Pero él me mataría si dejo que desaparezcas sin previo aviso.

No pensé en eso. Me sonrojo y bajo la mirada, asintiendo. —Cierto. Lo siento.

—Podrías ayudar a Eva —Tolya la acerca más a mí y señala con la cabeza a uno de los Rezvanis estacionado cerca—. Llévala a mi auto y haz que se instale. Nos encontraremos en el complejo.

No le pregunto qué está haciendo. Eva tampoco. Ella solo agacha la cabeza y me sigue, echando una mirada detrás de ella a Tolya. Inmediatamente vuelve su atención a los Yakuza reunidos y Pavel, que parece estar hojeando su teléfono en busca de algo.

Eva y yo caminamos del pavimento a la gravilla en silencio. Le pongo el seguro a mi arma y la meto en la cintura de mis jeans.

Supongo que esta es mi vida ahora. ¿No la estoy… *odiando*?

Sin embargo, definitivamente tomará un tiempo acostumbrarme.

—¿Él es bueno? —Eva vuelve a mirar detrás de ella.

Sonrío. Sorprendentemente, en realidad no tengo que pensar en mi respuesta. —Él es bueno. Uno de los mejores.

Ella vuelve a mirar hacia adelante. Asiente. No dice nada más.

Agrego—: Él vio cómo me secuestraban cuando era niña. Arriesgó su vida tratando de salvarme. Lo incriminaron y lo metieron en prisión. Aun así…

La realidad de todo lo que pasó me invade de repente. Agarro la manija de la puerta del auto para que no me vea tambalear bajo la intensidad de todo.

—Aun así… —medio toso, medio río—, él no me culpa. Bueno, lo hizo durante un tiempo y tenía todo el derecho a hacerlo. Pero lo superó muy rápido y ahora… bueno, ahora, aquí está. Ayudando a su hermano. Salvándome, salvándote. Así que sí. Tolya es buena gente.

No es que no lo sepa; supongo que nunca lo he asimilado, en realidad no. No hasta el nivel de aceptarlo como una realidad.

Tolya me perdona.

Él no solo me perdona. Él se *preocupa* por mí.

No debería hacerlo.

No tiene por qué hacerlo.

Pero lo hace de todos modos.

Abro la puerta para Eva y le ofrezco una mano estabilizadora para subir. Se mueve con cautela y hace una mueca cuando se sienta, pero por lo demás se acomoda muy bien. —¿Vienes? —me pregunta, lista para moverse y hacer espacio.

Sacudo la cabeza. —Tengo que ir a buscar a mi hombre. Quédate aquí. Estás a salvo ahora.

La dejo ahí, en el tanque de una camioneta. Parece agotada pero menos temerosa que antes.

Conozco esa mirada. He *sido* esa mirada. La he visto en el espejo demasiadas veces.

Y ahora… me pregunto si alguna vez la volveré a ver.

Ahora que los monstruos se han ido, como diría Willow… ¿a qué tengo que temer?

Cuando camino de regreso a donde Tolya y Pavel tienen acorralados a los Yakuza, puedo sentir el cambio en el aire. Las mujeres salen rápidamente con algunos de los hombres de Demyen guiándolas, mientras que más sus hombres se están posicionando lenta pero constantemente alrededor de los cautivos Yakuzas arrodillados.

No sé si quiero estar presente durante la ejecución que sé que está a punto de ocurrir.

Pero tampoco sé si me arrepentiré de no haberlo visto. De conseguir el cierre.

Observo la multitud en busca de cualquier señal de Demyen. Es un desafío, dado que todos en su Bratva visten el mismo estilo de ropa táctica oscura y pesados cinturones utilitarios.

Pero entonces, veo una mano manchada de sangre pasando por un mechón de cabello oscuro, espeso y familiar.

Y mi corazón da un vuelco.

Está vivo. Está vivo y creo… creo que me está buscando.

—¿Dem?

Él se da vuelta. Me ve entre hombres que pasan.

Y en dos zancadas sólidas, me atrae hacia sus brazos y aplasta mis labios contra los suyos en un beso abrasador.

Todo desaparece. No escucho las órdenes gritadas; los motores que cobran vida en Hummers cargados con las víctimas de Raizo rescatadas no llegan a mis oídos sordos.

No escucho nada más que los latidos de mi propio corazón. El gemido que retumba en su pecho.

No siento nada más que el calor y la fuerza de sus brazos rodeándome. Sus manos ahuecando mi rostro y enredándose en mi cabello.

No quiero nada más que él.

—Pensé… —murmura cuando logra separar su boca de la mía. Presiona beso tras beso en mi cara, manteniéndome en mi lugar como si fuera una obra de arte digna de ser adorada—. Dios, Clara… pensé que te había perdido.

Yo también. Por un breve momento, el pensamiento cruzó por mi mente. —Estoy aquí —le aseguro. Lo acerco para darle otro beso apasionado, y es todo lo que podemos hacer para no fundirnos el uno en el otro aquí mismo, en medio del depósito de envío devastado por la batalla.

—Se acabó —Demyen presiona su frente contra la mía mientras dice las palabras que tanto necesitaba escuchar—. Se acabó. Raizo está muerto. Él se ha ido.

En lo profundo, en lo más profundo, muy debajo de todo lo que pasó en mi edad adulta e incluso en mi adolescencia… debajo de todo lo que he tenido que soportar y todo lo que Raizo me hizo pasar…

Lloro por él.

Lamento la pérdida de mi tío Raizo, el hombre que podría haber amado a mi madre como ella se merecía. El hombre que resurgió, aunque fuera por una fracción de segundo, para ayudarme a salir de la telaraña en la que Martin pretendía atraparme por el resto de mi vida.

Pero la verdad es que debería haberlo llorado hace mucho tiempo. Porque, como él dijo, a veces la gente muere junto con sus seres queridos. Cuando Mamá murió, también murió el tío Raizo. Al menos, las partes buenas de él.

Necesito llorarlo más tarde. Y luego seguir adelante.

Porque ahora mismo, Demyen necesita saber cuánto aprecio su determinación de librar a mi mundo de los monstruos que lo acechaban.

—Te amo —Demyen besa el rabillo de mi ojo y me acerca más—. Te amo muchísimo. Clara. *Mi* Clara.

Me entierro en sus brazos y aspiro su maravilloso aroma.

Podría vivir aquí.

Quiero vivir aquí, en sus brazos, por el resto de mi vida.

—Vamos a casa.



NINGUNO DE NOSOTROS dice una palabra.

No estoy segura de qué hay que decir realmente.

Todo lo que sé es que quiero mostrarle a Demyen cuánto aprecio todo lo que ha hecho por mí, por Willow y por nosotros como familia. Y para esas víctimas que ni siquiera conoce y, sin embargo, ya ha hecho todo lo posible para protegerlas y darles refugio en medio de la noche.

Puede que se llame a sí mismo un ángel *caído*, pero en algún momento, incluso él notará que su halo comienza a brillar un poco más.

Lo ayudo a quitarse la camisa con incrustaciones de sangre y uso el movimiento como excusa para examinar su cuerpo. Está un poco magullado y golpeado, algunos rasguños estropean su piel, pero nada preocupante llama mi atención.

Cuando le desabrocho el cinturón, trato de hacerlo seriamente. Estamos en casa. Estamos en su baño y ambos necesitamos meternos en la ducha y meternos en la cama.

Pero eso no significa que no se me haga agua la boca al verlo.

Cuando está completamente desnudo y pasa con éxito mi escrutinio por lesiones graves, Demyen me gira suavemente para poder hacer lo mismo por mí. Me quedo allí y simplemente dejo que me mueva como quiera, disfrutando la forma en que sus manos amasan y presionan mis músculos adoloridos mientras me quita la ropa pegajosa que me pica la piel.

Estamos juntos en la ducha, abrazándonos mientras el agua tibia cae en cascada sobre nosotros. No sé por cuánto tiempo. No sé si importa. Lo único que importa es estar aquí, juntos. Vivos y a salvo.

Nos bañamos el uno al otro. Hago lo mejor que puedo para ignorar el color óxido del agua que se acumula y se arremolina en el piso de la ducha hasta que es arrastrada por el desagüe. Cuando se me escapa un suave gemido, Demyen instantáneamente deja de hacer lo que está haciendo solo para abrazarme. Para recordarme que todo realmente terminó y él está aquí.

Él no irá a ninguna parte.

Nos secamos el uno al otro y, cuando me pongo una de sus enormes camisas, prácticamente camino sonámbula hacia la cama. Demyen retira las mantas mientras me subo y puedo esbozarle una sonrisa somnolienta antes de sentir que me quedo dormida.

Unos momentos más tarde, oigo abrirse la puerta del dormitorio. Luego se cierra.

Un aliento caliente sopla contra mi nuca. Un peso pesado de cuatro patas trepa sobre mí hasta la cama y rápidamente se enrosca a mis pies.

Y luego colocan cuidadosamente un cuerpecito en la cama junto a mí. Mi brazo está levantado y alrededor de ella, e incluso en mi medio sueño, sonrío.

La cama vuelve a hundirse. Otro peso cálido cubre mi cintura, sosteniéndome mientras ambos nos acurrucamos alrededor de nuestra dulce niña.

—Te amo —lo escucho susurrar.

—Yo también te amo, Dem —le susurro—. Más de lo que sabrás jamás.

EPÍLOGO: CLARA

No puedo respirar.

No puedo oír.

Sé que de repente me he quedado ciega porque no hay manera de que esté viendo esta máquina mostrar esas palabras gigantes frente a mí.

Premio Gordo.

No hay manera de que esto me pueda pasar… dos veces… ¿verdad?

Esta vez, mis puños de victoria logran no golpear una bandeja de champán sobre el hombre inquietantemente guapo que actualmente me observa como un halcón. Tiene una extraña sonrisa en su rostro, como si estuviera feliz por mí, pero también estuviera lidiando con un ataque de estreñimiento.

—¡Gané! —señalo la pantalla que muestra mis ganancias—. ¡*Gané*, joder!

—Mírate, arrasándome la casa —Demyen se ríe y deja un beso en la curva de mi cuello—. Espero que sepas que esto significa que tienes que darme la oportunidad de recuperarlo.

Me río y me vuelvo para enfrentar su pequeña sonrisa traviesa. —¿Ah, de verdad? ¿Desde cuándo?

Ahí está de nuevo: ese destello de incertidumbre. Como si estuviera feliz, pero … ¿nervioso? Se lo quita y me besa en la boca. —Desde siempre. Reglas de la casa.

—Ay, consigan una habitación, ustedes dos —Bambi se acerca sigilosamente, con un cóctel en una mano y el brazo de Pavel entrelazado en la otra. Me guiña un ojo cuando me ve sonrojarme. Cuando mira a Demyen, hace una pausa—. Oye, amigo, te ves un poco… estreñido. ¿Necesitas algo de fibra?

Demyen la mira entrecerrando los ojos. —Cállate.

Bambi se ríe y le da un codazo a Pavel, que luce extremadamente feliz. —Todo está listo —nos informa—. Se hicieron los arreglos y todo salió bien.

Supongo que se refiere a los arreglos que Demyen decidió hacer con respecto a las víctimas de la trata que ayudamos a liberar hace varias semanas. Después de que los hombres de Raizo fueron

ejecutados… y terminé quedándome a observar, protegida por el fuerte abrazo de Demyen mientras él gritaba la orden de preparar, apuntar, *disparar*… las ochenta mujeres que recuperamos fueron llevadas a un pequeño grupo de casas seguras pertenecientes a la Bratva a través del desierto de Mojave.

Al principio, se suponía que sería una noche temporal hasta que Bambi pudiera asegurarse de que cualquier llamada a las autoridades no las llevaría a presentar cargos relacionados contra Demyen, Tolya o cualquier otra persona involucrada en el ataque.

Pero entonces empezó a correr la voz en todos los círculos adecuados. Cuanto más intentaba ayudar a estas mujeres a encontrar a sus familias y recuperar cierta apariencia de normalidad, más sonaba su teléfono y su bandeja de entrada de correo electrónico se llenaba de solicitudes de entrevistas con jefes de estado y agencias de investigación de todo el mundo.

La semana pasada tuvo una reunión con el FBI.

Por lo que tengo entendido, es posible que estén haciendo la vista gorda ante sus operaciones de contrabando a cambio de su cooperación como consultor dentro de la división de trata de personas.

Demyen Zakrevsky, un tío bueno reconocido internacionalmente.

Nunca pensé que vería el día.

—Estoy orgullosa de ti —le digo con cada gramo de amor expresado en cada sílaba.

Demyen me mira, confundido por un momento. Como si no supiera de qué estoy hablando. Pero luego sonríe y acaricia mi cabello. —Aún no has visto nada, bebé.

Bambi tose sobre su bebida. Pavel le da un codazo en las costillas y finge estar concentrado en algo en su teléfono.

Yo… no sé exactamente qué está pasando.

—Tolya acaba de enviarnos un mensaje de texto —dice Pavel con una tos nerviosa. Si no lo supiera mejor, pensaría que está cambiando de tema. A propósito—. Willow está siendo un angelito perfecto y lo tiene alrededor de su dedo.

—Como debería —me río. Me alegro mucho que esos dos se lleven bien. A Willow le llevó exactamente cero segundos darle la bienvenida al gigante ex convicto ruso a su brillante mundo rosa de muñecas, crayones y una pitbull llamada Princesa. A Tolya apenas le tomó unos minutos adaptarse a ser el tío divertido que adora a su dulce y traviesa sobrina.

¿Mi teoría? Eva ha sido un factor muy importante para que su vida volviera a la “normalidad”.

Era el peor momento posible para que saltaran chispas entre dos personas, pero lo hicieron en el momento en que Tolya se topó con ella en el depósito. Nada le importó a él… ni cómo la encontraron ni *qué* le habían hecho… excepto sacarla de ese infierno, simplemente porque algo en sus entrañas le gritaba que la protegiera.

Que la apreciara.

Y luego que se enamorara dulcemente de ella desde lejos mientras le da espacio para recuperarse

de su horrible momento en el Infierno de Raizo.

Demyen ni siquiera le preguntó si necesitaba un lugar donde quedarse. Echó un vistazo a la forma en que Tolya tropezó consigo mismo para asegurarse de que Eva se sintiera segura y protegida en el complejo de la villa, y lo siguiente que todos supieron fue que ella tenía su propio conjunto de habitaciones, no muy lejos de las de Tolya.

Desde entonces no ha habido prisa por nada. Ahora que nuestros peores enemigos se han ido, podemos decirlo y decirlo en serio. Eva sabe que puede venir a verme y hablarme de las pesadillas cuando se ponen muy feas. Siempre es bienvenida al solárium de Willow para jugar con muñecas y dibujos en color que pegan con cinta adhesiva en las paredes. No tiene que preocuparse de que Tolya la empuje a hacer algo que no quiere. Él está bastante feliz con solo saber que ella está bien.

Simplemente no le he contado a Demyen lo que creo que escuché la otra noche mientras pasaba por su habitación, cerca del patio.

Quiero decir, podría estar equivocada.

Solo que estoy bastante segura de saber cómo suena un gemido sin aliento.

Honestamente, esa es la razón por la que insistí en que Tolya y Eva cuidaran a Willow esta noche mientras Demyen me seduce para celebrar el nuevo acuerdo con el FBI. Quiero que tengan tiempo para verse en las posibilidades que se avecinan.

Así como yo pude ver lo que Demyen y yo tenemos ahora, cuando era solo un sueño febril.

—Sabes, me vendría bien un buen trago —Demyen mueve las cejas juguetonamente y presiona su mano en la parte baja de mi espalda—. ¿Por qué no nos dirigimos a nuestra habitación por la noche?

—¿Estás seguro? —giro la cabeza para ver si el bar realmente está tan ocupado. ¿Por qué no podemos solo quedarnos aquí? —Tienen buenas bebidas aquí abajo…

—Pedí especialmente una cosecha clásica. Nos está esperando arriba en el hielo.

—Aaaahhh —ahora es mi turno de mover las cejas juguetonamente hacia él—. No tienes que hacerme suplicar, ¿sabes?

—No. Pero podría hacerlo. Más tarde.

El calor florece en mi núcleo y tengo que juntar los muslos mientras abordamos uno de los ascensores privados que conducen al Royal Walkway. En realidad, es solo un camino aéreo desde el casino hasta las suites ejecutivas del lado de la parte de hotel de El Meridiano, pero a la gente de esta ciudad le encanta poner apodos extravagantes a las cosas.

—¿Te he dicho lo hermosa que estás esta noche? —canta una vez que estamos dentro del ascensor. Sus brazos me rodean por detrás y mordisquea el caparazón de mi oreja.

—Solo unas cien veces.

—¿Eso es todo? Debo estar fuera de mi juego.

Intento girarme para burlarme de él, pero me mantiene inmovilizada contra el cristal, lo que me obliga a mantener mis ojos en la brillante multitud del piso principal mientras el ascensor nos lleva hacia los pisos superiores.

Sus labios van desde mi oreja hasta mi cuello. —Estoy muy tentado de activar la parada de emergencia. Disfrutarte aquí mismo.

Me muerdo el labio. —¿Donde todos puedan vernos?

Demyen recorre mi cuerpo con sus manos y, durante un segundo apasionante, creo que está a punto de quitarme el vestido. —El mundo entero necesita ver cuánto te amo, mi hermosa, encantadora e increíble mujer —cada cumplido está subrayado con un beso en mi piel, y el último curva los dedos de mis pies mientras chupa un bocado de amor en la curva de mi cuello y hombro.

El ascensor suena suavemente.

Maldita sea.

—No te preocupes —definitivamente me escuchó soltar un pequeño suspiro de decepción—. Espera hasta que veas la habitación.

Cuando entramos en la habitación… disculpa, la *Suite Presidencial* del Hotel Meridiano… inmediatamente veo lo que quiere decir.

Toda la pared de la zona de dormitorio no es más que cristal desde el suelo hasta el techo.

Pero eso no es lo que me arranca otro grito ahogado más fuerte.

La habitación, *toda la suite*, está repleta de flores exóticas.

Demyen cierra la puerta detrás de nosotros y me guía hacia adentro. Estoy demasiado congelada en el lugar para moverme por mi cuenta. Él me sonríe. Y luego esa sonrisa se transforma en algo un poco más incierto mientras sigo mirando abiertamente lo que es básicamente un… un…

Es un invernadero sexy.

No hay otra forma de nombrarlo. O describirlo.

Demyen nos consiguió un invernadero sexy para pasar la noche.

—Dem… —es la única palabra que puedo respirar.

—¿Te gusta?

—Yo… —me tapo la boca con una mano para amortiguar el fuerte grito de alegría—. ¡Me encanta! Ay, *Dios mío*, ¡es hermoso! Luce igual a…

Me detengo. Luce igual al invernadero del piso principal, entre el casino y el hotel.

El mismo invernadero al que nos llevaron a mí y a decenas de otras esclavas para ser procesadas, subastadas y vendidas.

Demyen suena más que un poco incómodo. Me ocupo mirando las plantas y la increíble vista del

techo de cristal grabado de El Meridiano para no tener que ver su cara todavía. No quise arruinar el estado de ánimo.

—Yo, eh… —se aclara la garganta—. No quise provocar ningún mal recuerdo. Especialmente por mi propia estupidez. Pero sé que te encantan estas plantas, así que…

—Es perfecto —reprimo las lágrimas de… de… todo. Alegría. Gratitud. Amor.

Y sí, tal vez un poco de dolor. Débiles susurros de un pasado ido que aún logran recordarme tiempos más oscuros.

—De verdad, Dem, es perfecto.

Me giro para tranquilizarlo… pero ya no está ahí parado.

Él está… ay, Dios mío.

Ay.

Dios.

Mío.

Demyen Zakrevsky está arrodillado, con una pequeña caja de terciopelo azul en la mano.

—¿Dem? —mi mano tiembla cuando la llevo a mis labios.

Alcanza el otro y me da un suave beso en los dedos. —Te amo, Clara. Muchísimo, jodidamente. Más que… —se ríe—. Más de lo que jamás creí posible para alguien como yo. Y sí, es una locura pensar que en un momento nos sentamos dentro de esta misma habitación y nos miramos fijamente y no teníamos forma de saber a dónde nos llevaría ese momento. Pero ¿honestamente? Me alegro jodidamente por todo eso.

Arrugo la frente. No puede decir eso en serio. —¿En serio?

—Es loco, ¿verdad? Pero eso es lo que me haces, bebé. Me vuelves loco y no quiero que nunca te detengas —abre lentamente la caja. El anillo de diamantes más grande y complejo que jamás haya visto descansa sobre un lecho de satén blanco—. Te amo. Quiero estar contigo por el resto de mi vida. Quiero adoptar a Willow y… joder, Clara. Quiero que seamos una familia. Una *verdadera* familia —él me mira a los ojos y traga saliva—. Si me aceptas.

Me alegro mucho de que sea más fuerte que yo. Físicamente, al menos, porque esa es la única razón por la que no caemos juntos al suelo cuando casi colapso en sus brazos.

Amo a este hombre.

Deseo a este hombre.

Lo demuestro a través de los mil besos que mis labios bailan sobre los suyos, su rostro, su mandíbula, sus ojos. —Sí —suspiro. Ya puedo sentir cómo me desgarro—. ¡Sí! Sí. Sí quiero, bebé. Quiero ser tuya. Quiero ser tu esposa.

En algún lugar entre los besos hambrientos y los manoseos codiciosos, logra deslizar el anillo en mi dedo antes de tirar la caja a un lado. Y luego me levanta en sus brazos para dejarme caer

sobre la cama, que, para mi deleite, está cubierta con los pétalos de rosa más suaves.

Demyen solo se aleja para poder quitarse la chaqueta del traje y tirarla a un lado. Aprovecho ese momento para quitarme los tacones y tratar de sentarme. Pero me lanza una sonrisa muy deliciosa y malvada y me agarra los tobillos, los levanta hacia su cara y me da un beso en el interior de cada uno.

Y luego ambos escuchamos un fuerte desgarro en la falda de mi vestido de noche cuando él abre mis piernas.

—¡Ups! —me río, alcanzando su corbata para acercarlo más.

—Podría reducir la velocidad —ofrece—. Tomarnos las cosas con calma. Amable. Romántico. —me besa entre cada palabra mientras le aflojo la corbata y se la quito.

—Podrías —ronroneo de acuerdo. Saco su camisa de sus pantalones y abro cada botón con las puntas de mis dedos—. Pero… no quiero que lo hagas.

Demyen arquea una ceja. —Ah, ¿no? —su rodilla se desliza entre mis piernas para presionar contra mi coño humedecido. Su sonrisa se vuelve sucia cuando siente que me froto y me aprieto contra él—. ¿Y qué quiere mi prometida traviesa y sexy?

Paso mis dedos por su pecho desnudo y saboreo la forma en que gruñe de placer para mí. —Quiero que me folles. Reclámame. Hazme olvidar cómo decir mi propio nombre.

Se agacha para agarrar puñados de mi vestido y rasga más la tela.

—Y…

—¿Hay más? —su voz es baja. Sin aliento. Sensual. Maldita música para mis oídos que envía un escalofrío tan delicioso a lo largo de mi columna.

Me sonrojo. —Quiero que me folles contra esa ventana. Para que todos puedan ver a quién pertenezco.

Para que todos puedan ver quién me protege.

Demyen gruñe de nuevo y me agarra los muslos, acercándome a él. Hace un trabajo rápido al abrirse los pantalones y los calzoncillos y *joder. Sí*. Lo siento duro, cálido y desnudo, frotando arriba y abajo mi necesitado coño.

—Tenemos toda la noche —ronronea en mi oído—. Toda. La. Noche. Y cuando termine contigo, bebé, ni siquiera podrás *recordar* tu nombre, y mucho menos decirlo.

Joder.

Lo deseo. Lo deseo todo.

Lo deseo *a él*.

—Sí… Demyen, sí… por favor… —soy un lío de nervios y necesidad que gime y suplica.

—Pero ¿ahora mismo? —muerde la curva de mi pecho y sé que lo ha estado volviendo loco toda la noche. Elegí este vestido escotado por una razón—. Ahora mismo, eres mía. Toda mía. *Solo*

mía.

Me retuerzo y me muevo con frustración placentera. —Dem, por favor…

Su mano aterriza en el costado de mi trasero más fuerte de lo que realmente se siente. Él sonríe y captura mi grito en un beso. —Qué descarada tan impaciente.

Hago puchero. —Qué hombre tan malo y tentador.

Me como mis palabras casi tan rápido como las digo. Porque, tan pronto como salen de mi boca, él está dentro de mí. Llenándome. Robando el aliento de mis pulmones con un embiste largo y sólido.

—No soy tan tentador como tú —me gruñe al oído. Él no se retira, todavía no, solo gira sus caderas para entrar más profundamente dentro de mí—. Haciéndome querer follarte con este vestido desde que subiste al auto.

—¿Por qué no lo hiciste? —jadeo. Los dedos de mis pies se están curvando y ya estoy perdiendo la cordura, pero no puedo evitar molestar a ese proverbial oso.

Demyen chupa mi labio inferior entre sus dientes mientras lentamente se aleja de mí.

—Traviesa.

Embiste.

—Sexy.

Embiste.

—Malvada.

Embiste.

—Prometida.

El hecho de que *no* estemos desnudos me vuelve más loca de deseo y necesidad que si lo estuviéramos. Mis pezones se tensan y se prensan contra el corpiño de seda y él lo toma como una señal para chupar uno, luego el otro, mientras trabaja su gruesa polla cada vez más profundamente dentro de mí.

—Te follaré donde quieras y en todos lados —me promete—. Te haré el amor, mi increíble mujer, donde quieras.

Sus manos frotan mi cuerpo para agarrar mi trasero, levantarme más alto y atraerme hacia él.

No puedo pensar.

No puedo hablar.

Solo puedo sentir.

Incluso entonces, todo lo que puedo sentir es la creciente tensión en lo más profundo de mi interior, donde él sigue frotándome, acariciándome y masajeándome con cada embiste sólido. Eso y la sensación de hormigueo en mis manos y pies, que me dice que no voy a quedarme

anclada a la cama cuando él me haga correrme.

Y, ay, él no solo me hace correrme.

Me hace *gritar*.

Me hace *estremecer*.

Me hace sollozar su nombre una y otra vez hasta que se convierte en un mantra en mis labios y una súplica por más.

Porque, incluso entonces, todavía quiero más. Siempre querré más.

Más desgarros. Más rasgaduras. Y luego estoy caliente y desnuda y rodada sobre mi estómago, con los brazos extendidos para arañar los pétalos de rosa sobre los que me está follando.

Demyen sostiene mis caderas mientras me penetra exactamente como quiero. Exactamente como necesito. Nos trabaja hasta el punto en que todo lo que puedo hacer es gruñir cada vez que siento que toca fondo dentro de mí, una y otra y otra vez.

Me encanta.

Lo *amo*.

Me aseguro de repetir eso una y otra vez mientras me rompo una vez más, esta vez junto con su propia poderosa liberación.

Él me está llenando. Vertiéndose dentro de mí.

Amo a Demyen Zakrevsky.

Demyen me ama.

Esa es la definición misma del ***Premio Gordo***.

~

No sé qué hora es. Está oscuro, incluso en el casino.

Estamos casi agotados. Las ventanas que dan vista al imperio de Demyen están manchadas de huellas de manos, de culos y de todo tipo de huellas, porque, una vez que empezamos, no pudimos parar.

Incluso en la ducha, cuando nos reímos y nos prometimos que solo nos limpiaríamos, igual me puse de rodillas para, como Demyen lo describió con precisión después, “chuparle el alma a través de su polla”.

Yo sonrío. No he dejado de sonreír desde la mañana después de todo lo ocurrido en el depósito.

Desde que me desperté con Willow en mis brazos, Princesa acurrucada a lo largo de mis piernas y Demyen apartándome el cabello de la cara.

Lo hace incluso ahora, medio despierto y completamente saciado. —¿No puedes dormir? —

murmura.

Froto mi cara contra su pecho desnudo y lo aspiro. Nunca me cansaré de esto, de él, de nosotros. —No quiero dormir. Solo te quiero a ti.

Demyen se ríe. —Me tienes, bebé. Completamente. Por toda la eternidad, loca.

—Tú eres el loco —resoplo—. ¿En qué estás pensando? ¿Casarte conmigo? Tengo más equipaje emocional que un jet.

Me toca juguetonamente el costado. —Tenemos un conjunto a juego.

Me acurruco más profundamente en su calidez con un suspiro feliz y satisfecho. Me frota la espalda y pasa las yemas de los dedos por mi columna.

—Así que… ¿cuándo quieres casarte?

Lo pienso por un momento. Tengo que hacer algunos cálculos en mi cerebro antes de tener una respuesta. —¿Podríamos hacerlo en un mes?

Demyen jadea. —¿Un mes?

Levanto la cabeza con el ceño fruncido. —¿Está bien? No quieres…

—Bebé —se sienta erguido y rápidamente me coloca en su regazo para que no tenga a dónde ir ni mirar excepto a él—. Bebé. Quiero casarme contigo *ahora mismo*. Pero también quiero que tengas la boda de tus sueños. ¿No quieres el vestido elegante y la recepción y… no lo sé? ¿Toda esa mierda de la boda?

—Sí. Un poco —paso una mano sobre su pecho y me tomo un momento para admirar lo jodidamente *sexy* que es—. Pero también quiero poder ponerme el vestido. Y disfrutar caminando hacia el altar. Ya sabes, antes de que me hinche.

Él suelta una carcajada y me frota los costados. —¿Qué, estás embarazada?

Le sonrío.

Él parpadea hacia mí.

Mi sonrisa se amplía.

—No.

Asiento con la cabeza. Una vez. Despacio.

—No —Demyen mira mi estómago. Es muy leve, pero está ahí. Él ha estado asumiendo que la panza es solo porque estoy recuperando mi salud—. No. No, no, no…

Mi estómago se retuerce en un nudo. —¿No estás… no estás feliz?

Él levanta su mirada hacia la mía. —¡No! ¡Quiero decir: sí! ¡Estoy… estoy jodidamente *emocionado*! —él se ríe, pero suena ahogado—. Solo estoy… mierda. Joder. Bebé. Dime que te acabas de enterar. ¿Solo llevas, qué, una semana o dos?

Mi cara se calienta. Su desesperación por evitar la realidad es bastante entrañable. Sin embargo,

miro nuestros regazos porque no sé qué tan mal está a punto de caer en una espiral. —Yo, eh… estoy empezando el segundo trimestre.

Demyen jadea.

Luego me pone boca arriba y rápidamente me inmoviliza bajo su peso, preso del pánico.

Estallo en un ataque de risa mientras él lanza besos por mi cuerpo hasta esa pequeña y dulce hinchazón, donde se detiene y la acaricia durante un largo y tranquilo momento.

—Tendrás que ayudarme aquí, pequeña —murmura contra mi piel—. Tu madre está jodidamente *demente*.

—¡Demyen! ¡Grosero! —me río y lo golpeo ligeramente con una almohada.

—Tú —él me mira fijamente, con ojos salvajes y locos y llenos de tanto amor y asombro—. Estuviste embarazada. ¿A través de… a través de todo esto?

Asiento lentamente de nuevo. —Me di cuenta durante la subasta. En realidad, un poco antes.

—*¿Antes?*

—No me diste exactamente espacio para anunciarlo formalmente.

Golpea su frente contra mi hinchazón. Una y otra vez. —Estoy perdido —le gime a nuestro pequeño bebé a través de mi piel—. Ella me tendrá agarrado de las bolas por el resto de mi vida.

—¡Oye! —me río—. Resulta que te gusta cuando te tengo agarrado de las bolas.

Una brillante y radiante sonrisa se extiende por su rostro. —Sí. Me gusta —él mira mi hinchazón de nuevo—. Que es exactamente como *tú* llegaste a ser…

—¡Dem!

Sonríe aún más y juro que casi le parte la cara. —Maldita sea, Clara. Te amo jodidamente. Y *a ti* —añade con un rápido beso en mi estómago—. Y tu hermana mayor. —él me mira con repentina alarma—. ¿Willow lo sabe? ¿Alguien más lo sabe?

Paso el resto de la noche explicándole que él es el primero al que se lo cuento oficialmente, pero probablemente el último en darse cuenta. Y luego le froto los hombros y le masajeo la espalda con mis pechos mientras él bebe directamente de la botella y nos reímos, lloramos, nos abrazamos mientras celebramos esta nueva y salvaje aventura en la que estamos a punto de embarcarnos.

Juntos.

¡No dejes de leer ahora! Descarga el epílogo extendido, que incluye una historia extra protagonizada por Tolya y la mujer que salvó de los Yakuza, ¡Eva Castillo!